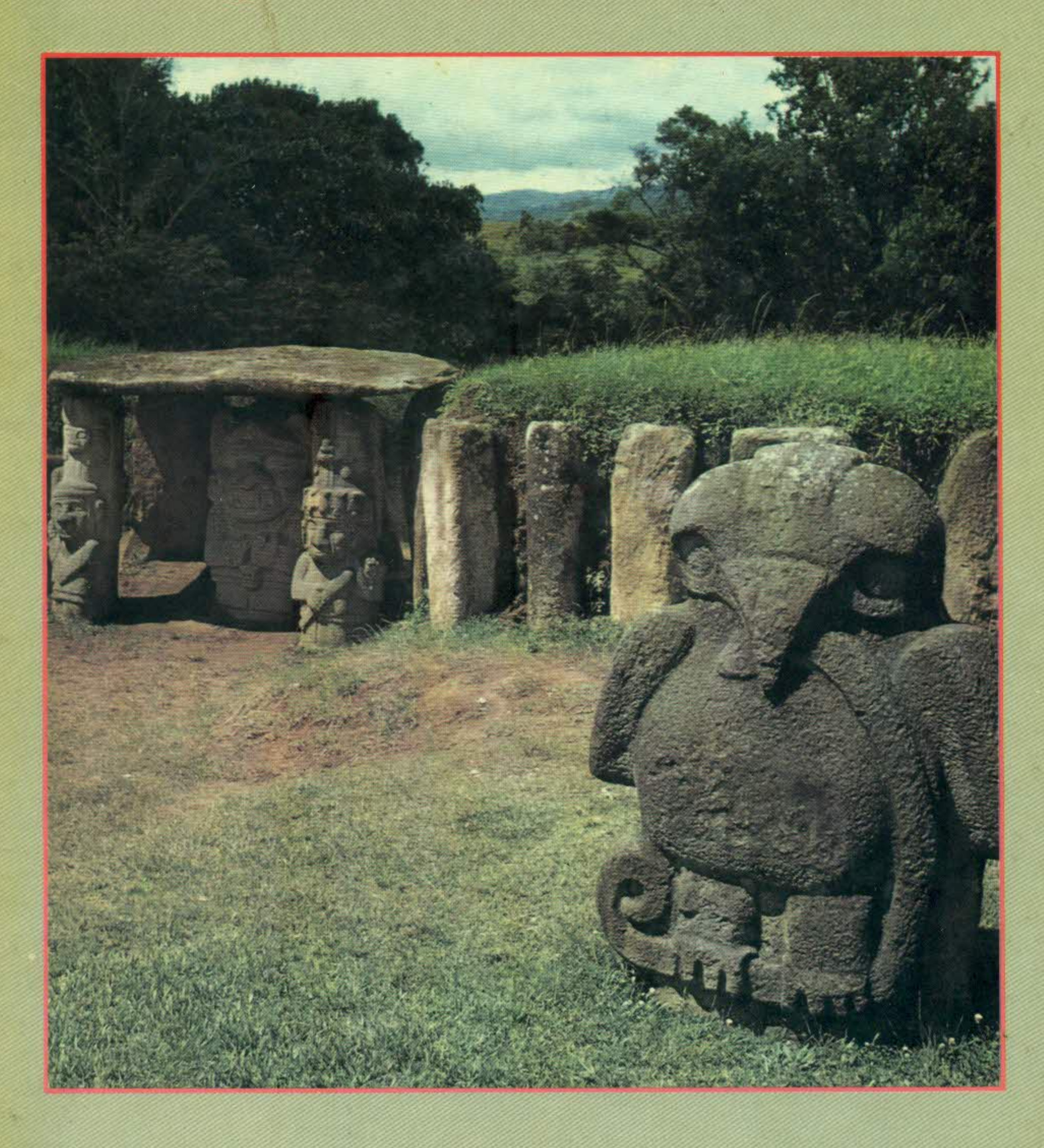
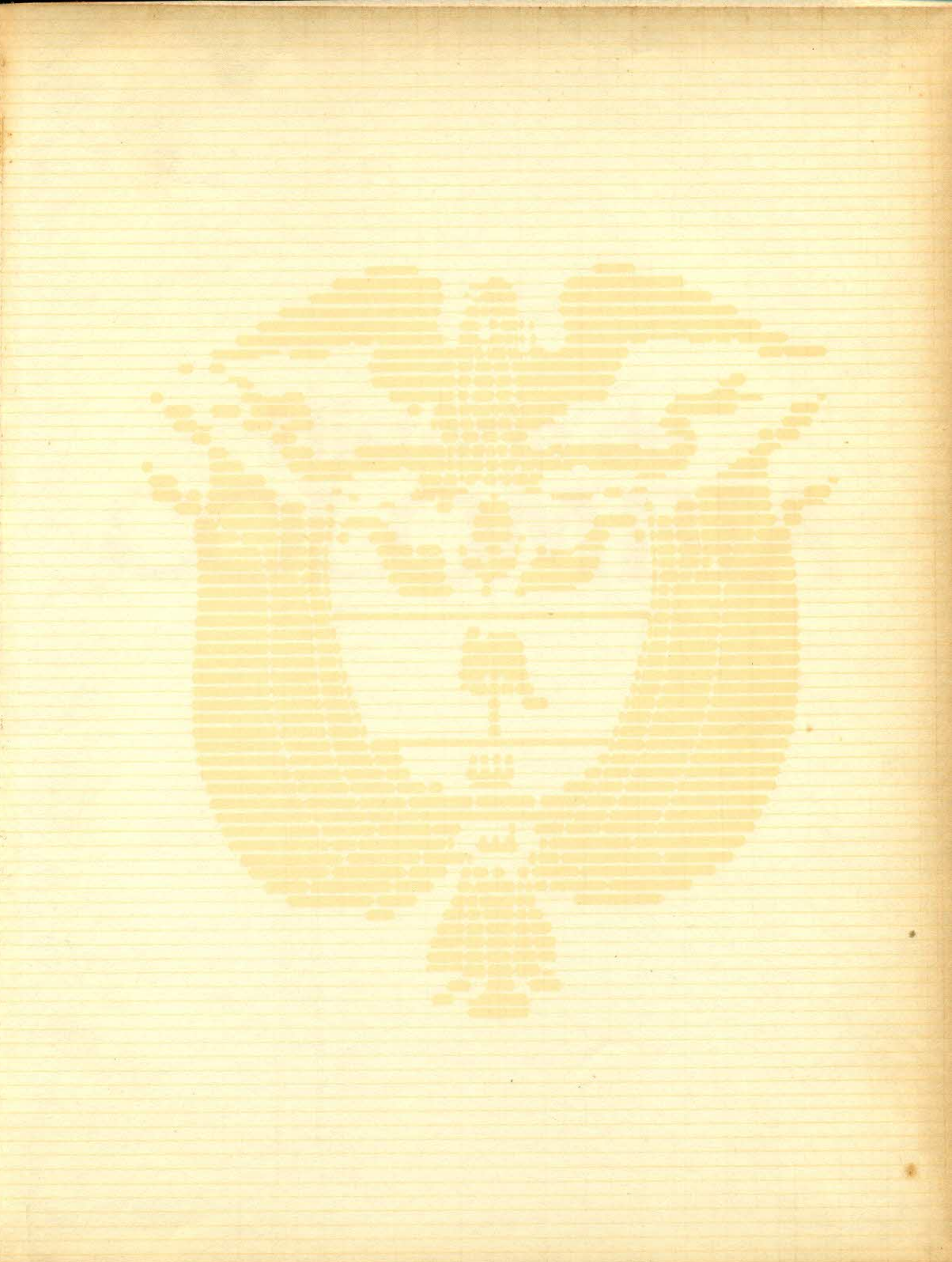
Historia de COLOMBIA



SALVAT

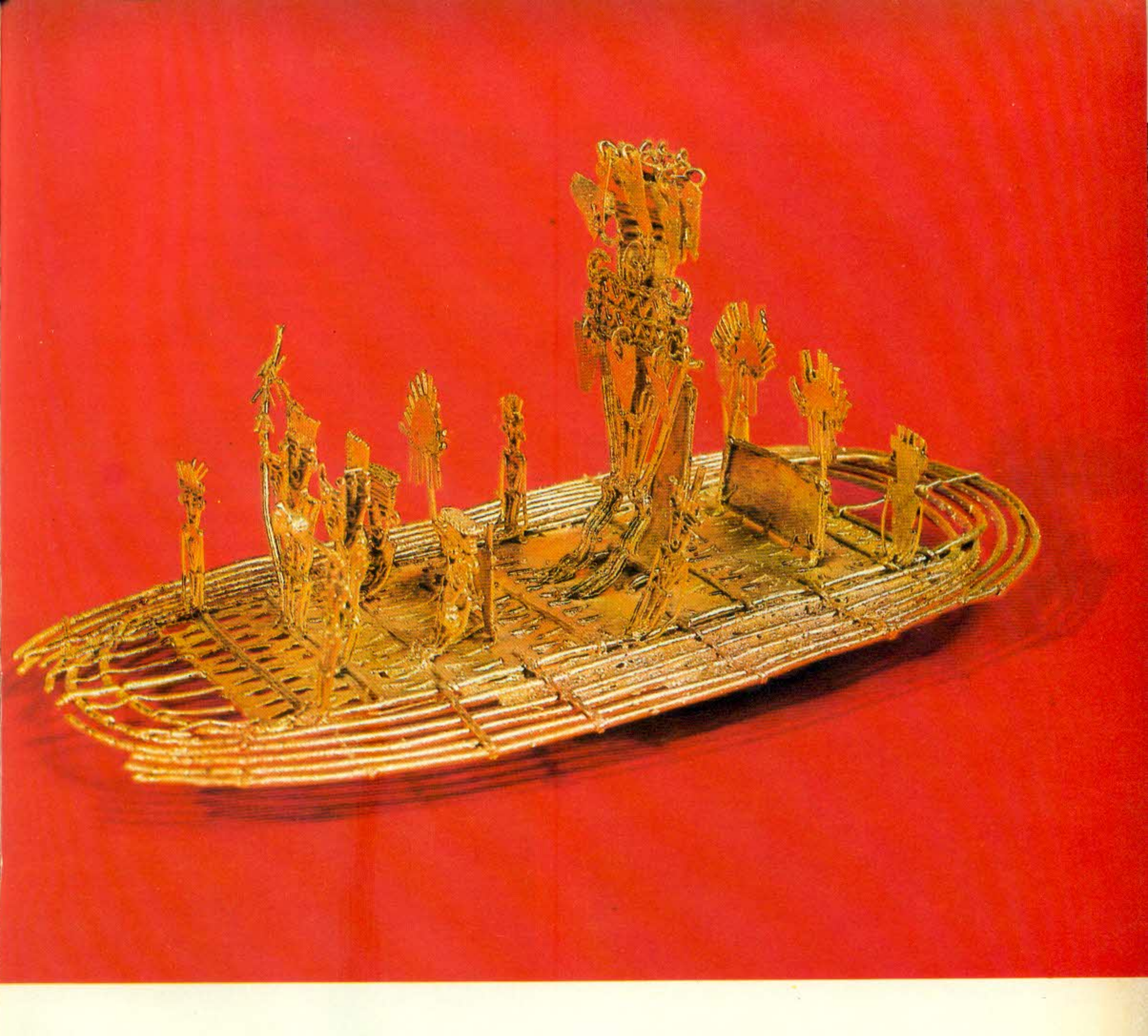


Historia de COLOMBIA

INDICE

Indice de textos y comentarios fuera de texto

Indice de mapas



Introducción

Con motivo del quinto centenario del Descubrimiento de América se ha de realizar más de una celebración. Seguro que para antes de 1992 la totalidad de los países americanos, o quizá todos los del mundo, van a recordar con apasionado fervor al almirante de la Mar Océano. Será la mejor oportunidad para recordar su vida, añorar sus terquedades, suspirar por sus desgracias, magnificar su visión anticipadora. Se discutirán de nuevo su lugar preciso de nacimiento, sus relaciones con la corte de Portugal, sus conocimientos navales; se recordarán anécdotas, adquirirán nuevo brillo las joyas de una reina, se opacarán por el tiempo los malos momentos y se enlucirán sus diversas tumbas. To-



cordar, explicar y comprender, situar y revivir la raíz de su mundo y de su realidad. Pero había que realizarlo de una manera dinámica, plástica, científica y conceptual que (y esa ha venido siendo su idea fundamental) no deje de lado las experiencias concretas del hombre de la actualidad, sus necesidades y aspiraciones, sus frustraciones y anhelos; porque es para él que se debe pensar, es a él a quien se debe presentar el pasado. Hacerlo desde otro ángulo de mira no parece tener mayor sentido; no sólo sería perder los esfuerzos, sino que llevaría a permanecer dentro de una insostenible idea de la historia y de su valor. La disciplina científica, rigurosa y objetiva, que es la historiografía tan sólo tiene razón de ser cuando logra hacer comprender a los miembros de una sociedad el porqué de su momento, cómo surgió, cuáles han sido sus variadas trayectorias y qué modelo dibuja su evolución. Lo



dos los hombres de esta convulsionada época actual estarán de acuerdo en que la empresa española capitaneada por Colón ha sido una de las más arriesgadas, difíciles y de más éxito que ha podido producir el espíritu aventurero de la humanidad.

SALVAT EDITORES, empresa de difusión de la cultura tan estrechamente vinculada a Colombia, y ahí está su *Historia del Arte Colombiano* para confirmarlo, venía deseando no sólo participar en ese quinto centenario a la manera tradicional, sino adentrarse en su significación, trascendencia y vigencia y ofrecer con tal motivo al hombre colombiano de hoy una obra que le permitiera saber y re-

En la página inicial, la balsa de oro de Guatavita, la más famosa pieza de orfebrería muisca. A la izquierda, gran laja, conocida con el nombre de «el Obispo», que pertenece a la cultura de San Agustín.

A la derecha, antiguo mapa de los dos litorales colombianos, el del Atlántico y el del Pacífico, con las muchas poblaciones que los españoles fundaron desde los primeros tiempos de su presencia en el país.



Interior de un hipogeo de Tierradentro, con recias columnas perimetrales con remate en forma de rostros humanos. Los hipogeos, que eran recintos funerarios, son la manifestación más típica del arte de Tierradentro.

otro, ese pretendido permanecer en un ayer, por hermoso y mejor que pueda ser, aparte de no explicar gran cosa, deforma lo que pretende retratar, lo presenta sin consecuencias y se olvida de antecedentes; lo ve como un suceso detenido que se limita a sí mismo, que en sí mismo encuentra sus fines. Ni los hombres ni mucho menos la sociedad



IV

Estatuilla antropomorfa del arte tumaco que se conserva en el Museo de Arqueología del Banco Popular de Bogotá. La cultura precolombina de Tumaco floreció en la costa sur de Colombia unos quinientos años antes de Jesucristo, y a ella pertenecen figuras de gran calidad.

se comportan así; en ellos se manifiesta un esencial dinamismo. Es esto, precisamente, lo que se pretende hacer, lo que con esta obra se quiere expresar.

Hoy no parece exagerado afirmar que la cuestión de la *identidad cultural* de los países colombinos, los que constituyen las Américas y el Caribe, al que pertenece Colombia, tema tan discutido en la actualidad, que motiva congresos y conferencias, que preocupa a doctos y aficionados, empezó a plantearse el 12 de octubre de 1492. Esa fecha nos recuerda que un puñado de europeos de distintas clases sociales, de diversa formación, se atrevieron a cruzar lo desconocido para encontrarse con lo ignorado, con otros hombres de lenguajes distintos, dioses diferentes, historias que no podían medirse con la misma noción de tiempo. Fue entonces cuando dos modos culturales iniciaron un estrecho contacto cargado de altibajos, de incomprensiones y de dudas. Es cuando unos, de acuerdo con sus propios códigos, se creyeron vencedores, y otros, en función de su teología, se sintieron vencidos; cuando unos se convirtieron en amos, otros en esclavos y la mayoría en masa, y es cuando, a pesar de ello, todos colaboraron en el establecimiento de una nueva forma de vida en estas tierras concretas. Desde ese entonces bien puede pensarse en la realidad efectiva, teórica y actuante de un Nuevo Mundo. Querer comprender y explicar hoy la identidad de una cultura que nació polifacética, variada y con mil caras contradictorias, ocultas tras otras tantas máscaras, abierta en cada momento de su devenir a todo tipo de influencias internas y externas, como si fuera algo dado de una vez por todas, sería como enmascararla de nuevo, disimularla con frases prestadas y actitudes fáciles, acomodaticias y simplistas. Puede ser que la comprensión del legítimo interrogante que plantea el problema de la identidad se aclare por medio de una visión comprensiva del desenvolvimiento de la *integración cultural,* social y política, en suma, del desarrollo histórico, y que sea en la reconstrucción de su pasado, en la presentación de sus hechos cuando esa colectividad se trasparente y muestre su sentido oculto y la mejor manera, si no la única, de llegar a ello es presentar un panorama de lo acontecido en uno de esos rincones del mundo descubierto por Colón. Detenerse en las transformaciones de su espacio, recordar los cambios de sus formas de vida, anotar sus luchas por superar injusticias, trazar los lineamientos de sus más valiosas empresas colectivas, hablar de sus hombres ejemplares y, sobre todo, tratar de revivir las experiencias de sus habitantes. Ese será el mejor instrumento de recuerdo, pues no implica añoranzas frenadoras de futuros, ni alabanzas retóricas deformadoras.

Colombia es un territorio en cierta manera privilegiado, como con frecuencia se recuerda, especialmente en épocas de crisis; es conjunción de todos los climas, nudo de las alturas, aparente tranquilidad de las estepas, laboratorio de la naturaleza. Colocado como ángulo de un subcontinente, en ocasiones lo cierra, en otras permite la entrada; es y ha sido cruce de sendas internas, puente entre las grandes divisiones del mundo americano, puerta aparentemente abierta al flujo y reflujo de las mareas de oriente y occidente, de norte y de sur. Lo acontecido en él no puede ser visto como algo aislado, sino, por el contrario, como un proceso que forma parte de toda una familia de comportamientos colectivos, que evoca a Europa, se forma con Africa y sufre con Asia. En realidad, lo experimentado en el país no tiene más valor que lo allí vivido; en uno y otro caso son manifestaciones comprensibles de humanidad, pero es posible que, por ello mismo, sirva de ejemplo de lo acontecido en todos los territorios descubiertos por Colón. Mas por ello no habrá de perder su personalidad, dejar de lado su acento, su énfasis individual, ni perderse en una vaga generalidad. Por el contrario, y sin pretender convertirse en guía, ni otorgarse importancias que no le corresponden, ni afirmar centralismos insostenibles, podrá adquirir, por comparación, la dimensión que le es propia, la figura que le pertenece, la importancia que le proporcionan sus propias acciones sociales.

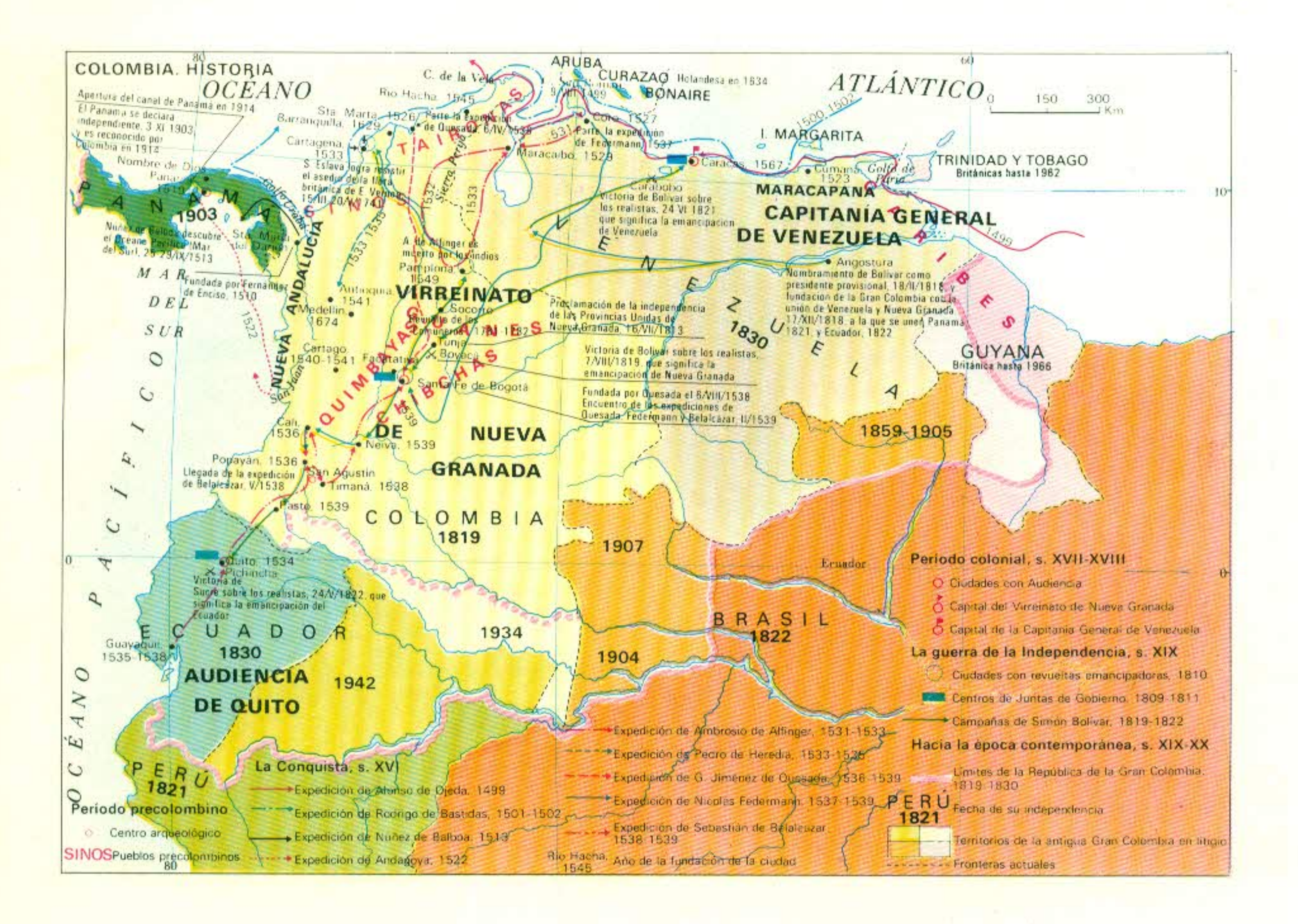
No debemos olvidar que la colectividad colombiana, cuando creyó encontrar su tercera definición, la del momento de su independencia, que no pretendió sola, sino que fue empresa de sociedades,



En la página anterior, figura antropomorfa tairona que se guarda en el Museo del Oro de Bogotá. Los taironas, hábiles orfebres, presentaron una tenaz resistencia a la intromisión de los europeos.



A la derecha, arriba, terraza artificial, obra de los indígenas que habitaron en el sitio arqueológico llamado en la actualidad Buritaca 200 o Ciudad Perdida, que se encuentra en la Sierra Nevada de Santa Marta. Abajo, muro de contención del mismo sitio.



resultado de naciones, que de alguna manera resume las otras dos y anticipa la siguiente —la aborigen, la colonial, la republicana—, prefirió por encima de cualquier otra denominación, llevar, como tributo de justicia y acto de memoria, el nombre del almirante: COLOMBIA. Razón de más para recorrer su historia, recordar su pasado en vísperas del cumplimiento de estos primeros quinientos años.

Intención que manifiesta, desde luego, otro sentido más íntimo, otra finalidad más específica, otra utilidad más concreta. Lo que hoy estamos presentando no es otra cosa que un claro afán de síntesis, un deseo de compendio de los *miles* de años de acción humana y, por lo tanto, de historia que se ha producido en Colombia. Si por medio del Descubrimiento se occidentaliza nuestro devenir, no significa que se desconozca el pasado de los aborígenes, hasta ayer incierto y dudoso y que hoy empieza a destacarse en su real valor formativo y en su efectiva vigencia actuante. Pues no sólo hay que tener en cuenta las culturas precolombinas en sus momentos de máximo esplendor, cuando producen formas estéticas de rara belleza, cuando manifiestan una legislación acabada, de acuerdo con sus propias necesidades, cuando construyen ciudades que corresponden al medio natural y no lo violentan, cuando viven de acuerdo con una religiosidad que hace posible la expresión natural de sus sentimientos. No podemos seguir viéndolos con los ojos de los conquistadores, ni tampoco en función de las necesidades de los más recientes colonos. En la medida de las posibilidades científicas actuales se ha de procurar reconstruir su pasado, establecer su propio tiempo, tratar de ver cómo y cuándo se estableció el hombre creador de formas de sociabilidad en el territorio que luego, mucho tiempo después, aprenderemos a saber que es el nuestro. Los especialistas nos hablan de toda una serie de transformaciones en el tiempo, que se traducen en muiscas, taironas, quimbayas, que se muestran en San Agustín y en Tierradentro, que se hacen caribes y aprenden a llamarse huitoto, paez, guambiano... Ellos no sólo son también Colombia y forman parte de nuestro presente, sino que



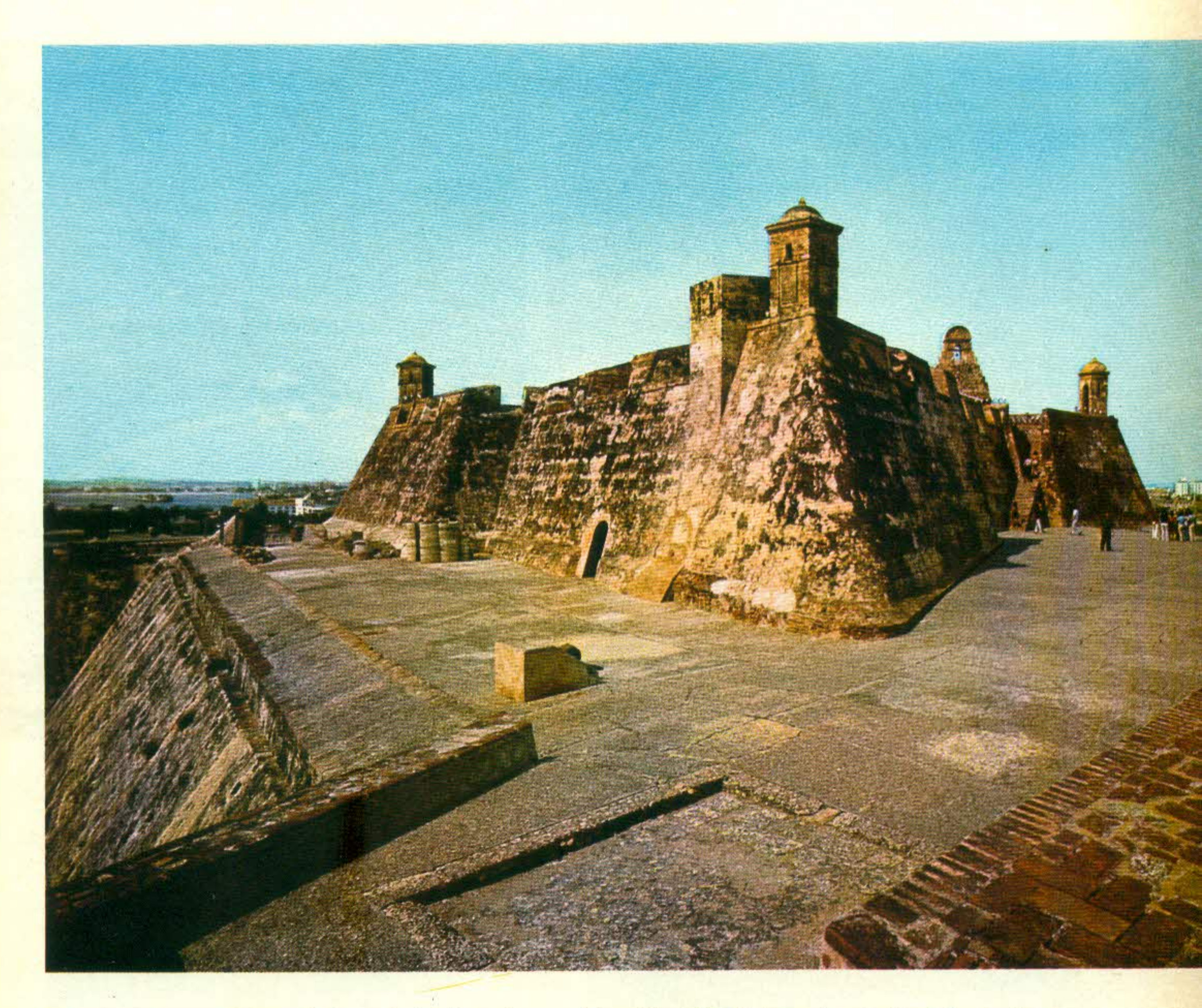
Retrato idealizado de Gonzalo Jiménez de Quesada, según una pintura de autor anónimo conservada en el Museo Nacional de Bogotá. Este conquistador español fundó la ciudad que sería la capital de la actual Colombia.

además han hecho posible el sentido de nuestro pasado.

El segundo gran momento colombiano, mejor sería llamarlo ciclo evolutivo, lo constituye el encuentro con el mundo occidental. Es entonces cuando se inician por lo menos trescientos años de fusión, de intercambios, de modificaciones mutuas. Y es también cuando aparece en el territorio de Nueva Granada ese otro elemento constante y modificador, que pronto se habrá de identificar con el paisaje natural y el humano: el negro. La cultura europeo-mediterránea, en su traducción hispánica, alcanzó en Colombia un florecimiento particular al injertarse con las viejas culturas pre-hispánicas y enriquecerse con la presencia de origen africano. La primera realidad nativa, su paisaje natural, comenzó a modificarse. Entonces se inicia el desarrollo de la nación mestiza, que modifica y transforma una y otra de sus raíces; que en su latencia presupone una sociedad ampliamente jerarquizada y rígida, ceremonial, formal y externa, la de los blancos, la de los señores del Nuevo Reino de Granada. Sus elementos se conjugan y se hacen visibles en los centros sociales, en sus edificaciones religiosas; aparecen en sus plazas, se viven en sus calles, adquieren sentido en sus fortificaciones. Asimismo hacen posible muchas de nuestras tradiciones y no pocas de las instituciones; se manifiestan en el folklore, se transparentan en las costumbres ceremoniales y se expresan en el lenguaje que hoy el país emplea con orgullo. La colonia no es la más rica de las posesiones españolas en las Indias, es cierto; no es comparable en su producción económica a la Nueva España, ni al reino del Perú. En esos primeros virreinatos todo parece ser opulento; lo es su arquitectura religiosa y civil, lo son sus manifestaciones artísticas; lo indica la densidad de su población. Pero, en Colombia, las limitaciones produjeron una mayor integración cultural y racial, dotaron a sus expresiones visibles de cierto sello propio en consonancia con la realidad ambiental, despertaron en el criollo un afán de superación por el camino del conocimiento natural y le proporcionaron cierta inclinación teórica por la justicia terrenal. Es en el transcurso del ciclo colonial neogranadino, con sus contradicciones, enfrentamientos y choques, con sus injusticias y logros, cuando se formó la nación mestiza de hoy y se gestaron muchas de sus luchas, de sus modos de pensamiento, se afianzaron costumbres y aparecieron no pocas necesidades.

Finalmente, hay que considerar estos ciento setenta y cinco años que lleva Colombia de vida como nación. Ciclo que, como el más nuestro, implica un lento y complejo despertar de la conciencia de nacionalidad, del sentido de patria. Momento en el que se ven florecer con claridad los sentimientos y las actitudes heroicas, cuando la lucha se transforma en apasionada acción renovadora de patria. Es el momento del militar y del jurista, del educador y del diplomático. Ciclo que implica, entre otras cosas, un verdadero internacionalismo, un panamericanismo centrado en una meta y en una acción comunes que se traducen en un lento despertar popular de la conciencia de nacionalidad. Momento, en fin, en





En la página opuesta, interior de la catedral de Bogotá. Fue construida en el lugar que ocupara la primera, la del siglo XVI en los últimos años de la dominación española, por iniciativa d l canónigo Fernando Caycedo y Flórez, primer arzobispo de lo que hoy es Colombia

El castillo de San Felipe en la actualidad. Construido a mediados del siglo XVIII en lo alto del cerro de San Lázaro, en una posición que domina la bahía y la ciudad de Cartagena, fue durante mucho tiempo una eficaz defensa de aquel importantísimo puerto.

el que se aprendió colectivamente que la justicia responde a la acción humana, que la fraternidad social es empresa de todos los días. Fue entonces cuando se supo que hay cierta continuidad en la diversidad, que se muestra en el espacio, que se manifiesta socialmente, que se encarna en la experiencia de la nación, y que el país no puede inventarse todos los días, pero sí puede perfeccionarse y actualizarse constantemente. Este país aprendió todo eso al asimilar lo nuevo, al transformar las modas políticas, al adaptarlas y adaptarse a ellas. No fue asunto fácil ni tampoco es, en modo alguno, tarea acabada. Motivó las Guerras de Independencia y se manifestó en la empresa construc-

tora de la nacionalidad, que fue su fruto inmediato; se hizo patente en la lucha por defender nuestras fronteras y conservar la integridad del territorio; se mostró en los enfrentamientos partidistas y en la sangría de las guerras civiles; se tradujo en más de una inestabilidad colectiva y social; despertó más de una actitud violenta y una respuesta civilista que llega hasta nuestros días. Mostró, con indiscutible claridad, cómo Colombia siempre tuvo hombres que, con decisión, supieron ver cuál había de ser su destino, sus soluciones, su ruta, su meta.



Arriba, monumento realizado por el escultor Rodrigo Arenas Betancur, en el Pantano de Vargas para conmemorar la batalla que en este lugar se desarrolló durante la guerra de Independencia.

Abajo, retrato de Simón Bolívar pintado por Tito Salas y que se encuentra en la Casa del Libertador, en Caracas. Aunque venezolano de nacimiento, la figura de Bolívar es consustancial con la idea de la Independencia de todos los pueblos que, habiendo pertenecido al Imperio español, forman hoy las naciones latinoamericanas.



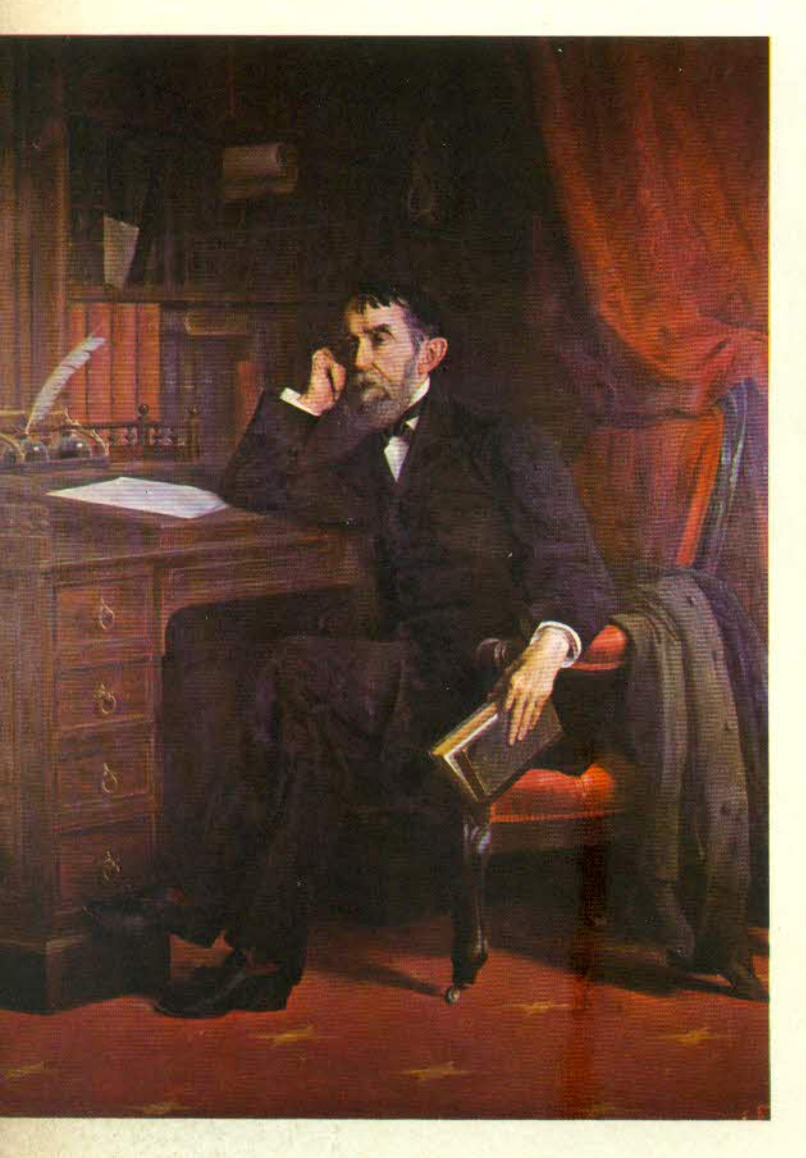
En la página opuesta, muerte del general Santander, según un lienzo de García Hevia. El colombiano Francisco de Paula Santander, militar y político, fue de los primeros que se incorporaron a la lucha para lograr la independencia. Combatió a las órdenes de Bolívar y fue presidente de la República entre los años 1832 y 1837.

No es, pues, asunto fácil presentar esa síntesis de hechos, de experiencias contradictorias, de soluciones y de anhelos no siempre compartidos, que cubre tantos y tantos años en un territorio que varía, cambia y se mueve, que con frecuencia transforma su nombre y modo de gobierno. Esa tarea no podía realizarla un solo investigador, por preparado que esté, y menos aún en esta época de énfasis especialista. Lo pudo intentar en el siglo pasado José Manuel Groot, para sólo proporcionar un nombre, en su amplia *Historia Eclesiástica y Civil de la*



Nueva Granada, empresa cargada de datos, documentos y tesis no claramente históricas. Fue también el afán que movió a José María Henao y a Gerardo Arrubla, en un primer intento de equipo historiográfico, para editar, en los primeros años del siglo XX, su *Historia de Colombia,* destinada a servir de texto de educación intermedia. Lo viene realizando la Academia Colombiana de Historia por medio de sus muy amplias colecciones *Historia Extensa de Colombia* y su *Complemento,* dirigidas fundamentalmente a los expertos, a los investigadores nacionales y extranjeros. Lo pretendió, en actitud más divulgadora, la empresa oficial de difusión de la cultura, Colcultura, con los tres tomos que conforman su *Manual de Historia de Colombia.* Obras todas ellas, y algunas otras que se nos escapan, que muestran con claridad la sentida necesidad de un conocimiento global del pasado colombiano.

No es la intención de esta publicación superar los anteriores esfuerzos, sino que más bien se ha querido permanecer en el campo concreto de la





divulgación moderna, la que emplea todos los recursos humanos posibles y todas las posibilidades editoriales y técnicas con que hoy se cuenta. Para ello se requería, como condición fundamental, de un grupo de especialistas y la colaboración estrecha de una firma editora que, como Salvat, pudiera poner a su servicio los recursos requeridos.

Se constituyó, pues, un amplio equipo de investigadores en diversos campos complementarios que sintieran el deseo de alcanzar esta ambiciosa meta y que compartieran además no sólo el reto, sino el propósito de enfrentarse a una obra de divulgación histórica, ya que este esfuerzo no va dirigido a los especialistas, sino al lector colombiano. No se realizó pensando exclusivamente en el hombre culto y buen conocedor de su realidad, sino, más bien, en ese que altivamente se denomina el *hombre de la calle* y que los especialistas no suelen tener en cuenta con la frecuencia deseable. Se pensó en la necesidad de conocimiento de su pasado que siente, busca y exige el colombiano, y que, por más de una razón, no puede llegar a satisfacer ni en la literatura especializada ni en muchas de las llamadas obras de divulgación, que a veces suelen expresarse paradójicamente en el lenguaje poco claro, de los expertos. En esta amplia obra colectiva no solamente se ha querido que hablaran los especialistas (es cierto que ellos tienen la última palabra explicativa, de ellos son los argumentos y los datos que expresan los hechos y mientan los su-

En la página opuesta, dos presidentes de la República de Colombia: Rafael Núñez (izquierda), según un cuadro pintado por Epifanio Garey, que ocupó la presidencia de 1880 a 1882, y José Vicente Concha (derecha), en una estatua de Gustavo Arcila Uribe. Concha fue presidente entre los años 1914 y 1918, los de la primera Guerra Mundial, manteniendo la neutralidad de nuestra nación.

cesos), sino que se ha pretendido que la realidad, por medio de la imagen, supliera las limitaciones de la expresión, el espacio y el tiempo. Constantemente se ha procurado que fueran los actores mismos de los hechos narrados, o sus inmediatos testigos, quienes expresaran a los lectores de hoy cuál fue su propia palabra, su interpretación inmediata.

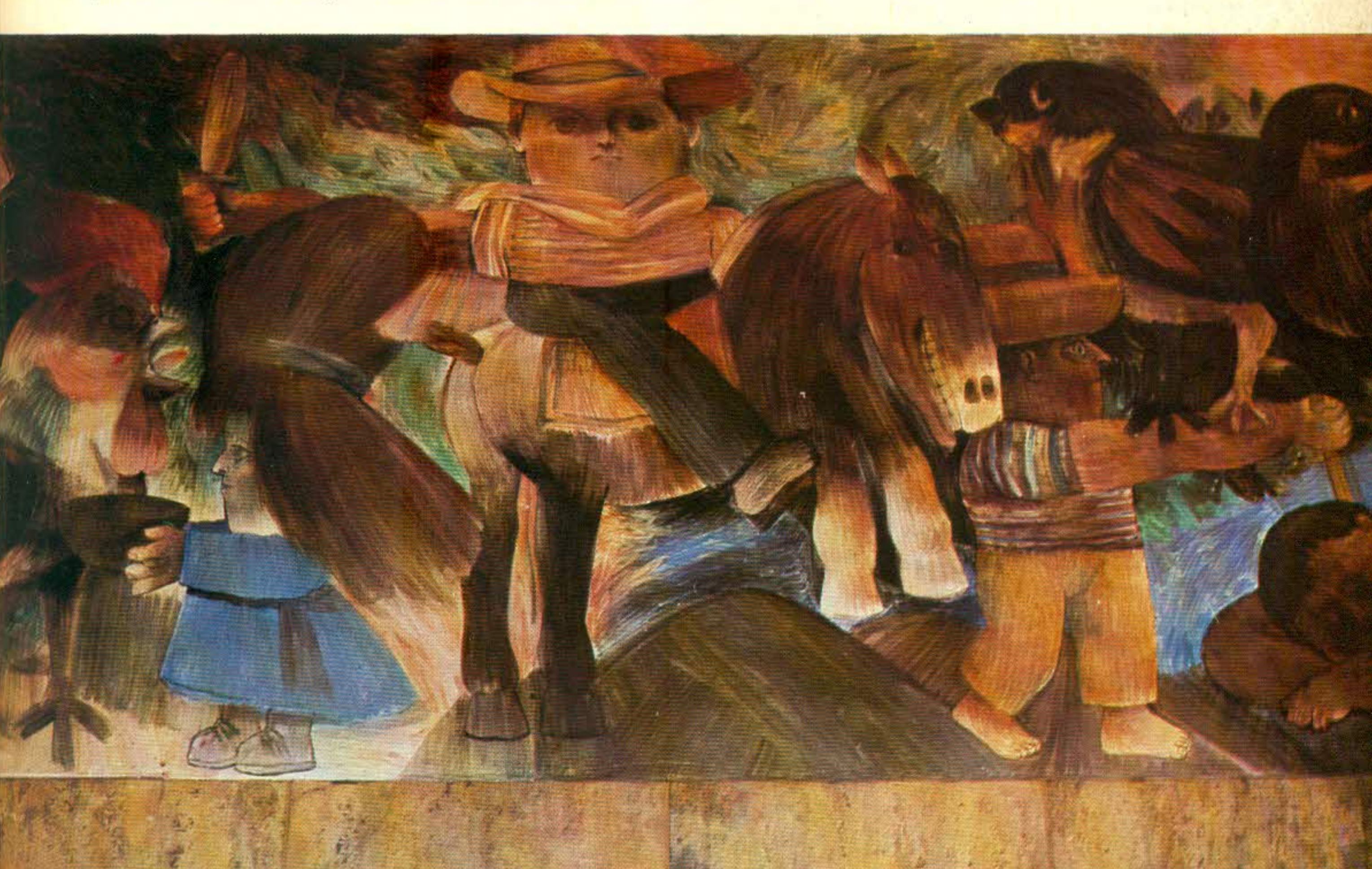
Es por ello por lo que esta obra, toda ambición, ha sido realizada por un grupo de profesionales, casi todos colombianos, de reconocido prestigio nacional e internacional, que representan tanto las disciplinas históricas en su variada gama como el conocimiento antropológico y arqueológico y las ciencias económicas y sociales. No sólo revelan la consolidación de estas disciplinas en el mundo colombiano y su manejo altamente profesional, sino que también son el exponente de las variadas tendencias y escuelas que en él se manifiestan. Sus colaboraciones permiten establecer, además, el nuevo estado de avance en que se encuentra cada una de estas ramas del saber universal que hoy ya se ha hecho nacional.

La totalidad de nuestra obra se ha dividido, para su más fácil manejo, en ocho volúmenes de dos tomos cada uno. El primero está dedicado a la época prehispánica y comprende un resumen geográfico, redactado por Camilo Domínguez, y la prehistoria y la etnohistoria colombianas, debidas a Gonzalo Correal Chaves, Ana María Groot y Roberto Pineda Camacho.

El volumen segundo sintetiza los procesos de descubrimiento y de conquista, y han colaborado en él Germán Arciniegas, Fernando Mayorga García, Jorge Morales, Roberto Pineda Camacho y Mauricio Obregón.

El tercero narra las vicisitudes de la colonia, y la exposición de los temas ha corrido a cargo de María Teresa Cristina, Fernán González, Gonzalo Hernández

Detalle de una pintura al fresco de Fernando Botero en el Banco Central Hipotecario de Bogotá. En el actual panorama artístico colombiano, Botero es uno de los más ilustres representantes de un arte universal con muy fuertes raíces latinoamericanas.





Una imagen representativa de la Colombia moderna y de sus relaciones con el mundo: el presidente de la República, Belisario Betancur, recibe al pie del avión a Ronald Reagan, presidente de EE.UU.

de Alba, Jorge Palacios, Inés Pinto de Escobar y Emilio Quevedo.

Los volúmenes cuarto y quinto están dedicados a la Independencia, desde la revolución de 1809 y 1810 hasta la disolución de la Gran Colombia. En ellos han intervenido Germán Arciniegas, Germán Cavalier, María Teresa Cristina, Marta Fajardo, Margarita González, Gonzalo Hernández de Alba, Guillemo Hernández de Alba, Pilar Moreno de Angel, Emilio Quevedo, Camilo Riaño y Amarilis Zaldúa.

El volumen sexto narra la movida historia de Nueva Granada y de los Estados Unidos de Colombia, y lo han redactado, María Teresa Cristina, Javier Ocampo López, José María de Mier, Marco Palacios, Emilio Quevedo, Gabriel y Olga Restrepo y Horacio Rodríguez Plata.

Los dos últimos volúmenes comprenden el amplio y denso período del desarrollo de la República de Colombia, el séptimo desde la Constitución de 1886 hasta el año 1923, y el octavo, de esa fecha hasta nuestros días. Su redacción la han realizado Arturo Alape, Mauricio Archila, Antonio Caballero, Antonio Cacua Prada, Enrique Gaviria Liévano, Alfredo Iriarte, José Olinto Rueda, Rodrigo Parra, Jaime Posada, Carlos Restrepo Piedrahita, Sylvia de Rueda, Enrique Sánchez, Eduardo Santa, Rubén Sierra Mejía, Bernardo Tovar y Eduardo Umaña Luna.

Todos los colaboradores, científicos y artísticos, son conscientes de la trascendencia que puede alcanzar una empresa de este tipo y también de sus necesarias limitaciones. Divulgar no implica simplificar, condensar no es sinónimo de criticar, resumir no es recortar u olvidar. Lo que constantemente se ha tenido en cuenta es que el objetivo final no es otro que ofrecer al público de hoy un amplio ensayo de síntesis histórica que satisfaga sus necesidades de hombres actuales, de habitantes o curiosos de Colombia en esas vísperas de la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América. Se harán sin duda muchas críticas a este trabajo y se señalarán muchas limitaciones; pero cabe esperar, sin embargo, que este esfuerzo supla muchas carencias formativas, llene más de un vacío educativo y satisfaga algún fallo de la memoria, además de contribuir a una toma de conciencia de lo que significa y ha significado ser colombiano y latinoamericano en su dimensión contemporánea. Es de desear que este intento suscite más de una reflexión, que sea tema de controversias; entonces sus autores sabrán que esa ambiciosa y necesaria meta que se había señalado se ha realizado de alguna manera.

GONZALO HERNÁNDEZ DE ALBA

Historia de COLOMBIA

La Colombia más Antigua I

Tomo 1

SALVAT

Directores:
Juan Salvat
Roberto García Rojas

Director de la obra:
Ricardo Martín

Director científico:
Gonzalo Hernández de Alba

Secretario de redacción:
Amancio Fernández

Coordinación general:
Sylvia Mallarino de Rueda

Equipo editorial:
Miguel Barrachina, Ignacio Cuervo, Roberto García Piedrahíta, Luis Poudevida, Teresa Salas, Emilio Sánchez, Rosendo Raimundo Verdaguer

Mapas:
Departamento Cartográfico de Salvat Editores, S.A.

Dirección artística:
Francesc Espluga

Colaboradores científicos de la obra:

Arturo Alape, Oscar Alarcón Núñez, Germán Arciniegas, Mauricio Archila, Fernando Barrero Ch., Antonio Caballero, Antonio Cacua Prada, Jorge Castillejo, Germán Cavelier, Gonzalo Correal, María Teresa Cristina, Alvaro Chaves, Camilo Domínguez, Luis Antonio Escobar, Marta Fajardo, Amancio Fernández, Pablo Gamboa, Jaime García Maffla, Enrique Gaviria Liévano, Fernán González, Margarita González, Ana María Groot, María Gussoni, Gonzalo Hernández de Alba, Guillermo Hernández de Alba, Alfredo Iriarte, José L. Lorenzo, Sylvia Mallarino De Rueda, Fernando Mayorga García, José María de Mier, Jorge Morales, Pilar Moreno de Angel, Mauricio Obregón, Javier Ocampo López, José Olinto Rueda, Jorge Palacios Preciado, Marco Palacios, Rodrigo Parra, Roberto Pineda Camacho, Inés Pinto Escobar, Jaime Posada D., Emilio Quevedo, Carlos Restrepo Piedrahíta, Gabriel Restrepo, Olga Restrepo, Camilo Riaño, Horacio Rodríguez Plata, Enrique Sánchez, Emilio Sánchez, Eduardo Santa, Rubén Sierra Mejía, Bernardo Tovar, Eduardo Umaña Luna, Roberto Velandia, Amarilys Zaldúa.

Fotógrafos:

Archivo Salvat, Sylvia Arango, Gilberto Cadavid, Emilio Constantino, Alvaro Chaves, Fernando Mayorga, Oscar Monsalve, Mauricio Puerta, Orlando Rangel, Juan Manuel Rengifo, Alberto Saldarriaga, Diego Samper, Gabriel Serra I Llimona, Germán Téllez, Fernando Urbina.

ISBN
OBRA COMPLETA: 958-620-046-9
OBRA EN FASCICULOS: 958-620-023-X
TOMO 1: 958-620-047-7

Impreso y encuadernado por Editorial Printer Colombiana Ltda - 1988





El espacio

Camilo Domínguez O.

CARACTERISTICAS FISICAS GENERALES

El clima

Colombia es un país ecuatorial-tropical y todo su espacio físico está caracterizado por el tipo de clima que se produce en la cintura del planeta. Como los rayos del Sol caen sobre su superficie con muy poca oblicuidad a lo largo de todo el año, no existen las estaciones. Es decir, no hay un ciclo anual de cambios en la temperatura que dependan de esa oblicuidad y de la mayor o menor duración de la insolación que se recibe durante el día.

Los cambios meteorológicos anuales más importantes son los períodos de lluvias y de secas, impropiamente llamados «inviernos» y «veranos». Estos períodos dependen de las bajas presiones producidas por el calor del Sol a medida que el desplazamiento de los rayos perpendiculares se va moviendo entre el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio (de julio a diciembre) y del trópico de Capricornio al trópico de Cáncer (de enero a junio). La máxima insolación trae lluvias, porque se produce el ascenso de grandes masas atmosféricas, calentadas y cargadas de humedad, que luego se transforman en nubes y en precipitaciones que convergen en el mismo sitio de su evaporación. Estas lluvias tienden a producirse cuando la insolación más fuerte cruza el Ecuador, o sea, de marzo a mayo y de septiembre a noviembre. Al contrario, los períodos secos suelen presentarse cuando los rayos solares son más oblicuos, hacia principio y mitad del año.

En el inicio del volumen, cámara sagrada, con la estatua de la divinidad solar en el centro, en la famosa zona arqueológica de San Agustín. A la izquierda, un tramo del curso del río Chicamocha entre la escarpada topografía de la región santandereña, en la que abundan los valles y mesetas entre abruptas montañas.

Tenemos entonces que, en la mayor parte del país, existen dos períodos anuales de lluvias y dos períodos anuales de seca. Sin embargo, en regiones como los Llanos del Orinoco y la Costa Atlántica, donde actúan con mucha fuerza los vientos alisios durante un tiempo prolongado, puede producirse solamente un período de lluvias y un período de seca al año.

Los alisios tienen, por lo tanto, una gran influencia sobre el país. Estas grandes masas de vientos planetarios, que vienen del nordeste en los primeros meses del año y del sureste a mediados del mismo, producen sequedad al barrer las planicies y descargan humedad en las altas montañas. Especialmente los alisios del nordeste, que soplan de las Azores hacia el mar Caribe, transforman profundamente las costas caribeñas de Colombia y de Venezuela, produciendo los semidesiertos de la Guajira y las costas secas del citado mar.

Bajo el impulso de los alisios Colón llegó a América y luego se produjo el éxodo humano que significó la conquista. Después, durante más de tres siglos, hincharon las velas de los barcos que hacían la travesía del Atlántico, llevándolos de Europa al Caribe. El regreso se realizaba con la ayuda de la corriente del Golfo, originada en nuestro cálido mar.

La ubicación

La situación geográfico-política de Colombia es de encrucijada; pero el país no ha tenido el impulso suficiente para sacar partida de ese recurso. Tener costas en los dos grandes océanos, territorios sobre inmensas cuencas fluviales, y el carácter de país andino, caribeño y centroamericano simultáneamente son factores que ofrecen enormes perspectivas para cuando exista la voluntad política de actuar con grandeza. Unos 1.600 kilómetros de costas sobre el océano Atlántico y los enclaves insulares de San Andrés y de Providencia, en el Caribe, proyectan el país sobre una gran plataforma marítima y

hacia el desarrollo del comercio con Europa, los Estados Unidos y la región caribeña.

Asimismo, el hecho de poseer 1.300 kilómetros de costa sobre el océano Pacífico determina una proyección hacia la gran cuenca, abarcando incluso el océano Indico. Actualmente hay un tímido comercio con el litoral pacífico americano y con el Japón, pero no hay comunicación con el resto de Asia, ni con Africa, ni con los lejanos vecinos de Australia e Indonesia.

Histórica y físicamente, Colombia forma parte del istmo de Centroamérica, ya que Centroamérica arranca desde el fondo del golfo de Urabá, y el Darién colombiano pertenece al centro y no a América



En la página contigua, una bella perspectiva de los llanos de Yucao. En estas grandes extensiones herbáceas se están haciendo los mayores esfuerzos para cimentar una economía más estable.

A la izquierda, mapa de Colombia que se encuentra en la Universidad Nacional, en Bogotá. La situación geográfica de Colombia es de verdadera encrucijada, con muchos kilómetros de costas en dos océanos y con territorios en grandes cuencas fluviales.



de Sur. Pero aunque ya existen fuertes vínculos políticos con la región, no hay todavía una conciencia definida sobre la hermandad geopolítica existente.

Pero la pertenencia regional al área andina es la más clara para el colombiano medio. El núcleo histórico del país, desde el pasado precolombino, se sitúa en el corazón de los Andes y desde allí se ha dirigido siempre la nación. Colombia es de los pocos países del mundo cuya capital, económica y cultural, está enclavada exactamente en el centro físico del territorio, lo que supone una enorme ventaja para la unidad nacional dadas las grandes diferencias de las regiones que componen el país. En las tres grandes cordilleras que cubren la parte occidental y central de Colombia se concentra más del setenta por ciento de la población, lo cual pesa mucho en la mentalidad del colombiano medio, y le induce a ver todo el territorio como si fuese solamente andino. Pero no es así, pues, más del cincuenta por ciento de Colombia se encuentra en las planicies orientales de la Orinoquia y de la Amazonia, una inmensa superficie que sólo se ha empezado a conocer realmente en las tres últimas décadas.

La pertenencia a la Panamazonia pone al país en contacto y comunicación con un territorio de cinco millones de kilómetros cuadrados y con la navegación interior del subcontinente de América del Sur. Poco a poco la nación va tomando conciencia de las potencialidades del Amazonas y se enfrenta decididamente al proceso de integrarlo.

Algo similar ocurre con los llanos herbáceos y con los bosques de la cuenca del Orinoco, com-

partidos con Venezuela. Aquí la presencia nacional se remonta al siglo XVI, y sin embargo es todavía débil. Hoy se hacen grandes esfuerzos para cimentar una economía estable que permita un poblamiento moderno y una relación equilibrada con la contraparte venezolana.

En definitiva, el hecho es que Colombia pertenece a siete grandes regiones geográficas-políticas de importancia mundial, además de ser la unión entre América del Sur y América Central. Todos estos elementos de ubicación deben ser tenidos en cuenta para comprender su pasado, su presente y su futuro.

El factor altitudinal

Si para comprender las características climáticas de las regiones de la planicie es necesario tener en cuenta la ubicación planetaria, los alisios y la distribución de las lluvias, para el estudio de las regiones montañosas hay que agregar la influencia de la altura.

A medida que se asciende en los Andes colombianos se produce una disminución de la temperatura media en orden de un grado centígrado por cada 200 metros, aproximadamente. Esto tiene una fuerte influencia, especialmente sobre la flora y, por lo tanto, sobre la actividad agrícola en las montañas. Cada vegetal tiene una temperatura óptima y una máxima y mínima para su desarrollo. Por eso, a medida que se asciende, van cambiando las formaciones vegetales, las plantas económicas y las actividades humanas en la agricultura.

En su forma natural, antes de la intervención humana, cada piso térmico tiene algunas plantas que lo tipifican: en el piso cálido (0 a 1.000 metros) predominan las palmas, tanto en las selvas como en las llanuras herbáceas con alguna humedad; en el piso térmico templado (1.000 a 2.000 metros) lo que más abunda son las guaduas; en el térmico frío (2.000 a 3.000 metros) dominan los chusques, robles y encenillos; finalmente, en el piso paramuno (de 3.000 a 4.800 metros) predominan los frailejones. A partir de los 4.800 metros se alcanzan temperaturas de cero grados casi permanentes y la tierra se cubre de hielos; por eso desaparecen las plantas, con excepción de algunos líquenes en las rocas que salen fuera del hielo.

Esa secuencia altitudinal de las plantas y de los cultivos era conocida y utilizada prácticamente por los pueblos precolombinos, en especial por los chibchas, estableciéndose entre los diversos pisos térmicos un activo intercambio que permitía la utilización de los productos de cada zona entre los grupos más desarrollados.

El gran científico prusiano Alexander von Humboldt y el granadino Francisco José de Caldas dieron carácter científico a ese conocimiento empírico, dando así origen a la *Geografía de las Plantas*, uno de los elementos claves para analizar las regiones colombianas.

Regiones naturales

El juego de los factores analizados produce una diferenciación física, horizontal y vertical, notablemente compleja, que convierte a Colombia en un mosaico de regiones. Hay en efecto grandes regiones naturales que presentan, al menos, un factor común homogéneo, distinguiéndose como grandes conjuntos geográficos. Al mismo tiempo, cada una de estas grandes regiones presenta diferencias que constituyen otras regiones de menor extensión, en una sorprendente variedad.

Esas grandes regiones geográficas son cinco: la Llanura Atlántica, la Región Andina y Valles Interandinos, la Costa Pacífica, la Orinoquia y la Amazonia.

La llanura Atlántica

Se denomina así a una extensa región, en su mayor parte llana, pero con islas montañosas, que se presenta entre las últimas estribaciones de los Andes, en su extremo norte, hasta las costas del Atlántico. Incluye el bajo Magdalena a partir de Gamarra, el bajo Cauca, el San Jorge, el Sinú y el golfo de Urabá. A causa de los alisios del nordeste y de las inundaciones de los ríos, esta región pesenta fuertes contrastes de sequedad y de grandes áreas inundadas.

La parte más influida por los alisios es el extremo nordeste, la península de la Guajira. Durante ocho meses, los vientos planetarios barren la zona y la desecan, especialmente en la costa, arrastrando arenas tierra adentro. El agua desaparece de la superficie, formándose un semidesierto en donde sólo sobreviven plantas adaptadas a la sequía prolongada, como los cardos espinosos y los trupillos. La formación de extensas dunas cerca de las costas

acentúa el carácter del paisaje desértico bajo un cielo intensamente azul. En medio de los matorrales vagan rebaños de cabras, que se alimentan de esas plantas espinosas. Esas cabras y algunos burros son toda la riqueza de los indígenas guajiros, pastores y pescadores, que viven en la región en pequeñas rancherías muy dispersas.

Ese mundo quieto, en el cual sólo se escucha la llamada de las cigarras, el silbido del viento y el balido de los cabritos, se convierte en rugir de máquinas al sur de la Guajira. La región carbonífera de El Cerrejón, una de las mayores minas del planeta, transforma radicalmente el paisaje con sus excavadoras, trituradoras, camiones, trenes y barcos. La falta de recursos energéticos hace que se concentren allí inversiones enormes de capital y de mano de obra, que han convertido ese mundo pastoril en frenesí económico.

Entre la Guajira y las sabanas, al oeste, se interpone el macizo de Sierra Nevada de Santa Marta. Se trata de una inmensa mole montañosa que se eleva, solitaria, desde las playas del Caribe hasta los picos nevados de La Horqueta, a 5.775 metros, la mayor altura de Colombia. Es una pirámide de 150 kilómetros de longitud por 80 de anchura, cuyas caras se elevan en pendientes muy abruptas y acanaladas por la acción de muchos ríos que se despeñan entre abismos. Allí, entre las neblinas de profundos cañones cubiertos de selva, vivió el pueblo tairona, sobre terrazas artificiales escalonadas verticalmente, en un prodigio de primitiva ingeniería y de ardua labor.

Hacia el oeste y el sureste de la Sierra descienden una serie de ríos, como el Sevilla, el Fundación,

Paisaje típico de la península de La Guajira, que se inserta en la región de la Llanura Atlántica. Es una zona semidesértica, azotada constantemente por los vientos alisios y de pobre economía.



el Frío, el Cesar, etc., que, al llegar a la planicie, son utilizados para irrigar grandes áreas de cultivos comerciales. A lo largo y a lo ancho de miles de hectáreas, en regiones donde antes se practicaba la ganadería extensiva, se extienden ahora los cultivos de banano, arroz, algodón y soya, los que, gracias a esa irrigación, transformaron totalmente la economía de la zona. Fue precisamente en la zona entre Ciénaga y Fundación donde se ubicó la bananera de la *United Fruit*, tristemente célebre por la llamada «matanza de las bananeras» en 1928.

El río Magdalena, con todo su complejo de afluentes, lagunas, playones y áreas inundables, constituye el eje geográfico-económico de toda la Llanura Atlántica. La región del delta, que se extiende desde la boca del canal del Dique hasta el extremo oriental de la Ciénaga Grande de Santa Marta, es el núcleo histórico más antiguo del país. Las viejas ciudades de Santa Marta y de Cartagena, con su navegación a través de lagunas y de canales que penetran en el río Magdalena, anteceden en muchos años al puerto de Barranquilla, situado en la desembocadura del citado río. El desarrollo de la navegación a vapor permitió la utilización de las Bocas de Ceniza en forma permanente, pues con anterioridad, dada la fuerza del agua y los consiguientes peligros para la navegación, los pequeños barcos veleros y los champanes coloniales evitaban entrar por allí, prefiriendo la entrada por la Ciénaga de Santa Marta y por el canal del Dique.

Aguas arriba se encuentra la depresión momposina, una región de tierras bajas cruzada por una red de ríos y de canales que se desbordan en infinidad de lagunas durante el período de lluvias. Todo ese mundo acuático converge en el viejo puerto de Mompós, en la isla de su nombre, al sur del departamento de Bolívar. A los dos brazos del Magdalena que rodean la isla llegan las aguas de los ríos Cauca, Cesar y San Jorge, que se comunican entre sí por medio de numerosos caños, lagunas y brazuelos durante la época en que el Magdalena se desborda. Entonces, en las pocas zonas emergidas, como islas, se refugian los campesinos con sus animales hasta que las aguas descienden en el «verano» y pueden regresar a sus cultivos.

En las sabanas inundables del sur del Cesar, Bolívar y Sucre, que alternan con lomeríos y pequeñas serranías, predominan las grandes haciendas de ganadería extensiva. Al producirse las inundaciones, el ganado es conducido a las zonas altas, donde hay pastos por ser período de lluvias, y allí permanece hasta que, al llegar la sequía, los pastos de las alturas se secan. Entonces el ganado regresa a las tierras bajas, donde encuentra la hierba tierna que va surgiendo, tras la retirada de las aguas, en esos suelos húmedos y fértiles. Ese tipo de economía, eficaz pero primitiva, requiere inmensos latifundios para poderse practicar. Por eso se produce un conflicto continuo entre latifundistas y campesinos, que exigen cambios drásticos en la tecnología y en la tenencia de la tierra.

Un tramo del río Sinú, que nace en el parque natural del Cerro del Paramillo. Esta vía fluvial da vida a toda la Región Sinuana y en su curso bajo predominan las grandes haciendas ganaderas.

Esta misma economía se practica también en la región sinuana, en Córdoba, aunque en ella las zonas inundables son menores, excepto en las ciénagas de Betancí, en Ciénaga Grande y en Tinajones. El río Sinú, que nace en el parque natural del cerro de Paramillo, es la arteria de la región y sin su influencia no se comprendería el pasado, el presente y el futuro de ella. La parte superior, encerrada entre las serranías de Abibe y de San Jerónimo, ofrece condiciones óptimas para construir una gran represa en el sitio de Urrá, aunque existen ciertas condiciones de orden económico y ecológico que se deben de tener en cuenta para llevar a cabo esta obra. Más abajo, a lo largo del curso, predomina la gran hacienda ganadera, los pueblos de vida lacustre a orillas de las grandes ciénagas y las ciudades-puerto del Sinú. En las cercanías de esas ciénagas es posible encontrar restos arqueológicos de pueblos que vivieron allá hace miles de años, que quizá fueran pescadores y recolectores de moluscos o, posiblemente, los primeros agricultores de América del Sur.

Siguiendo el recorrido hacia Occidente se pasa a la serranía de Abibe, llegando luego a la región del golfo de Urabá y al bajo Atrato. Allí aumenta notablemente la humedad y la lluvia debido a la influencia de las corrientes cálidas del Pacífico, que ya están muy cerca. Además, las aguas del golfo. que penetran tierra adentro a lo largo de más de

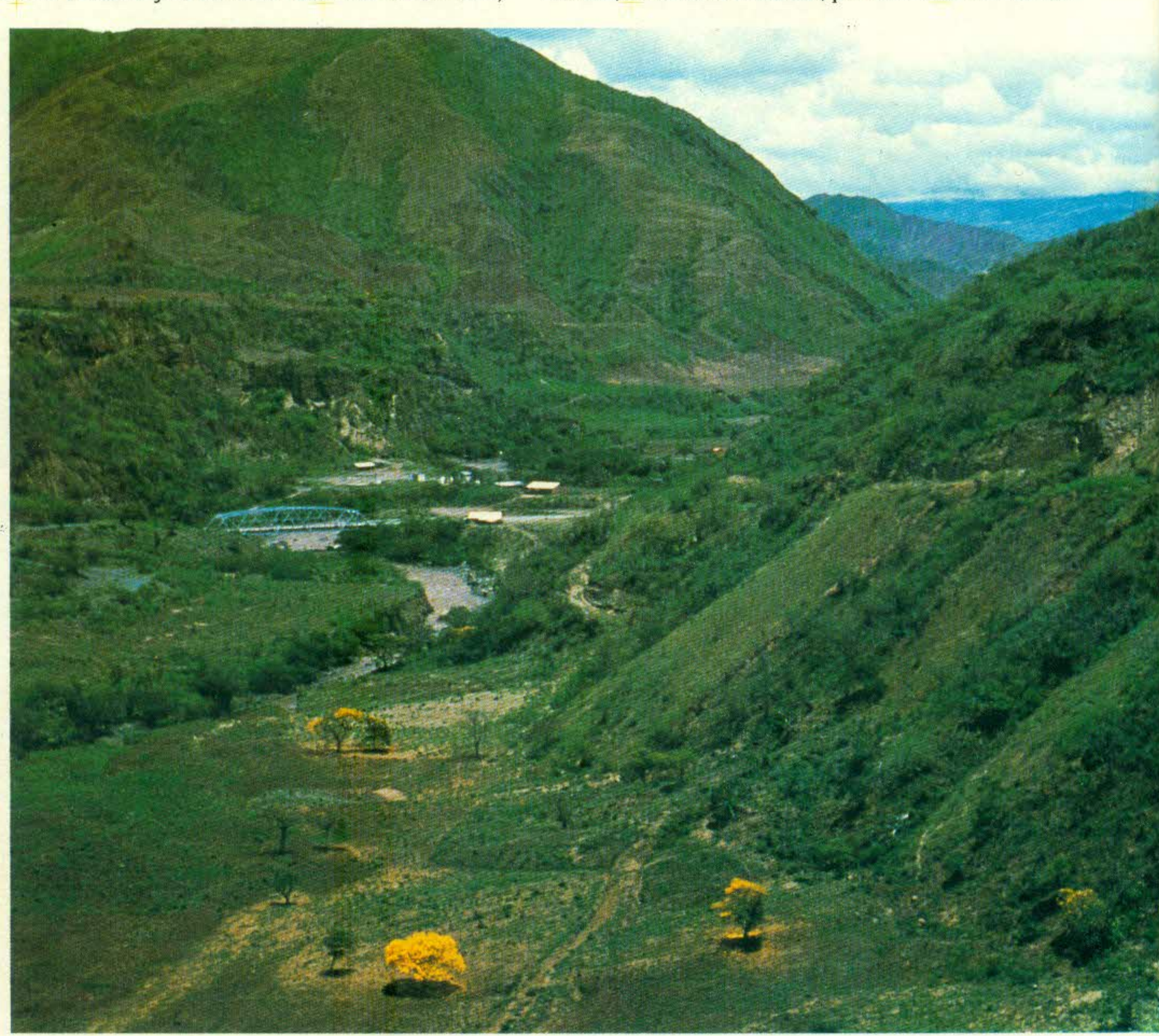


ochenta kilómetros, unidas a las aguas del Atrato, forman una zona de evaporación muy extensa. Aparece entonces una selva densa, que es continuación de la del Pacífico.

El bajo Atrato, al ser represado por las mareas, especialmente en la época de lluvias, inunda un área muy extensa de suelos cenagosos. Esa es el área conocida como el Tapón del Darién, que antaño dificultaba el paso entre América Central y la del Sur. Al otro lado están las serranías del Darién colombiano, en el istmo de Centroamérica. Allí, el océano Pacífico y el océano Atlántico se acercan, sobre el mar abierto, a una distancia de 170 kilómetros entre las dos costas. Y si se considera el bajo Atrato como una prolongación del golfo, por su gran profundidad, la distancia entre los dos mares se reduce a 60 kilómetros en el Boquerón del Napipi, entre el río Atrato y la bahía de Cupica.

La Región Andina

La cordillera de los Andes cubre la mayor parte del Occidente de Colombia, la parte central y la parte nororiental. Son tres cadenas montañosas formadas, en su casi totalidad, por el levantamiento de



sedimentos marinos a grandes alturas y durante varios millones de años.

Como un gran árbol pétreo, esta cordillera presenta un tronco único al suroeste, en la frontera con Ecuador. Es el denominado Nudo de los Pastos, del cual se desprenden luego la cordillera Occidental y el macizo Colombiano, que, a su vez, es el origen de las cordilleras Central y Oriental. El Nudo de los Pastos es un arrugado panorama de volcanes y de nevados, surcados por profundos cañones excavados sobre sedimentos volcánicos por los muchos ríos que descienden de las nieves perpetuas. Aquí y allá, al pie de las moles montañosas, aparecen pequeños altiplanos de suelos volcánicos, aprovechados palmo a palmo por el laborioso campesino nariñense, especialmente para el cultivo de la papa. Sobre esos altiplanos fríos se encuentran las ciudades de Pasto, Túquerres e Ipiales.

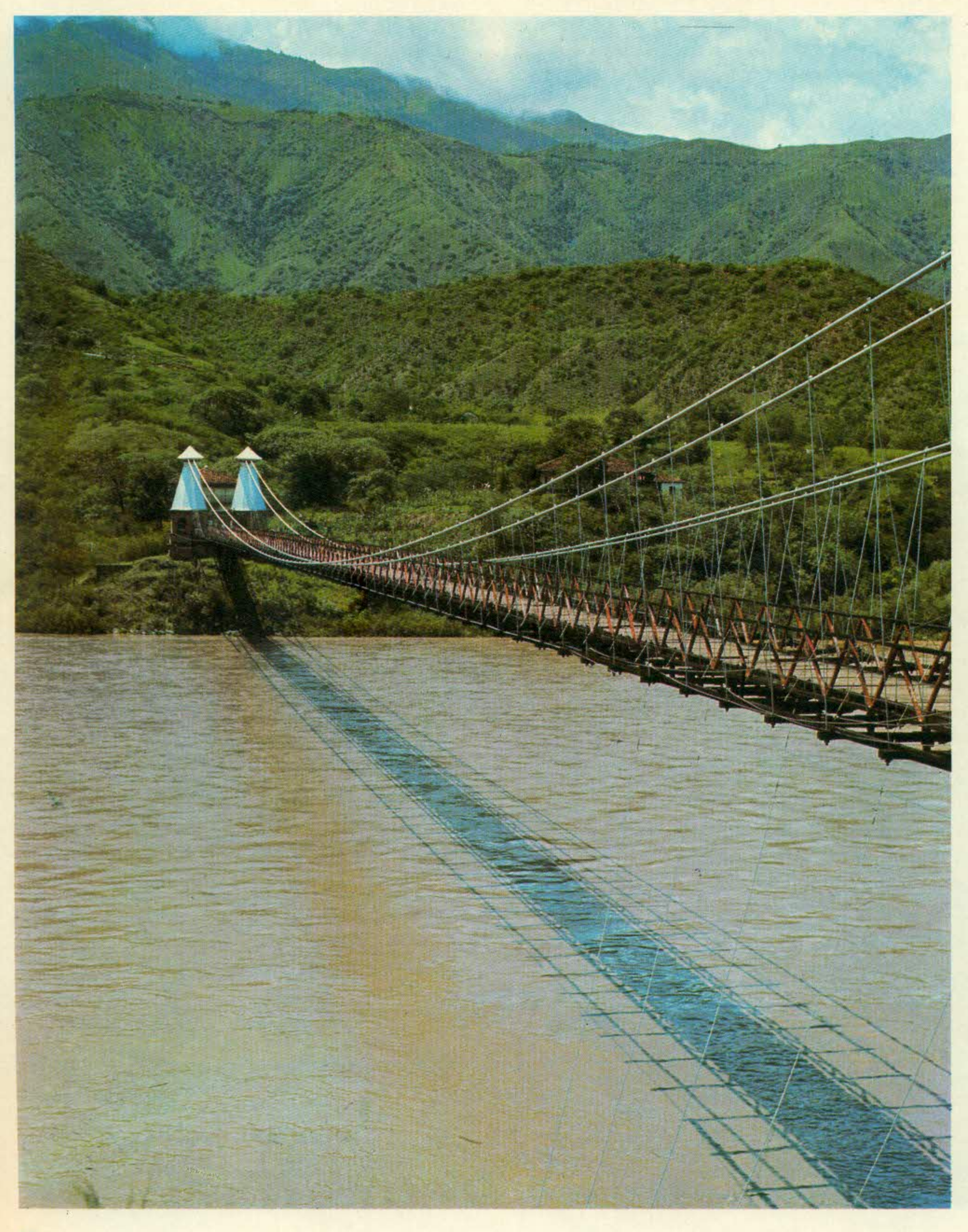


Panorámica del valle del Patía, en el departamento del Cauca. Se trata de un valle longitudinal, con alturas medias de 500 y 1.000 metros, que pone en comunicación, excepto en los cañones de la Virginia y de Liborina, el norte y el sur de nuestro país.

Más al norte, los valles del Patía y del Cauca separan la cordillera Occidental de la Central. A partir del corte que forma el Patía para abrirse paso hacia el Pacífico (llamado la Hoz de Minamá) se encuentra la cordillera Occidental, que corre paralela a la costa del océano hacia el norte, hasta llegar al cerro de Paramillo. Allí se divide en tres ramales bajos que se pierden en la llanura atlántica en forma de serranías: Abibe o las Palomas, que terminan cerca del puerto de Arboletes; San Jerónimo, que se prolonga en forma de cerros separados hasta las cercanías de Planeta Rica, y Ayapel, que termina antes de monte Líbano.

El valle longitudinal del Patía-Cauca es una comunicación entre el sur y el norte de Colombia, menos en los angostos cañones de la Virginia y de Liborina. El valle del Patía, con alturas medias entre 1.000 y 500 metros, se encuentra incrustado entre las cordilleras, presentando un clima cálido y seco que, en algunos lugares, llega a ser totalmente árido. La divisoria de aguas con el río Cauca se efectúa en la Cuchilla del Tambo, una prominencia desde la cual se divisa la parte superior de los dos valles, que son surcos profundos excavados por los ríos a través de los sedimentos volcánicos producidos por los volcanes del Puracé y los Coconucos. Esos sedimentos forman un altiplano templado donde se encuentra Popayán, una de las ciudades más importantes de la colonia, al pie del volcán Puracé.

El Cauca, que nace en la cordillera Central, pasa cerca de la citada ciudad de Popayán y atraviesa la planicie hasta el pie de la cordillera Occidental. Aquí se encamina hacia el norte, encañonándose profundamente. Por fin, en el sitio de la Balsa, llega a un valle amplio, en donde se expande formando suelos aluviales muy fértiles. Ese es el valle del Cauca, una región de extraordinaria belleza, con verdes llanuras en medio de montañas azules. Son 200 km de longitud y 20 ó 25 de anchura, totalmente cultivados y con muchas ciudades. Hoy es uno de los epicentros económicos del país, espe-





A la izquierda, puente tendido sobre el río Cauca en Santa Fe de Antioquia. Este río, que nace en la cordillera Central, forma el extenso valle de su nombre, de gran belleza y uno de los epicentros económicos de Colombia. Arriba, el nevado de El Huila, según una acuarela de la Comisión Corográfica.

cialmente por el desarrollo de la agroindustria del azúcar.

El río Cauca se encañona nuevamente en el sitio de la Virginia, al abandonar el valle, y sus aguas sólo vuelven a ser tranquilas entre las poblaciones de La Pintada y Liborina. En este trayecto se encuentran grandes fincas ganaderas que cubren la mayor parte de las necesidades de carne en Antioquia. A partir de Liborina, una vez más se encañona el río hasta llegar a la planicie atlántica, en el sitio de Caucasia. De aquí en adelante la navegación es tranquila.

Volviendo a la cordillera Central, al norte del río Mayo se encuentra el macizo Colombiano, que en ese punto se desprende del Nudo de los Pastos como cordillera independiente. El nombre de macizo, dado por los españoles, es una denominación muy adecuada para esa imponente masa de altísimas montañas que se elevan hasta alcanzar las nieves perpetuas en medio de un rosario de impresionantes volcanes. Extensos páramos, cubiertos de pajonales y de frailejones, visten estas montañas por encima de los 3.000 metros. Neblinas y lloviznas casi constantes crean un mundo semiacuático, que escurre agua sobre un suelo permanentemente húmedo. En este lugar, a muy corta distancia uno del otro, nacen varios de los gigantes fluviales de Colombia: el Caquetá, el Magdalena, el Cauca y el Patía, los cuales, por dirigirse hacia todos los puntos cardinales, constituyen en esos páramos una estrella fluvial colombiana.

La cadena de los volcanes de Coconucos, al norte del macizo, finaliza con el volcán Puracé. Más al norte está la depresión del páramo de Guanacas y el cañón del Páez, uno de los pasos más importantes entre los valles del Magdalena y del Cauca. Luego, la cordillera se eleva nuevamente en el imponente volcán nevado de El Huila, con sus tres pi-

cos de hielos azules y sus faldas cubiertas de selvas hasta los 3.500 metros de altitud y envueltas en masas de flotante niebla.

Entre el nevado de El Huila y el del Tolima se extiende un eje de páramos, cuyos pasos más bajos, en Miraflores y en La Línea, están por encima de los 3.000 metros. Después la cordillera Central se levanta para formar uno de los espectáculos más bellos de la naturaleza: el Parque de los Nevados, una diadema de nevados con vertientes de arenas volcánicas cubiertas con el ropaje gris de los frailejones. A sus pies hay pequeñas lagunas y riachuelos, de aguas limpias y transparentes, que luego se precipitan en miles de cascadas hacia las llanuras. Este mundo blanco se matiza intensamente con el negro profundo de los basaltos, con sus agudas aristas en las que silba el viento de las alturas. Primero aparece el cono aislado del Tolima, luego el Quindío, con su punta roma, el Santa Isabel y el Cisne, de nieves intermitentes y, por último, el imponente nevado del Ruiz, con sus 5.400 metros de altura.

Más al norte, el macizo Antioqueño, con sus rocas cristalinas (batolito), productoras de oro, conforma el epicentro de un nudo de montañas en donde los hombres compiten con las águilas para erigir sus pueblos sobre el filo de los abismos. En las minas o en las arenas auríferas de los ríos se formó inicialmente un pueblo de recios mineros, con un sentido muy desarrollado del negocio y del trabajo. Luego, con el desarrollo del cultivo del café en el Occidente, surge un campesinado cafetero que puebla las vertientes en las que se produce el grano. Hoy la minería se concentra en los afluentes del Nechi y en las últimas estribaciones de la cordillera Central, especialmente en la serranía de San Lucas, en el departamento de Bolívar.

Entre las altas montañas nevadas de la cordillera Central y los altiplanos y macizos de la Oriental se encuentra el valle del Magdalena. Este río tiene su origen en tres lagunas del macizo: la Magdalena, San Rafael y el Buey, situadas a unas alturas superiores a los 3.000 metros. Luego se precipita en un cañón de fuerte declive hasta llegar a la planicie, después de pasar por las terrazas y lomeríos de San Agustín e Isnos, cuna de la cultura megalítica de San Agustín. Esta región del alto Magdalena se extiende hasta el puerto de La Dorada, en Caldas. Pasado Pericongo, el valle se amplía poco a poco y se hace más seco. Por eso se presenta un fuerte contraste entre las tierras irrigadas y las que son pobres en agua. Es el verde esmeralda de los arrozales al lado del amarillo de los potreros en las lomas, o los bosques de las cacaoteras al lado de los suelos desnutridos de color rojizo de las barrancas peladas. El agua da o quita atributos en un medio en el que la irrigación es difícil, pese a la abundancia de ríos y quebradas que descienden de las cordilleras. Como las corrientes se encajonan fácilmente entre los sedimentos arcillosos que conforman el valle, se forma un mosaico de bancos o tierras altas allí donde no llega el regadío y, en cambio, la escorrentía de las aguas es muy acelerada. La pérdida del agua superficial, unida a un clima seco, produce paisajes de extensos cardonales, como el que se extiende al norte de El Huila y al sur del Tolima, entre Neiva y Natagaima.

Este condicionante físico se convierte en riqueza gracias a la técnica. Las zonas irrigadas con el agua de los canales del Coello y el Saldaña pudieron ser totalmente mecanizadas y hoy constituyen uno de los epicentros agrícolas de Colombia, en la región del Tolima.

El Magdalena comienza a ser navegable, con cierta facilidad, a partir del puerto de Honda, el que fue el gran puerto colonial para la navegación por el río. Hoy, sin embargo, esa navegación se realiza primordialmente a partir de La Dorada. En este lugar se inicia la región del Magdalena medio, que es mucho más húmeda y deshabitada que la parte superior. Hasta hace pocos decenios totalmente cubierto de selvas vírgenes, el Magdalena medio está siendo sometido actualmente a un fuerte proceso de colonización que transforma las selvas en potreros y en ciudades. Y la industria petrolera, que tiene su centro en Barrancabermeja, acelera, aún más, esa transformación.

Continuando con la gran Región Andina, la cordillera Oriental, la más prolongada y compleja, ofrece mayor cantidad de subregiones. Arranca del

El nevado del Quindío representado en una acuarela de Manuel María Paz que se conserva en la Biblioteca Nacional. Este nevado forma parte de la zona llamada Parque de los Nevados, un lugar de excepcional belleza.



macizo Colombiano como una cordillera baja que, cerca de Pitalito, forma una depresión que es el paso natural hacia el bajo Caquetá y el bajo Putumayo y a través de la cual se construye la carretera Pitalito-Mocoa. Más al norte se encuentra la región montañosa selvática del Pato y Guayabero, un laberinto de ríos y de montañas que enlaza con la serranía de La Macarena.

A partir del paso de la Uribe, depresión que permite la fácil comunicación entre El Huila y los Llanos Orientales, se presenta el enorme macizo de Sumapaz. De allí hasta el barrio de Tunjuelito, en Bogotá, hay 150 kilómetros en línea recta, pero mucho más sobre el terreno. El viajero se introduce aquí en un mundo diferente, labrado por los hielos de las glaciaciones del pleistoceno. Las montañas se elevan hasta alturas superiores a los 4.000 metros en medio de grandes artesas en las que antes había hielo. En el fondo de ellas casi siempre hay lagunas rodeadas de paredes verticales que se reflejan en el agua. Alrededor, un mundo de silencio, en donde los frailejones, con sus rosetas de hojas grises, parecen penitentes fantasmales en medio de las nieblas. Hacia el oeste, las vertientes dejan deslizar las aguas que forman la cuenca del río Sumapaz. Sobre esas faldas hay numerosos pueblos



cafeteros y paneleros, como Pandi, Cabrera, Icononzo o Fusagasugá, en donde, a principios de siglo, se desarrolló una intensa lucha por la tierra.

Al norte del macizo de Sumapaz, la cordillera Oriental se abre en dos brazos que rodean una extensa planicie, con una altura media de 2.600 metros sobre el nivel del mar: es la altiplanicie de Bogotá. Su suelo se originó con los depósitos lacustres de un lago que antaño ocupó la cubeta; de ahí la riqueza de sus suelos. En las márgenes de esa altiplanicie vivió el grupo indígena más desarrollado de la época precolombina: los muiscas. Posteriormente los españoles fundaron en este lugar Santa Fe de Bogotá. Esta es actualmente la mayor urbe del país, con más de cinco millones de habitantes que hoy invaden gran parte de esos ricos suelos para construir sus viviendas.

A la altiplanicie de Bogotá le suceden, hacia el norte, otros pequeños altiplanos que también fueron asiento de los muiscas y del imperio colonial: Ubaté y Chiquinquirá, donde se encuentra la laguna de Fúquene y nace el río Suárez, y el altiplano de Sogamoso, donde, un poco aparte, se encuentra la laguna de Tota y el centro metalúrgico de Paz del Río. En su conjunto, toda esta región montañosa e intensamente poblada se conoce como la región cundi-boyacense, con sus epicentros en Bogotá, Tunja, Sogamoso y Chiquinquirá.

Al norte del Chicamocha, las montañas se en-

En la página anterior, la sabana o altiplanicie de Bogotá, que se encuentra a 2.600 metros sobre el nivel del mar. En esta altiplanicie los españoles fundaron Santa Fe de Bogotá, hoy capital de la nación.

Abajo, la famosa y legendaria laguna de Guatavita, en la región de Cundinamarca. En sus orillas vivieron los muiscas, el grupo indígena más desarrollado que encontraron los españoles en la planicie de Bogotá.



cañonan en profundos valles cálidos, donde vive una población campesina dedicada a pequeños cultivos, especialmente del tabaco. En las vertientes aparecen numerosos poblados situados en pequeñas terrazas, colgando sobre los abismos. Allí, en la región de Santander, el hombre lucha permanentemente en un medio difícil para sostener su parcela y su precaria independencia, lo cual se refleja en las condiciones extremas a la cual llega ese campesinado.

Manglares en Tumaco, con sus características raíces que parecen surgir del agua en lugar de hincarse en la tierra. Son árboles adaptados al agua salada y se encuentran particularmente en el litoral del Pacífico.

La Costa Pacífica

Se denomina así a la angosta zona que se extiende, de norte a sur, entre la cordillera Occidental de los Andes y las aguas del océano Pacífico, con excepción del golfo de Urabá.

La región se caracteriza por su intensa humedad y su alta temperatura. Es una zona costera que recibe la influencia de las corrientes y contracorrientes ecuatoriales cálidas, que producen un gran remolino sobre el golfo de Panamá, conformando una zona de bajas presiones e intensa evaporación. Esa evaporación llega a las costas y penetra por el interior, produciendo continuos aguaceros de mucha fuerza, que se intensifican al chocar las nubes contra los Andes.

Por eso, el área de mayor lluvia es la cadena de lomeríos en el piedemonte de la cordillera Occidental que, al mismo tiempo, es un área de minería de aluvión. En este lugar las arenas auríferas que descienden de la parte alta se depositan por gravedad, junto con las gravas y materiales más gruesos que arrastran los ríos. Una población en su mayoría negra se dedica a lavar esas arenas con bateas (mazamorreo) para extraer el oro. Además, en algunas zonas hay dragas de compañías mineras que también extraen oro con métodos más modernos. Las principales zonas mineras del Pacífico han sido: el Alto Atrato, el Alto San Juan, el Dagua-Raposo y el Patía-Yurumanguí. Ya desde los inicios de la conquista se fundaron pueblos mineros, pese a las difíciles condiciones climáticas que allí imperaban.

La parte sur del Pacífico colombiano es una planicie ancha, puesto que la cordillera Occidental se separa mucho del litoral. Esa llanura es menos húmeda que la parte norte, debido a la acción que ejerce una rama de la corriente fría de Humboldt, que pasa no muy lejos de la costa, en las cercanías de la isla Gorgona. La corriente fría condensa la humedad y estabiliza parcialmente la atmósfera, transformando un clima superhúmedo en simplemente húmedo. Esa llanura es la única parte del Pacífico colombiano donde se desarrolla una ganadería permanente, ya que el descenso de la humedad reduce la existencia de plagas y de enfermedades.

Ya en el Cauca y el Valle, la cordillera se aproxima a la costa y lanza espolones que llegan muy cerca del mar. El andén del Pacífico se hace muy angosto y los ríos son de curso muy corto, pero relativamente caudalosos por la lluviosidad alta de la región. La selva se hace más densa y los suelos son más pobres por el constante lavado producido por los aguaceros.

Esa costa, desde la frontera con Ecuador hasta el cabo Corrientes, a lo largo de 800 kilómetros, es baja y cenagosa. Las únicas excepciones son los acantilados de la isla del Gallo, cerca a Tumaco y de Ladrilleros, donde los espolones de la cordillera tocan el mar. En estas costas bajas el mar penetra tierra adentro a lo largo de muchos kilómetros, a través de canales o de ríos de agua salada lamados esteros. Cada seis horas, el flujo de las aguas en los esteros cambia de dirección: cuando sube la marea, el agua penetra tierra adentro y cuando baja el agua fluye hacia el mar. Para un conocedor de esos parajes es fácil recorrer cientos de kilómetros por esos esteros viajando siempre a favor de la corriente. Aquí predominan las plantas adaptadas al agua salada, especialmente el mangle rojo (*Rizophora*) y el mangle blanco (*Avicenia*); son plantas que se caracterizan por sus raíces aéreas, que sobresalen del agua en forma de zancos, con lo cual se protegen de las olas, se oxigenan y cumplen el papel de acumular suelo a su alrededor, ganándole tierra al mar.

En este litoral se encuentran la bahía y puerto de Tumaco; la gran bahía de Buenaventura y el puerto de ese nombre, con un intenso tráfico marítimo y la bella bahía de Málaga, donde se construye una base militar para la marina de guerra.





Visión típica del paisaje de las llanuras orientales de Colombia, planicies que parecen ilimitadas, cubiertas de pajonales naturales y cortadas de vez en cuando por grupos aislados de árboles.

Más al norte aparece una sierra costera que, a partir de cabo Corrientes, crea una costa alta y acantilada: es la serranía del Baudó. Su máxima altura no sobrepasa los 1.000 metros sobre el nivel del mar y su anchura media es de 20 km. Su mayor importancia actual está en la posibilidad de construir sobre ella el tramo de la carretera panamericana que hace falta para unir a Colombia con Panamá.

Entre la serranía y la cordillera Occidental se encuentran dos valles fluviales que forman un corredor continuo: los valles de los ríos Atrato y San Juan. Los nacimientos de ambos ríos, en la cordillera Occidental, están muy cerca uno del otro. Descienden luego hacia la planicie en valles paralelos, pero después siguen rumbos totalmente opuestos: el Atrato hacia el norte y el San Juan hacia el sur. La pequeña prominencia que los separa, conocida como el istmo de San Pablo, tiene una anchura de 23 km y es canalizable. No sería difícil conseguir el paso de pequeños barcos, entre el Atlántico y el Pacífico, con un costo relativamente bajo.

Debido a la intensa lluviosidad en esta parte alta, que algunos años llega a sobrepasar los 10.000 milímetros, esos ríos son navegables en cuanto llegan a la planicie. A su paso por Quibdó, a menos de 100 km de su nacimiento, el Atrato ya tiene una anchura de varios centenares de metros y un considerable caudal, que va creciendo a medida que avanza hacia el mar, especialmente cuando recibe el Murri y el río Sucio, que también son de gran caudal. Este valle de selva densa está muy despoblado.

El valle del río San Juan, que desemboca al norte de Buenaventura, tiene características muy similares al del Atrato. En la actualidad uno de sus principales afluentes, el Calima, está experimentando un fuerte proceso colonizador, lo mismo que el río Garrapatas.



Vista aérea del río Arauca. El Arauca es un afluente del Orinoco y él, a su vez, recibe las aguas de muchos otros ríos que descienden de la cordillera Oriental. Cuando llega a los Llanos forma numerosos meandros.

LA REGIÓN DE LA ORINOQUIA

Las planicies al este de los Andes de Colombia drenan hacia los ríos que conforman dos de las cuencas hidrográficas más grandes del mundo: la Amazonia y la Orinoquia.

La cuenca del Orinoco es compartida por Colombia y Venezuela. Sin embargo, Venezuela posee la mayor parte del recorrido del río, especialmente la sección más útil, que es la desembocadura, y la más navegable, que es la parte baja. Pero, si bien Colombia sólo posee una parte del Orinoco medio, en su territorio se encuentran sus dos mayores afluentes, el Meta y el Guaviare, los cuales ofrecen óptimas condiciones de navegabilidad.

En general se tiende a confundir toda la Orinoquia con una parte de ella, conocida como los Llanos del Orinoco, es decir, la planicie cubierta de pajonales naturales. Sin embargo, esas sabanas sólo cubren 150.000 km^2 de los 400.000 que conforman toda la Orinoquia colombiana. Eso indica que la mayor parte de ese territorio se encuentra dentro de la Orinoquia selvática y de la Orinoquia en vertiente andina, con características muy diferentes de los Llanos.

La Orinoquia en vertiente andina comprende, en territorio colombiano, el gran anfiteatro montañoso que forma la cordillera Oriental entre los afluentes superiores del río Arauca, en la frontera con Venezuela, y la serranía de Los Picachos, en el alto río Losada. Todos los ríos que descienden por la vertiente oriental son afluentes del Orinoco, a través del Arauca, el Meta y el Guaviare. Son ríos de montaña, algunos de los cuales nacen en las nieves perpetuas de los nevados del Cocuyo o Güican. Toda esa vertiente es abrupta y los ríos descienden encajonados en medio de profundos pliegues montañosos, a través de los cuales es muy difícil la construcción de caminos y carreteras. Además, los pasos bajos son

Arreo de potros en una de las haciendas que se encuentran en los Llanos. Las haciendas dedicadas a la explotación de la ganadería se encuentran precisamente en los Llanos por la abundancia de pasto que hay en ellos.

muy escasos, porque existen los macizos montañosos del Cocuyo, Chingaza y Sumapaz, cuyas alturas medias sobrepasan los 3.500 metros sobre el nivel del mar. Esto explica la incomunicación que, hasta épocas muy recientes, ha existido entre la Orinoquia y el país andino.

Antes de llegar a la planicie, hay una zona de transición de la cordillera que se conoce como el piedemonte. Está constituida por terrazas y lomeríos producidos por la acumulación de los sedimentos que arrastran los ríos y que se depositan al pie de la montaña cuando dichos ríos pierden fuerza al llegar a terrenos horizontales. La constitución de esos depósitos dependen de la distancia a que se encuentren de la base de la montaña. De acuerdo con la gravedad, los materiales más gruesos se depositan primero y los más finos a mayor distancia, produciéndose toda una escala de tamaños y de pesos que incide mucho sobre las propiedades de los suelos. Pero, en general, los suelos del piedemonte tienen mejores condiciones físicas y químicas que los del resto de la Orinoquia. La mezcla de arenas, arcillas y limos permite un mayor contenido de nutrientes y la mejor penetración de las raíces y del agua. Eso explica que esa estrecha faja periférica sea la más poblada y desarrollada en toda la región. Aquí se concentra, en efecto, la agricultura más productiva y se encuentran las mayores ciudades y la mayor parte de las carreteras.

Los Llanos propiamente dichos son las planicies cubiertas de gramíneas naturales y, en las partes húmedas, de morichales, que se extienden desde el piedemonte hasta las vegas del Vichada, del Ariari y del Orinoco. Esas sabanas quedan cortadas, de trecho en trecho, por los bosques de galería que se producen a lo largo de ríos y caños. Los bosques aíslan partes de sabana seca (llamadas bancos de sabana) con un muro verde que impide que se propague el fuego cuando se incendia uno de los bancos. Los Llanos al norte del río Meta son, en su mayor parte, bajos e inundables. Son los llanos de Arauca y Casanare que, junto con los llanos venezolanos de Apure, se convierten en un verdadero mar durante el período de lluvias, que se produce de abril hasta septiembre. Sólo los bancos altos de sabana permanecen fuera del agua, a manera de islas, en las que se refugian los hombres y los animales. Muchos de esos bancos altos son médanos depositados allí en el pleistoceno, durante los períodos glaciales secos, y tienen la típica forma de media luna o aparecen alargados en medio de las aguas.

A diferencia del piedemonte, donde han existido numerosas poblaciones desde el siglo XVII, la llanura baja ha sido territorio de indígenas trashumantes o de grandes haciendas de ganadería extensiva, y hoy se está perfilando como el gran centro petrolero del país a causa de los pozos descubiertos en las cercanías del río Arauca. Ya se están construyendo carreteras y puentes que sacarán a la región de su aislamiento.

El río Meta separa esa región de las sabanas altas y de las serranías del Vichada y del Meta, con excepción de las sabanas de San Juan y la Uribe, que se encuentran al otro lado del Ariari. Las sabanas altas no están sometidas a grandes inundaciones, porque el agua escurre más fácilmente durante las lluvias. Sin embargo, los suelos son más pobres y los cultivos más difíciles, excepto en las vegas de los ríos. Durante el «verano», las aguas se secan y los pastos se marchitan totalmente, obligando a trasladar el ganado a grandes distancias o a venderlo como ganado flaco. En esa gran superficie las mayores poblaciones son Puerto Carreño, Puerto Gaitán y San Juan de Arama.

El río Vichada y, hacia el oeste, el Guaviare-Ariari constituyen el límite entre los Llanos y la Orinoquia selvática, o sea, la parte de la cuenca orinoquense que se encuentra cubierta de selvas bajas, que son una continuación, hacia el norte, del tipo de la selva amazónica. Son selvas no muy homogéneas porque en medio de ellas hay sabanas de gramíneas y serranías cubiertas de una vegetación arbustiva muy especial.

Paisaje llanero cerca de Yopal. En esas tierras abundan las gramíneas naturales y, en las partes más húmedas, los morichales. En la estación de las lluvias suelen quedar completamente cubiertas por las aguas.

Entre las serranías, la más importante es La Macarena, situada en medio de los dos grandes ríos que forman el Guaviare, es decir, entre el Guayabero y el Ariari. Alargada, de sur a norte, con una longitud de 120 km y una anchura media de 30, esta serranía tan especial se eleva hasta alturas superiores a los 3.000 metros. Se encuentra aislada en la planicie y totalmente separada de los Andes, pudiéndose observar desde grandes distancias. Al sur, la roca aparece desprovista de selva y cubierta, en cambio, por una vegetación de arbustos muy antiguos (vellozias), gramíneas y líquenes. Esas rocas tienen formas extrañas y presentan un intenso y bruñido color negro producido por la oxidación. La región no es árida por falta de lluvias, sino por la difícil retención del agua en esas mesetas rocosas. En efecto, el agua escurre, tras las lluvias, en bellísimas cascadas y torrentes cristalinos que, por la mañana, levantan un manto de neblinas que cubre la sierra. Debido a su situación tan especial, como confluencia simultánea de los Andes, los llanos y la selva, la fauna y la flora de La Macarena presenta muchas especies únicas; por eso ha sido declarada parque natural de Colombia y se intenta proteger su integridad para el futuro, pese a la intensa presión para colonizarla.

Toda esa divisoria entre los afluentes del Orinoco y los del Amazonas presenta el espectáculo de las serranías y de los montes-isla: grandes rocas que se levantan verticalmente en la planicie, con sus paredes graníticas lisas y resplandecientes, como los cerros de Mavecuri, en el río Guainía. Las mesas y serranías, con sus estructuras alargadas, son restos del Escudo de las Guayanas, montañas muy

El Parque Central de Yopal. Esta población, situada entre las estribaciones de la cordillera Oriental y los Llanos Orientales, es, por sus pintorescos alrededores, un foco potencial de turismo.



antiguas que se formaron allí y de las cuales sólo quedan esos vestigios y las arenas blancas, tan abundantes en la región. Esas serranías están descubriendo, poco a poco, una notable riqueza mineral: uranio, oro, hierro, manganeso y piedras preciosas. Además, la belleza de esa zona la convierte en un potencial turístico de primer orden.

La Región de la Amazonia

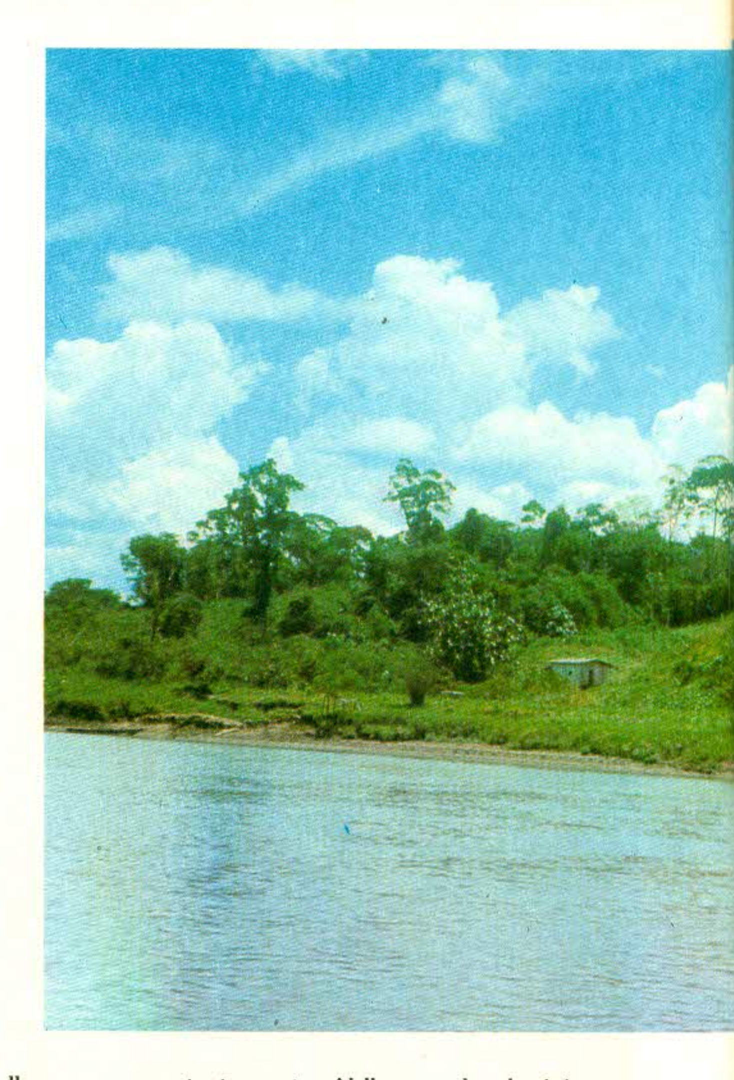
Para delimitar la región amazónica de Colombia hay que aclarar primero a qué se está haciendo referencia: a un concepto hidrográfico o a un concepto biogeográfico. En el primer caso se trata de la parte de la cuenca hidrográfica del río Amazonas que se encuentra en territorio colombiano; en el segundo, se trata del área cubierta por la selva húmeda tropical amazónica, asimismo en territorio colombiano.

En el aspecto hidrográfico, la región pertenece al alto Amazonas, aunque sólo posee del propio río una faja corta, de 120 km en el sitio del Trapecio. Sin embargo hay tres grandes ríos, con sus tributarios, que son afluentes del Amazonas: el Guainía-Río Negro, el Caquetá y el Putumayo. El primero de ellos nace en medio de las planicies areñosas de la Comisaría del Guainía, entre sabanas inundables cubiertas de la bellísima flor de Inírida, de hermoso color rosado, y de orquídeas. De esas arenas inundadas y llenas de ácidos orgánicos parten las aguas de color oscuro que muy pronto forman el imponente Guainía, que, al unirse con el Brazo Casiquiare, que viene desde el Orinoco, se convierte en el río Negro. Del sitio de Cocuy en adelante, dicho río pertenece a Brasil; sin embargo, recibe las aguas

Las quietas y remansadas aguas de un río en la región colombiana de la Amazonia. Esta región está constituida por la parte de la cuenca del Amazonas que se encuentra en territorio colombiano.



Un aspecto del curso del río Putumayo, con sus orillas cubiertas de verdor. El Putumayo, junto con el Caquetá y el Río Negro, forma parte de los tres ríos de la Amazonia y es el más navegable de todos ellos.

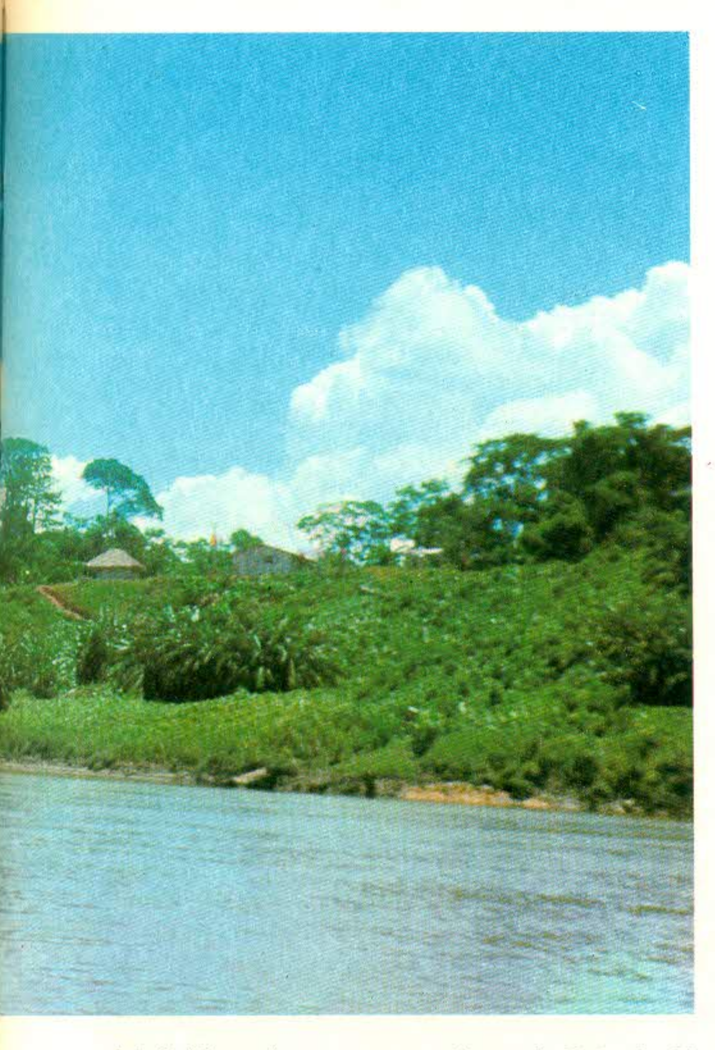


de dos grandes afluentes nacidos en Colombia: el Isana y el Vaupés. Este último es un río de gran curso, que nace en las planicies de la Comisaría del Guaviare y recorre una zona de rocas graníticas que obligan a sus aguas a fluir en grandes saltos. En las orillas del Vaupés y del Isana viven aún numerosos grupos indígenas baniwas y tukanos, perfectamente adaptados a ese medio tan difícil.

La extensa cuenca del Caquetá también termina en territorio brasileño, con el nombre de Japurá. El Caquetá es un río inicialmente de montaña, como muchos de sus afluentes, y arrastra gran cantidad de sedimentos. En el piedemonte recibe los ríos Orteguaza y Caguán, los cuales aumentan mucho su caudal y le traspasan grandes masas de sedimentos por ser ríos muy poblados, con numerosas fincas y haciendas ganaderas en sus orillas. Más abajo de la desembocadura del Caguán, el río está prácticamente despoblado, con excepción de los pequeños caseríos de Araracuara y La Pedrera. La navegación se corta, además, en las angosturas de Araracuara y en los raudales de Córdoba, que constituyen un gran obstáculo para el comercio. Las angosturas tienen una longitud de varios kilómetos y en ellas el río se introduce entre fracturas rocosas corriendo sus aguas a gran velocidad en medio de rocas sumergidas, remolinos y saltos, estallando en un trueno continuo que sobrecoge al más valiente. Algunos marineros indígenas cruzan la angostura superior, pero no se atreven a desafiar la inferior, que termina en montañas de agua que se elevan espumeantes sobre inmensas rocas sumergidas. Más abajo se unen al Araracuara, por el lado norte, el río Yari, y por el sur el Cahuinari; en la frontera con Brasil recibe, por la izquierda, el río Apaporis. Estos son ríos muy grandes y de aguas oscuras que tiñen de negro las aguas del Caquetá.

El Putumayo es el río más navegable de la Amazonia colombiana, ya que todo su curso medio e inferior está libre de angosturas y de raudales. El río nace cerca del valle de Sibundoy, en el Nudo de los Pastos, y en forma abrupta desciende por la cordillera en un corto trayecto. Al llegar a la planicie, en la Intendencia del Putumayo, sus aguas se hacen tranquilas y profundas, siendo navegables por lanchas grandes desde Puerto Asís y por pequeños barcos desde Puerto Leguízamo hasta el Amazonas. El único problema lo constituyen los bancos de arena movediza del fondo del río, los cuales sólo pueden soslayarlos los que tienen mucha experiencia en esa navegación. Las aguas transportan muchos sedimentos, que permiten el desarrollo de una buena pesca en los tramos donde no hay cultivos que viertan venenos y pesticidas al cauce, como ocurre más allá de Puerto Leguízamo.

Así como el alto Putumayo pertenece a Colombia, el Putumayo medio es una cuenca internacional, compartida con Ecuador y con Perú. La parte compartida con Ecuador, en el San Miguel, es una zona petrolera muy rica que se extiende hasta el sur



del río Napo. Los pozos petroleros de Orito, La Hormiga y San Miguel se comunican mediante una red de carreteras que ha permitido una colonización extensa y la creación de pueblos nuevos, con una vida económica activa. Sin embargo, la zona no ha podido desarrollarse más debido a las difíciles comunicaciones con el interior, ya que la carretera que la une con Pasto es una de las peores de Colombia. Se espera que en poco tiempo se termine la carretera Mocoa-Pitalito, la cual pondrá la región en comunicación con el corazón del país a través del valle del Magdalena. Un punto neurálgico del área, en cuanto a comunicaciones, lo constituye la carretera entre Puerto Leguízamo (a orillas del Putumayo) y La Tagua (a orillas del Caquetá). La distancia entre ambos ríos es un istmo de 25 km cruzado por una carretera. Ese lugar tiende a constituir cada vez más el eje clave para el futuro de la zona.

Se considera como bajo Putumayo la parte del río que se encuentra después de la desembocadura del río Igara-Paraná y que se caracteriza por lo bajo de sus orillas, que están sujetas a inundaciones durante gran parte del año. En el Igara-Paraná se encuentra el sitio de La Chorrera, tristemente célebre por haber sido el centro de las caucherías del Putumayo a principios de siglo, donde se explotó, hasta la muerte, a miles de indígenas witotos. Hoy sus descendientes tratan de reorganizarse en sus antiguas comunidades pese a la presión de los colonizadores blancos.

La zona del bajo Putumayo está muy deshabitada, tanto en Colombia como en Perú y Brasil. La escasa población se ubica en las pocas partes altas que existen, en sitios aislados, separados por decenas de kilómetros uno de otro. Son gentes que viven de la pesca o de la caza, pues la agricultura no existe prácticamente. Se obtiene pescado salado con la pesca del paiche y del lechero, dos gigantes acuáticos que viven en esas aguas y que pueden alcanzar ocho o más arrobas de peso. Estas presas se intercambian por víveres y mercancías a los vendedores ambulantes que recorren el río en lanchas. Muchos de ellos también recorren la parte inferior del Putumayo, que se encuentra en territorio brasileño y al que allí dan el nombre de Izá, para llegar hasta Leticia, en el trapecio Amazónico colombiano.

Las regiones geográfico-históricas

Si bien las condiciones naturales son elementos básicos para la organización humana, es el hombre, como ser social, quien estructura su espacio de acuerdo con el desarrollo técnico que posee en cada momento histórico. Por eso, cada tipo de sociedad tiende a organizar regiones de acuerdo con sus intereses esenciales, sin que las barreras físicas sean un obstáculo y siempre y cuando pueda encontrar un ambiente que se adapte al nivel técnico que domina. Las regiones, más que un producto físico son un producto cultural.

Por lo tanto, las modificaciones en los límites regionales son constantes, aunque generalmente lentas. Las regiones geográfico-históricas nunca son iguales para cada generación; pero los cambios rara vez alternan radicalmente el sistema anterior. Es necesario cierto sentido de unidad y de pertenencia para que cada comunidad pueda actuar como tal.

Eso explica que sea posible determinar regiones geográfico-históricas en Colombia para un período relativamente largo, como el siglo xx, buscando ese carácter de relativa permanencia de lo social unido a lo físico.

Región Atlántica e Insular

Corresponde, en términos generales, a la región física del Atlántico. Esta ha tenido una historia de grandes contrastes entre lo rural y lo urbano, pero los grandes centros coloniales de Cartagena, Santa Marta y Mompós han sido totalmente supeditados a la cosmopolita Barranquilla en el siglo xx.

En la parte sur y en Urabá se ha producido un fenómeno de sincretismo cultural con la región antioqueña. Grupos sinuanos han empezado a colonizar en Urabá y grupos empresariales antioqueños se han ubicado al sur de Córdoba y de Bolívar, transformando allí las viejas estructuras de poder.

En general hay un crecimiento de población, tanto urbano como rural, que está produciendo una compleja transformación de la región. Las luchas por la posesión de tierra y por oportunidades económicas se multiplican día a día, haciendo prever notables cambios en un futuro próximo.

En cuanto a la parte insular de la región, las islas de San Andrés y Providencia han dejado de ser un lugar exótico y se han integrado totalmente a la nación. Y aunque todavía existen colombianos continentales que miran al sanandresano como "los otros", la barrera cultural fue totalmente rota por el turismo masivo.





Vista parcial de la ciudad de Barranquilla, en la Región Atlántica. En nuestros días, Barranquilla, con su gran desarrollo, ha superado a los antiguos núcleos coloniales, como Cartagena y Santa Marta.

En la página anterior, rebaño de cebúes en una hacienda ganadera de Antioquia.

Región Antioqueña

El grupo cultural antioqueño, cuyo núcleo se ubicó en el macizo de Sonsón-Rionegro-Santa Rosa, sobrepasó ampliamente sus fronteras iniciales, que llegaban por el sur hasta el río Arma. Especialmente entre 1850 y 1940 ocupó las vertientes templadas de las cordilleras Central y Occidental, el valle del Cauca, Tolima, Quindío, Risaralda, Caldas y parte del Chocó. Es importante anotar que, pese al fuerte sentido de pertenencia cultural paisa de los descendientes de esos colonizadores en otros departamentos, Medellín no es el epicentro económico-político para todos ellos. Para el paisa tolimense el epicentro es Bogotá y para los paisas vallunos, quindianos y risaraldeños el epicentro es Cali.

Algo más complejo todavía está sucediendo con la expansión empresarial paisa hacia la costa atlántica. El paisa costeño, de Urabá, sur de Córdoba y sur de Bolívar, tiene una doble pertenencia muy marcada, con excepción del gran empresario, cuyos vínculos con Medellín son diarios. La evolución cultural futura de esos grupos es muy difícil de predecir.

Región del Magdalena medio

Esta es una región todavía en formación, producto de muchas confluencias económicas y culturales. Carece de historia propia, aunque ha sido el escenario de los acontecimientos que más han influido en la historia nacional. Sus selvas vieron pa-



Un paisaje muy representativo de la Región Chocoana. La humedad, el calor y la feracidad del trópico se aunan aquí para crear, especialmente en el sector del Pacífico, una abundante vegetación.

sar a los comerciantes chibchas de sal y de esmeraldas; a las huestes de Quesada subiendo al Opón y a los champanes coloniales y a los vapores de la Independencia, que se proveían de leña en sus orillas. Sin embargo, sólo los últimos decenios del siglo XX han dejado una huella permanente, con la industria petrolera, la colonización y la fundación de numerosos pueblos y ciudades. Factor decisivo fue la construcción del ferrocarril del Atlántico, en la década de los años sesenta, que puso en comunicación diversas puntas de colonización regional, dándole una espina dorsal a la región misma y una entidad propia. Antes existían simples enclaves, producto de la insularidad colonial: Puerto Wilches y el Carare, para Santander; Puerto Berrío, para Antioquia, y Salgar para Cundinamarca. Con el ferrocarril se unen y se afianzan como unidad.

Región Chocoana

Toda la gran región del Pacífico tiene elementos de clima, selva y grupos étnicos que le dan cierta unidad. Sin embargo, el actual departamento del Chocó ha logrado adquirir una entidad aparte, no obstante la fuerte presión antioqueña sobre sus recursos y su cultura.

Si bien la minería colonial del alto Atrato y del alto San Juan perteneció a mineros de Popayán, Cali y Cartago, al declinar la minería, en el siglo XIX, terminó esa dependencia y Quibdó se convirtió en el centro regional. Con la constante ampliación de la navegación por los ríos Atrato y San Juan y con la construcción de carreteras en el istmo de San Pablo, la influencia y el poder de Quibdó se han visto cimentados, dándole coherencia a la zona. Gran parte de la coherencia futura depende de la forma en que se lleva a cabo la construcción de la carretera panamericana en la serranía del Baudó, pues puede ser un factor de coherencia si la región utiliza su desarrollo con independencia, o puede significar un desgarramiento interno si se da como desarrollo foráneo.



Hacienda y conjunto de sus dependencias en la Región del Cauca, región histórica que ha perdido extensión territorial desde los tiempos de la colonia, pero que ha experimentado grandes cambios socioeconómicos.

Región del Pacífico

Esta región, lo mismo que antes el Magdalena medio, está constituida por sectores selváticos o enclaves de diversas regiones. Es una región por su carácter físico, pero las sociedades que la constituyen no mantienen un vínculo coherente entre sí. Sin embargo, Buenaventura tiende a asumir el papel de catalizador, no obstante su estrecha y fructífera dependencia de Cali.

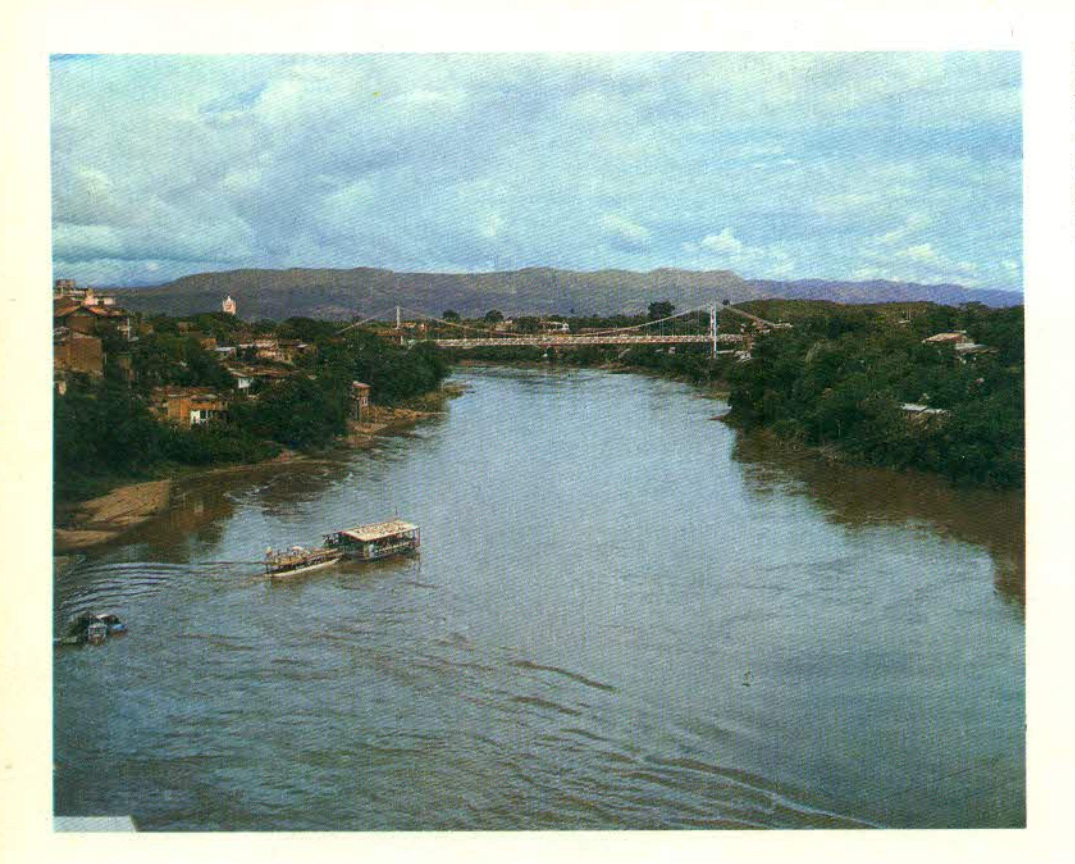
Buenaventura es el puerto sudamericano del Pacífico con mayor volumen de carga. Actualmente tiene una población cercana a los 200.000 habitantes y se encuentra en un proceso de modernización acelerado que contrasta con su situación de principios de siglo.

Por el contrario, Tumaco, en la costa de Nariño, es un puerto en decadencia, que no tiene fuentes económicas que le permitan sobreponerse a la crisis de maderas y del comercio que sufre la zona y que habían sido las bases de su economía. El altiplano nariñense también carece de la dinámica económica suficiente para sostener un puerto marítimo moderno, y por eso las posibilidades de desarrollo, por el momento, son pocas. Entre Buenaventura y Tumaco se halla la costa caucana, que está prácticamente deshabitada.

Región Caucana

Durante el período colonial, cuando Popayán era la ciudad más importante del occidente de Nueva Granada, el Cauca Grande se extendía desde el río Mayo hasta el golfo de Urabá; pero hoy sólo cubre los actuales departamentos del Cauca y Valle del Cauca y quedó excluido de los territorios amazónicos, que eran gobernados desde Popayán.

Además, el epicentro del poder socio-económico pasó a la ciudad de Cali, debido a su desarrollo industrial y a su ubicación privilegiada como enclave de las comunicaciones regionales. Sin embargo, la región se caracteriza por la importancia de



El río Magdalena a su paso por la ciudad de Girardot. La región del Alto Magdalena, pese a sus diversos componentes, presenta una acusada identificación, con el río como arteria vital.

sus ciudades intermedias y por el notable número de ellas. Existen dos ejes de ciudades que constituyen el esqueleto económico de la zona: un eje Popayán-Pereira y un eje Cali-Buenaventura-Buga. En ellos se asienta una población superior a los dos millones de habitantes y un complejo industrial y de comunicaciones que se está estructurando como un posible enclave industrial de la cuenca del Pacífico.

Como áreas marginadas, pese a su importancia colonial, quedaron el Macizo Colombiano y las zonas mineras del Pacífico.

Región Nariñense

A causa de la dificultad para establecer buenas comunicaciones, el Nudo de los Pastos ha sido una región muy aislada, tanto del Cauca Grande, como de Quito, del océano Pacífico y de la Amazonia. La población se ha concentrado en los altiplanos más fértiles o en las fuertes pendientes, practicando una agricultura de subsistencia. Es un campesinado muy trabajador, acostumbrado a duras privaciones, pero orgulloso de su independencia como trabajador agrícola.

Actualmente, con la construcción de carreteras modernas, tanto en el Cauca como en Ecuador, la agricultura tradicional está en vías de desaparecer. Mecanizar y ampliar las áreas de cultivo son imperativos de la agricultura empresarial, que se impone por la lógica de las nuevas condiciones de mercado ampliado a nivel nacional e internacional. La víctima de ese proceso es el campesino tradicional, que se ve arrancado de su tierra y lanzado hacia las ciudades o hacia las regiones selváticas de colonización en la Amazonia o en el Pacífico. En general, la región presenta las dolorosas convulsiones de la entrada del mercado capitalista.

Región del alto Magdalena

La región del alto Magdalena o del Tolima Grande está constituida por las planicies, lomeríos y mesetas del valle del Magdalena, entre La Dorada y San Agustín. Comprende, pues, las regiones cálidas planas y semiplanas de los departamentos de Caldas, Cundinamarca, Tolima, Cauca y Huila. Es una región con una fuerte identificación, no obstante sus diversos componentes, debido a una historia política y económica compartida e identificada

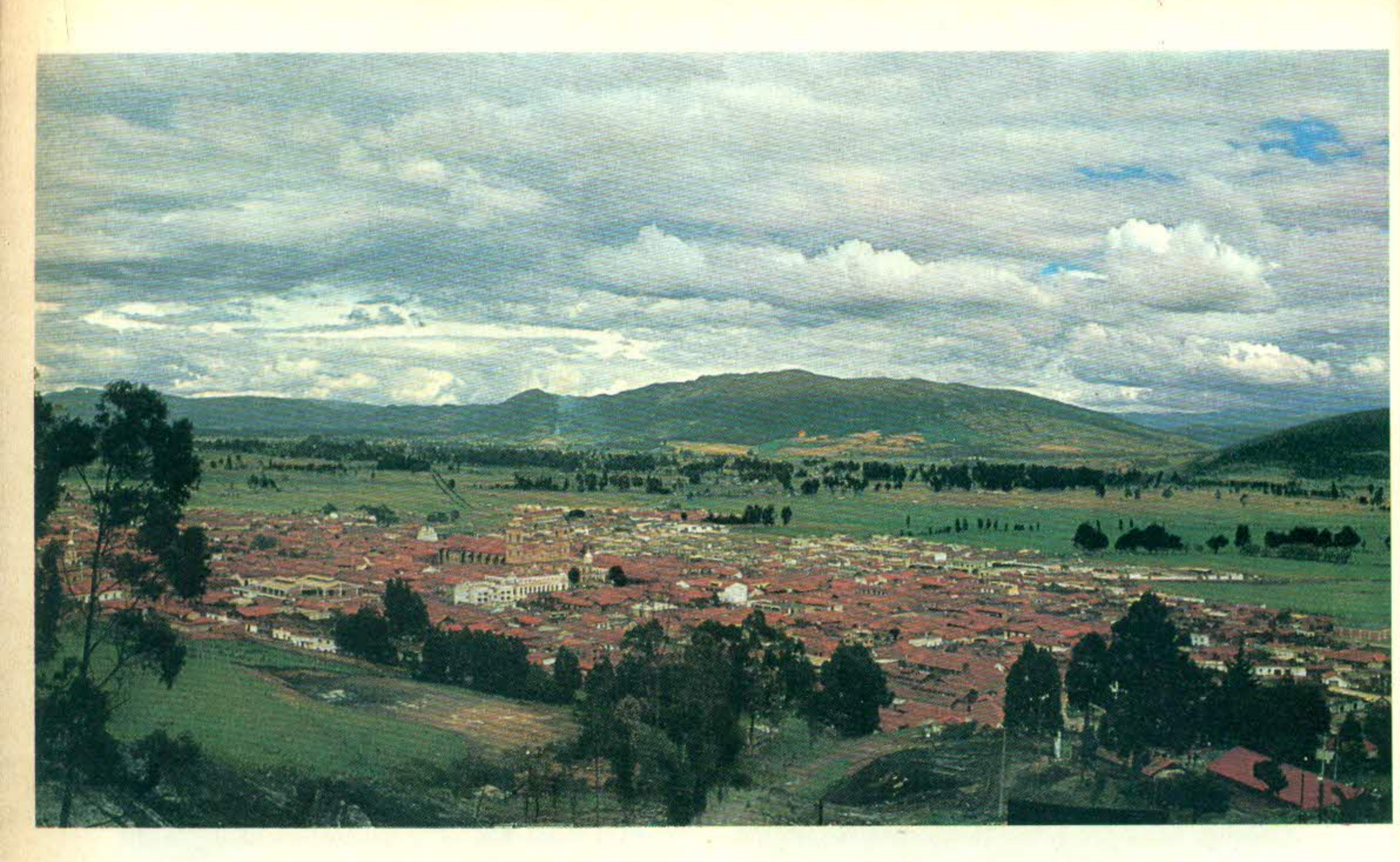
con su espina dorsal, que es el río Magdalena. En toda ella se presenta el contraste de la ganadería extensiva, asentada sobre las tierras más secas y tradicionales, y la agricultura mecanizada moderna, con un notable empuje expansivo y revolucionario que alterna todas las estructuras sociales y económicas. Aunque ese tipo de agricultura todavía carece de los controles ecológicos necesarios para la agricultura más avanzada, está produciendo una reorganización espacial que tiende a expandir las infraestructuras necesarias para esa agricultura técnica en toda la región. Ya se perfila un gran corredor agroindustrial en todo el alto Magdalena.

Región Santandereña

La región de los santanderes es un mosaico de micro-regiones, especialmente de valles y mesetas, encajonadas entre ariscas montañas. Pese al orgullo localista de cada uno de esos valles, existe un sentido de unidad histórica que da coherencia a la zona. En efecto, se es primero santandereano que cucuteño, bumangués, veleño, etc., lo cual no excluye que entre un municipio y otro existan rivalidades y hasta odios profundos. Sin embargo, con el desarrollo de la ingeniería moderna, el aislamiento entre los valles ha ido desapareciendo poco a poco y los dos grandes núcleos de la región, Bucaramanga y Cúcuta, tienden a conformar regiones homogéneas fuertemente polarizadas por esas urbes. La carretera panamericana y la carretera Bucaramanga-Santa Marta constituyeron los ejes viales de la región y a través de ellos se unen los valles del Chicamocha con el Lebrija y el Zulia, unificando la zona económicamente.

Vista panorámica de la ciudad de Pamplona, en la Región Santandereña. Los santanderes, por encima de su gran variedad geográfica, tienen una unidad histórica que confiere coherencia a toda la zona.





Perspectiva de la antigua ciudad de Zipaquirá, en la Región Cundiboyacense. En tiempos precolombinos esta zona fue el reino de los muiscas, que ejercían el dominio político, religioso y militar. Hoy es Bogotá la ciudad rectora de toda la región.

Sin embargo, esas mismas carreteras que unifican también tienden a crear fuerzas disgregantes hacia el futuro. Las migraciones aumentan por medio de esas vías hacia todas las regiones vecinas.

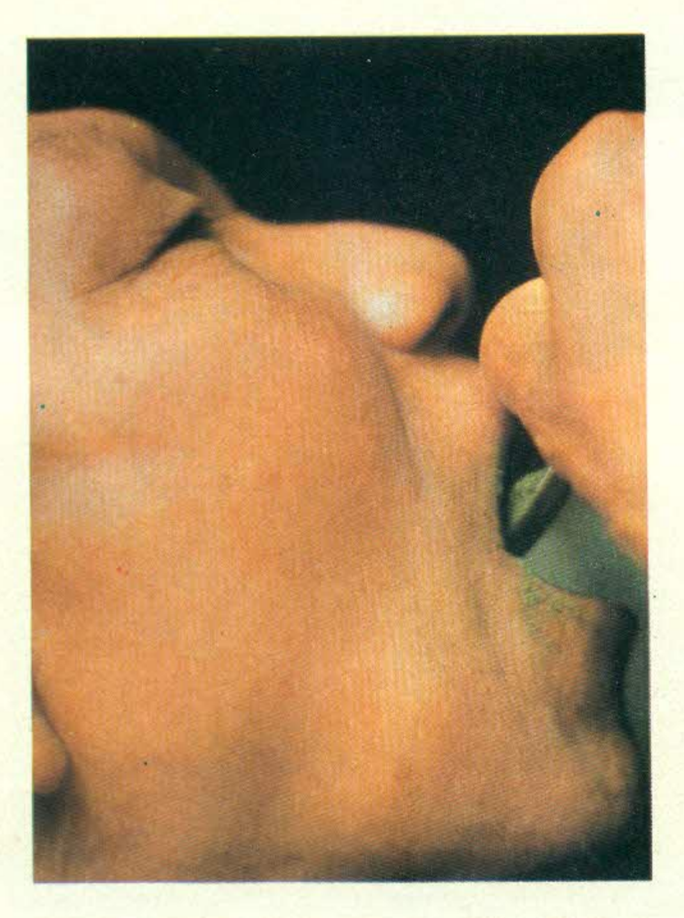
Región Cundiboyacense

El macizo donde se encuentran los altiplanos de Cundinamarca y de Boyacá siempre ha constituido, desde épocas muy remotas, una unidad regional. Allí se encontraba el reino de los muiscas, con sus zipas y zaques que ejercían el dominio político, religioso y militar desde el Chicamocha al Sumapaz. Después, en los tiempos de la colonia, Santa Fe de Bogotá y Tunja ejercieron un gobierno compartido y coherente de la región, el cual fue heredado por la República. Desde mediados del siglo pasado se han producido migraciones internas que han aumentado la vinculación, y por otra parte la abolición de numerosos resguardos indígenas y el desarrollo de la colonización cafetera en las vertientes cundinamarquesas reagrupó gran parte del campesinado sobre las vertientes templadas. Por último, con el explosivo desarrollo de Bogotá en las cuatro últimas décadas, la migración se acentuó y los vínculos se han vuelto más estrechos.

Bogotá, con su exagerado peso demográfico, económico y político, ejerce un dominio absoluto sobre la región. Tunja pasó de ser una ciudad aliada a una ciudad satélite, en la que todo cuanto se hace se relaciona con la gran metrópoli. Igualmente, todas las ciudades de la región sufren el peso directo de la capital, pero al mismo tiempo gozan de las inmensas facilidades que les ofrece Bogotá.

Región Llanera

Se compone de las sabanas herbáceas y del piedemonte de Arauca, Casanare, Meta y Vichada. Es



Un indio muinane, de la Región Amazónica, ingiriendo coca. En esta región, largamente disputada con Venezuela, Perú, Brasil y Ecuador, se encuentra una población indígena que supera los 100.000 habitantes.

una zona con un poblamiento muy débil, debido en parte a las difíciles condiciones de los suelos, pero mucho más a los graves conflictos que han azotado la región. Las fundaciones jesuíticas del Orinoco, durante los siglos XVII y XVIII, sentaron las bases para un desarrollo continuado, y pueblos como Tame, Pore, Chire, Támara, Nunchia, etc., constituyeron un importante núcleo colonial. Pero todo fue devastado por los ejércitos en contienda durante la guerra de la Independencia.

Después, durante siglo y medio, la región avanzó trabajosamente en el camino de la recuperación de su poblado y de su economía, mas la guerra civil de los años 50, conocida como «la Violencia», produjo graves pérdidas y la desaparición de muchos pueblos. Sin embargo, a partir de los años 60, está siendo sometida a una intensa colonización, creándose muchísimos pueblos nuevos y construyéndose numerosas carreteras. Además, la población autóctona, nacida en el Llano, se está equilibrando con la foránea y busca caminos para seguir sus propios rumbos.

Región Amazónica

Esta región se estructura como tal y define sus límites en la década de 1940-50. Anteriormente sólo era tierra de todos y tierra de nadie. Cada país limítrofe reivindicaba como suyo un trozo de ese territorio y Colombia reivindicaba una zona mucho mayor que la actual. Después de interminables negociaciones y de una guerra, se llegó a un arreglo definitivo, por el cual se definieron las extrañas fronteras actuales con Venezuela, Brasil, Perú y Ecuador.

La población indígena de la zona no es muy numerosa, aunque existen cerca de cincuenta y dos grupos lingüísticos diferentes. Como cada grupo es realmente una familia extensa, la totalidad de sus miembros fluctúa entre 1.500 a 2.500 individuos. Por eso, toda la población indígena de la región difícilmente sobrepasa los 100.000 habitantes.

En cuanto a la población de colonos y habitantes no indígenas, ha pasado, en sólo tres décadas, de unos pocos individuos hasta cerca de medio millón. Especialmente en el piedemonte de Caquetá y de Putumayo y en el Guaviare se ha concentrado una heterogénea población procedente de casi todas las demás regiones del país. Sus descendientes, de primera y segunda generación, intentan hoy crear una cultura regional amazónica.

BIBLIOGRAFIA

Guhl, E.	*Colombia. Bosquejo de su geografía tropical* (2 vols.), 1975-1976.
Instituto Geográfico «Agustín Codazzi»	*Atlas de Colombia,* 1967.
Vergara y Velasco, F. J.	*Nueva geografía de Colombia,* 1901.



Poblamiento del continente americano

José L. Lorenzo

Antecedentes

Cuándo llegaron y quiénes fueron los primeros pobladores del continente americano ha sido campo de discusión y conjeturas tan viejo como la incorporación del continente a la geografía mundial.

En el momento del descubrimiento de América, y hasta unos años después, no existieron dudas acerca de que lo encontrado era un archipiélago interpuesto entre Catay (la China) y Occidente. Al darse cuenta cabal los navegantes de que se trataba de un continente, otro continente, se iniciaron las dificultades, pues sus habitantes no eran parte de ninguno de los grupos humanos identificados en el Antiguo Testamento, salvo que hubieran pertenecido a las tribus perdidas de Israel.

La polémica sobre el ser de los americanos se mantuvo durante siglos y las preocupaciones políticas y religiosas que en ella se dilucidaban se trataron con amplitud. Es el padre jesuita José de Acosta (1540-1600), natural de Medina del Campo, España, que pasa en el continente americano dieciséis años, quien expresa las ideas más lúcidas acerca del problema mayor: el del origen de los americanos. A lo largo de su obra fundamental, *Historia Natural y Moral de las Indias,* publicada en Sevilla en 1590, tiene expresiones que merece la pena resaltar:

«Y pues, por una parte, sabemos de cierto que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de haber procedido todos los hombres de un primer hombre, quedamos, sin duda, obligados a confesar que pasaron acá los

HISTORIA
NATVRAL
Y
MORAL DELAS
INDIAS,
EN QVE SE TRATAN LAS COSAS notables del cielo, y elementos, metales, plantas, y animales dellas: y los ritos, y ceremonias, leyes, y gouierno, y guerras de los Indios.

Compueſta por el Padre Ioſeph de Acoſta Religioſo de la Compañia de Ieſus.

DIRIGIDA ALA SERENISSIMA
Infanta Doña Iſabella Clara Eugenia de Auſtria.

IHS

CON PRIVILEGIO
Impreſſo en Seuilla en caſa de Iuan de Leon.
Año de 1590.

A la izquierda, la imponente mole del McKinley, el pico más alto de Alaska, mudo testigo quizá de la entrada de los primeros pobladores del continente americano. A la derecha, portada de la «Historia Natural y Moral de las Indias», del jesuita José de Acosta, que trata de los orígenes de los hombres de América.

hombres de allá, de Europa o de Asia o de Africa, pero el cómo y por qué camino vinieron todavía lo inquirimos y deseamos saber.»

«Porque no se trata de qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas.»

«Este discurso que he dicho es para mí una gran conjetura, para pensar que el nuevo orbe que llamamos Indias no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y por decir mi opinión, tengo para mí días ha, que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo mejor se avecinan y allegan mucho.»

«De estos indicios y de otros semejantes se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra, más por camino de tierra que de mar, o si hubo navegación, que no fue grande ni dificultosa.»

«El linaje de los hombres se vino pasando poco a poco hasta llegar al nuevo orbe, ayudando a esto la continuidad y vecindad de las tierras, y a tiempos alguna navegación, y que éste fue el orden de venir y no hacer armada de propósito ni suceder algún grande naufragio, aunque también pudo haber en parte algo de esto.»

«Y tengo para mí que el nuevo orbe e Indias Occidentales, no ha muchos millares que las habitan hombres y los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores que no gente de república y pulida.»

Desde luego, no todos los que han tratado el tema lo han hecho con la circunspección y conocimientos de causa que se marcó en el siglo XVI por Acosta. Los continentes perdidos de Atlántida y Mu son utilizados todavía. Hay, sin embargo, algunos intentos curiosos por hacer llegar a las costas ame-

Panorama de los hielos eternos que cubren las tierras de la Antártida. Este impresionante y desolado escenario no permite suponer que pudiera ser lugar de paso de unos hombres primitivos para llegar a América.



ricanas distintos «descubridores» en diferentes etapas históricas. Desde luego, están las frecuentes explicaciones según las cuales verdaderas armadas partieron, sea de China, de Japón o del sureste asiático, para poblar América. Estas navegaciones, que tampoco deben negarse por principio, sólo fueron factibles a partir del momento en el que cualquiera de las culturas involucradas tuvo la capacidad de hacer barcos de tamaño regular, lo cual acontece cuando la metalurgia ha alcanzado cierto nivel de desarrollo, aparte la necesidad del manejo de la vela para travesías tan largas; por tanto, no puede en manera alguna sostenerse que el poblamiento de América corresponda a estos momentos, debido a su demostrada antigüedad.

Principales teorías sobre el poblamiento

No vamos a tratar aquí de revisar y analizar todas y cada una de las teorías que se han presentado sobre el poblamiento de América, ni se intenta rebatir o apoyar una u otra tesis; sin embargo, sí creemos necesario comentar algunas de las más conocidas para presentar el estado actual de nuestros conocimientos acerca del tema, admitiendo que quedaremos algo cortos, pues los informes y publicaciones sobre este asunto se suceden con bastante celeridad.

En 1925, Mendes Correa, quien había estudiado la craneología americana y, como otros muchos, se encontraba perplejo ante ciertos rasgos de carácter australoide y melanesio que aparecían en algunos de los materiales, lanza la hipótesis según la cual América se habría poblado por el sur, desde Australia.

El paso de Australia a Tasmania es relativamente sencillo durante una glaciación, que es cuando se propone esta posible ruta, por el consecuente descenso del mar, pues entre ambas masas terrestres se establece un istmo de unión en esos tiempos. No se tuvo en cuenta que, durante una glaciación, Tasmania tuvo glaciares en abundancia, debido a su latitud y a su orografía, y que la mayor parte del territorio estuvo sometida a un condicionamiento climático muy severo, como lo demuestran los abundantes restos de fenómenos periglaciares que allí se observan. Al SE. de Tasmania, a unas 1.000 millas marinas, existe una isla, la MacQuarie, si bien a tan sólo 280 hay unos bajos, el Tamal de MacQuarie, que en la misma época podría haber aflorado en una pequeña parte. Desde la isla MacQuarie hacia el sur se encuentran, como etapa más cercana, las islas de las Ballenas, a unas 850 millas marinas, con la posibilidad de que, a mitad del camino, haya emergido un islote. Las islas de las Ballenas se encuentran a menos de 120 millas de la costa de la Antártida, en esa zona conocida como Costa de Gater, en la llamada Tierra Victoria.

Ya en tierra firme, sometida posiblemente a la glaciación que permitía el descenso del mar, se hace necesario costear durante una distancia de aproximadamente 3.250 millas más hasta llegar a la península de Palmer, separada del cabo de Hornos por el llamado mar de Scotia, lo que significa un recorrido de unas 660 millas más, aunque es posible que entonces hubiera algunos islotes que permitieran hacer más fácil la travesía. Luego, al ingresar en el extremo sur del continente americano, hubieran encontrado los glaciares que se desprendían de la zona patagónica.

Para que el viaje hubiera podido efectuarse a pie era necesario que el nivel del mar bajase alrededor de 4.000 metros, lo que sabemos no sucedió. Navegando es prácticamente imposible, por varias razones.

Al sur de Tasmania, la corriente marina que allí existe va de este a oeste, lo que hubiera alejado a los navegantes de su hipotético destino, llevándolos, en todo caso, al extremo sur de Africa. Pero hay algo más importante, y es tener en cuenta el nivel tecnológico existente en la época, en lo que respecta a la navegación; hasta donde sabemos, los australianos se restringen a algunas canoas de tronco de árbol, buenas para costear, pero nada más; por otra parte, dado el clima reinante en la zona por donde se pretende que atravesaron, no es posible en modo alguno suponer la existencia de árboles de tamaño suficiente para hacer balsas, canoas monóxilas o de corteza.

La hipótesis presenta, como vemos, grandes debilidades, a las que se une un razonamiento lógico, que se debe tomar en cuenta: ¿por qué habría de emigrar la gente hacia zonas de frío más severo? Pensemos, por un momento, que, en el hemisferio sur, el calor viene del norte y el sur es el foco generador del frío.

TEORIAS SOBRE LOS ORIGENES DEL POBLAMIENTO AMERICANO

El origen autóctono

La posición que acepta el monogenismo considera que el hombre no surgió, como se cree corrientemente, en el Viejo Mundo, sino precisamente en América, pasando de éste a los restantes continentes en épocas y a través de rutas que vuelven a planteamos los mismos problemas y posibles hipótesis que hasta aquí hemos venido examinando, pero en sentido inverso, hasta ocupar el resto del mundo. Esta fue la hipótesis que adoptó y defendió con tanto tesón Florentino Ameghino, quien buscaba también en América la patria de otros tipos de animales, como los mamíferos. Otros autores han seguido a Ameghino, especialmente en la Argentina.

Una variante de esta hipótesis es la del llamado ologenismo, o génesis global, según la cual no hubo uno o varios centros de origen humano, sino que en un momento dado pudo surgir el hombre, como antes los diversos tipos de animales, en toda la Tierra al mismo tiempo. De poder ser admitida, simplificaría enormemente el problema de los orígenes, pero no parece que deba ser ésa su suerte.

El origen único. Hrdlička

A partir de Humboldt, la teoría del origen asiático quedó bien fundamentada, produciéndose sin interrupción descubrimientos y estudios que la reforzaron, y así llegamos a la época actual, en que nadie niega ya que, por lo menos, una parte importante de la población americana tiene afinidades con la raza amarilla y llegó a América por el noroeste. Pero al mismo tiempo la teoría iba completándose con multitud de ideas anexas, llegándose a formar un complejo que, por ser defendido principalmente por sabios de los Estados Unidos, podemos calificar de producto de la escuela norteamericana.

El principio básico de esta escuela es el de la unidad de la raza americana, al cual acompañan, como más importantes, los de la raíz asiática (mongoloide) fundamental, el paso únicamente por el noroeste de América, la llegada en estado de atraso y el desarrollo autóctono de su civilización. El calificativo de hipótesis del origen único no debe entenderse, pues, en el sentido de que propugne la llegada en masa, en un solo momento, de un núcleo de población mongoloide, del que derivara toda la América.

....

Los americanos forman una raza única: este principio forma la base de todo el sistema. Sería inútil repetir aquí cuanto llevamos dicho acerca del problema de la unidad o pluralidad de razas en América; recordemos que, según se exageren las semejanzas o diferencias que existen entre los indígenas, se adopta uno u otro criterio. Pero basando la escuela norteamericana, en general, sus teorías en los magníficos estudios de sus miembros sobre los indígenas de América del Norte, y observándose en éstos mayor unidad que en los sudamericanos, no es de extrañar se inclinen por la homogeneidad racial.

Pruebas de esta homogeneidad se hallan en el tipo físico: numerosos caracteres antropológicos se encuentran en todos o casi todos los americanos; el color de la piel y la forma y color del cabello constituyen dos de los argumentos más decisivos en pro del uniformismo; pueden verse los restantes en el capítulo dedicado a los caracteres generales del hombre americano.

Las diferencias entre las subrazas cree Hrdlička que son de origen pre y extraamericano; pero no llegan a destruir el carácter de homotipo del conjunto, cuyo polimorfismo es menor que en la raza blanca. Para Holmes, esta unidad se debe al largo aislamiento que ha fundido los elementos de diversas partes de la costa asiática que entraron en América.

....

Según Hrdlička, las primeras emigraciones a América no pueden ser anteriores al neolítico, o, a lo más, al paleolítico más moderno de Europa, o sea que todo ello entra dentro del holoceno; lo cual, traducido en años, adoptando los cálculos más sensatos y modernos, nos da una fecha *post quem* de unos quince mil años. El mismo Hrdlička propuso otra fecha aún más moderada, la de hace diez mil años tan sólo, y ambas fechas fueron muy aceptadas. Para Hrdlička, existe otra razón para suponer tardío el poblamiento de América,

y es su opinión de que Asia, por lo menos la parte nordeste, se pobló también en época ya avanzada.

....

A pesar de la unidad entre los americanos que esta escuela admitía como su principio básico, no llegaba hasta el punto de creer que la emigración se realizó de una vez. Por el contrario, parece tender al reconocimiento de una diversidad no sólo en el origen, sino también en la llegada al Nuevo Mundo. Hemos citado ya la opinión de Hrdlička, quien busca a los antecesores de los americanos entre las poblaciones de toda la costa oriental de Asia hasta las Filipinas y las islas de la Malasia. En cuanto a las capas de población, Hrdlička admite las cuatro siguientes:

1.ª Capa dolicocéfala, de la que se han derivado todos los dolicocéfalos americanos (*algonquinos, iroqueses, siux, shoshones* y *pima-aztecas* en América del Norte, y representantes de la raza de Lagoa Santa, que llegan hasta el extremo meridional de América del Sur).

2.ª Braquicéfalos del tipo *tolteca,* repartidos por todo el continente.

3.ª Braquicéfalos *atapascos,* los cuales ya no se hallan más que en Norteamérica, como corresponde a su llegada más reciente, siendo sus representantes más meridionales los *apaches* del norte de México.

4.ª Los *esquimales.*

Hipótesis del origen múltiple. Rivet

Según este investigador, hay que añadir nuevos elementos a la formación del hombre americano.

1. Elemento melanopolinesio. A Rivet se deben principalmente los hallazgos de semejanzas antropológicas y etnográficas que otros habían ya señalado aunque no les dieran toda su importancia.

Pruebas antropológicas. Los parecidos antropológicos entre algunos elementos de población americana y otros oceánicos habían sido señalados ya por Quatrefages en 1881. Poco después, Ten Kate, estudiando la raza indígena de la parte meridional de la península de California señaló su parecido, por una parte, con la raza paleoamericana, y por otra, con los melanesios.

Después de bastantes años reanudó Rivet estas comparaciones, y a sus trabajos se debe el reconocimiento de la mayor extensión de la raza de Lagoa Santa; también afirmó su parecido con las poblaciones hipsistenocéfalas de Melanesia y Australia.

Según Rivet, los rasgos negroides se absorben por cruzamiento, y esto explicaría la contaminación del factor O en el contacto entre melanesios e indígenas americanos. El mismo autor, a base de las fechas que poseemos por el carbono 14 para las culturas peruanas, se atreve a sugerir que la inmigración melanesia en América tendría lugar hace unos 4.000 años, y que el lugar de llegada sería la costa de Colombia, donde hay numerosos elementos culturales melanesios y donde la estatuaria de San Agustín muestra rasgos negroides.

Pruebas etnográficas. También de manera esporádica se habían venido señalando algunos hallazgos de objetos de carácter polinesio o melanesio en América; pero un estudio sistemático de las verdaderas relaciones etnográficas entre América y Oceanía no ha tenido efecto hasta que la escuela histórico-cultural, por una parte, y el eminente etnógrafo sueco Erland Nordenskiöld, por otra, han sistematizado, hasta el grado en que ello es posible por ahora, los datos que poseemos de la etnografía americana, principalmente en su parte meridional.

De todos estos estudios deduce Rivet como elementos principales que se hallan en América y al mismo tiempo en la civilización malaya, melanesia o polinesia, o en varias de éstas a la vez, los siguientes: cerbatana, propulsor, maza anular y estrellada, arco para bolas, honda, lazo, azuela de mango acodado, palo balancín para transporte de fardos, puentes de lianas, remo con travesaño, bote de haces de junco, balsa, piragua doble, piragua de balancín, decoración de ojos en la proa, casas sobre postes y en los árboles, acroteras de cerámica, morteros, taburetes y reposacabezas de madera, hamaca, mosquitero, cepillo para el cabello, peine compuesto, capa pluvial de fibras vegetales, uso de la corteza para el vestido y maza para prepararla, red sin nudos, procedimiento textil, poncho, teñido *ikatten* y *planghi*, estuche para el pene, ornamento de la nariz, placa pectoral, decoloración artificial de las plumas en los pájaros vivos, quipú, cuerno de concha, tambor de madera, tambor de piel, arco musical, bastón para ritmo, flauta de Pan, tablilla con cavidades para el juego, zancos, churinga, volador, juego *tika*, preparación de las bebidas alcohólicas por masticación de tubérculo o granos, uso de la cal para masticar determinadas sustancias, cultivo en terrazas con irrigación, pesca con veneno, uso de conchas como ofrenda y como moneda, danzas con máscaras, potlach, saludo con lágrimas, mitos diversos, deformación del tobillo por medio de ligaduras, incrustaciones en los dientes, ennegrecimiento de los mismos, tatuaje y motivos de-

corativos correspondientes, amputación de las falanges en señal de duelo, trepanación, la sangría por medio del arco.

....

Pruebas filológicas. La verdadera aportación original de Rivet está en la comprobación de las semejanzas filológicas. Ya hemos hecho en su lugar referencia a los trabajos de este autor sobre las lenguas americanas y a sus esfuerzos, a la par de otros investigadores, para reducir todo lo posible el número de grupos lingüísticos de América. Uno de éstos, el llamado grupo *hoka,* se supone formado por una serie de lenguas de la costa del Pacífico, desde la *shasta* del Oregón a la *chontal* del istmo de Tehuantepec, llegando hasta Nicaragua, si se acepta la reunión a dicho grupo de la lengua *subtiaba,* e incluso hasta Colombia con la lengua *yurumangui.*

Comparando este grupo con las lenguas malayo-polinésicas, Rivet ha podido encontrar entre ambos hasta doscientas ochenta y una concordancias de raíces con escasa alteración de vocablos. Además, la morfología y la gramática muestran también curiosas coincidencias. Hay que advertir que el grupo malayo polinésico de Rivet comprende los pueblos indonesios melanesios y polinesios que, aunque perfectamente distintos antropológicamente, hablan lenguas estrechamente emparentadas.

....

2. ELEMENTO AUSTRALIANO. *Razones antropológicas.* Siguiendo a Rivet, daremos las razones que este autor supone demostrativas de la presencia de elementos raciales australoides en América. También arrancan de antiguo los primeros indicios señalados de la presencia de tipos emparentados con los australianos en las comarcas meridionales de América. Topinard calificó de neandertaloides (en este caso sinónimo de australoides) los cráneos patagones que publicó Moreno, y después otros autores pudieron confirmar el carácter platidolicocéfalo de cráneos de fueguinos y otros indios de Sudamérica: Verneau, Hultkrantz, V. Lebzelter.

Razones etnográficas. También se debe principalmente a los representantes de la discutida escuela histórico cultural el haber fijado las relaciones etnográficas entre algunas poblaciones de Sudamérica (los fueguinos concretamente) y los australianos. Ambos pueblos ignoran la cerámica y la hamaca, y usan mantas de piel, viven en habitaciones en forma de colmena, conocen el trenzado en espiral, los botes de corteza cosida y la obtención del fuego por barrena, practican la monogamia y la exogamia. También parecen tener en común algunas ceremonias religiosas, según Mauss, y la existencia de armas parecidas al bumerán en varios pueblos sudamericanos puede atribuirse al mismo origen.

Razones filológicas. No es enteramente inédito tampoco aquí el camino seguido por Rivet, ya que en 1907 el famoso filólogo italiano Trombetti había señalado el parecido de las lenguas de la Tierra del Fuego con las australianas. Sin embargo, el autor francés ha concentrado estas semejanzas, estableciéndolas entre estas últimas y el grupo lingüístico llamado *Chon,* propio de *patagones* y *onas* (estos últimos habitan la Tierra del Fuego); el número de concordancias que en el léxico ha señalado es de noventa y tres.

....

La lista de oleadas de población que admite provisionalmente Rivet, reconociendo que su número pudo ser mayor, por el orden que supone la llegada al Nuevo Mundo, es la siguiente:

1.ª Elemento australiano.

2.ª Elemento de lengua malayo-polinésica, que por los caracteres físicos se acerca al grupo melanesio.

3.ª Elemento asiático, que es, seguramente, el más importante y da la apariencia de unidad visible en los americanos.

4.ª Elemento uralio, *esquimales.*

Origen africano

Aparte las teorías del origen egipcio y cartaginés, y del paso por el norte de Africa de otros pueblos semitas camino de América, pocas veces se ha buscado en este continente el origen de la población americana. La razón de ello se encuentra en el hecho de que la raza más típicamente africana, la negra, ofrece marcado contraste con la población americana, hasta el punto de ser sus caracteres los que menos han podido señalarse en América. Tan sólo podemos anotar aquí algunas hipótesis, como la de Bernardino de Saint-Pierre, la de Corette y la de Hugo Grocio, quien creía en una población abisinia y etíope llegada a Sudamérica por un paso meridional; todas ellas igualmente disparatadas. P. Gaffarel, a base de los datos de los cronistas sobre los negros en América, supone que también los africanos estuvieron en el Nuevo Mundo.

Origen oceánico

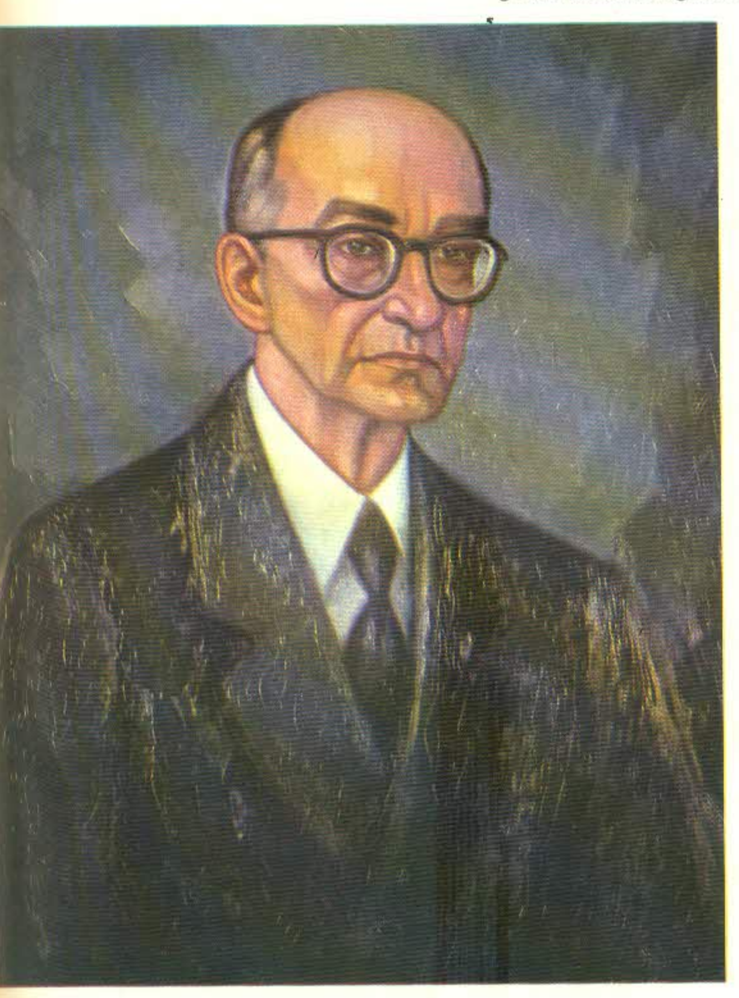
En menor escala que Asia, Oceanía ha sido, en el pasado siglo, una de las zonas en que se ha buscado con insistencia la patria de los americanos o, por lo menos, de una parte de sus culturas más elevadas; en cambio, los autores de la primera época se fijaron poco en ella, lo cual se explica por ser apenas conocida, aunque el investigador Hugo Grocio creía que de las Molucas procedía la población de parte de la América Meridional.

Cook se fijó también en los parecidos entre ambas zonas y muchos otros autores siguieron esta tendencia en el siglo XIX. Por ejemplo, defienden el origen oceánico (sobre todo polinesio) Eichtal, Lang y Daniel Wilson, para el que los polinesios poblaron primero Sudamérica, pasando de ahí al norte.

Ellis, en sentido inverso, buscaba el origen de los polinesios en el este. Todos ellos tenían en cuenta, aparte las posibles semejanzas, las grandes cualidades de los polinesios como navegantes; cualidades que, según la escuela heliolítica, procedían de su pretendido origen fenicio, favorecidas por las corrientes marinas, que facilitaron su paso de isla en isla hasta llegar acaso a América.

(De L. PERICOT: *América indígena*, Barcelona, 1961.)

El antropólogo francés Paul Rivet, que formuló la teoría del origen múltiple de los pobladores del continente americano. Rivet admite que pudieran llegar en cuatro oledas distintas y de diferentes lugares.



Un año después, Rivet postula de nuevo la teoría. Este gran antropólogo había estado trabajando en lingüística y en etnografía comparadas, mostrando la semejanza de las lenguas australianas con la de los ona de Tierra del Fuego y la presencia de una serie de elementos de la cultura material americana que se encontraban también en el área polinesia. Sus conocimientos de la etnografía australiana le obligaban a destacar la posibilidad de un contacto por navegación; así que sólo quedaba, a su juicio, la posibilidad del movimiento por la Antártida, el cual fijaba en un óptimo posglacial, cuando las tierras por las que debieron de haber pasado presentaban mejores condiciones de habitabilidad y el mar todavía no ascendía a su nivel normal.

En nuestro tiempo sabemos que los primeros habitantes del continente americano ya estaban en él bastante antes del óptimo posglacial, pero ya desde que se anunció la hipótesis había habido serias impugnaciones de Davidson y Martínez del Río, entre otros. Keppers, antes que ellos, también había objetado las ideas de Rivet y en él encontramos otra tesis que merece ser mencionada. Para este autor, la relación entre australianos y habitantes de la Tierra del Fuego existe, pero no la considera como producto de la llegada de los primeros al extremo sur de América, sino como el caso de dos grupos humanos, ahora alejados geográficamente, que provienen de un solo tronco y lugar común.

Podría parecer injusto el revisar y analizar algunas de las teorías que en el pasado se expresaron



Thor Heyerdhal, viajero nórdico, quien, con sus viajes a través del Atlántico y del Pacífico, utilizando medios primitivos, quiso demostrar que era posible haber llegado a América por mar en tiempos remotos.

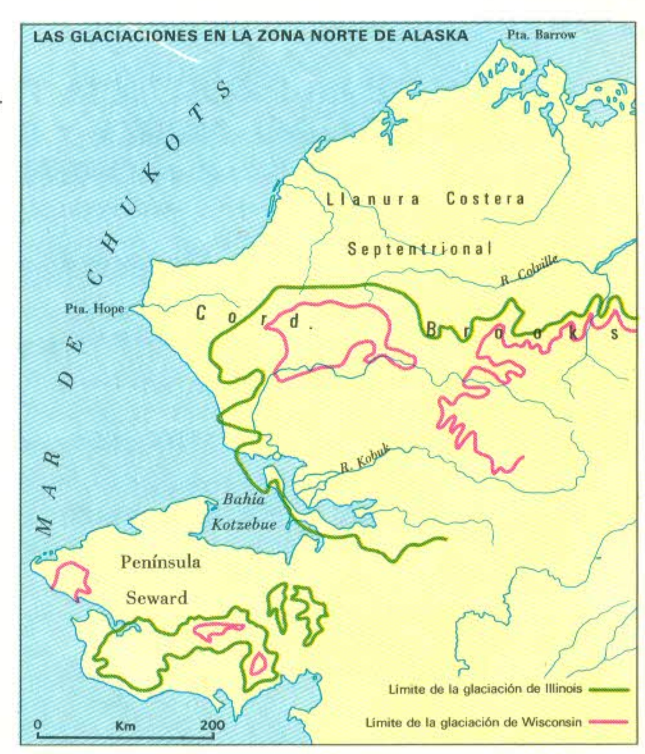
respecto al poblamiento de América, sobre todo ahora, cuando con el transcurso del tiempo han aparecido muchas más evidencias de toda índole, debido a nuestros mejores conocimientos acerca de la cronología de las glaciaciones, de sus extensiones y de los valores métricos y fechas de los bajos niveles del mar. Sin embargo, tampoco es prudente evitar esos comentarios, pues muchas de estas teorías, hoy naturalmente descartadas, siguen teniendo vigencia entre cierto público, aunque no sea al menos cultivado.

Siguiendo con las hipótesis, Greenman en 1963 trató de demostrar el poblamiento de América con gente llegada de Europa occidental, durante el paleolítico superior, que navegaba en las embarcaciones equivalentes a los kayaks y umiaks de los esquimales, además de emplear como medio de locomoción los icebergs que durante la última glaciación se desprendían de la masa ártica, de los cuales obtenían agua potable fundiendo fragmentos y materia prima para la fabricación de artefactos utilizando las piedras englobadas en la masa de hielo. Este trabajo recibió la natural crítica en su momento.

También se ha creído ver negros africanos entre aquellos que poblaron América, y en el Festival de Arte Negro que tuvo lugar en Dakar en 1966 se presentaron unas 25 figurillas prehispánicas en las cuales se podían percibir ciertos rasgos que la buena voluntad lleva a juzgar como negroides. Esta selección fue hecha sobre varios centenares de piezas por A. von Wuthenau, quien hace hincapié en aquellas que se derivan o se asocian al complejo olmeca, en el cual, entre otros, la representación humana maneja un tipo al que se achacan elementos negros. Los negros como partícipes del poblamiento de América no es idea nueva, ni mucho menos, pero aquí nos volvemos a encontrar con la dificultad de los medios de navegación.

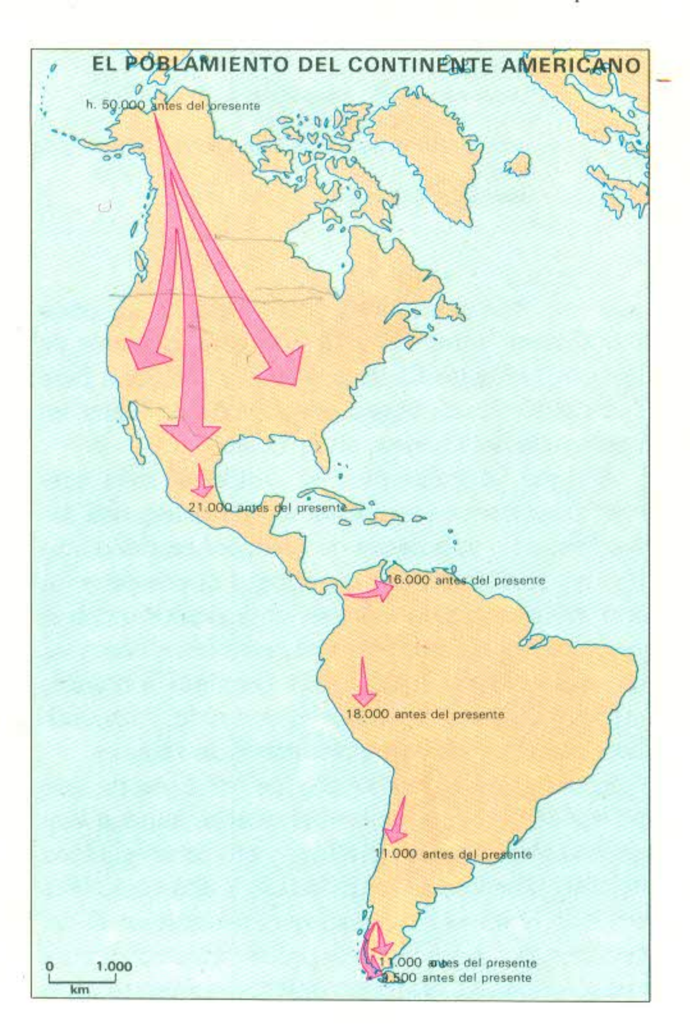
Nadie puede negar la posible arribada forzosa de una o más embarcaciones, sean llegadas de Asia o de Europa o de Africa; ahora bien, estas arribadas forzosas no pueden haber alcanzado ni la cifra ni la frecuencia que permite poblar un territorio. A la llegada de los europeos, los indígenas de la costa del NO. norteamericano y de la Columbia británica tenían máscaras ceremoniales de madera, en algunas de las cuales los ojos estaban hechos con monedas chinas, de las del tipo de perforación central rectangular. Es indudable que alguna vez habría llegado una nave china, en arribada forzosa. También en la costa del Ecuador se han querido ver conexiones fortuitas o casuales entre la cultura japonesa de Jomón y la cultura Valdivia, a base de decoraciones sencillas, pero muy comunes en el neolítico mundial, de la cerámica, y algunas llamadas "piedras de alma", rayadas intencionadamente. La solución de este problema de un hiperdifusionismo sigue aún latente.

En primer lugar, se trata de gente que llegó adonde ya había otras, pero ni en uno ni en otro caso los náufragos dejaron huella clara, perdurable, de su presencia, de tal manera que la cultura recipiendaria sufriera cambios fundamentales debido a ese contacto y que esos cambios, a su vez, fueran generadores de otros en los grupos que se encon-



trasen de inmediata vecindad. Desde ningún concepto hay una cerrazón absoluta a la posibilidade de contactos transoceánicos y existen una serie de enigmas para los cuales es más cómodo pensar en esos contactos. Lo único que se requiere es encontrar las pruebas fehacientes y esto es algo que hasta ahora no ha sucedido.

La hazaña deportiva que efectuara Thor Heyerdahl en el Pacífico demostró que era posible visitar la Polinesia desde Sudamérica; años más tarde, y al segundo intento, el mismo aventurero cruzó el Atlántico, desde Africa del Norte hasta el Caribe. En ambos casos, con ayuda de elementos básicos de la tecnología moderna, se hicieron travesías hasta cierto punto comparables con las que, en otras épocas, se hubieran podido efectuar, pero volvemos al terreno en el cual las arribadas forzosas o los esfuerzos exitosos de unos cuantos individuos no pueden contarse como los fundamentos ni del poblamiento de un continente ni de las culturas que en él florecieron. Más recientemente se han efectuado varias expediciones por el Atlántico, de las que se puede decir lo mismo.



Por muchos decenios, los estudios acerca del hombre americano, su origen y su antigüedad sufrieron un retraso grave, debido, sin lugar a dudas, a la figura de Aleč Hrdlička, científico europeo, autoridad en paleoantropología, quien negó sistemáticamente la menor posibilidad de antigüedad en los restos y artefactos que fueron sometidos a su juicio. Tenía, sin lugar a dudas, razones sólidas para mantener esta posición, pues los hallazgos indocumentados (inclusive los fraudulentos) habían empezado a proliferar. A esto se unía, desde Argentina, las reclamaciones de un paleontólogo brillante, el doctor Ameghino, quien, en una posición idealista extremada, confundía y trastocaba los datos y los materiales para alcanzar su meta: la demostración de que la raza humana era originaria de las Pampas.

La imposibilidad filogenética de esto era ya bien claramente conocida, pues, entre otras cosas, los monos americanos forman una rama muy alejada de los antropoides y no existe posibilidad de ni siquiera simple vecindad genética con la rama o ra-

SITIOS DE LA PRESENCIA TEMPRANA DEL HOMBRE EN LA AMERICA DEL NORTE Y DEL SUR, SEGUN JOSE LUIS LORENZO (1978)

Sitio	Años antes del presente	Material estudiado
Old Crow Flats	25.000-30.000	Artefactos de huesos de mamut y caribú
Taber	30.000-35.000	Huesos de infante. Se estima que la edad podría ser mucho mayor
Sheguiandah	30.000	Artefactos de cuarcita. Hay varias ocupaciones difíciles de separar
American Falls	43.000 (quizá más)	Sin artefactos de piedra, pero hueso de bisonte que indica acción humana
Los Angeles	23.600	Huesos humanos
Isla de Santa Rosa	11.000-37.000	Artefactos de piedra, conchas y huesos del elefante enano *(Elephas exilis)*
Laguna Beach	15.000-17.000	Huesos humanos
Tlapacoya	21.700-24.000	Artefactos de piedra y hueso. Huesos abundantes de fauna extinguida
Valsequillo (Caulapán)	22.000	Raspador de piedra y conchas
Taima-Taima (Falcón)	12.580-14.000	Herramientas de piedra y huesos fósiles
Muaco (Falcón)	14.300-16.375	Utensilios de piedra; huesos de fauna pleistocénica
Pikimachay (Paccaicasa)	14.150-19.600	Varios niveles de ocupación humana. Huesos y artefactos de piedra
Río Grande, Uruguay	12.770	Industria lítica asociada con fauna pleistocénica
Los Toldos (Patagonia)	12.600	Utensilios de piedra

mas de las que pueden surgir elementos humanoides.

Pasada aquella racha de crítica extremosa, comenzaron a efectuarse hallazgos, bien documentados, de fauna fósil asociada a implementos humanos, siendo bastante escasos, por no decir muy pobres, los de restos óseos humanos. Con pasos medidos y a veces con muy marcado rigorismo científico se ha empezado a crear un cuadro interesante, sobre todo a partir de los últimos diez años.

Hallazgos a lo largo y lo ancho del continente nos indican una curiosa distribución, según la cual hay toda una cronología de ocupación que se inicia en Alaska hace algo más de 30.000 años.

En Canadá los hay más o menos de igual fecha, e inclusive algo más antiguos; en California, de hace 27.000; en México, de unos 22.000; en Venezuela, de 14.000; en Perú, de hasta 18.000; 11.000 para Chile, y 9.000 en Patagonia. Para el Ecuador tenemos las fechas de 10.000-12.000 años para el complejo de El Inga, como edad mínima probable, a base de comparaciones con Patagonia; unos 10.000 años antes del presente para la cueva de Chobshi, cerca de Cuenca, y casi 9.000 años para el complejo de Las Vegas, cerca de Santa Elena, en la provincia del Guayas, en la Costa.

Aunque ya trataremos el problema más adelante quizá quepa mencionar aquí que algunas dataciones radiocarbónicas de Alangasí han dado fechas de 38.000-40.000 años, pero queda para futuras investigaciones aseverar su asociación con la presencia del mastodonte y el hombre de Alangasí. Hay, desde luego, fechas más cercanas a nuestro tiempo y algunas otras, por el contrario, muy antiguas, pero que no son absolutamente seguras.

Aquí conviene aclarar que los hallazgos de este tipo son de una gran pobreza material, aunque tengan una importancia científica, y requieren equipos interdisciplinarios, de lento trabajo y alto costo. Por otro lado, y en el consenso general, aun en el del mundo culto, la arqueología prehistórica no alcanza la popularidad de la arqueología monumental, de lo

que deriva un número menor de trabajos y, lógicamente, de resultados.

El esquema, rápido y no completo que se ha trazado, muestra cómo, según se va de norte a sur del continente, las fechas se van acercando cada vez más a nuestro tiempo. Esto, de inmediato, atrae nuestra atención y nos señala con fuerza la ruta general del movimiento migratorio humano.

El estrecho de Bering y las glaciaciones

El pasar de Asia a América es bastante fácil por el estrecho de Bering, ya que la distancia entre el cabo Dezhnev, el extremo más oriental de la península de Chukotka, en Siberia, y el cabo Príncipe de Gales, la punta más occidental de la península de Seward, en Alaska, es de apenas 90 km y hacia la mitad de esta distancia emergen varias islas, de las cuales dos, la Gran y la Pequeña Diomedes, son buenos paraderos. Aquí el mar apenas alcanza los 40 m de profundidad.

El estrecho de Bering tiene la cubierta de hielo invernal a partir del mes de noviembre y dura hasta junio, aunque la cubierta total tan sólo se produce de noviembre a marzo. Esto quiere decir que la travesía a pie es factible, aunque se corre el riesgo, siempre presente, de que alguna de las fuertes tormentas invernales rompa el hielo y haga el paso impracticable o provoque un accidente fatal. En los pocos meses de deshielo, la travesía por el agua es posible, siempre y cuando se disponga de algún medio de navegación de cierta categoría, puesto que, por el lado siberiano, en esos meses corre hacia el sur una corriente marina y por la costa de Alaska otra hacia el norte.

No es que las condiciones de travesía por navegación sean imposibles; lo que hay que tener en



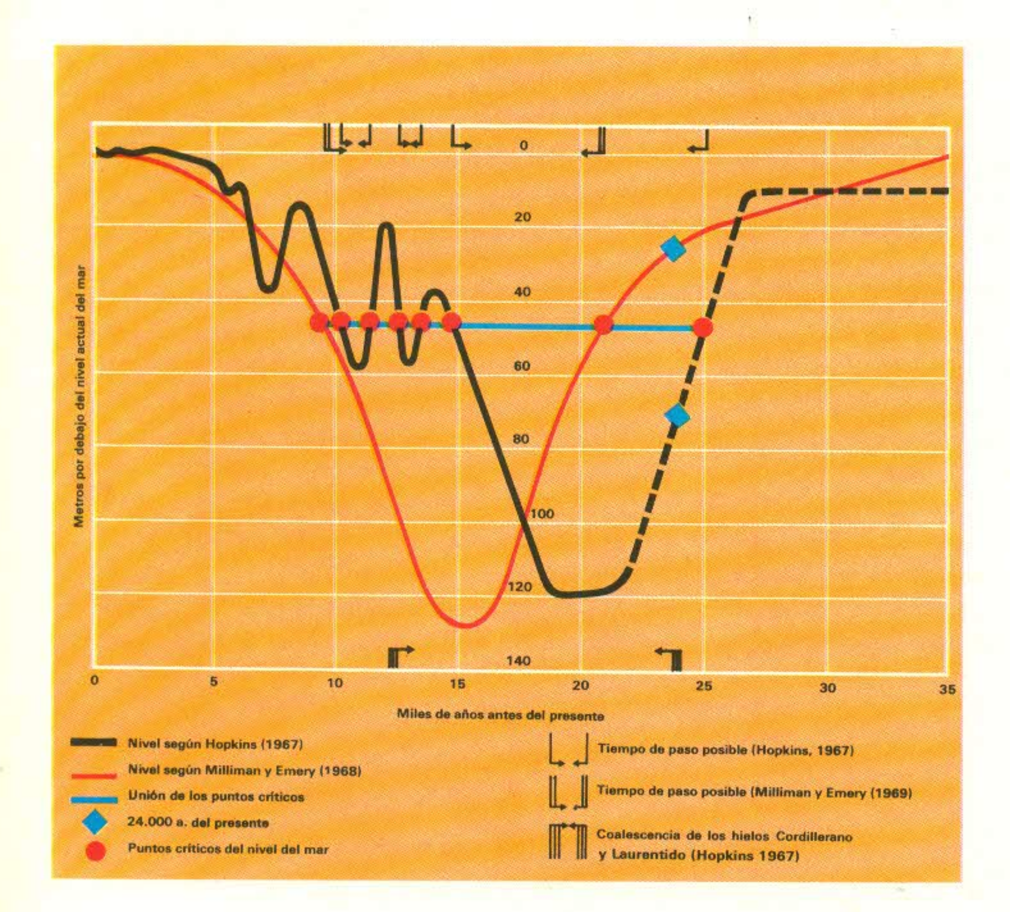


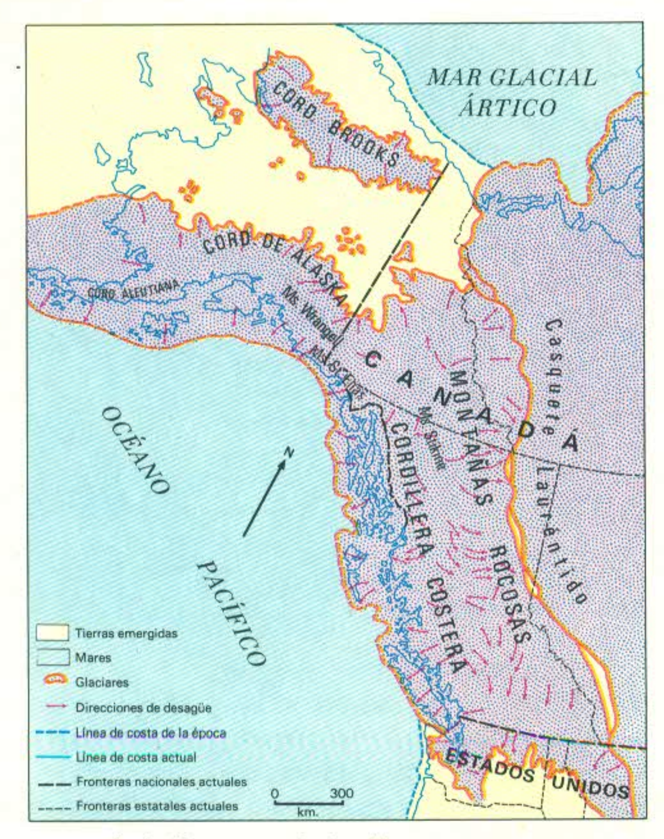
Gráfico que representa las fluctuaciones del nivel del mar durante la última glaciación. El mayor o menor nivel alcanzado era un factor muy importante, pues, en ciertos lugares, al descender, pudo haber permitido el paso a pie de los hombres.

cuenta es el nivel de desarrollo cultural de la gente que pudo hacerlo, según el tiempo en el que se haya hecho y, de acuerdo con ello, las posibilidades reales.

Al respecto, hay una probabilidad mayor y, diríamos, más lógica.

El tiempo geológico se ha dividido en una serie de unidades temporales, cada una de ellas con ciertas características que las diferencian entre sí; ahora, aquella en la que vivimos, y a la cual algo arbitrariamente se le ha dado por comienzo 10.000 años atrás, es la llamada holoceno. A ésta la precedió el pleistoceno, época que, de acuerdo con los últimos estudios, comenzó hace alrededor de tres millones de años. El pleistoceno se ha caracterizado porque, durante su transcurso, la Tierra ha sufrido una serie de glaciaciones, o sea que, por algunas decenas de miles de años, en las altas latitudes se desarrollaron enormes casquetes de hielo, de tal tamaño que en el norte de Europa los hielos descendieron hasta más al sur de Berlín, en un manto de miles de metros de espesor en algunos puntos, y, en el norte de América, un casquete semejante, que iba del Atlántico al Pacífico, alcanzó bastante al sur, hasta Kansas e Illinois. En el transcurso de esos tres millones de años hubo varios avances mayores, compuestos de otros menores con intervalos de mejoría climática, durante los cuales la masa de hielo permanecía estacionaria o sufría algunos retrocesos. Entre una y otra de las glaciaciones mayores hubo períodos en los que el clima era como el de ahora o más caluroso, lo cual provocaba la desaparición casi total de las masas heladas, que se reducían a las cumbres de las más altas montañas o a latitudes muy superiores, virtualmente a los polos.

Durante esas épocas de glaciación, el hielo acumulado sobre los continentes, en sus altas latitudes y en parte de las medianas, además del de las altas montañas, era agua que se inmovilizaba y dejaba de participar del ciclo continuo precipitación-evaporación-condensación y que, por tanto, se restaba a la masa de agua de los mares. Con ello, el nivel de éstos descendía en la proporción que marcaba la

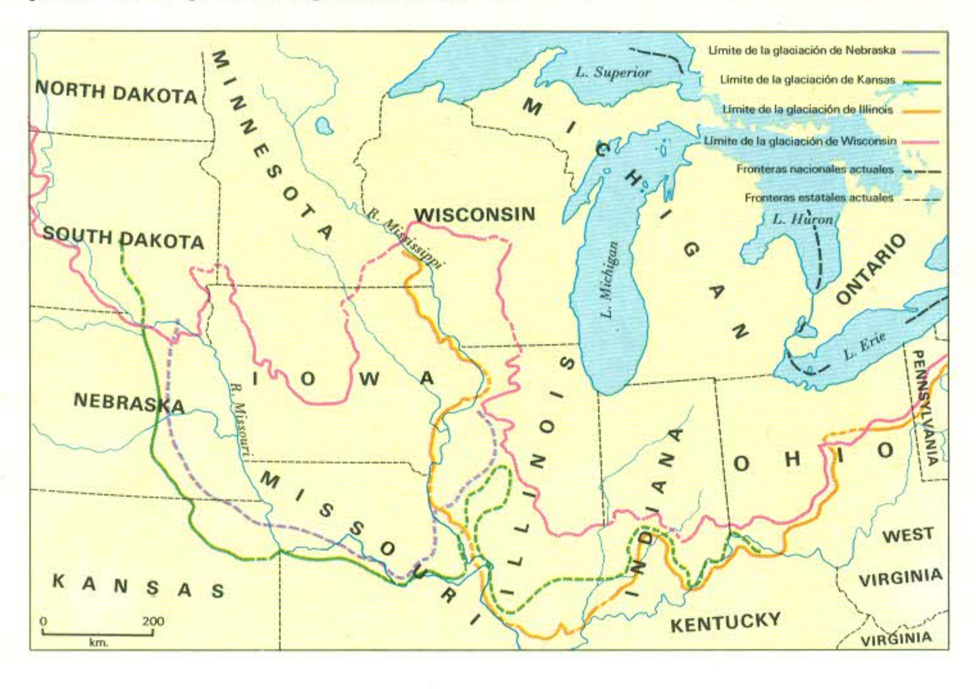


masa de hielo acumulada. Al comenzar una etapa glacial se iniciaba la disminución de agua del volumen total de los mares y océanos; según la glaciación avanzaba, el agua disminuía hasta llegar al punto en el que la desglaciación se iniciaba y con ello volvían a ascender los niveles de los mares. Para entender mejor los resultados de este proceso baste decir que si se fundiese todo el hielo almacenado sobre la Antártida, el nivel del mar subiría 30 metros.

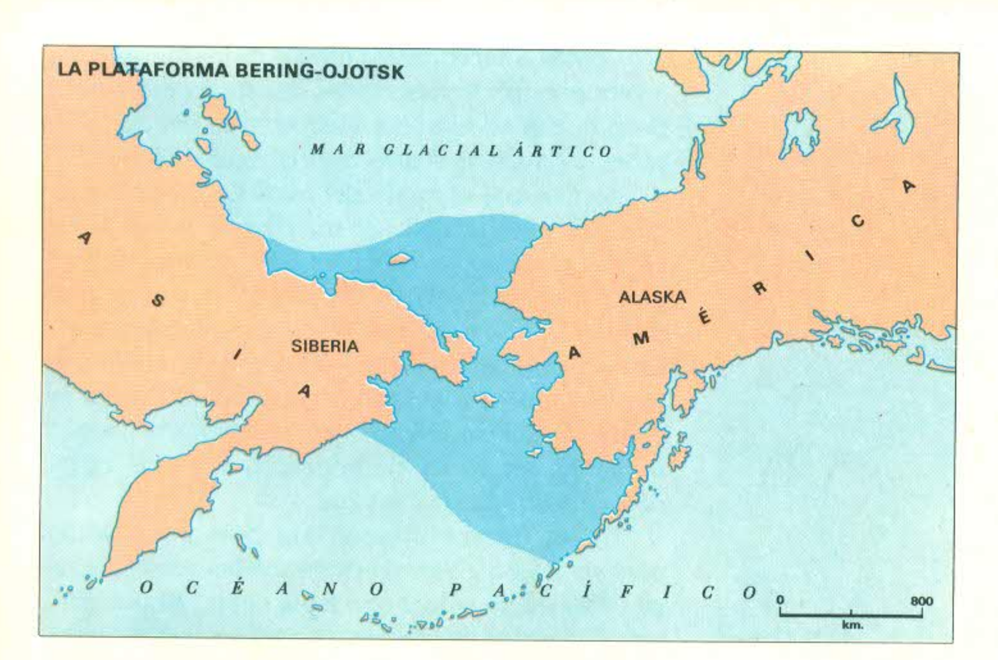
Resulta que el fondo del estrecho de Bering es de poca profundidad, 40 m, y hay pruebas fehacientes para poder asegurar que, cuando el mar descendió 50 m, ambos continentes quedaron unidos por una llanura en la que sobresalían las montañas que ahora son las islas Diomedes; cuando el mar alcanzó su más bajo nivel, entre 100 y 110 m menos que ahora, afloró una masa terrestre de más de 1.000 km en su eje norte-sur, a la cual se ha dado el nombre de Beringia.

No es necesario tener una gran imaginación para ver cómo y cuándo existieron las posibilidades de pasar de un lado a otro a pie enjuto. Ahora bien, este cuándo se ha presentado varias veces en el pasado, en distintas fechas. La última glaciación, llamada en Norteamérica wisconsiniana, se inició hace unos 70.000 años y alcanzó un máximo hace unos 50.000, a la que siguió un retroceso, entre 28.000 y 22.000, que dio paso a un nuevo avance de los hielos, mayor que el anterior, que culminó hace 18.000 años.

La posibilidad de llegada al continente americano por su extremo noroeste, cruzando por el puente emergido, queda bien establecida en el transcurso de un máximo glacial. La penetración



Arriba, mapa en el que se representan las máximas glaciaciones en el noroeste de América. Y a la izquierda, las cuatro glaciaciones de la zona central de América del Norte. Las glaciaciones representaron una oportunidad para pasar de un continente a otro.

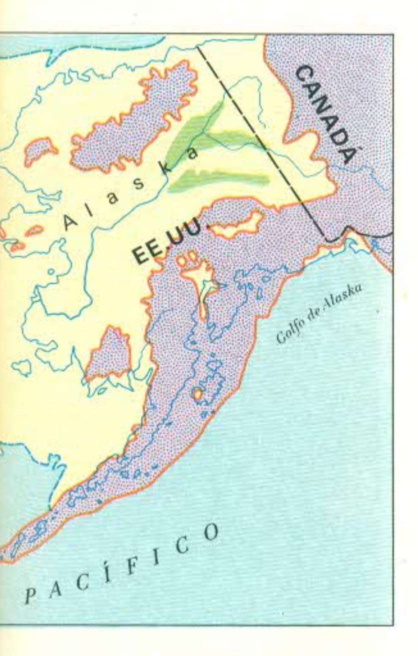




Máxima extensión de la glaciación Wisconsin



1. Glaciar.
2. Paquete de hielo acompañante.
3. Obsérvese el descenso en el nivel del mar, de alrededor de 460 pies (150 m), quedando expuestas por tal motivo unas 1.300 millas cuadradas y un puente de tierra libre de hielo en la zona del estrecho de Bering.

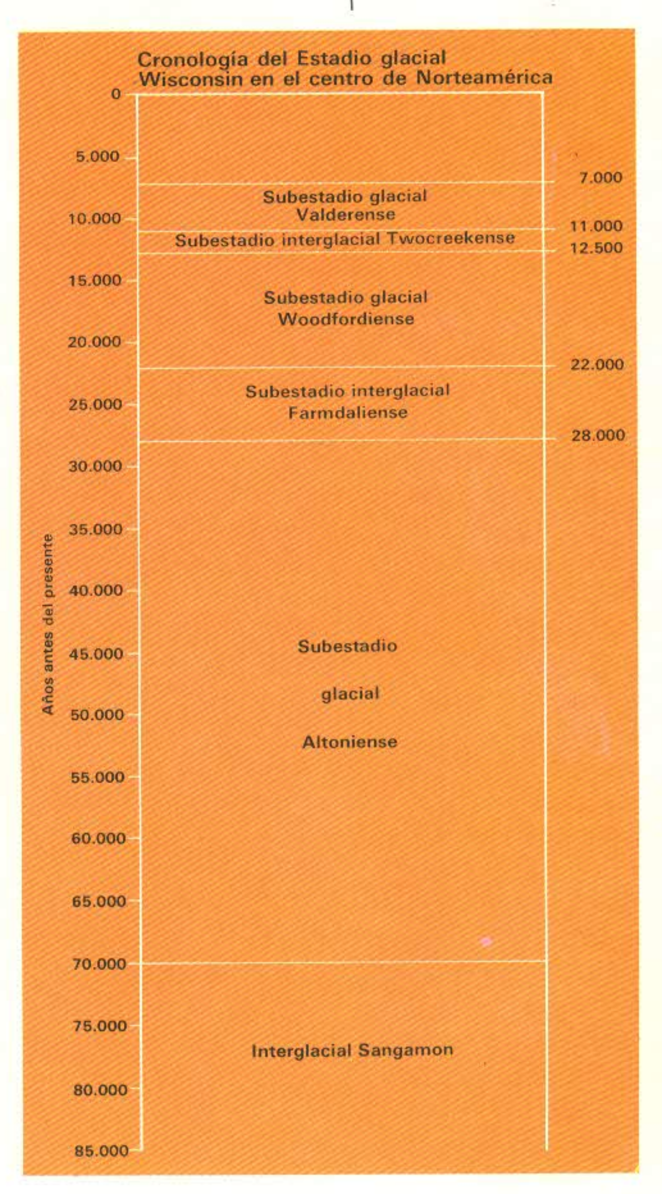


A la izquierda, mapas que muestran la zona del estrecho de Bering, con su plataforma marítima y el desarrollo de la glaciación Wisconsin. Esta zona se considera como de seguro paso de las gentes del noreste de Siberia en su camino hacia el continente americano.

hacia el interior del continente es otro asunto, que trataremos de presentar en su debida forma.

En primer lugar, los habitantes del extremo noroeste de Siberia eran gentes ya habituadas a vivir en condiciones árticas. Al decir habituadas se está indicando que su cultura había sabido conformarse de tal manera que les permitía obtener de ese medio ambiente un máximo de resultados, al menos suficientes para subsistir. No es posible pensar, para esa fecha, en grandes presiones demográficas que hubieran ejercido un proceso de centrifugación hacia una periferia inhóspita de algunos grupos humanos; es más natural aceptar que los habitantes del extremo norte de Siberia habían participado de un proceso cultural que era respuesta a la explotación de un complejo ecológico y que este complejo ecológico, particular de la zona ártica, era igual a un lado y otro del estrecho de Bering, así como en este mismo cuando quedaba al descubierto. De esta forma, toda visión romántica respecto a la conquista o descubrimiento de un continente se anula ante la realidad de un desplazamiento de grupos nomádicos, dentro del hábitat al que su cultura mejor explotaba.

La orografía del noreste siberiano, junto con su gran latitud, hace que, al instaurarse una etapa glacial, las cadenas montañosas de Gydan-Kelyma y de Oryak, por el sur, unidas por una serie de sistemas montañosos menores, se cubrieran de glaciares, al igual que las mesetas de Yukagirsk y Anadyr. De hecho, el territorio explotable por el hombre se reducía grandemente, pero esta pérdida de área era compensada con el creciente territorio que abandonaba el mar, por el norte y el este. En el otro extremo del puente, en Alaska, la cadena montañosa de Brooks, hacia el norte, y al sur el Sistema Montañoso del Pacífico, también se cubrieron de hielos que, en el extremo este, en la cabecera del río Yukon, se unía a la punta noroeste del casquete laurentido. De esta manera se delimitaba, por el hielo, un territorio amplio sometido, es cierto, al condicionamiento ártico, pero no mucho más ex-



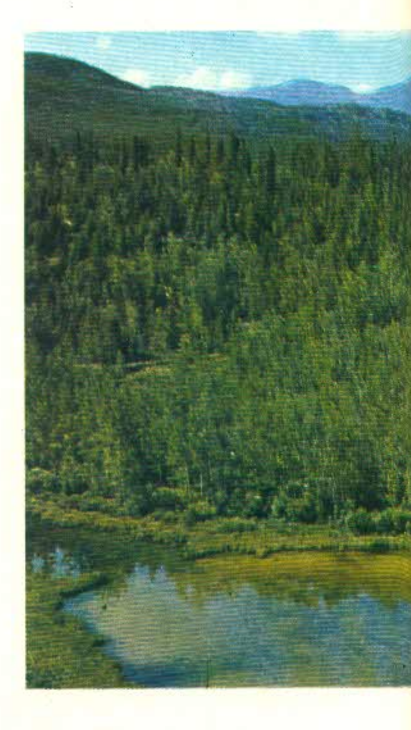
tremoso del que previamente existía y al cual los habitantes del extremo asiático ya se habían acostumbrado.

Vemos como por los hielos que cerraban la cuenca del Yukon al norte, este y sur, durante un máximo de glaciación, hay un impedimento real para que los primeros habitantes de América se pudieran desplazar hacia el sur, hacia climas más benignos. Para algunos autores este cierre de horizontes no es tal y aluden a la posibilidad de ir rumbo al sur a lo largo de una costa, ahora sumergida, que quedó expuesta por el descenso del nivel del mar. Esta teoría es improbable en cuanto que en esta parte del mundo existe un tipo de glaciar característico de ella, el glaciar de somontano, el cual se origina en las montañas, las Rocallosas en este caso, y sale por los valles inmediatos a la costa. Siendo la precipitación muy alta en esta parte, las montañas emiten glaciares de tamaño muy grande y de enorme volumen de hielo que se expanden en la llanura costera en forma de impresionantes abanicos. Todos los valles que van a la costa contenían un glaciar de estas grandes dimensiones y unos con otros se anastomosaban, dando origen a una orla de hielo que iba a lo largo de toda la costa; el transcurso de seres humanos por un territorio de estas características se puede decir que era imposible, aunque estuvieran adaptados a una vida económica de explotación de recursos marinos, pues de hecho no había posibilidad de supervivencia para seres humanos en la superficie de la franja de hielo que bordeaba toda la costa hasta más o menos la altura de Portland.

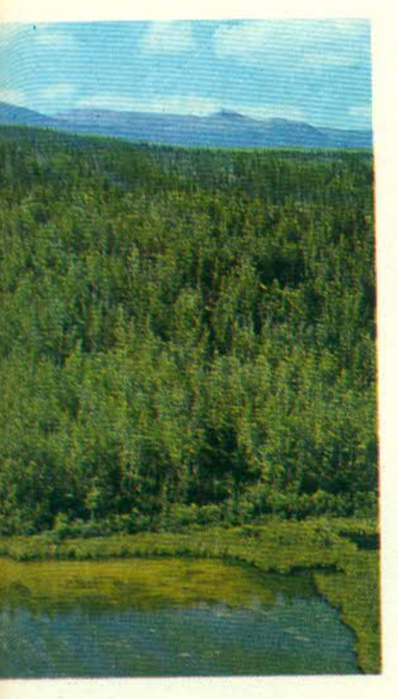
Otros aducen la existencia de un corredor entre el casquete laurentido y los glaciares que descendieron de las montañas Rocallosas por su flanco oriental. Parece cierto que en algunos lugares no hubo cubierta total de hielo, pero no está demostrado que ese corredor existiera simultáneamente en toda su longitud. Si hubo algunos oasis a los que el hielo no alcanzó, éstos se encontraban separados unos de otros por grandes distancias y, además, en esas áreas sin hielo se almacenaba el agua de los arroyos proglaciales que las bordeaban; en realidad eran lagos, no tierra. El espíritu aventurero del hombre es innegable y quizás una de las razones de su ser, pero todo tiene un límite.

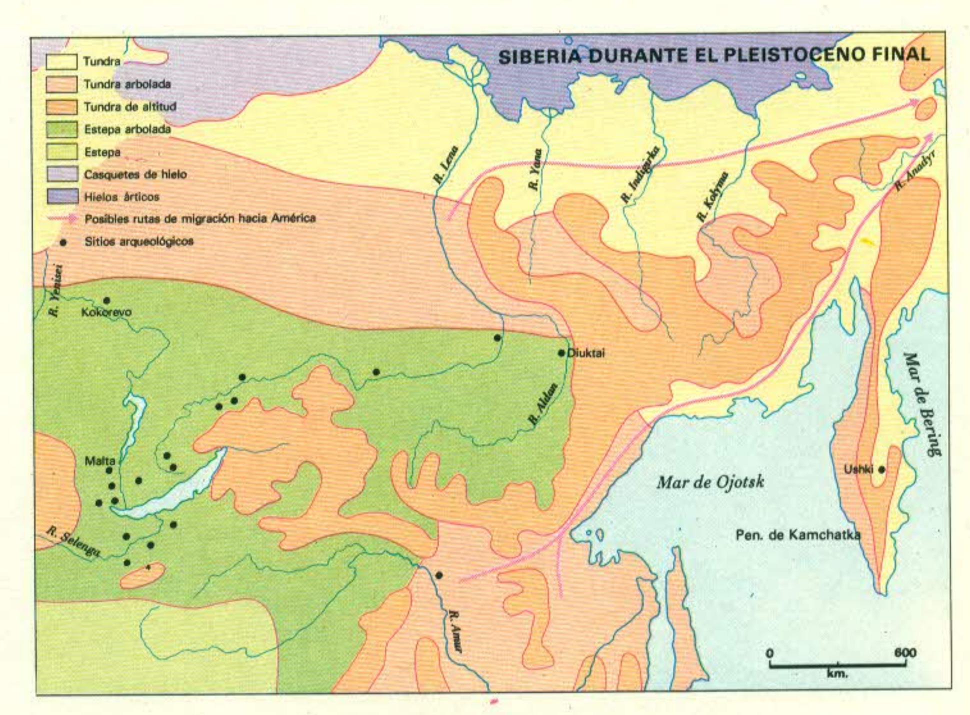
La posibilidad de supervivencia en esta especie de islotes, inclusive en un larguísimo corredor ocupado por agua y entre grandes paredes de hielo, es, con mucho optimismo, bastante remota.

Vegetación en la taiga de la cuenca del Yukón, en Canadá. Lugar muy frío y de espeso arbolado, debió ser un serio obstáculo, en la época de las glaciaciones, para que los primeros pobladores de América pudieran desplazarse hacia el Sur.



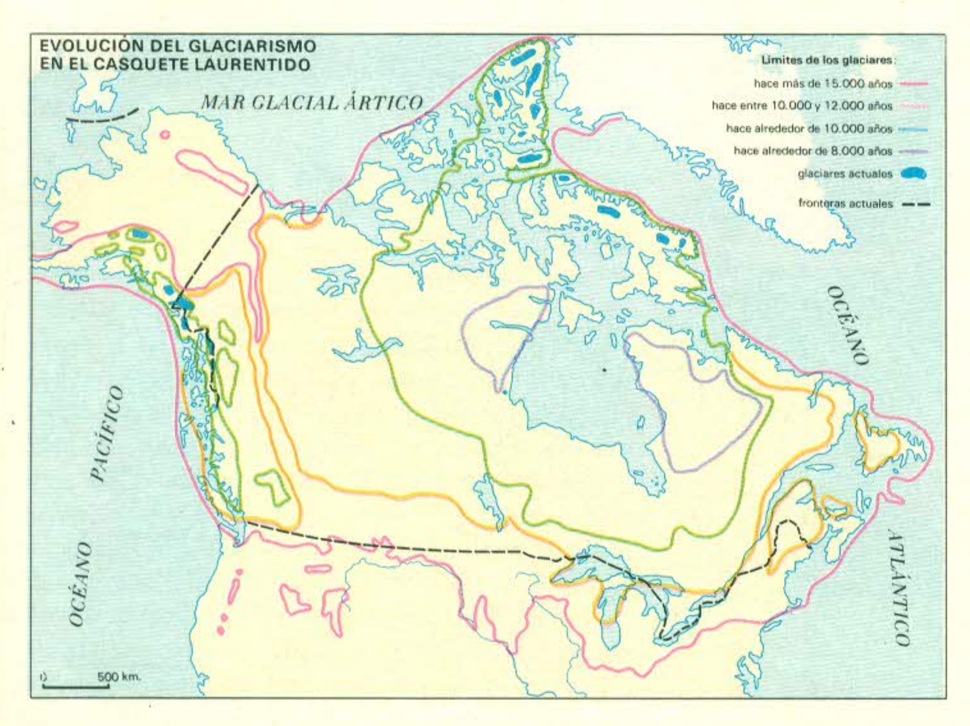
Ahora bien, se sabe que el subestadio glacial altoniense (70.000-28.000) fue de menor intensidad que el que le siguió, el woodfordiense (22.000-12.500), y que el subestadio interglacial farmdaliense apenas supuso una muy leve mejoría climática. Hay datos fehacientes para poder decir que durante el altoniense los hielos cordilleranos y los laurentidos no llegaron a coalescer, dejando, entonces sí, un corredor bastante amplio entre ambas masas. Si nos atenemos a las fechas de los hallazgos más antiguos hechos en el continente americano no hay lugar a dudas de que el paso de los primeros habitantes de América no pudo efectuarse durante el woodfordiense, pues antes de su comienzo ya se encontraban en algunos lugares de Norteamérica, simultáneamente a él en México y durante su apogeo andaban ya por el Perú. No queda más remedio que admitir que la entrada del hombre en el continente americano tuvo lugar durante el altoniense, esto es, entre 70.000 y 28.000 antes del presente. Ya se ha dicho que los primeros habitantes del continente americano eran gente habituadas a vivir en condicionamiento ártico, por lo cual no se puede dudar de su capacidad de explotar tanto la zona de





Pleistoceno superior
Correlaciones generales

Miles de años antes del presente	SIBERIA		NORTEAMERICA		Fechas aproximadas antes del presente
	CENTRAL	CHUKOTKA	ALASKA	CENTRAL	
					1
P			Avance	Avance	2
5			Retroceso	Retroceso	7
			Anivik-Tanya	Valders	11
10			Krusenstern	Two creeks	12,5
20	Sartan	Yskaten	Mint river Naptowne	Woodford	24
30	Karginsky	Amguem	Woronzof	Farmdale	32
40 50 60	Zyriansk	Vankarem	York Knik	Alton	70
70 80	Kazantsev	Val'Katlen	Peluki	Sangamon	
90	(Kind, 1967)	(Petrov, 1967)	(Péwé, Hopkins Giddings, 1965; Hopkins, 1967; Sainsbury, 1967)	(Frye, Willman, Rubin y Black 1968)	



A la derecha, un aspecto de las Montañas Rocallosas, en Canadá. El paso entre esa cadena montañosa y la costa también debió resultar poco menos que imposible, debido a los glaciares que se desprenden de la cordillera y se dirigen al mar.

Abajo, el glaciar Grewing, en Alaska. Lo mismo que en nuestros días, los glaciares debieron ser el gran enemigo de las gentes que querían avanzar hacia las tierras del Sur.



su origen, el extremo NE. de Siberia, como la cuenca inferior y media del Yukon, en Alaska, aparte que el gran territorio emergido, Beringia, reunía las mismas condiciones que sus colindantes por el este y el oeste. Podemos, sin grandes vuelos imaginativos, admitir que era posible vivir entre los glaciares de montaña que circunscribían la región tanto por el oeste como por el este y la masa de hielo ártico que lo delimitaba por el norte.

Durante el altoniense había la posibilidad de penetrar hacia el sur, a lo largo del corredor que existía entre los glaciares de las Rocallosas y el borde occidental del casquete laurentido, además de que entonces quizá no fuera tan impenetrable la orla de glaciares de somontano, que alcanzaba hasta la costa del Pacífico. Es cierto que en la zona del corredor, al haberse interrumpido por el hielo laurentido el drenaje natural de todo el sistema hidrográ-

fico que desciende de las Rocallosas, debieron abundar los lagos, pero también es verdad que si estos lagos llegaban a ocupar totalmente el espacio libre de hielos, en ellos y sus orillas sería más fácil encontrar terrenos propicios para la cacería y la recolección. Desde luego, todo el territorio por el que podían deambular sería muy semejante en cuanto a clima y recursos explotables. Tan sólo al penetrar más al sur, hacia el somontano oriental de las Rocallosas y las praderas adyacentes, se pudo abrir ante ellos un territorio nuevo, de clima, flora y fauna diferentes a los entonces conocidos, a cuya explotación y aprovechamiento se acostumbrarían, modificando técnicas adquisitivas y, desde luego, aspectos de su visión del mundo.

Los movimientos de los pueblos cazadores recolectores son obligadamente lentos cuando no hay escasez, y no es posible pensar que en aquel territorio que ahora veía el hombre por primera vez faltaban los recursos y, por tanto, no había razón para emprender largas marchas por terreno desconocido si existía lo suficiente en el que se estaba. Sin embargo, por las fechas citadas de hallazgos vemos que sí hubo desplazamientos hacia el sur hasta llegar al extremo austral del continente, pero esas mismas fechas nos indican que ello se efectuó a lo largo de milenios.

Los pobladores

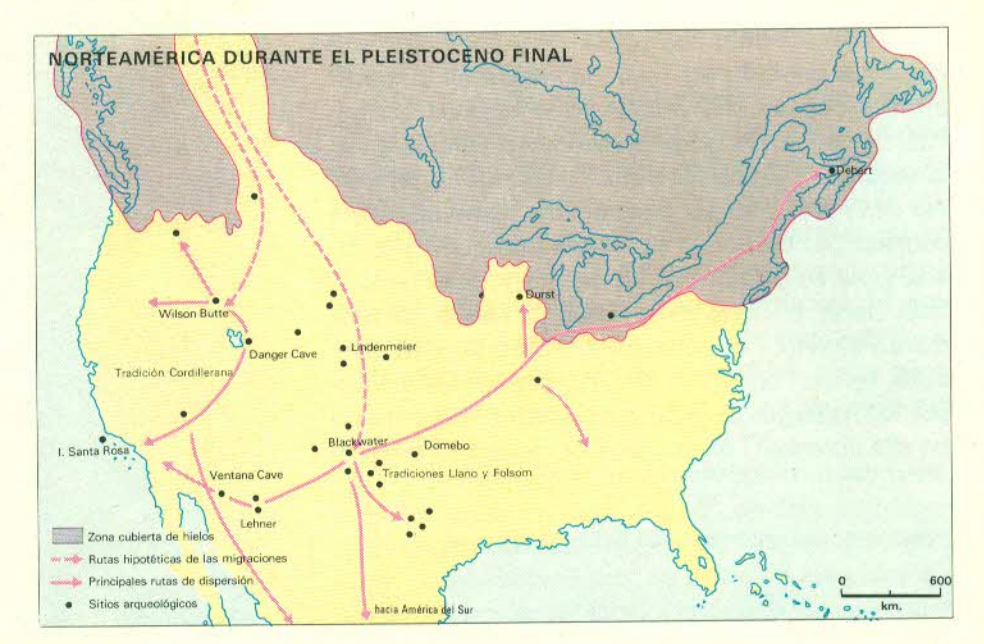
Queda por decir algo acerca de quiénes eran. De su aparente nivel cultural ya se ha dicho cuanto se puede decir a estas alturas, pero de sus características raciales no nos es posible más que conjeturar, pues de las fechas más antiguas no se han encontrado restos humanos. En opinión de los antropólogos físicos, América fue poblada por elementos mongoloides, aunque entre ellos se perciben también rasgos de otras características, como son australoides y melanesoides, habiendo quien ha visto también algunos de carácter caucasoide.

Con el natural temor de adentrarnos en campo tan difícil, sobre todo por la falta de elementos de juicio válidos, es posible que la teoría que alguna vez presentara Birdsell, entonces muy impugnada, en la actualidad, a la luz de una cronología muy distinta a la que en aquellas fechas se manejaba, pueda tomarse en cuenta.

El consenso general, fijado desde el siglo XVIII, era el de que los aborígenes americanos están muy relacionados con los mongoloides de Asia y de que éstos emigraron por el estrecho de Bering para poblar América en fecha relativamente cercana, durante la última glaciación o en tiempos posglaciales. Existiendo muchos rasgos semejantes entre americanos y mongoloides, hay, sin embargo, otros menores que señalan diferencias y sobre éstos los científicos han mantenido fuertes polémicas.

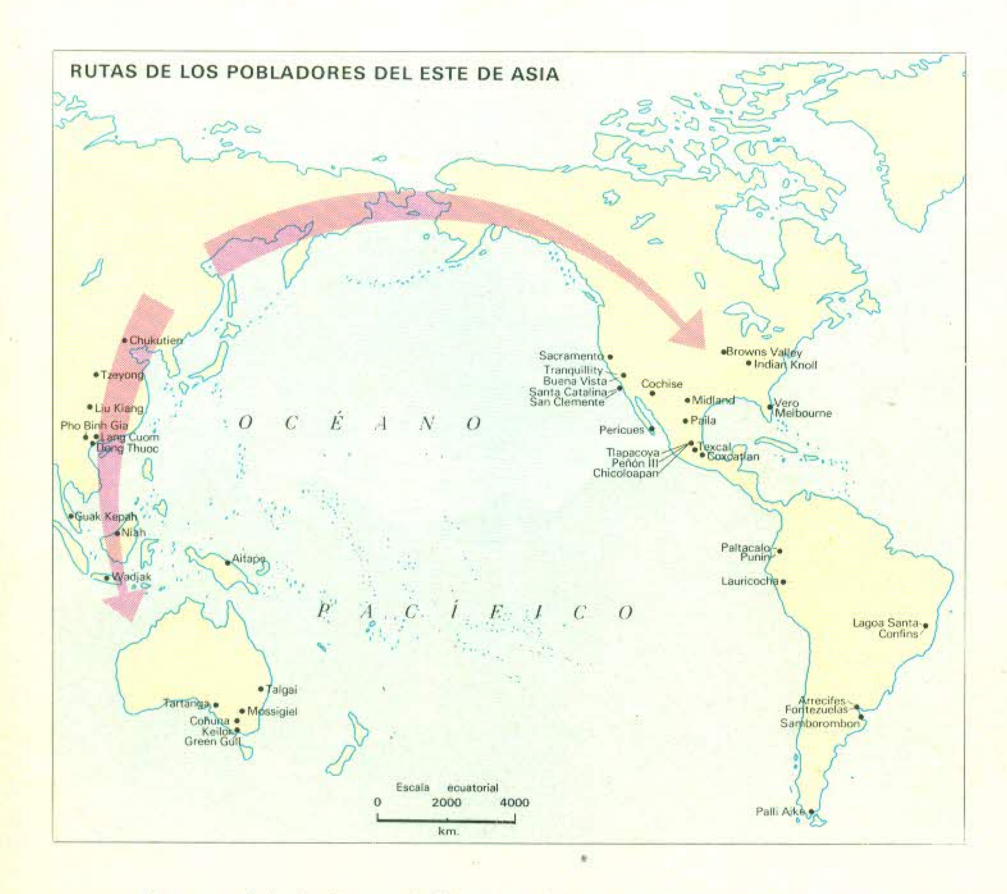
Hasta la fecha del trabajo de Birdsell, los métodos seguidos para resolver el problema habían demostrado su insuficiencia y era necesario buscar otros nuevos. El origen de los elementos no mongoloides se había estudiado analizando detalladamente materiales americanos, pero, a juicio del autor, lo que había que hacer era definir, dentro de posibilidades amplias, los elementos raciales que existían en Asia en el tiempo de las migraciones tempranas por el estrecho de Bering y lo razonaba de la siguiente manera: 1.°, las evidencias de que se dispone indican que la raza mongoloide ha alcanzado su actual distribución geográfica mediante una expansión rapidísima, quizás explosiva; 2.°, es un caso muy conocido el de que la presencia de cultivadores neolíticos altera gravemente el patrón distribucional de los cazadores y recolectores, con importantes repercusiones sobre la genética de poblaciones, y teniendo presente el potencial que poseen los agricultores para alcanzar una densidad de población mucho más alta, es posible que la aparición de la agricultura y la de los mongoloides expandiéndose por Asia no sean fenómenos separados, sino que se hayan dado al unísono. A causa de ello, los pueblos aún vivos en Asia no pueden presentar las evidencias necesarias para resolver el problema del origen racial de los americanos.

Partiendo del concepto de que las áreas marginales contienen refugios en los que es posible la preservación de poblaciones tempranas, encontramos que para la comprensión del este asiático existen dos áreas mayores de esas características: una en América y la otra en Australia. Podría parecer extraño, pero la interpretación del poblamiento de Australia y Melanesia puede informar, con las debidas precauciones, de la naturaleza de los elementos raciales que existían en Asia y que también pudieron emigrar al Nuevo Mundo al final del pleistoceno y tiempos recientes.



Abajo, típico paisaje de la tundra. Esas planicies, barridas por los vientos helados y con poca vegetación, ofrecen, en el corto verano, un breve paréntesis de clima soportable, que quizá sería aprovechado para un nuevo avance por parte de los pueblos que emigraban.

Apoyándose en sus propios estudios en Melanesia y, sobre todo, en Australia, encuentra que existen tres poblaciones distintas: los negritos oceánicos, que serían la primera oleada; los murrayanos, la segunda, y los carpentarios, la tercera. La primera ola de *Homo sapiens,* los negritos, tiene una clara afinidad por territorios tropicales húmedos, boscosos, y por su distribución no parecen haber remontado hacia el norte esta franja climática en momento alguno. Los murrayanos, presentes en Australia, tienen como parientes cercanos a los ainu, y, por los hallazgos de Australia, deben haber entrado en ella durante el último período glacial. Encuentra



que en la zona del río Amur debieron existir en una forma afín a los ainu, forma a la que llama amurianos. Son una especie de protocaucasoides, o paleocaucasoides, no bien establecida, de la que juzga que derivaron los mongoloides; los terceros en ocupar Australia fueron los llamados carpentarios, tardíos, pues llegaron al final de la última glaciación.

Considera que los restos humanos de la cueva superior de Chukutien son los únicos fósiles que pueden darnos indicaciones sobre los tipos que poblaron América, ya que representan los existentes en el NE. de Asia durante el pleistoceno final y principios del presente. A las interpretaciones de Hooton y Weidenreich opone la propia y dice que el cráneo 101 (el viejo) es murrayano y rechaza algunas particularidades que llevaron a otros autores a ver en él una hibridación con mongoloide, al demostrar que también existen entre los murrayanos. La mu-



Entrada a la cueva de Chukutien, en China. Aquí se encontraron restos fósiles que se supone puedan pertenecer a tipos humanos que luego poblaron América.



jer 102 (considerada como melanesoide) es un híbrido del tipo mongoloide de cráneo largo y alto con amuriano de cráneo largo y bajo. La mujer 103 (considerada esquimoide) es un mongoloide de cráneo muy largo y relativamente muy alto, con elementos ainoides. En resumen, la población de Chukutien superior presenta dos elementos raciales discretos: 1) un tipo caucasoide arcaico, posiblemente ancestral, relacionado con ambos, los ainu y los murrayanos, y 2) una forma mongoloide de cráneo largo y angosto.

Al iniciarse la cuarta glaciación, la reconstrucción hipotética de la población humana en el Asia del este indica la presencia de tres grupos raciales mayores: los negritos y los carpentarios en las latitudes tropicales y los amurianos (murrayanos) en las zonas templadas. Esto puede afirmarse por no haberse encontrado en el Asia continental del este negroides, papúes, melanesios o elementos de la rama mediterránea de los caucasoides, todos ellos, según algunos autores, presentes en la población americana.

En el pleistoceno final evolucionaron los mongoloides en algún lugar del NE. de Asia, bajo condiciones ambientales muy extremas, en ambiente ártico seco. Birdsell postula a los caucasoides arcaicos como la población ancestral de los mongoloides evolucionados.

La distribución de los pueblos de Asia del este, al igual que la escasa evidencia arqueológica, supone un origen dihíbrido para los indios americanos. Los dos elementos raciales presentes en el momento y lugar oportunos para poblar América fueron los amurianos y los mongoloides. Si la llegada del hombre al continente americano fue en el tercer interglacial, con seguridad era caucasoide: un amuriano sin mezcla. Cualquier grupo que haya emigrado en tiempos posglaciales será un dihíbrido de origen y, de acuerdo con ese tiempo, el componente mongoloide será débil al principio, y mayor el amuriano, más fuerte al final y más débil el amuriano.

La hipótesis del dihibridismo tiene poca confirmación en la craneología americana debido a la naturaleza del material de que por ahora se dispone, aunque hay grupos, entre los indios vivos, que revelan rasgos amurianos, como son los cahuilla de la parte sur del estado de California (Estados Unidos) y los pomo y yuki del norte del mismo estado.

En un trabajo acerca del origen y diferenciación de las razas humanas, publicado en 1973, pero realizado años antes, por Cavalli-Sforza, y mediante el análisis filogenético basado en el polimorfismo genético, llega a conclusiones que, para el caso del poblamiento del continente americano, refuerzan la hipótesis de Birdsell. Presenta un estudio en el que toma cinco grupos sanguíneos y un total de 20 ale-

los, de 15 poblaciones humanas elegidas como representantes de todo el mundo. De aquí obtiene un árbol de descendencia en el que se separan claramente tres grupos africanos de tres europeos, en una de las ramas mayores del árbol filogenético; en la otra, el aspecto es más bien heterogéneo, aunque hay elementos para discernir relaciones entre los grupos de Australia y Nueva Guinea con los indios de Venezuela, esquimales e indios de Arizona.

Años más tarde, apoyándose en los trabajos de Kidd, efectuó otro en el que eligió poblaciones distintas de las del trabajo anterior, pero también representativas de los cinco continentes, todas ellas caracterizadas por un alto polimorfismo. Además de los cinco grupos sanguíneos que se habían utilizado (ABO, MN, Rh, Fy y Diego), se añadieron cuatro marcadores (Hp, Tb, PGM y AK). Los resultados obtenidos fueron esencialmente los mismos, aunque la heterogeneidad que presentaba cierta parte del trabajo anterior, a la que nos hemos referido, en este otro se aclaraba, con mejor definición y separación, de tal manera que el conjunto integrado por las poblaciones humanas que abarcan la zona del extremo este asiático, Australia, Melanesia y las

LA EXPANSIÓN DE MONGOLES Y AMURIANOS

MAR GLACIAL ÁRTICO
OCÉANO PACÍFICO
Mar de Ojostk
hacia Norteamérica
hacia Australia
Poblamiento mongol
Poblamiento amuriano
Migraciones mongoles
Migraciones amurianas
0 500 km

A la derecha, el rostro de una niña esquimal. Los esquimales han sido el último pueblo procedente de Asia que se asentó en América. Eran gentes ya acostumbradas al frío; por eso soportaron largos viajes por lugares tan inhóspitos como el que se ve en la fotografía inferior.







del continente americano, aparecen en una sola rama.

Así pues, tomando en cuenta los trabajos de Birdsell y Cavalli-Sforza es muy posible que la población inicial de América haya sido la de origen amuriano, y que los siguientes grupos humanos fueron de carácter cada vez más mongoloide, todos provenientes de un mismo tronco, del que también surgieron australianos y melanesios, con lo cual se explican muchos de los problemas motivados por la presencia de elementos australoides y melanesoides en América.

BIBLIOGRAFIA

Aveleyra, L.	*The Primitive Hunters,* en *Handbook of Middle American Indians,* I, 384-412, National Science Foundation, 1964.
Birdsell, J. B.	*The problem of early peopling of the Americas as viewed from Asia,* en «Papers of the Physical Anthropology of the American Indians», 1-68, The Viking Foundation, Nueva York, 1951.
Cavalli-Sforza, L. L.	*Origin and Differentiation of Human Races,* en «Procs. R. A. I. for 1972», 15-25, 1973.
Davidson, D. J.	*The Question of Relationship between the Cultures of Australia and Tierra del Fuego,* en «American Anthropologist», 39, 229-243, 1937.
Greenman, R. F.	*The upper Palaeolithic and the New World,* en «Current Anthropology», 4 (1), 41-91, 1963.
Martínez del Río, P.	*Los orígenes americanos,* México, 1943[2].
Mendes-Correa, A. A.	*Nouvelles hypothèses sur le peuplement primitif de l'Amérique du Sud,* en «Annaes da Facultade de Sciences», 15, 1925.
Rivet, P.	*Migration australienne en Amérique,* en «Procs. 3rd. Pan Pacific Congr.», 2, 354-2356, 1926.



El paleoindio americano

A. Fernández

Introducción

Una vez llegado el hombre a tierras americanas, veamos cuál era su cultura o de qué tipo fue la desarrollada al estar asentado aquí. Pero antes de ello, señalemos unas cuantas observaciones generales.

Digamos ante todo que la prehistoria americana aún no ha sido debidamente sistematizada y que no abundan los estudios realizados que abarquen la totalidad del continente. Precisamente por ello, y quizá también por cierto deseo de originalidad, se aprecian diferencias, a veces notables, entre las terminologías que han aplicado los distintos investigadores a los hallazgos realizados y estudiados en cada país. Y precisamente por ello también quedan planteadas una serie de incógnitas, como son la duración del tiempo que los paleoindios emplearon en llegar, desde el extremo Norte, al extremo Sur, y de qué modo y por qué se fueron diferenciando entre sí los grupos de inmigrantes.

En esta exposición adoptaremos una cronología y una subdivisión de la misma, así como una terminología, que en principio parece tener el mayor número de adeptos. En virtud de ello, y aceptando el nombre general de paleoindio para este período del poblamiento americano, añadamos que a la etapa anterior al año 14.000 antes del presente se la ha llamado *arqueolítico* (piedra vieja), y a la comprendida entre el 14.000 y el 7.000, *cenolítico* (piedra nueva), esta última dividida en inferior, del 14.000 al 9.000, en que cesa la glaciación final, y superior, la que abarca del 9.000 al 7.000 antes del presente, fecha aceptada normalmente para el comienzo de la agricultura.

Artefactos líticos del hombre prehistórico americano. La prehistoria de nuestro continente no ha sido aún debidamente sistematizada, por lo que todavía se aprecian ciertas diferencias en las terminologías.

Téngase presente que a complicar la prehistoria americana contribuyen asimismo dos factores muy importantes: la falta de exacta correspondencia entre los períodos glaciales e interglaciales que se desarrollaron en Europa y América, lo cual no permite extrapolar a la segunda datos incontrovertibles de la primera, y la supervivencia en América de una fauna primitiva en etapas en que la misma ya había desaparecido en Europa.

También debe señalarse que de estas etapas tan primitivas del poblamiento se han conservado más restos de las industrias practicadas por el hombre que de sus propios huesos, por lo que en muchas ocasiones sólo conocemos los implementos arqueológicos dejados por quienes habitaron aquellas tierras y nos es prácticamente imposible conocer a los primeros inmigrantes.

Por otra parte, en la siguiente exposición sólo se mencionarán los sitios arqueológicos que por una u otra causa hayan adquirido mayor relevancia, pero no se dará una lista exhaustiva de los de cada país.

Etapa arqueolítica

Comprende, lo dijimos ya, el lapso de tiempo que se extiende entre la entrada, por el estrecho de Bering, del hombre procedente de Asia, y el año 14.000 aproximadamente antes del presente.

Paradójicamente, y siguiendo el camino que debió de recorrer el paleoindio, hay que hacer constar que aún no se poseen, de Canadá y Estados Unidos, dataciones que sean completamente fiables. A pesar de ello, hay unos cuantos sitios en que se está más o menos de acuerdo en aceptar una determinada cronología para los hallazgos realizados en los mismos, como, por ejemplo: Lewisville (Texas) = ± 35.000 años; Texas Street Site (San Diego,California) = ± 33.000 años; Isla Santa Rosa (California) = 27.650 ± 2.500 años; Tule Springs (Nevada)

= 21.800 años, y La Jolla (San Diego, California) = 19.500 ± 700 años.

Más de acuerdo se está acerca de los hallazgos de Tlapacoya y Caulapan (México), con una cronología de 24.000 ± 2.000 años y 21.000, respectivamente, y de El Jobo y Muaco (Venezuela), de 16.375 ± 950 años antes del presente.

En Tlapacoya se encontraron dos hogares y restos de carbón vegetal que permitieron la datación, montones de huesos de diferentes especies de animales dispuestos sin ningún orden y mezclados, así como artefactos trabajados por el hombre, en su mayoría con piedras recogidas en los alrededores del asentamiento. La finalidad primordial a que se dedicaban estos objetos era la de cortar, y ello se obtenía mediante la talla de la piedra, que se lograba golpeando un nódulo con otro y haciendo saltar esquirlas (lascas) de aquél, lo cual daba así origen a unos bordes cortantes.

Aunque estos objetos son de gran tamaño, también hay útiles más pequeños, como las lascas y las navajas, de las cuales proceden los instrumentos dentados, los raspadores y las raederas. En algunos de éstos se observa un principio de labra a ambos lados de la piedra, o sea un bifacialismo inicial. En todos ellos se da a veces la percusión indirecta, es decir, la interposición de un utensilio puntiagudo entre el núcleo percutor y el receptor del impacto.

Una constante de esta etapa es la carencia de puntas de flecha de piedra, aunque se ha supuesto que podría haberlas de madera o de hueso.

Ello permite afirmar que los hombres del arqueolítico eran más recolectores de productos vegetales que cazadores, si bien aprovecharían animales muertos o atrapados en las orillas cenagosas de ríos y lagos. Con respecto a la organización social, todo parece indicar que debió de tratarse de familias muy limitadas en número, aunque también

Puntas de proyectil de cuarcita procedentes del sitio de El Jobo y hoy en el Museo de Ciencias de Caracas. Estos artefactos se remontan, según los expertos, a 16.875 ± 950 años antes del presente.



Cráneo del llamado «hombre de Otavalo», que algunos consideran como el resto humano más antiguo de los encontrados en el continente americano. Ha sido objeto de varios análisis, que le otorgan una antigüedad que oscila entre 36.000 y 2.670 ± 150 años.



es posible la unión de varias de éstas en bandas de poquísimos componentes.

En cuanto a los restos humanos, no hay ninguna prueba clara de que algunos que se han hallado junto a implementos de la época o con fauna extinguida sean pertenecientes a la época. Sin embargo, parece adecuado mencionar al «Minnesota Man», de los Estados Unidos, que en realidad pertenece a una mujer y que presenta características mongoloides. No se está de acuerdo en su datación, igual que ocurre con otros restos encontrados en Florida (Vero y Melbourne), junto a fósiles de animales extinguidos. En cambio, de Texas (Midland) son los restos de un esqueleto cuya datación se considera hoy de unos 20.000 años antes del presente. Por otra parte, el cráneo del llamado «hombre de Otavalo», en Ecuador, sobre el que se han realizado múltiples y varios análisis, ha dado una antigüedad que oscila entre 36.000 y 2.670 ± 150 años.

Todos ellos, aunque no pertenecen a un tipo único, corresponden a la especie *Homo sapiens*.

Etapa cenolítica

Esta etapa se extiende, cronológicamente, entre los 14.000 y 7.000 años antes del presente, y se ha dividido en dos subetapas: cenolítico inferior, que comprende del 14.000 al 9.000, y cenolítico superior, del 9.000 al 7.000. A finales de esta subetapa empezó a practicarse la agricultura.

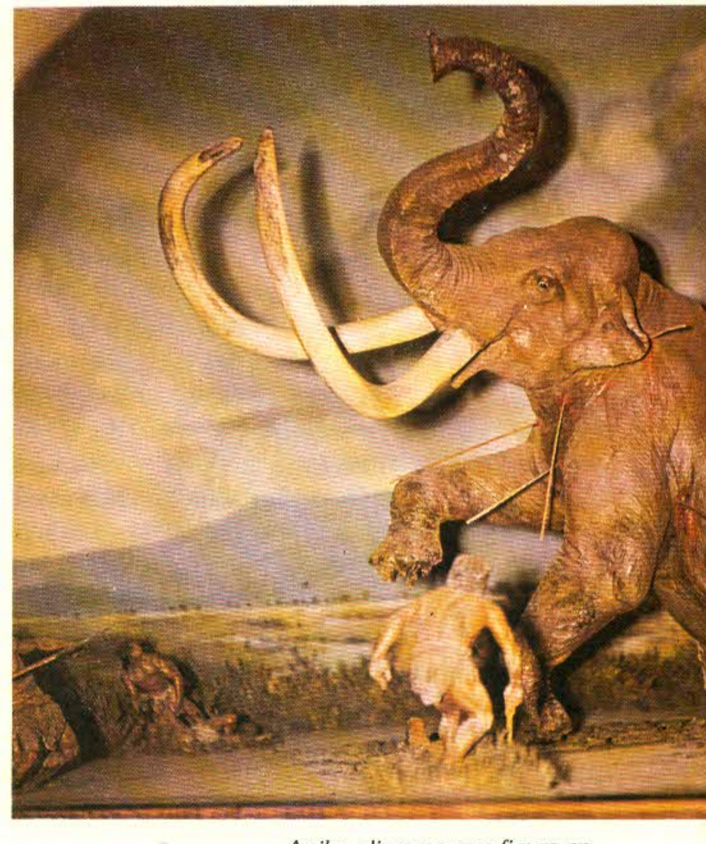
Geográficamente, y a diferencia de lo que ocurre en el arqueolítico, los hallazgos se extienden a todo lo largo y ancho del continente. Así, en Estados Unidos se citan los sitios de Meadowcroft, Fort Rock y Wilson Bute Cave, con 14.000-13.000 años de antigüedad; Lago Manix (California), con una edad de 12.800 años; y Sandía y Clovis, con 11.000. En México, Santa Isabel Iztapan, con 10.000 años; la cueva del Diablo, con 9.270 ± 500; El Infiernillo, con 8.700 ± 450, y fase Ajuereado, con 7.000. En Venezuela, Rancho Peludo ha dado una edad de más de 12.000. En Colombia se mencionan El Abra, con 12.400 ± 160 años; Tibitó, con 11.710 ± 110; Tequendama, con 10.920 ± 260; Sueva, con 10.090 ± 90, y Gachalá, con 9.860 ± 45. En Ecuador, El Inga y Las Vegas han revelado más de 9.000 años. En Brasil, en Lagoa Santa se han dado fechas de 10.024 ± 127. En Perú, Chilca y Oquendo han dado más de 10.000 años, y Lauricocha, 7.566 ± 250. En Chile, Salar de Talabre da fechas de 10.000 a 7.000; Tagua-Tagua, de 9.830 ± 320; la cueva de Eberhardt o del Milodonto, de 10.784 ± 400, y de 10.720 ± 300 la cueva de Fell, en Patagonia. Por último, en Argentina se tienen fechas comprendidas entre el 10.000 y el 7.000 para el complejo riogalleguense; de 9.000 a 7.000 para los Toldos y de 7.000 a 5.000 para la cultura llamada tandiliense.

En cuanto a los utensilios creados por el hombre, es preciso hacer una distinción especial. Por un lado tenemos los que se basan en una tradición anterior, hasta el punto de que en ocasiones es im-

posible diferenciarlos, siendo imprescindible para ello las dataciones radiocarbónicas. Sin embargo, pronto empiezan a notarse en ellos variaciones en la percusión, la cual se realiza aplicando golpes con un objeto más blando que la piedra, quizá de madera, asta o hueso, con lo cual se obtenían lascas más delgadas y bordes mucho más cortantes. También se dio la labra mediante la presión ejercida por un punzón, seguramente de asta de venado o de hueso de cualquier animal. Casi toda esta labra es bifacial.

Estas nuevas técnicas dieron por resultado el aumento del número de implementos que constituían el utillaje de aquellas gentes, sobre todo en lo que se refiere a lascas y navajas y sus derivados.

Todo ello nos indica que nos hallamos ante un hombre dedicado mayormente a la caza, aunque no de animales de gran tamaño, sino más bien de pequeñas piezas. Además, se tienen ahora pruebas de que recogía productos vegetales, pues en México se sabe que comía, entre otros productos, el aguacate silvestre. Han recibido el nombre de cazadores antiguos, y vivirían en bandas muy poco diferentes de las de la época arqueolítica.



Arriba, diorama que figura en el Museo Nacional de Antropología de México y que representa la caza del mamut por el hombre primitivo. Por el utillaje encontrado se desprende que, en la época cenolítica, el hombre se dedicaba intensamente a la caza.



A la izquierda, puntas de flecha del paleolítico. La de la izquierda corresponde al tipo llamado de «Clovis», por el sitio en el que fue hallada.

Sin embargo, lo característico de la etapa es la aparición de las puntas de flecha realizadas en piedra, en especial las que reciben los nombres de «Clovis» y «Folsom», de los sitios arqueológicos norteamericanos donde se descubrieron, y de «cola de pez».

Antes de tratar de los hombres que labraron estas puntas de proyectil, digamos que desde





Tres tipos de punta de flecha de las llamadas de «Folson». Por sus características, con la acanaladura que ocupa la casi totalidad de su superficie, se cree que pertenecían a hombres que cazaban sólo bisontes.

el 13.000 se sabe de la existencia de unos cazadores especializados en algunos animales, pero se ignoran tanto sus orígenes como su final.

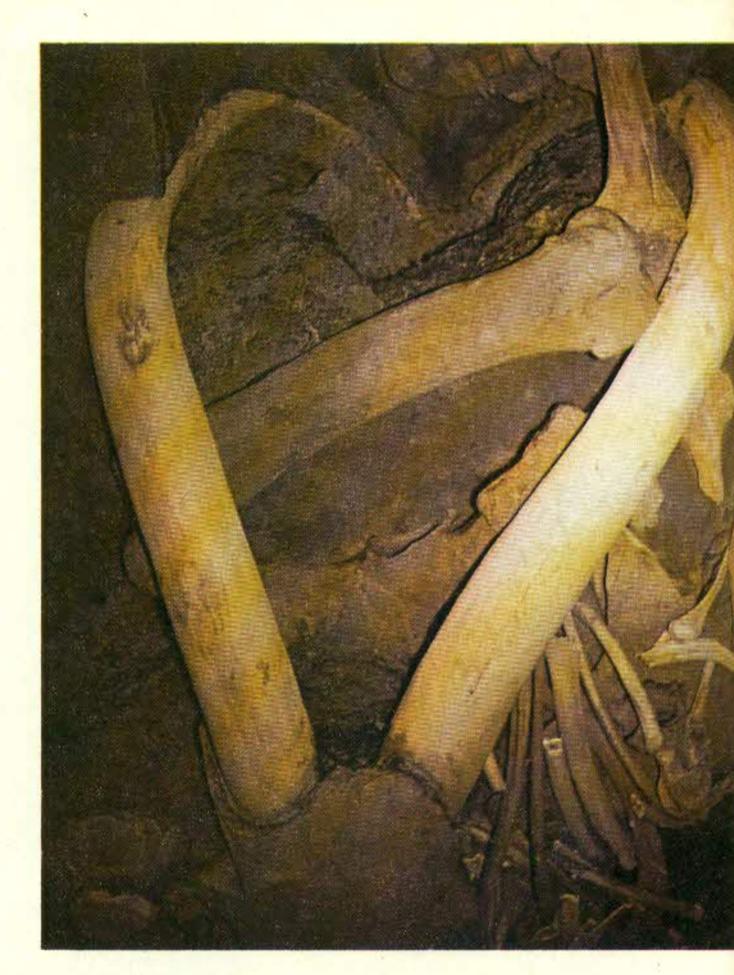
Es a partir de 11000-10000 antes del presente cuando vemos que aquellas puntas acompañan a unos cazadores especializados en los grandes elefantes que vivieron en las amplias praderas norteamericanas que iban quedando libres ante la retirada de los hielos. Estos cazadores serían los creadores de tales puntas de flecha, más evolucionadas y producto de una técnica de la labra mucho más avanzada; con una cultura semejante a la de los hombres del Paleolítico superior europeo, e ignorando si proceden de la propia evolución de los pobladores anteriores o se trata de una invasión llegada de Asia, absorberán rápidamente a las poblaciones anteriores, cuyos últimos restos quedarían arrinconados en lugares de difícil acceso.

Se ha señalado una doble línea de difusión de sus puntas de flecha: una se extiende primero hacia el Este y luego hacia el norte de América, mientras otra se dirige al Sur y llegará hasta los confines del continente.

En cuanto a las puntas, las primeras, las Clovis, presentan retoque bifacial y una acanaladura a cada lado, la cual se utilizaba para unir la pieza al astil que servía para lanzarla; las Folsom, de tamaño más reducido, tienen unas acanaladuras que ocupan la casi totalidad de la superficie de ambas caras. Existen formas intermedias y también las hay pedunculadas, por extensión de los extremos inferiores de la pieza. Se cree que las Folsom sustituyeron a las Clovis al desaparecer los elefantes (hacia el 9000) y verse obligado el hombre a cazar el bisonte (perteneciente a una especie desaparecida, diferente de la actual). Por otra parte, se acepta que la punta Clovis evolucionó hacia otra cuya característica es presentar una prolongación en la parte inferior y que se ha llamado de «cola de pez».

En su expansión hacia el Sur, los cazadores es-

Detalle de las enormes defensas del mamut hallado en Iztapan. En Santa Isabel de Iztapan, en México, se han encontrado restos de mamutes, lo que revela que hace unos 9.000 años los cazadores de grandes piezas se desplazaron desde Norteamérica hacia el sur.



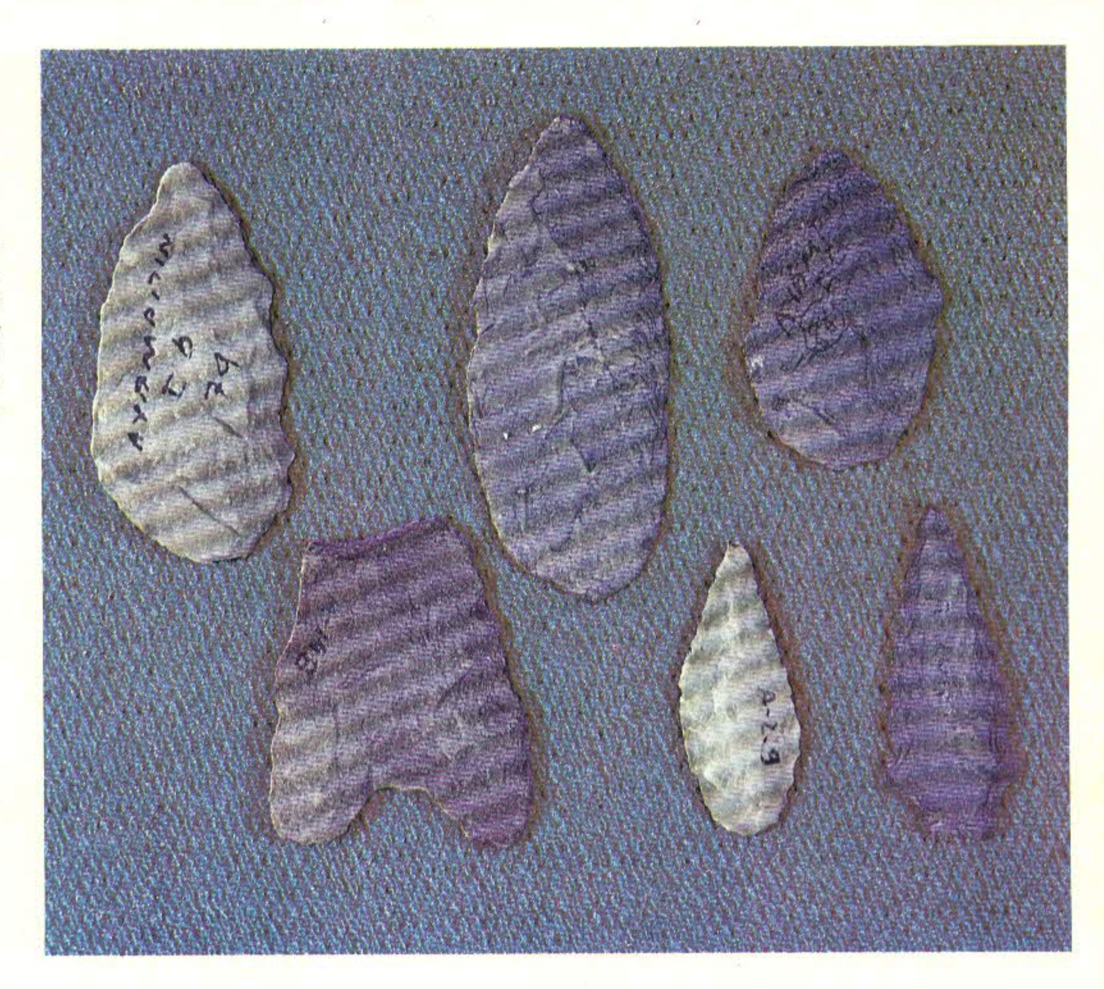
pecializados dejaron muestras de su actividad en México, donde, en San Bartolo Atepehuacan y en Santa Isabel Iztapan, se han encontrado restos de mamutes con puntas de flecha y útiles que sirvieron para descuartizarlos. Muestras de carbón halladas allí han dado fechas de hacia el 9000 antes del presente.

Por lo que se refiere a América del Sur, la situación aquí es más complicada todavía. En efecto, en este subcontinente se pueden intuir varias líneas de desarrollo cultural que en algunas oportunidades incluso se imbrican.

En primer lugar tenemos la traslación hacia el Sur de los cazadores especializados, o quizá tan

Abajo, diversos tipos de proyectiles hallados en El Inga, en Ecuador, y hoy en el Museo del Banco Central de Quito. Al sitio de El Inga se le atribuye una antigüedad que oscila entre 18.000 y 6.500 años.





Puntas encontradas en Ayampitín, complejo cultural cuya antigüedad se remonta al año 6000 antes del presente. Los hombres que labraron estas piedras son los llamados «recolectores especializados», que recogían productos vegetales y cazaban en verano.

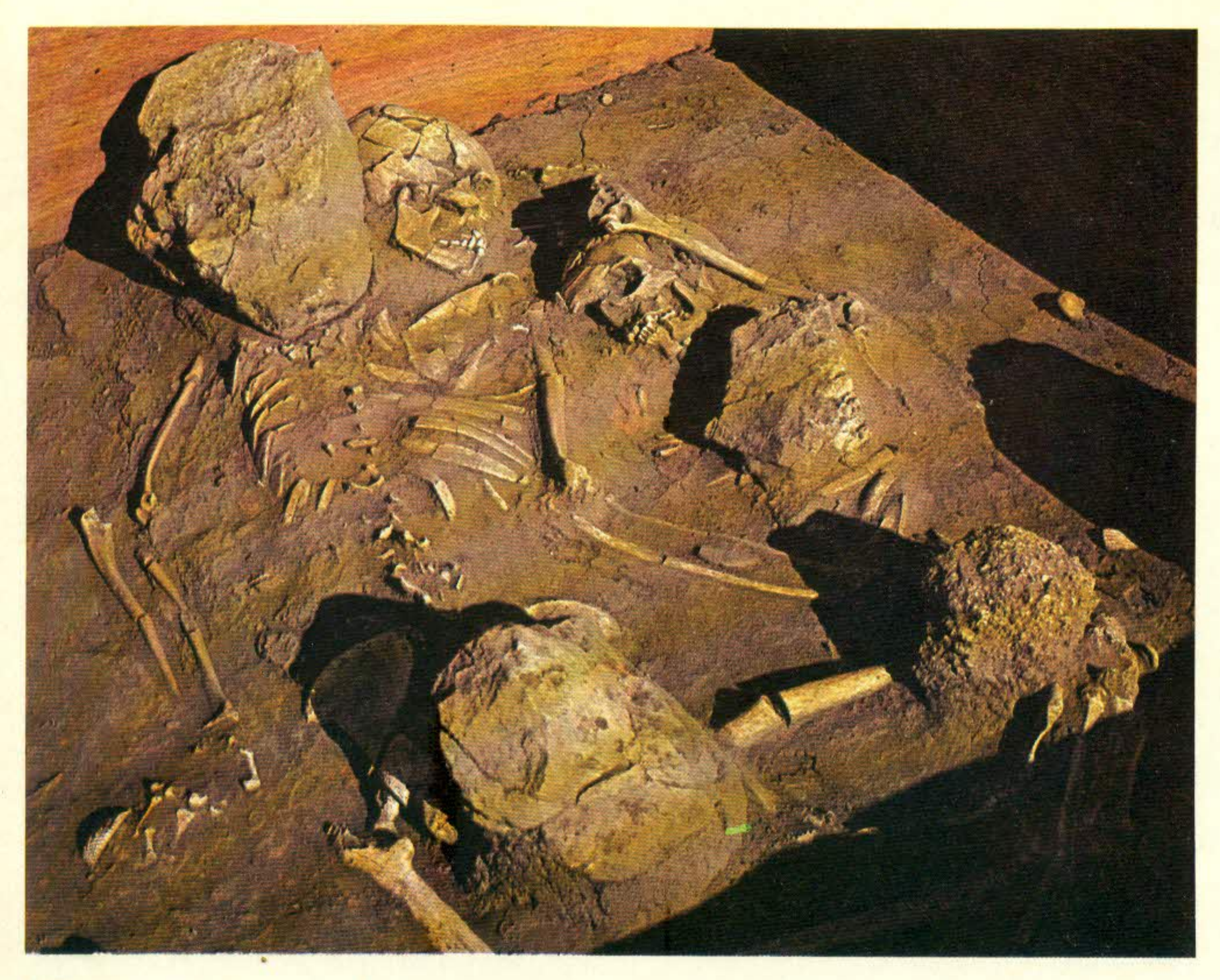
sólo de su cultura, que se manifiesta por la difusión de las puntas de proyectil de talla bifacial y las de «cola de pez».

Las primeras se han encontrado en El Jobo (Venezuela) y su antigüedad se fecha en unos 11.000 años antes del presente, asociadas a restos de mastodontes y otros animales extinguidos. Más al Sur, en el Perú, se han hallado puntas de flecha triangulares de hueso y láminas de piedra que terminan en punta en el sitio arqueológico de Ayacucho, con unos 12.000 años de antigüedad. Además, en Chile central (Tagua-Tagua) vivieron unos hombres dedicados a la caza que han dejado restos de sus artefactos mezclados con huesos de mastodonte y caballo americano, si bien no han aparecido aquí puntas de flecha. Su edad se calcula en unos 9.000 años.

Con respecto a las puntas de «cola de pez», pasaron a través del Istmo y desde Panamá (lago Madden) saltaron a El Inga (Ecuador) y zona de Ayacucho (Perú) y después al sur de Chile (cuevas de Fell y Palli Aike) y Argentina (Los Toldos y Arroyo Feo), sobre todo en las dos primeras cuevas. Por otra parte, han aparecido asimismo en el sur de Brasil, Uruguay y sur de la provincia de Buenos Aires, si bien de estos últimos puntos no se tienen fechas de datación por tratarse de hallazgos de superficie. A los sitios anteriormente mencionados se les concede una antigüedad que oscila entre los 10.800 y 6.500 años.

Los cazadores superiores de las zonas patagónicas realizaron el arte rupestre más antiguo conocido hasta hoy en América, en el que representaron puntos y figuras geométricas muy sencillas, además del guanaco y manos pintadas en negativo, hecho que establece un raro paralelismo con pinturas idénticas del Paleolítico superior de Europa.

Por otra parte, existe una punta de diferente tradición. En la región del sudoeste del Canadá y en las del centrooeste y noroeste de los Estados Unidos



Enterramiento conocido con el nombre de «los amantes de Sumpa», uno de los hallazgos arqueológicos más curiosos en tierras americanas. Estos enterramientos revelan ya la existencia de creencias religiosas.

apareció otro tipo de punta, la lanceolada o foliácea, que por haberse descrito primero en Lerma (México) ha recibido este nombre, y es casi idéntica a las del Solutrense europeo. Por el Sur llegan hasta El Jobo y desde allí se expanden por América del Sur. Por lo general, la parte inferior de las puntas está desbastada burdamente, circunstancia que se ha interpretado como una solución para impedir que los bordes cortaran las cuerdas que las ataban al astil.

A partir de El Jobo, la labra de esta punta foliácea se expandió hacia el Sur por la cordillera andina del Perú [cueva del Guitarrero (± 8500), Lauricocha (± 8000), Ayacucho (± 7500)], altiplano de Bolivia (Viscachani), norte de Chile y Argentina (la Puna, Ayampitín, sierras de Córdoba y San Luis). Estos últimos sitios se datan hacia el año 6000.

Los hombres que las labraron han recibido el nombre de «recolectores especializados», los cuales habrían adaptado su vida a la recolección de los productos vegetales de los valles y altiplanicies andinas y que sólo cazarían durante el verano en aquellas elevadas zonas. Es posible que estos recolectores recibieran el impacto de los cazadores especializados y que ello diera origen a su nueva cultura, la cual incluso nos ha dejado manifestaciones pictóricas con escenas de caza en Lauricocha y cuevas del sur del Perú y norte de Chile.

De esta población de recolectores-cazadores surgieron dos ramas culturales: los pescadores de mariscos de Ecuador y Perú y los trashumantes andinos, los verdaderos creadores de la agricultura de América.

Además, durante esta etapa aparecen los primeros implementos para la molienda de semillas, así como la elaboración de las fibras vegetales para transformarlas en cuerdas bolsas y redes.

Por lo que se refiere a restos humanos, destacan el hombre de Tepexpan (México), cuya edad es de 11.000 ± 500 años; otros hallazgos mexicanos son los cráneos de Santa María Astahuacan, a los que se dan 9.000 años, y los restos de San Vicente Chicoloapan de Juárez, que oscilan entre los 8.000 y 6.000. En Brasil se descubrieron hace más de cien años los restos de Lagoa Santa, con los que se llegó a crear una raza humana; actualmente se sabe que fueron removidos; sin embargo, a otros restos del mismo tipo encontrados bajo capas estalagmíticas se les concede una antigüedad de 7.000 años.

En Paltacalo (Ecuador) se encontraron 138 cráneos y muchos huesos largos, y 17 de aquéllos eran semejantes a los de Lagoa Santa, que cuando se efectuó el hallazgo se consideraban muy antiguos. Ultimamente, los arqueólogos ecuatorianos tienden a concederles una cronología muy baja (entre el 3500 y el 500 a. de J. C.). A otro hallazgo, el del cráneo de Punín, asimismo con grandes analogías con los de Lagoa Santa, se le otorga una antigüedad de 7.000 años.

También en Argentina se han hallado restos humanos en la cueva de Candonga, junto con huesos de animales extinguidos, pero son difíciles de fechar por falta de acuerdo sobre la cronología de los estratos geológicos de la Pampa. Esto no obstante, se les supone de hacia 9.000 años antes del presente.

En Lauricocha (Perú) se encuentran restos de unos 11 esqueletos, algunos de cuyos cráneos correspondían al tipo de Lagoa Santa. Se atribuyen a un período que oscila entre el 9000 y el 6000 antes de Jesucristo.

Por lo que se refiere a sus modos de vida y de enterramiento, que pueden manifestarnos la existencia de creencias religiosas, poco es lo que podemos decir, pues los tipos de hallazgo realizados son muy diferentes entre sí y casi ninguno de ellos conseguido por expediciones científicas. Resaltemos, no obstante, que cuando se han efectuado así, se ha observado, como en Las Vegas (Ecuador), si bien debe tenerse en cuenta que su cronología es relativamente reciente (unos 9.000 años), la existencia de abrigos o casas de forma semilunar, erigidas con estacas de madera clavadas en el suelo, de las que sólo han quedado los huecos donde habían estado los palos.

Los enterramientos de Las Vegas son, por lo menos, de tres tipos: con el muerto en posición fetal, en la misma posición y con un enterramiento secundario entre los brazos y, por último, la tumba llamada de "los amantes de Sumpa", en que aparecieron un esqueleto de hombre y otro de mujer en una especie de abrazo y siete grandes piedras dispuestas, tras la muerte, sobre varias partes de los esqueletos. En otro lugar de este cementerio se halló una especie de fosa común.

Hay que reconocer, a pesar de todo, que si es imposible conocer el simbolismo de esos enterramientos, más lo es aún tratar de extrapolar su presunto significado a otros tiempos y a otros lugares del continente.

A continuación se analizarán estas etapas del desarrollo humano en la República de Colombia.

BIBLIOGRAFIA

Acosta Saignes, M.	*Las culturas prehispánicas de Venezuela,* en *Conocer Venezuela,* tomo I, Barcelona-Caracas, 1986.
Comas, J.	*Origen del hombre americano y primer poblamiento,* en *Las culturas precolombinas,* en Historia 16, n.° Extra VI, Madrid, 1978.
Holm, O., y Crespo, H.	*Período paleoindio o precerámico,* en *Historia del Ecuador* Salvat, tomo I, Barcelona-Quito, 1981.
Mirambell, L.	*La etapa lítica,* en *Historia de México* Salvat, tomo I, Barcelona-México, 1974.
Schobinger, J.	*Prehistoria americana,* en *Las culturas precolombinas,* en Historia 16, n.° Extra VI, Madrid, 1978.



Las culturas más antiguas de Colombia. Estadio de cazadores y recolectores

Gonzalo Correal

Antecedentes de la investigación

En lo que se refiere al estudio de los más antiguos poblamientos de nuestro territorio debe señalarse que las primeras referencias sobre artefactos líticos en Colombia fueron escritas por Emilio Robledo en 1920 y que en ellas se describen tres puntas de proyectil. Uno de estos artefactos, de forma lanceolada, fue hallado en posición estratigráfica y la capa geológica en la que se efectuó su registro pudo ser datada recientemente en 3.730 años antes del presente mediante el sistema del carbono 14.

En la zona de la sabana de Bogotá, ya desde 1951, el arqueólogo Luis Duque Gómez había planteado la posibilidad de la existencia de un sustrato prechibcha, basándose en el hallazgo, en el sitio de La Loma (Mosquera), de un utillaje de piedra asociado a fragmentos cerámicos distintos de los tradicionalmente descritos en el área muisca. Algunos hallazgos superficiales de instrumentos de piedra, que recordaban las técnicas paleolíticas, fueron sucediéndose en la costa atlántica y en la pacífica, en las inmediaciones del río Juribidó, en el río Chorí, en la bahía de Utría y en las bocas del Carare, en el Magdalena medio, siendo atribuidos por Gerardo Reichel Dolmatoff a supuestos cazadores paleoindios por sus rasgos morfológicos y por la falta de asociaciones cerámicas. Sin embargo, la ausencia de sitios estratificados hacía difícil establecer la localización cronológica de estos vestigios culturales, aunque su origen precerámico era indudable.

Otros hallazgos consistentes en puntas de proyectil de piedra, en las proximidades de Manizales (Caldas), Restrepo (Valle) y en la costa atlántica, en las zonas de Mahates, Santa Marta, Bentancí y otras localidades, consolidaban cada vez más la hipótesis de la presencia de cazadores en nuestro territorio desde tiempos pleistocénicos.

Abrigos rocosos en El Abra de Zipaquirá, en el departamento de Cundinamarca. En este lugar, en 1967, se encontraron artefactos de piedra cuya antigüedad se calcula en 12.400 años antes del presente.

Los hallazgos de El Abra

En 1967, el incremento de los trabajos arqueológicos encaminados a esclarecer estos interrogantes hizo posible el hallazgo, en la hacienda El Abra, al suroeste del municipio de Zipaquirá, de artefactos de piedra cuya antigüedad pudo establecerse en unos 12.400 años antes del presente.

El sitio de El Abra se encuentra en un pintores-

Pared rocosa en el sitio de El Abra, a 2.500 metros sobre el nivel del mar. Aquí se han hallado vestigios de los más antiguos poblamientos en Colombia.

Artefactos líticos procedentes de Jurubidá, en la costa del Pacífico, que algunos investigadores han atribuido a supuestos cazadores paleoindios.



co rincón de la sabana de Bogotá, a una altura de 2.500 metros sobre el nivel del mar; las milenarias evidencias arqueológicas que atestiguan la presencia de cazadores en esta área se localizan bajo los abrigos naturales de las formaciones areniscas, conocidas localmente como Rocas de Sevilla, que envuelven, cual inmensos murallones, todo el valle del Abra. Los artefactos de piedra, los fogones con bordes de arcilla quemada, los huesos de animales y demás vestigios de ocupación humana en este lugar fueron hallados en capas de tierra que reposan sobre sedimentos del antiguo lago de la sabana. Hasta el presente, los artefactos de El Abra constituyen los vestigios culturales más antiguos de nuestro territorio; sin embargo, es seguro que la presencia del hombre en Colombia se remonta a varios milenios más allá de la fecha obtenida en este sitio. Pero esta es una cuestión que sólo podrá ser resuelta por futuras investigaciones arqueológicas.

El sitio del Tequendama

La continuidad de los trabajos arqueológicos durante el año 1971 dio como resultado nuevos hallazgos que esclarecieron muchos interrogantes en

Geología del área del Tequendama I

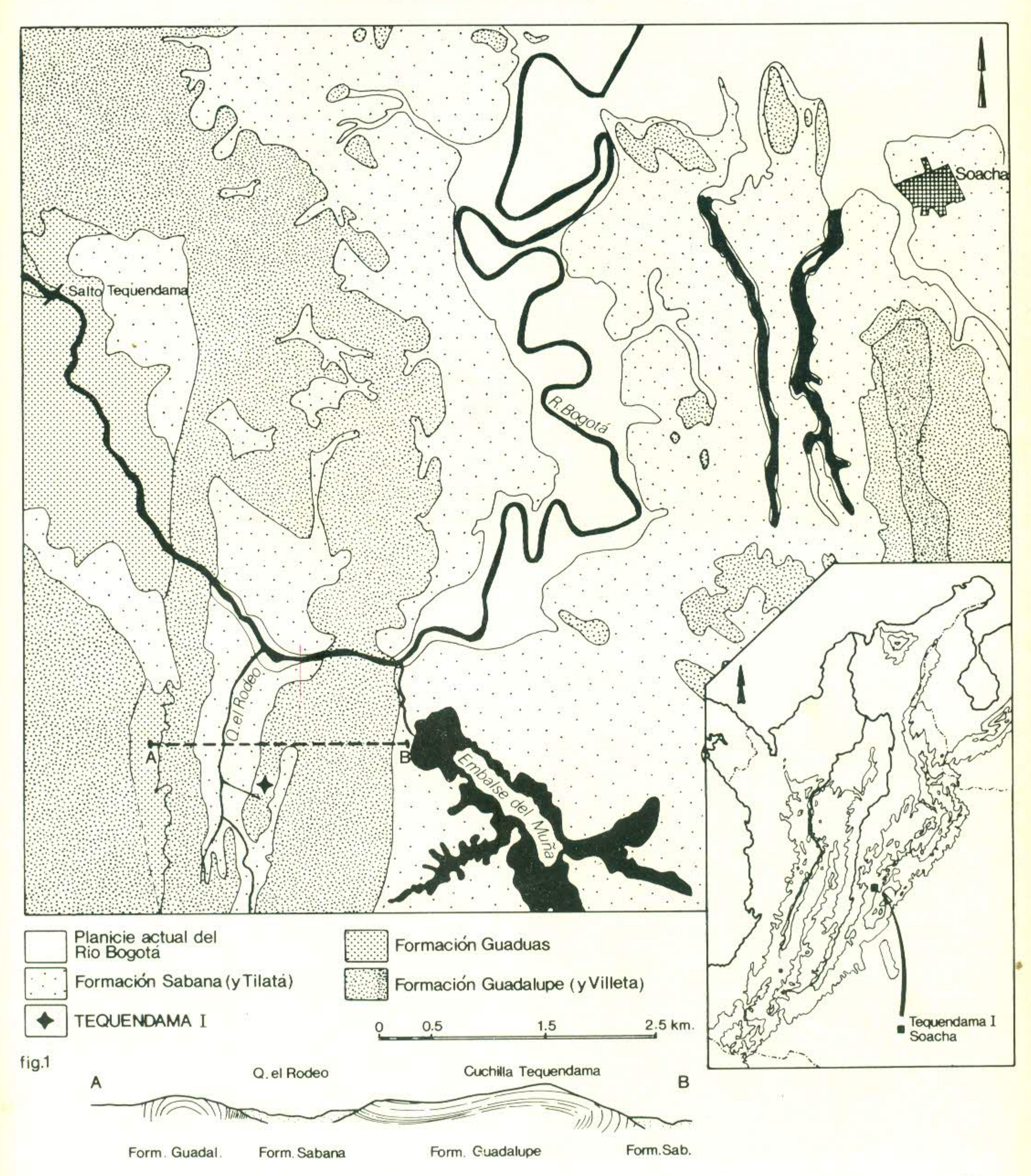


fig.1

Estratigrafía y cronología del sitio Tequendama I

Color	Columna estratigráfica	Unidad	Fechas de C_{14}	Edad estimada de límites	Correlación con las unidades estr. de la Cordillera Oriental		
Pardo granuloso		9	2.225 ± 35	— (>) 2.500	(Zona Z III de Fuquene)		HOLOCENO
Gris		b			(Zona Z II de Fuquene)		
		8	6.395 ± 7	— 6.000			
Gris algo pardusco		a	6.990 ± 110 7.090 ± 75	— 7.000			
Gris pardusco		7b		— 8.500	(Zona Z I de Fuquene)		
Pardo grisáceo hasta gris pardusco		7a		— 9.500			
Amarilloso (loc. verdoso o algo pardusco)		6	9.740 ± 1 9.990 ± 100 10.025 ± 95 10.130 ± 150 10.140 ± 100 10.150 ± 150	— 10.100	Estadial de El Abra		
Pardo claro		b	10.460 ± 130 (10.590 ± 90) 10.730 ± 105			TARDI-GLACIAL	PLEISTOCENO
		5	10.920 ± 260	— 10.900			
Pardo algo más oscuro		a		— 12.500	Interestad. de Guantiva		
Amarilloso		4		— 20.000	Estadial de Fuquene	PLENI-GLACIAL	
Pardo oscuro		3	22.250 ± 470	— 26.000	Intervalo de Saravita Intervalo de Suta		
Amarilloso		2	28.890 ± 840		Intervalo del Santuario tardío		
Arcilla gris compacta		1					

Conjunto de instrumentos líticos procedentes de Punta Carare, en el departamento de Santander, y hoy conservados en el Instituto Nacional de Antropología de Bogotá. Todos estos utensilios creados por el hombre primitivo presentan unas variaciones que, si bien son a veces imperceptibles, son muy reveladoras en cuanto a su uso y a su época.



torno a las características culturales del hombre del pleistoceno en Colombia. Eso ocurrió en el sitio del Tequendama I, localizado al oeste del municipio de Soacha (Cundinamarca). Allí, bajo abrigos rocosos, junto con abundantes restos de animales, fogones y artefactos de piedra dejados por el hombre, fueron descubiertos los restos humanos de los legendarios cazadores y recolectores, pudiéndose reconstruir una secuencia cultural precerámica ubicada entre finales del pleistoceno, más allá de 11.000 años antes del presente, y 5.000 antes del presente. En el mismo yacimiento, los estratos más altos revelaron desarrollos agroalfareros de hace unos 2.500 años antes del presente.

Otros sitios precerámicos estratificados

Gracias a las investigaciones adelantadas durante las últimas décadas por el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia y con el apoyo de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República, se han podido descubrir nuevos yacimientos arqueológicos que ponen de relieve la existencia de cazadores y de recolectores. Sueva, Gachalá, Nemocón y Vistahermosa, en Mosquera y Tibitó, estación esta última en donde fueron registrados restos de fauna pleistocénica extinguida que incluye un género de caballo americano, junto con el mastodonte, el zorro y el venado, encontrados en asociación con artefactos de cacería, son centros que han permitido reconstruir varios capítulos de este lejano acontecer prehistórico.

En los sitios antes mencionados, los artefactos de piedra traducen las actividades de los cazadores y recolectores y hacen posible llegar a conocer las técnicas empleadas en su elaboración; a su vez, los restos de los animales posibilitan la reconstrucción de la fauna predominante en los diferentes períodos, y con las microscópicas partículas de polen de las plantas pretéritas, guardadas en las capas de tierra, se pueden reconstruir las formaciones vegetales propias del pleistoceno tardío y del holoceno, lo que nos permite, en la actualidad, vislumbrar los cambiantes paisajes de los páramos, las praderas y los bosques por los que transitó el hombre prehistórico.

Las inhumaciones halladas en los yacimientos precerámicos nos ilustran asimismo sobre las prácticas funerarias y las características físicas del hom-



Puntas de flecha de piedra y de obsidiana halladas en Bahía Gloria, hallazgo que permite suponer un largo desplazamiento de cazadores paleoindios a través de Panamá y hacia el territorio colombiano.

bre prehistórico, así como el estudio de sus restos nos descubre las huellas de algunas de las enfermedades que padeció.

Sitios arqueológicos y posibles rutas de migración

Más de una veintena de sitios, consistentes en yacimientos arqueológicos superficiales, donde fueron hallados numerosos artefactos de piedra y que se localizan desde la Guajira y toda la costa atlántica, siguiendo por el valle del Magdalena, hasta el departamento del Huila, nos sugieren que la vía más transitada por el hombre del pleistoceno fue la señalada por esta gran arteria fluvial y su dilatado valle. En cambio, los hallazgos de la costa pacífica indican desplazamientos menos densos a través de esta vía. En la playa arenosa de Bahía Gloria (golfo de Darién), el hallazgo de una punta de proyectil, cuyos rasgos permiten clasificarla dentro del conjunto denominado «cola de pescado» por sus características muy similares a las que muestran los artefactos hallados en el lago Madden, en Panamá, nos sugiere desplazamientos de cazadores paleoindios en sentido norte-sur, a través del territorio panameño y hacia nuestro territorio. Tal como ha sido planteado por conocidos investigadores, durante el pleistoceno, en el litoral pacífico del istmo, un corredor seco habría permitido el acceso a América del Sur. Y en cuanto a las condiciones que posibilitarían el tránsito del hombre por esta vía, conviene también mencionar que se dio en este período la favorable circunstancia del establecimiento de un bosque montano bajo en la región del Darién.

Características comunes a los sitios precerámicos de Colombia

Abrigos rocosos. Todos los sitios arqueológicos estratificados, localizados en la cordillera Oriental de Colombia y en la sabana de Bogotá y sus alrededores, muestran como rasgo común el hecho de estar ubicados en nichos ecológicos y en sectores en los que sobresalen bloques pétreos favorables para la subsistencia humana; son todos ellos lugares protegidos de los vientos, con corrientes de agua y recursos de caza y de recolección. Otro rasgo común en estos sitios es la presencia de monumentales rocas o enormes bloques erráticos que conforman abrigos naturales, propicios para el albergue humano, como lo atestigua el variado conjunto de elementos culturales que yacen bajo las areniscas en las milenarias capas de tierra pisadas por el hombre prehistórico.

Allí, en el claroscuro de sus rincones y bajo sus aleros, los cazadores pleistocénicos se resguardaron de las inclemencias del tiempo y de las asechanzas de las fieras. En estas moradas naturales, alrededor de los fogones, desarrollaron sus actividades cotidianas, yantaron las carnes de las presas que les suministraban el sustento, elaboraron los instrumentos de piedra necesarios para sus actividades de cazadores y enterraron con místico respeto a sus muertos.

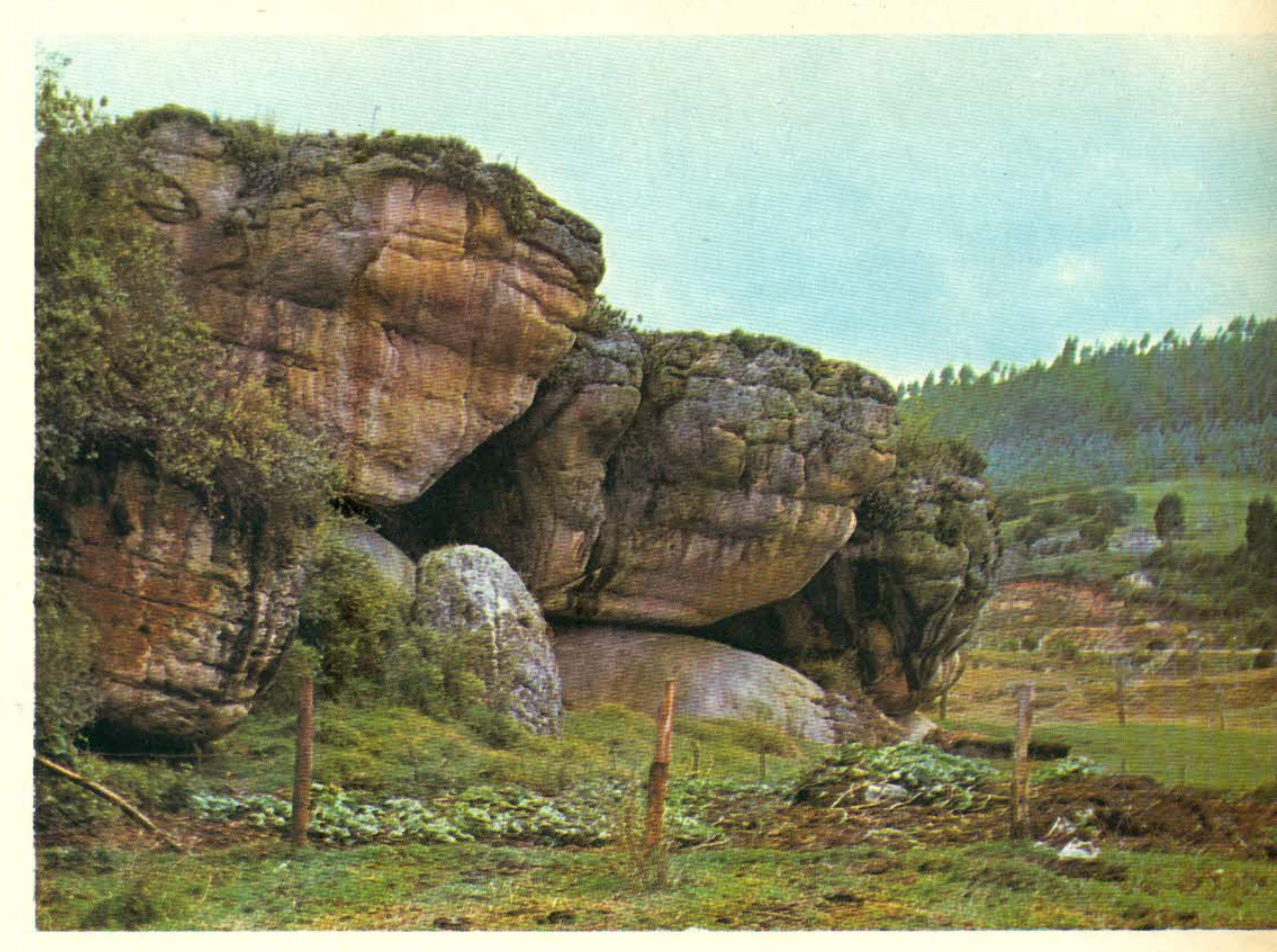
Estaciones a cielo abierto. Aunque las rocas constituyeron la vivienda preferida de los cazadores prehistóricos de nuestro territorio, éstos también dejaron la huella de su peregrinar a lo largo de la costa atlántica y en el valle del Magdalena. Alrededor de las ciénagas y sobre las terrazas de los ríos

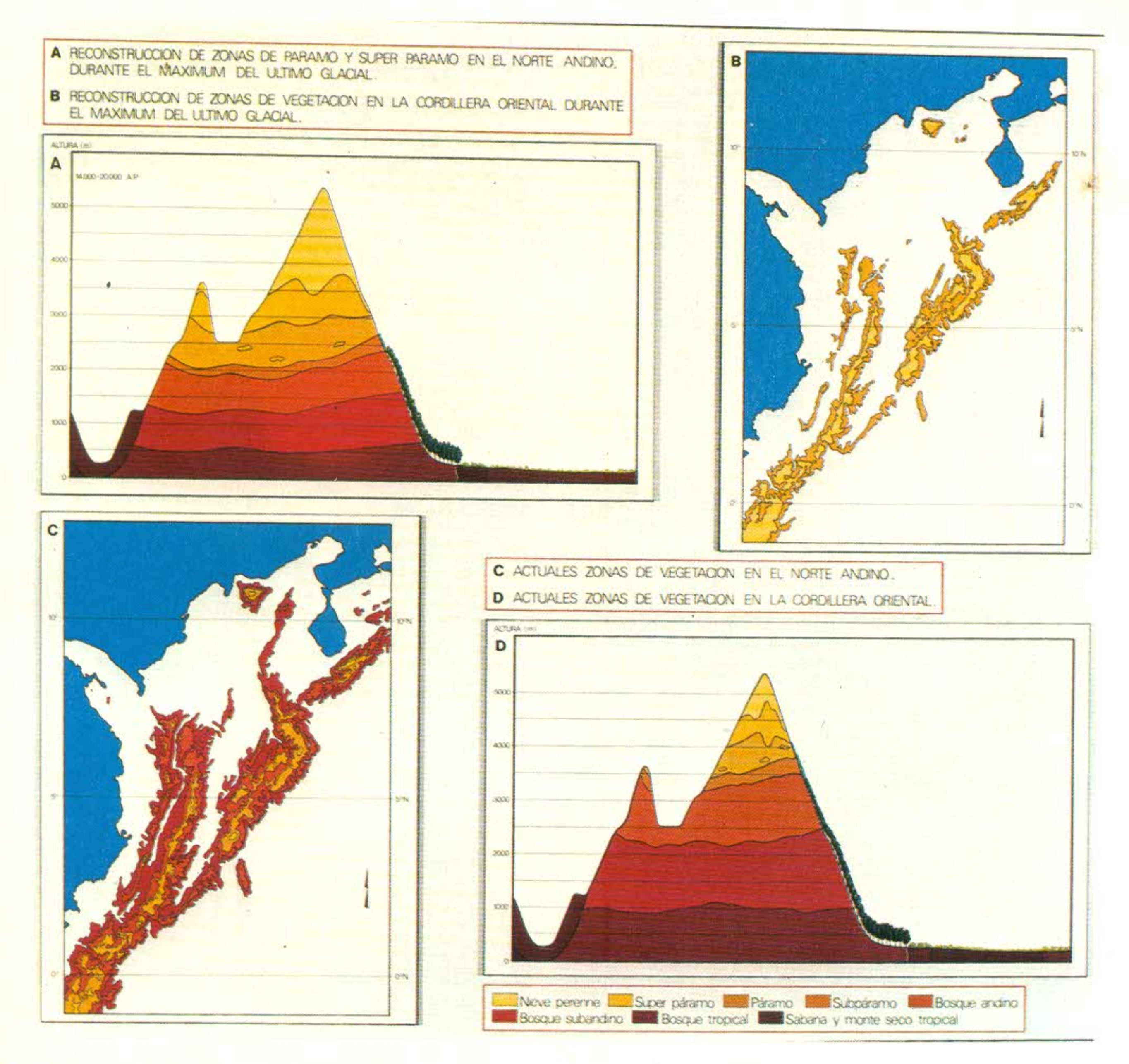
se han localizado densas estaciones, donde yacen centenares de artefactos de piedra que testimonian la presencia de estos hombres. Se trata de sitios que fueron ocupados en forma semipermanente o estacional, a juzgar por la relativa densidad de los instrumentos registrados. Y hoy, por comparaciones etnográficas, puede afirmarse que el hombre construyó en estas áreas albergues temporales, utilizando para ello elementos naturales.

Es importante señalar que en el utillaje de piedra hallado a lo largo del valle del Magdalena, desde Barrancabermeja hasta las proximidades de Neiva (aunque los modelos tecnológicos no difieren fundamentalmente de los de la altiplanicie), se nos revela la persistencia de una tradición de artefactos elaborados sobre guijarros o cantos de río que muestran desbastamiento hacia uno de sus extremos; a estos artefactos, en la terminología arqueológica internacional, se les da el nombre de choppers.

Tres yacimientos arqueológicos precerámicos y a cielo abierto en la sabana de Bogotá, Vistahermosa (Mosquera), Aguazuque (Soacha) y Chía I, revelan que hacia el cuarto milenio antes del presente, el hombre se había adaptado ya a un género de vida diferente al de los abrigos naturales, al tiempo que incrementaba sus actividades de recolección.

Abrigos rocosos en la Hacienda Tequendama. En todos los sitios arqueológicos de nuestra Cordillera Oriental se encuentran, como rasgo común, esas enormes masas rocosas que constituían excelentes refugios y en los que se han hallado importantes restos humanos.





Medio ambiente pleistocénico y holocénico y características culturales

Si fuera posible remontarse unos 30 milenios antes del presente en la escala del tiempo, contemplaríamos, en la zona que hoy corresponde a nuestra sabana de Bogotá, un inmenso lago enmarcado por colinas y estribaciones cordilleranas. Hoy se sabe que este antiguo lago sabanero se desecó hace unos 30.000 ó 20.000 años, pero subsistiendo algunos de sus reductos hasta tiempos relativamente recientes. Durante este período, en las zonas no inundadas hubo bosques de árboles, como el aliso (*Alnus*), en los sectores abrigados, en las áreas abiertas y en laderas bajas, y también frailejones, que alternaban con praderas y pequeños bosquecillos. El frío intenso nos permitiría igualmente reconocer que, durante aquellos remotos tiempos, el clima de la sabana correspondía a un páramo. Este conjunto de fenómenos puede identificarse hoy mediante investigaciones polinológicas (estudios del polen de las plantas), entre las que merecen especial mención los magistrales trabajos del cientí-



Armas y utensilios de piedra procedentes de Chucurí, San Silvestre y Puerto Carare. Los hombres prehistóricos utilizaron con frecuencia el sílex para elaborar sus instrumentos.

fico holandés Thomas van der Hammen, a través de los cuales se puede reconstruir el clima y el medio ambiente pleistocénico y holocénico en Colombia.

Hace unos 20.000 años antes del presente, este clima y la vegetación de la sabana de Bogotá correspondía a un páramo seco, como lo revelan los estudios polinológicos. Pero a principios del tardiglacial, hace aproximadamente 12.500 años, el clima mejoró notablemente, registrándose un ascenso de la temperatura y una mayor humedad; la vegetación adquirió entonces el carácter de un subpáramo. Es en esta época cuando aparecen huellas inconfundibles de la presencia del hombre bajo los abrigos rocosos del Abra y del Tequendama, consistentes en artefactos líticos o en desechos de talla producidos durante su elaboración.

Los estudios estratigráficos y polinológicos nos permiten afirmar que hace unos 12.000 años el clima había mejorado tanto en la sabana de Bogotá y en sus alrededores que proliferó el bosque andino, con los robledales, encenillos y otros corpulentos árboles que caracterizan esta formación vegetal. Asimismo, debido al considerable aumento de las precipitaciones en este período pudieron formarse pequeñas lagunas en la altiplanicie.

En todo este espacio cronológico, que se conoce con el nombre de *Interestadial de Guantiva*, de los pobladores de esta zona de la cordillera oriental colombiana sólo sabemos lo que nos sugieren los pocos restos de talla de piedra y unos pocos artefactos dejados en sus transitorios campamentos de caza.

Artefactos abrienses

Reciben su nombre de la estación epónima de El Abra, y el conjunto así denominado se caracteriza por la presencia en los artefactos de un borde preparado sobre uno de sus lados.

El hombre prehistórico utilizó como materia prima preferida para la elaboración de estos instrumentos de trabajo el duro sílex o chert, que abunda en forma de cantos de río o de fragmentos tabulares en las laderas de los macizos montañosos. De estos elementos naturales, mediante percusión simple, el hombre extrajo astillas o lascas, que, modificadas, dieron lugar a una amplia variedad de raspadores utilizados en el laboreo de las pieles de los animales cazados, en la manufactura de instrumentos de madera y en su diaria actividad depredadora.

Manufacturaron igualmente los cazadores prehistóricos de la sabana, mediante esta técnica, rae-

deras, cuchillos y otros útiles adaptados a la función de corte, así como perforadores, punzones y buriles. Numerosas lascas, de variadas y simples formas geométricas, fueron utilizadas como instrumentos cortantes.

El modelo tecnológico característico de los artefactos abrienses domina en los estadios culturales más antiguos de Colombia, prolongándose hasta tiempos alfareros.

Una tecnología similar a la de El Abra es reconocible en varios yacimientos precerámicos de América, entre los que pueden mencionarse: El Bosque (Panamá), Las Vegas (Ecuador), Siches y Chorrillos (Perú) y Cerro Grande (Brasil).

Las primeras evidencias culturales asociadas a la megafauna en Colombia

En el sitio de Tibitó, municipio de Tocancipá y departamento de Cundinamarca, fueron hallados por primera vez en Colombia, en 1980, unos artefactos elaborados por el hombre junto con restos de fauna pleistocénica. Los terrenos de este yacimiento arqueológico forman parte de la sabana de Bogotá y están enmarcados por la formación cordillerana conocida como cerro de Tibitó. En este sitio, en estratos datados en 11.740 años antes del presente, sobre los sedimentos del antiguo lago de la sabana y alrededor de una roca arenisca que se yergue incólume como testimonio del acontecer prehistórico, se hallaron concentraciones de restos óseos de un caballo antiguo (*Equus A.*), de mastodontes de dos géneros (*Cuvieronius hyodon* y *Haplomastodon*) y, en menor escala, de un venado *(Odocoileus virginianus)*. Estos hallazgos permiten identificar el sitio como correspondiente a la etapa paleoindia, aunque no se hallaron puntas de proyectil asociadas a los restos, lo cual, sin embargo, no excluye su elaboración por parte de los cazadores de este período, o que tales puntas hubieran sido manufacturadas con materiales perecederos, como la madera y el hueso.

Puesto que nos hemos referido a especies pleistocénicas, hoy extinguidas, como el mastodonte y el caballo americano, conviene, aunque sea en forma muy sintética, presentar algunos de los rasgos más característicos que presentaban estos animales.

Los mastodontes. En su estructura general, los mastodontes recuerdan a los actuales elefantes, aunque difieren de ellos en detalles como la disposición de sus molares, que forman colinas sucesivas y de donde deriva el nombre de ese animal (*mastos* = pezón; *odontes* = diente). En América del Sur los mastodontes eran inmigrantes, venidos



Raspadores y cuchillos de piedra de El Abra de Zipaquirá. Las piezas abrienses se caracterizan por tener un borde afilado en uno de sus lados.



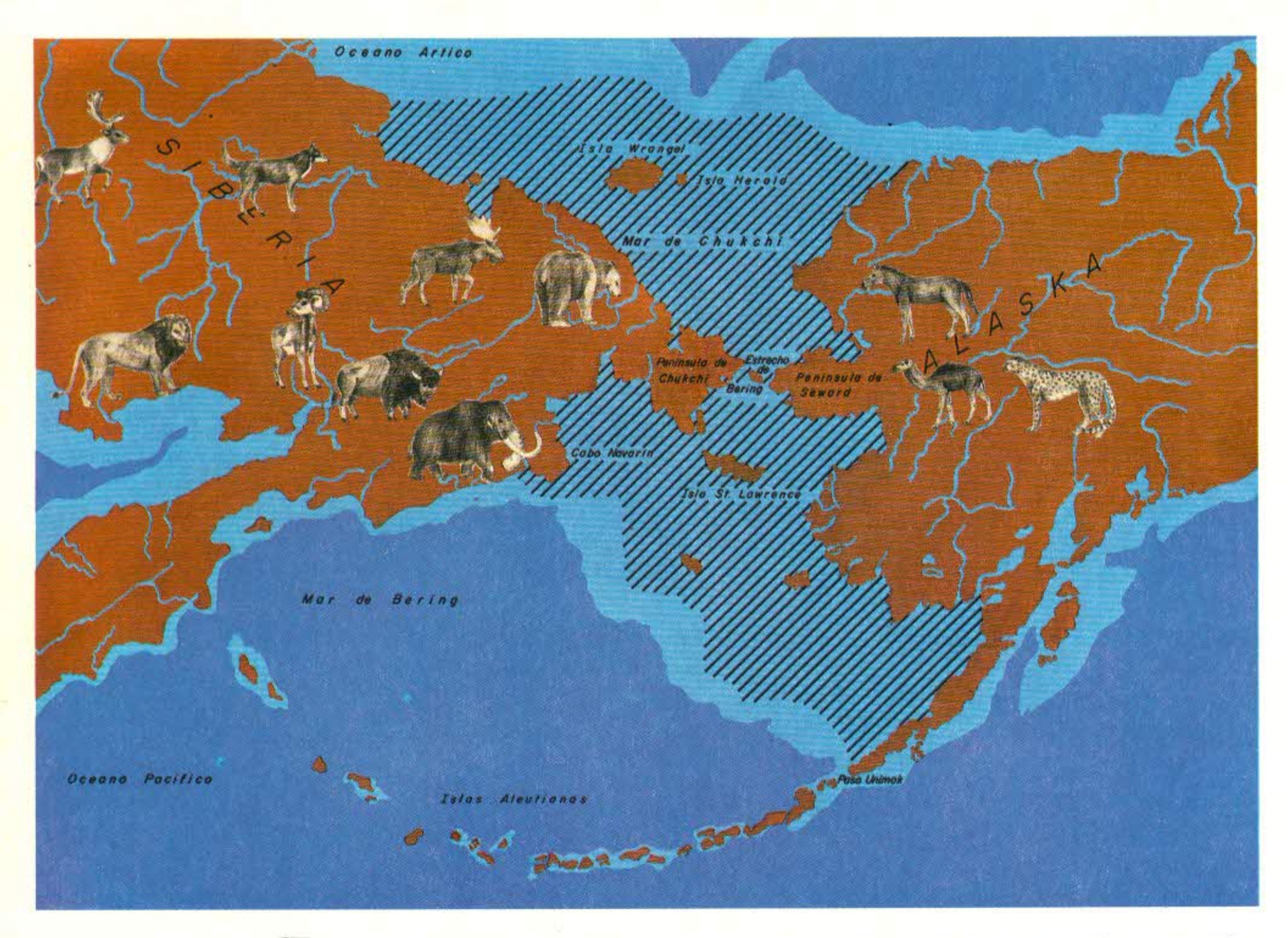
Defensas calcinadas de un mastodonte. En América del Sur los mastodontes fueron animales de inmigración, procedentes del norte, y vivieron en nuestras tierras tan sólo durante el pleistoceno.

desde el norte, y sólo se les conoce durante el pleistoceno.

Los géneros *Cuvieronius* y *Haplomastodon* difieren entre sí por algunos caracteres de su estructura ósea. En el primero, el cráneo es deprimido y las defensas están retorcidas sobre su propio eje, de modo que la banda de esmalte que recubre los incisivos en toda su extensión describe una espiral alrededor del diente. En el *Haplomastodon* el cráneo es elevado, las defensas carecen de torsión helicoidal y muestran una estrecha banda de esmalte en el estado juvenil. Así pues, estos dos géneros difieren en los detalles de la construcción de sus colmillos y en algunos rasgos vertebrales.

Los caballos. A través de los estudios paleontológicos, hoy se sabe que la estirpe caballar evolucionó en América durante el terciario y que, en sucesivas invasiones, ya hacia el declinar de los tiempos pleistocénicos, se extendió hacia el continente asiático y desde allí pasó a Europa y a Africa. De la última oleada de emigrantes provienen los caballos modernos (cuya domesticación se produjo hace tan sólo unos dos mil años en Asia Central), los asnos y las cebras actuales. Se sabe también que los caballos ancestrales ya se habían extinguido en América cuando tuvo lugar el descubrimiento, siendo introducidos de nuevo por las huestes ibéricas, pero entonces, en estado de domesticación.

Entre los restos de los équidos suramericanos destaca, ya en tiempos pleistocénicos, el género *Amerhippus*. Diferenciado primero en América del Norte, se extendió luego por toda la del Sur, fragmentándose en numerosas especies en Colombia. El holotipo, denominado *Equus amerhippus La Sallei Daniel*, que fue hallado por Maurise Rollot y el hermano Nicéforo María en Cerro Gordo, municipio de Bosa, se conserva hoy en el museo de la Universidad de La Salle, luego de ser objeto de estudios por parte de Cuervo Márquez, Mier Restrepo, De Porta y el magistral del hermano Daniel González, en cuyo honor toma la designación taxonómica que lo diferencia de otras especies suramericanas. De acuerdo con las descripciones que se tienen de este género, «se trata de un caballo de proporción robusta y de tamaño cebroide, cráneo sólido y grande; la línea de su maxilar superior, a diferencia del caballo actual, es recta y no convexa; la espina nasal y hueso intermaxilar sobresalen dando un aspecto especial a la cara, haciendo que termine en un hocico alargado. Las proyecciones óseas de implantación de los molares se proyectan hacia fuera, y cambian los complejos detalles de la superficie de masticación de sus molares comparadas con las del caballo actual».



Zona del estrecho de Bering, que hoy separa Asia de América. En períodos glaciares, el descenso de los océanos favoreció la comunicación entre los dos continentes y con ello el paso de hombres y animales hacia América.

Los depósitos culturales de Tibitó

Rasgo de particular interés en este yacimiento lo constituye la presencia de tres depósitos de forma aproximadamente oval, situados en la periferia de la roca y en los cuales se registró una acumulación selectiva de restos de caballo, de mastodonte y de venado, consistentes principalmente en molares y en fragmentos de órganos de defensa. Junto con estos elementos, fueron hallados artefactos de piedra, hueso y asta. En el Depósito 1, en la parte oriental de la roca, fueron colocadas por los cazadores pleistocénicos las defensas calcinadas de un mastodonte joven y de uno adulto, orientadas en sentidos opuestos. Este hecho, sumado al registro de restos calcinados, partículas de carbón vegetal y huesos con fracturas longitudinales (posiblemente practicadas con fines de extracción de médula), así como el hallazgo de fragmentos óseos de caballo y de mastodonte con incisiones paralelas sugiere la práctica en el sitio de complejos rituales asociados con actividades de caza.

Los artefactos encontrados con los restos de fauna corresponden, en su mayoría, a los definidos como abrienses, siendo más frecuentes las astillas o lascas que, por los bordes de utilización que muestran, corresponden básicamente a instrumentos cortantes. Entre estos instrumentos del Tibitó sobresalen, por su cuidadosa elaboración, un cuchillo raspador hecho con asta de venado y un raspador aquillado, con finos retoques de contorno y que recuerda los útiles hallados en la zona de ocupación 1 del sitio Tequendama I, de época posterior, hacia el decimoprimer milenio antes del presente.

A la derecha y abajo, artefactos y detalle del sitio de Tibitó, en el municipio de Tocancipá. En los depósitos culturales de Tibitó se hallaron restos de animales de gran tamaño, entre ellos el mastodonte y el caballo americanos, y artefactos relacionados con ellos, de una antigüedad de 11.740 años antes del presente.

Finales del pleistoceno

Fundamentales cambios bióticos ocurrieron en el escenario pleistocénico en su culminación. Hace aproximadamente 11.000 años, el clima se tornó nuevamente frío y la altiplanicie de Bogotá y sus alrededores quedaron, durante un período de unos 1.000 años, en la zona limítrofe del bosque del páramo. A este período se le conoce con el nombre de Estadial de El Abra. En su transcurso predominó una vegetación integrada por bosques enanos, alternando con áreas abiertas de pradera y frailejones, hábitat favorable para la supervivencia de numerosas especies de caza, como los venados (*Odocoileus virginianus* y *Manzana sp.*), cuyos restos abundan en los yacimientos arqueológicos precerámicos de la sabana de Bogotá. Otros mamíferos, como el ratón silvestre, el curí, el conejo, el armadillo, el zorro patón y el perro de monte proporcionaron igualmente proteínas a los cazadores prehistóricos del altiplano andino oriental de Colombia.

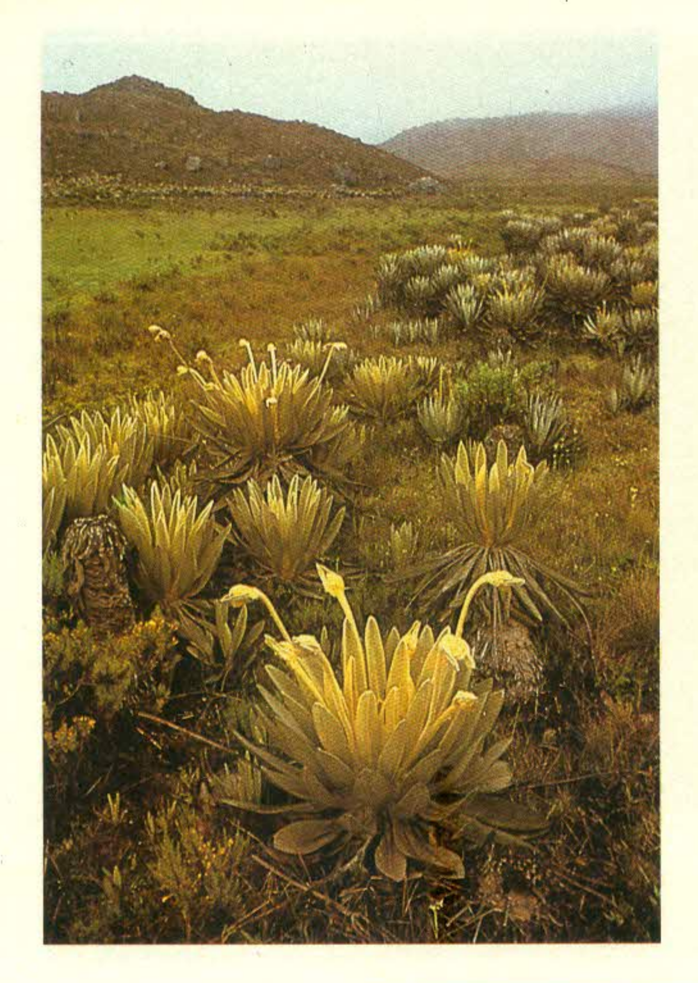




Los abundantes restos de estas especies fueron hallados alrededor de los fogones, dentro de las cuevas de abrigo; en cambio, la ausencia en el sitio de huesos largos, propios de animales dotados de gran envergadura, nos obliga a pensar que el despedazamiento de estas presas se realizó en lugares situados fuera de las cavernas.

Artefactos tequendamienses

Durante el Estadial de El Abra hacen su aparición, bajo los abrigos rocosos del Tequendama y en estratos fechados entre 11.000 y 10.000 años (zona de ocupación 1), una serie de instrumentos que revelan una técnica de elaboración muy refinada: la técnica de presión, que consistió en desprender pequeñas porciones o lascas de las superficies de los artefactos en elaboración, utilizando para ello instrumentos agudos y de gran dureza, como astas de venado, maderas tratadas al fuego o huesos.



En la página anterior, arriba, la densa vegetación del bosque andino. Hace más de 12.000 años, con la mejora de la temperatura, este bosque se extendió muy ampliamente. A la izquierda, grupo de frailejones, una planta arbustiva propia de las faldas de los páramos.

Así fueron manufacturados ciertos artefactos, como raederas bifaciales, raspadores plano-convexos, una raedera de dorso alto («Limace») y una hoja bifacial de cuarcita. A estos instrumentos hay que añadir cuchillos laminares y un fragmento de punta de proyectil con retoques paralelos, que demuestra la utilización de este tipo de artefactos en las faenas de caza. La forma de algunas astillas alargadas sugiere asimismo que los habitantes de los abrigos de la sabana de Bogotá y de sus alrededores siguieron, en la elaboración de sus utensilios, junto con las técnicas que hemos descrito anteriormente, el sistema de percusión indirecta, que consistió en poner un instrumento de hueso o de madera sobre la plataforma practicada sobre un guijarro o módulo de roca silícea golpeando aquél con un percutor. La presencia en el sitio del Tequendama de instrumentos elaborados utilizando materiales halóctonos, como el basalto, demuestra que

A la derecha, artefactos líticos del Tequendama I, lugar antaño habitado por grupos de cazadores especializados.



En la página anterior, abajo, artefactos líticos encontrados en la Hacienda Tenquendama. Los artefactos tequendamienses, fechados entre 11.000 y 10.000 años antes del presente, revelan ya una técnica de elaboración un tanto refinada.



éstos tienen su origen en otras zonas, tales como el valle del Magdalena, hecho que a su vez indica desplazamientos entre esta región y la altiplanicie.

Este conjunto de evidencias arqueológicas revela que durante el Estadial de El Abra los abrigos del Tequendama estuvieron habitados por grupos de cazadores más o menos especializados, que se habrían adaptado a los terrenos semiabiertos de la altiplanicie de Bogotá. En esta época, a juzgar por la baja densidad de artefactos, los abrigos de El Abra sólo debieron estar ocupados ocasionalmente, suministrando quizá albergue temporal a las mismas bandas de cazadores que ocupaban el área geológica del Tequendama y sus alrededores o a otros grupos.

En este período los registros arqueológicos del Tibitó demuestran igualmente una ocupación poco densa. Alrededor de la roca, junto con artefactos abrienses, se registran concentraciones de restos óseos de mastodonte (*Cuvieronius hyodon* y *Haplomastodon*), caballo *(Equus amerhippus)*, venado *(Odocoileus virginianus)* y zorro *(Cerdocyon thous)*; estos últimos representados en mínima proporción.

Por ese mismo tiempo existen signos evidentes de ocupación humana en los abrigos rocosos de Gachalá y Nemocón; y en el sitio de Sueva, los registros arqueológicos hallados en un piso de ocupación fechado en 10.090 años antes del presente nos muestran la presencia transitoria de un grupo de cazadores no muy numeroso. Alrededor de los fogones, hacia la parte interior del abrigo, se registran restos de animales, principalmente roedores y venados, junto con artefactos abrienses elaborados sobre un chert (roca silícea) muy compacto y de color rojizo. Asociado a esta misma capa arqueológica se encontró un depósito relleno de carbón vegetal, artefactos líticos y restos de venado, y se sabe que durante esta época también se practicó un enterramiento bajo el abrigo rocoso del sitio Sueva I.

Cazadores pleistocénicos y espacio territorial

Aunque resultaría muy aventurado reconstruir, sobre las evidencias arqueológicas de que se dispone hoy en Colombia, el comportamiento de los cazadores pleistocénicos con respecto a sus espacios territoriales y organización social, el análisis de

En la página anterior, pintura rupestre en el Abra de Zipaquirá. Estas representaciones de arte mural paleolítico, de contenido mágico, revelan la vinculación que existía entre el hombre y los animales.



A la derecha, páramo del Chisacá, a 3.600 metros sobre el nivel del mar. Al final de pleistoceno, el clima mejoró muchísimo, con lo que las especies de bosque andino prosperaron hasta más allá de los 3.000 metros de altura.

algunos testimonios etnográficos actuales nos permite vislumbrar ese acontecer pretérito.

Al dirigir nuestros ojos a las inhóspitas regiones habitadas por los bosquimanos, se les ve agrupados en pequeñas bandas, incluso en familias, que permanecen durante temporadas en algunas localidades, desplazándose hacia otros lugares cuando la caza escasea o los animales emigran. Igual sucede con los cazadores australianos; y el ejemplo más cercano lo tenemos entre los cuivas de los llanos orientales.

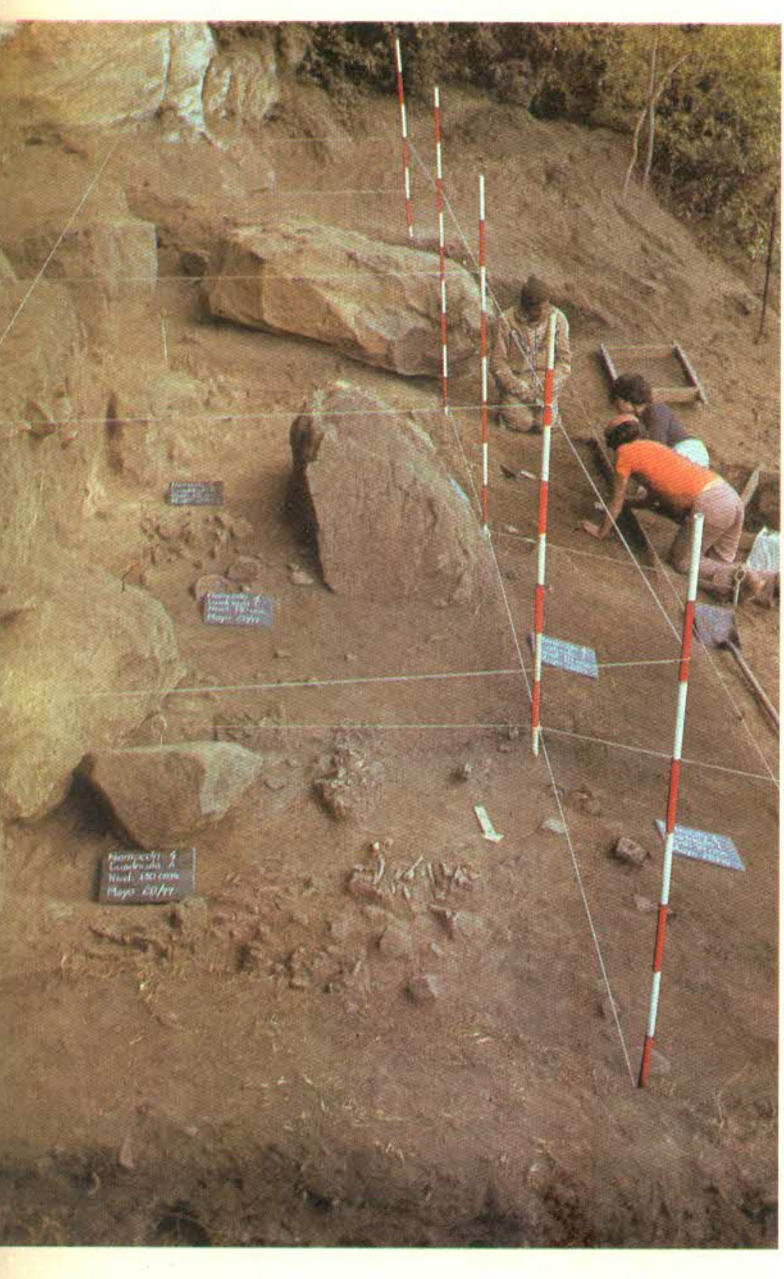
Las bandas de cazadores no sobrepasan los límites de sus respectivas zonas, que son defendidas con valor porque significan la subsistencia. Entre los grupos antes mencionados, la más notoria división del trabajo se traduce en el ejercicio de la caza y en la defensa, desempeñada por los hombres, mientras las mujeres se ocupan en otros menesteres, como la recolección de frutos, tubérculos, raíces y otros vegetales y en el cuidado de la prole.

Es obvio que las propias circunstancias que rodearon la vida de los cazadores modelaron su cosmovisión. Testimonio de ello son las representaciones del arte mural paleolítico, impregnadas de contenidos mágicos, así como las prácticas e instituciones formadas al calor de las concepciones totémicas que implican la vinculación entre el hombre y el animal a través de un antepasado común de origen mítico.

A juzgar por la modesta cantidad de artefactos hallados en los pisos de *habitación* más densos de los abrigos rocosos de Colombia, los grupos o bandas que allí permanecieron no debían pasar de unos treinta o cuarenta individuos en cada sitio.

El holoceno

Al concluir el pleistoceno, hace unos 10.000 años, el clima mejoró considerablemente. Los helechos arborescentes, los robles, los encenillos y otras especies propias del bosque andino poblaron las alturas en la cordillera oriental colombiana hasta los 3.000 metros sobre el nivel del mar. Los registros arqueológicos de la zona de ocupación 3 del Tequendama, fechados entre 9.500 y 8.500 antes del presente, y de las unidades correspondientes en los abrigos rocosos de la sabana y alrededores, revelan que durante el holoceno la subsistencia del hombre dependió en mayor grado de la caza de pe-



Aspecto parcial del sitio de Nemocón mientras se llevaban a cabo trabajos de excavación. En los abrigos rocosos de este importante centro arqueológico se han hallado abundantes restos de venados.

queños mamíferos, roedores principalmente, como el curí, el ratón y el conejo, aunque el venado continuó siendo objeto de caza, si bien en menos escala.

La abundancia de restos de roedores, cuya máxima concentración se registra alrededor de los fogones, junto con la presencia de caracoles terrestres, indica que el hombre se adaptó durante este período a nuevas formas de subsistencia en el bosque andino, incrementando asimismo sus actividades de recolección. El utillaje de piedra, dejado en los campamentos por sus moradores, nos dice que aquellas gentes continuaron siendo predominantemente abrienses, aunque a los artefactos se añade un alto porcentaje de martillos y de guijarros del río con huellas de desgaste causadas por su uso en la preparación de alimentos vegetales.

Muy característicos durante este período son los fogones con bordes de arcilla quemada, tanto en los abrigos de El Abra como en los del Tequendama, hecho que demuestra la afinidad cultural entre estos dos sitios.

Hacia el séptimo milenio antes del presente, los abrigos rocosos de la sabana de Bogotá y los de la vertiente de Guavio (sitio Sueva I) muestran una población densa. Un piso de vivienda, la zona de ocupación 3 del Tequendama, fechada entre 7.000 y 6.000 años antes del presente, y las capas correspondientes de los abrigos rocosos del altiplano oriental nos revelan que el hombre continuó, durante este período cronológico, adaptándose a formas de subsistencia basadas en la recolección en el bosque andino.

El aspecto de los artefactos líticos de este período indica una decadencia en sus técnicas de elaboración, que se manifiesta en la desaparición de algunos elementos, como los raspadores aquillados y cuchillos laminares, y en la disminución de otros, cual los raspadores laterales. Igualmente decrece la proporción de instrumentos de hueso, en contraste con el aumento de navajas laminares prismáticas y el alto porcentaje de raspadores cóncavos, artefactos estos últimos que indican que la elaboración de instrumentos de madera ha cobrado importancia.

Posteriormente, como fenómeno climático de especial significación durante los tiempos holocénicos, puede mencionarse un período de fuerte sequía, que se produjo unos 5.000 años antes del presente. Este cambio de clima puede reconocerse a través de los estudios polinológicos, no solamente de la sabana de Bogotá, sino también de otras áreas, como la de los Llanos Orientales. Esta presión ecológica, consistente en una fuerte sequía, pudo

haber influido en un decrecimiento de la población de nuestra altiplanicie, como lo revelan los pocos vestigios arqueológicos hallados bajo los abrigos de este lugar. En los abrigos rocosos del sitio Chía III, al norte de la ciudad de Bogotá, en una capa cultural datada en 5.040 años antes del presente, fueron hallados, por el arqueólogo Gerardo Ardila, unos artefactos cuyos rasgos concuerdan, en términos generales, con los registrados en la zona de ocupación 3 del Tequendama, siendo igualmente notorio el predominio de mamíferos pequeños, principalmente el curí y el conejo, y en menor proporción el venado.

Aparición de las primeras manifestaciones culturales formativas

Es en esta época del holoceno cuando hacen su aparición en la costa atlántica los primeros desarrollos formativos. Como bien se sabe, el formativo temprano, anteriormente denominado arcaico, constituye en Colombia la etapa cultural que marca los inicios de la vida sedentaria. El sitio formativo más antiguo, investigado por el arqueólogo Gerardo Reichel Dolmatoff, corresponde al sitio de Monsú, en el departamento de Bolívar, cuya antigüedad es de 3.350 años.

Este yacimiento arqueológico corresponde a un montículo de 100 metros de diámetro, y su carácter de sitio de habitación ha quedado demostrado por la presencia en la base del montículo de las huellas de un poste de una gran vivienda de planta ovalada.

Junto con la cerámica de Monsú aparecen, durante el último período denominado Barlovento, grandes azadas, hechas de concha, que sugieren prácticas agrícolas, probablemente de yuca y de otras raíces. Los vestigios arqueológicos de este sitio indican que la población estaba integrada por pescadores de mar y de río, y por cazadores y recolectores de moluscos, frutas silvestres y de crustáceos, como el cangrejo.

La cerámica de Monsú es la más antigua hasta ahora conocida en América. En Puerto Hormiga, cerca de Monsú, una acumulación circular de conchas marinas mezcladas con fragmentos cerámicos, artefactos de piedra y huesos de animales de presa demuestra que este tipo, hacia el año 3.100 antes de Cristo, también estuvo ocupado por recolectores que, junto a esta actividad básica de subsistencia, practicaron además la pesca y la caza de animales pequeños.

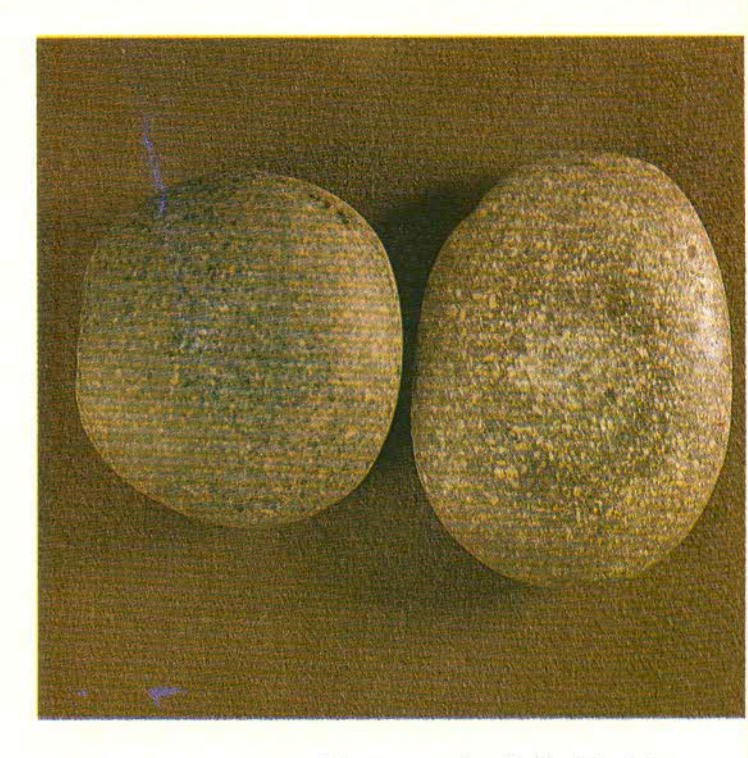
En los abrigos rocosos de Nemocón, estratos fechados entre 7.530 y 6.825 años antes del presente nos dicen que este rincón sabanero constituía un nicho ecológico favorable a la supervivencia del venado. La amplia planicie erosionada que se extiende desde el límite superior del abrigo debía estar cubierta de pradera, en contraste con el follaje andino cerrado de otras áreas, permitiendo así la proliferación de cérvidos, como lo atestigua la gran cantidad de restos de esta especie encontrados en el yacimiento arqueológico precerámico de Nemocón.

La presencia de múltiples fracturas transversales al eje de los huesos de los venados sugiere ciertas prácticas venatorias, en uso sin duda desde los más remotos tiempos del paleolítico europeo. Consistían esas prácticas en ahuyentar a las tímidas especies hacia sitios con escarpes, desde donde, forzadas a huir en veloz estampida, se lanzaban al vacío, siendo así presa fácil para los cazadores tras su mortal caída. Asimismo, la existencia entre los restos de animales hallados en Nemocón de especies foráneas, como el tigre, el tigrillo, el perro de monte y el papagayo, sugiere desplazamientos de los cazadores de la altiplanicie hacia pisos térmicos más cálidos en el curso de sus empresas de caza. En el sitio de Nemocón aparecen también caparazones de cangrejos, lo que demuestra que consumían este crustáceo como alimento.

Los estudios estratigráficos y polinológicos llevados a cabo en la sabana de Bogotá permiten determinar que tras el período de sequía al que hemos hecho referencia, el clima se estabilizó en las condiciones actuales, produciéndose solamente ligeras variaciones hasta nuestros días.

La recolección en la sabana de Bogotá

Los vestigios arqueológicos hallados en el sitio a cielo abierto de Vistahermosa revelan que hasta el tercer milenio antes del presente las actividades económicas de recolección se intensificaron. En el citado yacimiento de Vistahermosa (municipio de Mosquera), al suroeste de Bogotá, en una terraza cerca de la laguna de La Herrera y sobre un piso de piedras pequeñas, se hallaron, junto con fogones y restos de animales, una serie de molinos de piedra



Un par de piedras para moler que se hallaron junto a unos fogones y a restos de animales. Estas piedras fueron, para el hombre prehistórico de la sabana, el primer molino para moler grano.

con depresión circular en el centro y abundantes cantos de río con superficies desgastadas por el uso. Algunos de los molinos habían sido elaborados usando como materia prima el basalto, hecho que indica su procedencia de otras áreas, como el valle del Magdalena. En este sitio, el hombre prehistórico de la sabana practicó algunos enterramientos. Una fecha de carbono 14 sobre restos óseos procedentes de la capa arqueológica más alta de Vistahermosa permite datarlos alrededor de 3.000 años antes del presente. Un estrato más bajo en este mismo sitio revela la presencia del hombre en esta zona desde hace 3.410 años; sin embargo, vestigios culturales registrados en esta capa no incluyen elementos que denoten actividades marcadamente recolectoras.

Durante trabajos arqueológicos anteriores en el municipio de Chía, sitio Chía I, Gerardo Ardila halló contactos culturales similares, fechados en 2.120 años antes del presente.

Las primeras manifestaciones agro-alfareras en la sabana de Bogotá

Hacia el tercer milenio antes del presente se registró un hecho cultural importante. A la luz de las investigaciones arqueológicas ha sido posible establecer que, durante el citado período, hicieron su aparición en la sabana de Bogotá las primeras manifestaciones agro-alfareras. En los abrigos rocosos de Zipacón (Cundinamarca), en una capa que data de 3.270 años antes del presente, aparecen los registros cerámicos más antiguos que se conocen en la altiplanicie oriental.

Desde luego son también evidentes los vestigios de prácticas agrícolas en el citado sitio arqueológico de Zipacón, como lo demuestran restos vegetales consistentes en raquis de maíz, semillas de cerezo criollo, tubérculos desecados de batata y endocarpios de aguacate; la presencia de estas dos últimas plantas comprueba una vez más los frecuentes desplazamientos de grupos humanos entre los pisos térmicos cálidos o templados del valle del Magdalena, las vertientes cordilleranas y la altiplanicie fría de Bogotá. A los vestigios vegetales citados hay que añadir un recipiente semiesférico de totumo, cuyo borde de contorno ostenta una decoración en banda de color rojo.

Los restos de animales hallados en el sitio de Zipacón incluyen con frecuencia los del conejillo de indias; es interesante señalar que algunos de los huesos de este roedor, principalmente los coxales, ofrecen rasgos que sugieren su domesticación *in situ*. Los restos de venado son también abundantes en el sitio, y a juzgar por los vestigios óseos registrados, el borugo, el conejo, la nasuela, el zorro, el fara, el pecarí, el ratón, la comadreja, algunas aves, crustáceos y caracoles complementaron la alimentación de los grupos que dejaron la huella de su permanencia en el yacimiento de Zipacón. A su vez, el registro de fragmentos de caracol marino *(Strombus)* nos puede dar idea de la amplitud de los contactos culturales de la difusión de algunos elementos desde la costa atlántica hasta el interior de nuestro territorio a partir de los más lejanos tiempos prehistóricos.

En la cerámica hallada en Zipacón destaca la presencia de algunos tipos, como el conocido con el nombre de Mosquera Roca Triturada, en atención a las partículas atemperantes de su pasta, y el Mos-

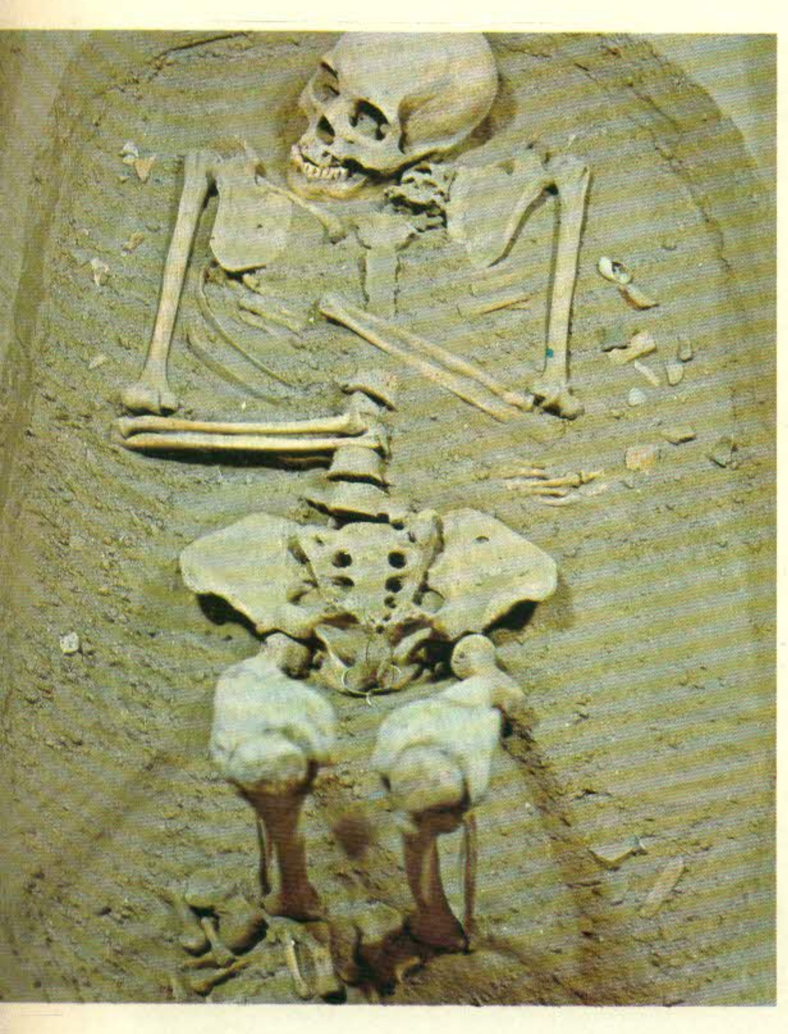
quera Rojo Inciso, que recibe su nombre por el color de su superficie y por la decoración que exhibe. Estos tipos, hoy denominados, junto con otros, cerámica Herrera, son los más antiguos del altiplano oriental andino de Colombia y fueron descritos por primera vez en 1971 por la arqueóloga Silvia Broadbent. La denominación de esta cerámica deriva de su localidad epónima en los alrededores de la laguna de La Herrera. La distribución de ceramios del tipo Mosquera Rojo Inciso ha podido establecerse en los alrededores de la citada laguna de La Herrera y la distribución de cerámicas del tipo Mosquera Rojo Inciso se ha establecido a lo largo del valle del Magdalena, hasta la cordillera oriental y en la región de Pubenza, en las cercanías de Girardot. Ha sido descrita esta cerámica en investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por la arqueóloga Marianne Cardale de Shrimpff.

. La cerámica Herrera hallada en el sitio de Zipacón corresponde a la unidad estratigráfica fechada en 3.270 años antes del presente, existiendo otras dataciones antiguas para ella en la sabana de Bogotá, en Nemocón y en el sitio Tequendama I, que la sitúan en la décima segunda centuria antes de la presente.

El sitio de Zipacón, al mostrarnos la convergencia de patrones de subsistencia basados en las prácticas agrícolas desarrolladas junto a la caza, parece representar un punto de contacto entre los cazadores de la altiplanicie y grupos agro-alfareros, cuyo origen debe buscarse en otras zonas, como el valle del Magdalena y las vertientes bajas de la cordillera Oriental. Y esta suposición no excluye que los elementos líticos encontrados en el sitio de Zipacón, asociados a tipos cerámicos antiguos, deriven de la continuidad de prácticas de cacería ejercida por grupos ya sedentarios en la sabana de Bogotá.

Panorámica del sitio de Zipacón. En este lugar se encontraron restos de cerámica de la clase conocida con el nombre de La Herrera, correspondientes a una unidad estratigráfica de una antigüedad de más de 3.000 años antes del presente.





Las prácticas funerarias de los cazadores precerámicos

Los enterramientos hallados en los sitios precerámicos del Tequendama I, Sueva, Nemocón, Gachalá, Chía III y Vistahermosa nos ilustran sobre las prácticas funerarias de fines del pleistoceno y durante el holoceno. Como se ve en los testimonios arqueológicos, las inhumaciones de adultos fueron practicadas en fosas de planta oval, colocando el cadáver, en unos casos, en posición decúbito lateral, reposando sobre su costado derecho o izquierdo, y en otros en posición decúbito dorsal, con los brazos y antebrazos recogidos sobre el tórax y los muslos y piernas contra el abdomen. Los despojos correspondientes a niños se disponían en pozos de forma cilíndrica, en cuclillas o en posición fetal.

La colocación de ofrendas alrededor del cadáver demuestra la concepción de un yo supracorporal y supraorgánico; la idea de continuidad en un más allá. Junto a los muertos se ponían artefactos líticos, instrumentos de cuerno y hueso, trozos de cuarzo, pequeños guijarros de río, fragmentos de ocre o de hematita especular, así como también piezas de caza. Esta costumbre de colocar ofrendas funerarias en el momento de la inhumación se remonta a los más lejanos tiempos de la humanidad: bástenos recordar los hallazgos de Le Moustier, en la Dordoña, donde en 1908 se encontró un joven neanderthal.

Los restos de La Ferrassie, que parecen corresponder a una misma familia, fueron hallados en asociación con industria musteriense, y en los tiempos del paleolítico superior, las sepulturas de Grimaldi muestran el refinamiento del ajuar funerario.

Como rasgo particular hay que hacer observar que algunos de los restos del Tequendama muestran una coloración rojiza sobre el cráneo, detalle que también se ha podido registrar en las series procedentes de Nemocón, Gachalá y Mosquera en Vistahermosa, y que tiene su origen en la costumbre cultural de esparcir, sobre el cadáver, fragmentos de ocre que impregnan los huesos al desaparecer las partes blandas. Esta costumbre se remonta a los propios tiempos paleolíticos. El esqueleto del joven Grimaldi se encontró teñido de rojo con peróxido de hierro; en la gruta de Cariyon se encontró un cráneo rojizo de Cromagnon, y en la cueva de Barna Grande yacían, en una tumba revestida de ocre rojo, los cuerpos de un hombre de gran talla, de una mujer joven y de un niño. La costumbre se difundió de forma más general durante el paleolítico superior; baste recordar el ejemplo conocido con el nombre de la Dama Roja de Pavilan, asociado a utensilios auriñacienses y objetos de hueso, de marfil y de concha. Los restos de Chancelade, hallados en el abrigo rocoso de Raimonden, muestran también una coloración rojiza producida por peróxido de hierro en tiempos culturales magdalenienses. Ese ritual de esparcir colorantes rojos asociado a los enterramientos se prolonga en nuestro territorio hasta tiempos recientes. Por ejemplo, Duque Gómez, en 1951, lo cita en excavaciones arqueológicas efectuadas en el municipio de Mosquera; en el municipio de Soacha lo nombra también el arqueólogo E. Silva Celis, siendo también frecuente su registro

En la página anterior, enterramiento hallado en el sitio de Tequendama. Estos enterramientos nos hablan de las prácticas funerarias del hombre de fines del pleistoceno y del holoceno.



A la derecha, esqueleto de un hombre en una tumba del sitio de Tequendama. En algunos restos del citado lugar se ha descubierto una coloración rojiza encima de los cráneos, costumbre que ya se conocía en tiempos paleolíticos.

en los hipogeos del parque arqueológico nacional de Tierradentro. En tiempos actuales, los estudios etnográficos permiten señalar la persistencia del uso de colorantes rojos asociados al ritual funerario entre los guahivos de los Llanos Orientales; en efecto, las mujeres cubren su rostro con pintura preparada con achote antes de amortajar un cadáver. Entre los huitotos también se encuentra esta práctica en el ritual de sus muertos. Y hasta tiempos recientes, en las culturas meso-americanas tuvo gran difusión esta costumbre de colorear los restos humanos, como lo demuestra el conocido ejemplo de la tumba de Palenque.

Incineración ritual funeraria

El hallazgo de restos humanos calcinados en el sitio del Tequendama sugiere prácticas de incineración ritual. Asimismo, en estratos holocénicos de los abrigos de Nemocón, Sueva y Gachalá se han encontrado similares vestigios. Los cronistas ya hacen referencia a esta costumbre de incineración asociada al ritual funerario; Oviedo y Valdés describe esta práctica entre los guayupes y saes, que vivían en los llanos del sur de Venezuela y en Colombia. Y de acuerdo con Zerries, entre los cazadores primitivos, sobre todo en el norte de Asia, fue muy frecuente mezclar la ceniza de la calcinación de restos humanos con las bebidas.

El hábito de incineración ritual funeraria se prolongó en nuestro territorio hasta tiempos agrícolas. Refiriéndose al hallazgo de restos calcinados en el sitio de La Loma (Mosquera), el doctor Luis Duque Gómez afirma que «la costumbre de quemar los restos óseos en entierros de segunda fase, si bien fue común en otros grupos chibchas, como los guanes, indios de Sierra Nevada de Santa Marta, e

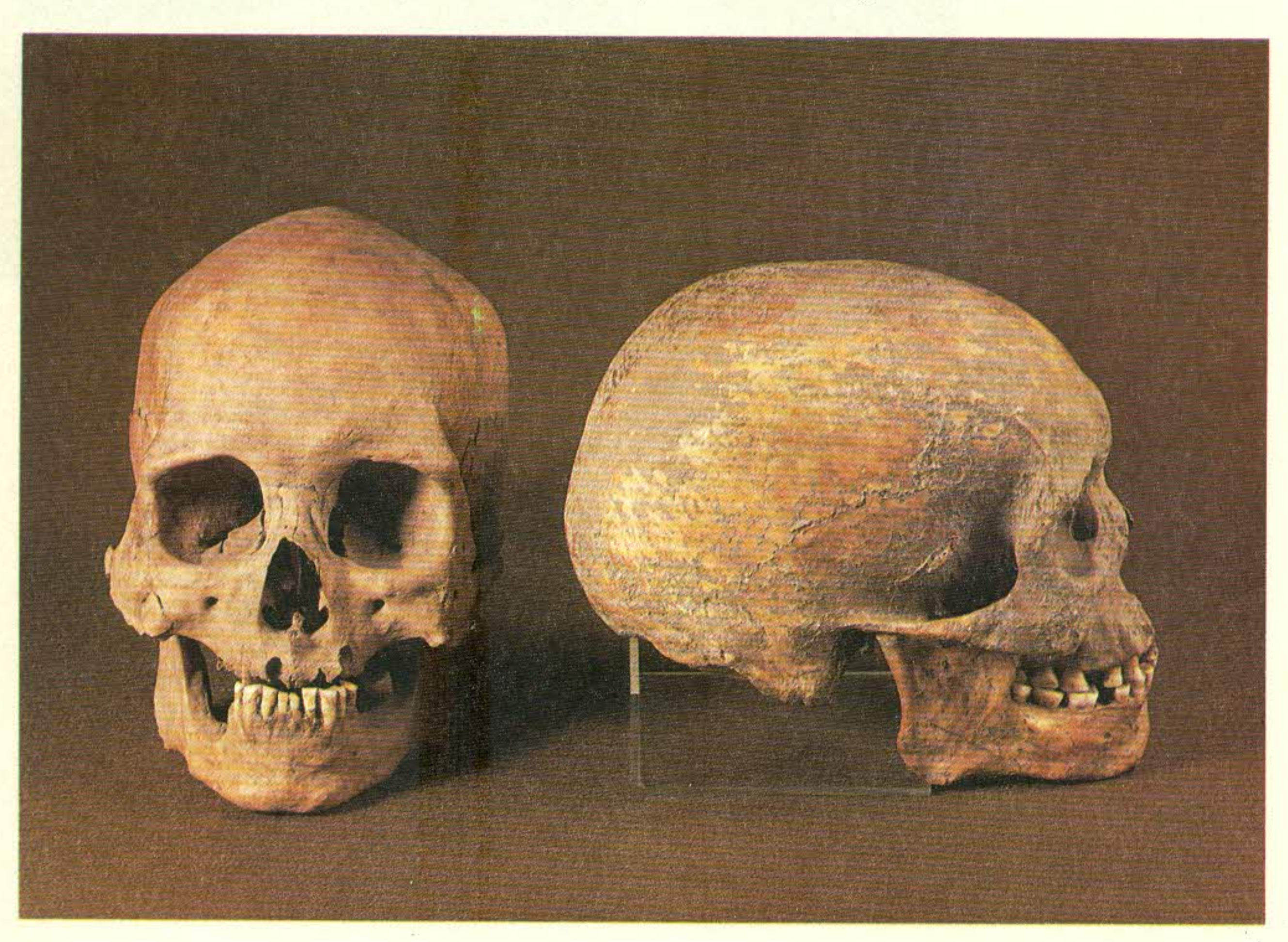
indios zopías, no parece que fuera muy frecuente en la sabana de Bogotá».

Prácticas de incineración asociadas al ritual funerario tuvieron continuidad hasta tiempos actuales entre los cuivas del Alto Ariporo, en territorio colombiano. Y Baradian cita esta costumbre entre grupos de indígenas venezolanos, como los sanema yanoama, chirianas y guaicas del alto Orinoco y sureste de Venezuela y también entre los tukano de otros tiempos.

Características físicas y observaciones antropométricas

El estudio de los restos óseos del hombre del precerámico en Colombia nos permite definir sus características físicas generales. Sorprende al observador el alargamiento anteroposterior que presentan estos cráneos, que configuran el tipo denominado dolicocéfalo en antropología. Este rasgo se puede identificar desde 10.000 años antes de Cristo, como nos lo demuestra el enterramiento número 1 de los abrigos rocosos de Sueva. Como rasgo morfológico común a esta población precerámica cabe señalar también su acentuado prognatismo. La observación de las superficies de masticación de las piezas dentarias revelan a su vez un marcado desgaste, rasgo ya señalado como propio de ciertos grupos cuya subsistencia se basa en un régimen de alimentación duro, de cazadores y de recolectores. Por las características craneales antes señaladas, el hombre precerámico difiere en alto grado de los muiscas de la cordillera Oriental, que en su mayoría son braquicéfalos (cráneo ancho y

Dos cráneos humanos, uno de frente y otro de perfil. El estudio de los restos óseos del hombre prehistórico colombiano, en especial el de los cráneos, ha permitido a los investigadores establecer, con bastante aproximación, sus características generales.



Cronologías más antiguas de los sitios precerámicos de Colombia obtenidas mediante el sistema del C_{14}.	
Sitio	Fecha antes del presente
El Abra	12400 ± 160
Tibitó	11740 ± 110
Tequendama	10920 ± 260
Sueva	10090 ± 90
Gachalá	9860 ± 45
Nemocón	7530 ± 100
Vistahermosa	3410 ± 35
Aguazuque	4030 ± 40

redondeado) y con los arcos cigomáticos más salientes.

La observación del rostro del hombre del Tequendama muestra una altura acentuada. Los rasgos generales descritos para el cráneo y la cara recuerdan los de otras series americanas, como las de Lagoa Santa, en Brasil, las de Punin, Paltacalo y Matamolle, Pericués de la baja California y series antiguas mexicanas. Por lo general en los huesos se observan superficies de inserción muy marcadas, que acusan un fuerte desarrollo muscular. Si, basándose en los resultados osteométricos obtenidos en los restos de los más antiguos cazadores, se hiciera una reconstrucción de sus características físicas, se obtendría un individuo de talla relativamente alta (1,65 metros de altura aproximadamente), de contextura atlética, cabeza y rostro alargados, nariz estrecha, pómulos robustos y, en algunos casos, con una acentuada proyección a nivel de la región dentaria.

Caracteres patológicos. En los restos humanos hallados en los sitios precerámicos ha sido posible identificar algunos rasgos patológicos. La osteoartritis parece ser la entidad patológica de mayor incidencia en los restos estudiados. Este rasgo ha sido reconocido igualmente como la lesión ósea más frecuente en restos mexicanos prehistóricos, así como en amplias series peruanas y argentinas, existiendo ejemplos universales de la frecuencia de este padecimiento que aquejó a la humanidad desde los más remotos tiempos del paleolítico, como lo atestiguan restos de esqueletos neanderthales de la Chapelle Aux Saints, Shanidar e Irak entre otros. Es una enfermedad de tipo degenerativo que se caracteriza por la destrucción extensa del cartílago articular, llegando a alterar, en casos avanzados, los tejidos óseos subyacentes. Afecta principalmente las grandes articulaciones, como el codo, la rodilla, el hombro, la cadera y la columna vertebral.

Las lesiones que provoca se manifiestan en forma de picos o rebordes óseos que circundan las superficies articulares, las cuales presentan alteraciones (aplanamientos, acribamientos, eburnación) producidas por la destrucción del cartílago articular.

Varios casos estudiados en los restos de los sitios precerámicos de la sabana sugieren también osteoporosis, un proceso patológico que se encuentra siempre que exista formación insuficiente de matriz ósea. Como han señalado eminentes tratadistas, su causa puede derivar de insuficiencia de estrógenos, desnutrición, hipertiroidismo, senilidad, inmovilidad total, carencia de vitamina C y otros factores.

Lesiones luéticas. Un caso de sífilis ha sido descrito recientemente en restos precerámicos procedentes del sitio de Aguazuque, municipio de Soacha, los cuales fueron datados en 4.030 años antes del presente. Y aunque hoy continúa la discusión sobre el origen de esta enfermedad, que existió en América con antelación a la Conquista, se conocen casos que se produjeron desde Alaska (Estados Unidos) hasta el Perú, siendo ejemplos básicos los casos procedentes de las Cavernas de Paracas y los de Machupicchu.

Atrición dentaria. En las piezas dentarias de tiempos precerámicos, suele encontrarse, como rasgo característico, un marcado desgaste o atrición sobre las superficies oclusales o de masticación. Estudios dentopatológicos en diferentes grupos permiten establecer una estrecha relación entre la presencia de este desgaste y un régimen duro de alimentación. Y es evidente que el grado de atrición es mayor en restos arqueológicos que en restos modernos.

Hacia el cálculo de la edad. El promedio de duración de la vida durante el estadio o etapa lítica debió ser relativamente corto (45 ó 50 años más o menos). Así lo sugieren el diagnóstico de edad basado en determinadas características, como la morfología de las piezas dentarias y su orden de erupción, la apreciación de los rasgos de la sínfisis púbica, la consolidación de las epífisis o extremidades de los huesos largos y el estado de obliteración de algunas suturas craneales.



Las federaciones de aldeas: el caso de los muiscas y de los taironas

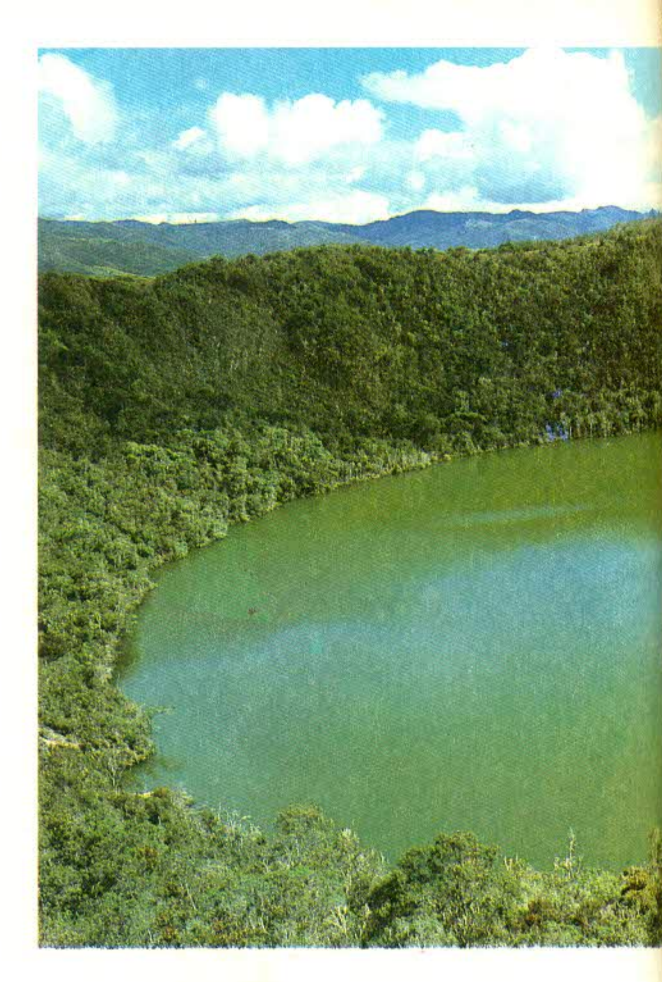
Ana María Groot

Entre la gran variedad de cacicazgos y de pequeñas sociedades tribales agrícolas que, en época prehispánica poblaban las cordilleras y las tierras bajas tropicales, sobresalen dos grandes complejos culturales que han perdurado hasta los períodos históricos: los muiscas de las tierras altas de la Cordillera Oriental (actuales departamentos de Cundinamarca y Boyacá) y los taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta. En ambos casos, se trata de grandes agrupaciones indígenas de habla chibcha, que alcanzaron notables adelantos culturales y fuerte cohesión política. La densidad demográfica de estos dos grupos étnicos, la fertilidad de sus tierras, el desarrollo de una tecnología eficiente y un sistema religioso integrado los condujeron a un nivel de desarrollo mayor que el conseguido por otros muchos cacicazgos. En la mayor parte de los cacicazgos de las laderas andinas, la cohesión política se limitaba a regiones relativamente restringidas, donde una aldea principal, en la que residía el cacique o jefe, coordinaba y dominaba a otras aldeas satélites o de población dispersa. Sin embargo, entre los muiscas y los taironas, como escribe el arqueólogo Reichel-Dolmatoff, «se trata más bien de dos grandes federaciones de aldeas, que estaban sometidas bajo la autoridad de jefes, los cuales combinaban en su persona funciones políticas, administrativas y aun religiosas. Culturalmente, estas dos federaciones tenían muchos rasgos fundamentales en común, pero se diferenciaban en detalles de énfasis y calidad y, desde luego, en muchos aspectos derivados de su particular adaptación ecológica, ya que tanto la Sierra Nevada de Santa Marta como los altiplanos de la Cordillera Oriental ofrecen condiciones fisiográficas y bióticas muy diferentes».

Para el conocimiento de estas dos etnias (la muisca y la tairona), se dispone de los relatos de los

En la página anterior, estatuilla de un reyezuelo muisca, con corona de plumas y las características bandas que le cruzan el cuerpo. A la derecha, cráneos trepanados que se encuentran actualmente en el Museo Nacional, en Bogotá. Entre los antiguos muiscas la práctica de la trepanación ya debió tener fines quirúrgicos.





cronistas de los siglos XVI y XVII, los cuales varían significativamente en cuanto al énfasis que dan a ciertos aspectos culturales de uno y otro grupo, debido a que, en ambos casos, el proceso de conquista y colonización fue diferente. La resistencia de los muiscas quedó pronto dominada, mientras que para subyugar a los taironas hubo cruentas luchas durante casi todo un siglo, para, finalmente, abandonar la región y no llegar a colonizarla. Dichos relatos, combinados con los resultados que han proporcionado las investigaciones arqueológicas efectuadas, ofrecen una visión somera de los respectivos desarrollos culturales.

La cultura muisca

Los españoles, después de su penosa travesía por el valle del río Magdalena, soportando hambre, inclemencias y enfermedades de la selva tropical húmeda, así como los ataques continuos de tribus guerreras de tierra caliente, tuvieron conocimiento, mientras ascendían por el valle del Opón, de la existencia de ricas tierras, dotadas de clima suave y en las que se producía abundante comida, que estaban densamente pobladas.

Más adelante, la expedición encontró, en las mesetas y sabanas de Cundinamarca y Boyacá (nombres de la actual distribución administrativa de Colombia), una agrupación indígena numerosa que fue llamada de los muexas o muiscas desde los primeros tiempos de la conquista. Para designar esta etnia, los historiadores han empleado comúnmente también el término «chibcha» relacionando el grupo humano con el idioma que hablaban. Aquí se usará el apelativo «muisca», que en chibcha significa «persona» o «gente», para distinguir, por tanto, al grupo humano y a la cultura arqueológica de la familia lingüística chibcha, que en tiempos prehispánicos se extendía por una gran parte del país y fuera de sus fronteras. Al parecer, este sustrato chibcha fue un elemento muy importante en



La legendaria laguna de Guatavita, lugar sagrado de la cultura muisca. En general casi todas las lagunas de las altiplanicies andinas tuvieron un hondo significado en la cosmogonía de este pueblo.

la integración étnica y cultural de Colombia en dicha época.

Con relación a esta expansión lingüística, el historiador Juan Friede hace el siguiente comentario: «Los estudios sobre la lengua chibcha mediante dialectos locales señalan vastas regiones, desde el norte del Ecuador hasta Centroamérica y desde las vertientes orientales de los Andes hasta el litoral Pacífico. Las causas y las rutas de la amplia difusión de esta lengua están todavía en la oscuridad. El actual estado de la investigación no permite todavía conectar esta difusión con grandes migraciones de pueblos, ni fijar la procedencia original de los chibchas, aunque algunos antropólogos se inclinan por creer que proceden de Centroamérica. Es posible que muchos estudios arqueológicos que están por realizarse en muchas regiones de América levanten el enigma que todavía rodea el problema. De todos modos, la lengua chibcha es un fenómeno importante en el contexto cultural andino».

El territorio

A la llegada de los españoles, los muiscas ocupaban las tierras altas y las vertientes templadas de la Cordillera Oriental, entre el macizo de Sumapaz, en el sureste, y el Nevado del Cocuy, en el noreste, sobre una extensión aproximada de 25.000 km^2. Las tierras más fértiles eran las de los antiguos lechos de lagos pleistocénicos, tales como la Sabana de Bogotá, los valles de Ubaté, Chiquinquirá y otros, así como las regiones irrigadas por los cursos altos de los ríos Bogotá, Suárez, Chicamocha y algunos afluentes del río Meta.

Las grandes altiplanicies, con alturas que promedian los 2.500 m sobre el nivel del mar, alternan tanto con bajas montañas como con páramos y con el relieve, a veces abrupto, de las estribaciones de la cordillera. Al Oriente, las vertientes caen sobre los Llanos Orientales, formando hoyas de fuerte inclinación por donde corren profundas cañadas y cortas altiplanicies, con brevísimos valles fértiles y tierras erosionadas y en formación. Se distinguen las hoyas de los ríos Negro, Guabio y Tenza. En el lado opuesto de la cordillera, los ríos Bogotá (Funza) y Fusagasugá descienden hacia la cuenca del Magdalena, dejando tras de sí tierras fértiles de suave inclinación y de climas templado y cálido. En el noroeste, otro río, el Negro, afluente del Magdalena, cuyo curso se dirige al norte, determina un sistema topográfico amplio y suave, menos húmedo que el de la vertiente oriental y muy propicio para la actividad agrícola.

En las altas planicies andinas sobresalen las lagunas de Fúquene y Tota, que son las mayores, junto con la legendaria Guatavita, Iguaque, Siecha y Suesca, entre otras. En general, las lagunas, a la par que otros accidentes geográficos, como ciertos cerros, abrigos rocosos y cuevas, tuvieron un hondo significado en la cosmogonía del pueblo muisca.

Los núcleos principales de población estaban asentados en el piso térmico frío, aunque tenían estancias y sementeras en tierras de clima templado.

El arqueólogo Luis Duque, en su *Historia Ex-*

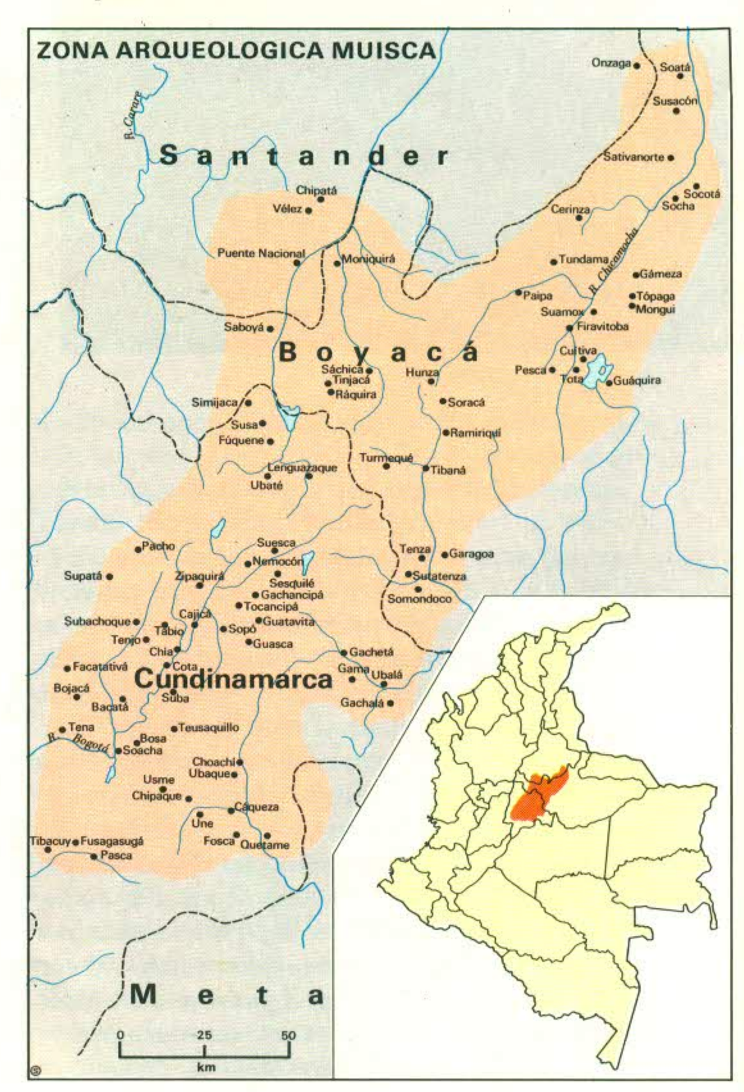
tensa de Colombia, hace la observación de que «según la tradición recogida por los cronistas de la conquista, en tiempos antiguos sus dominios se extendían hasta las riberas del río Magdalena y llegaban inclusive al pie del monte Oriental, de donde fueron desalojados por la presión, cada vez más fuerte, de los grupos enemigos que los cercaban y que en el siglo XVI llegaban casi hasta la sabana, obligándolos a replegarse sobre el piso térmico frío de la cordillera». Sin embargo, es significativo anotar que la ocupación aborigen de los altiplanos fríos andinos era mucho más antigua, como poco a poco se ha venido demostrando merced a las investigaciones arqueológicas.

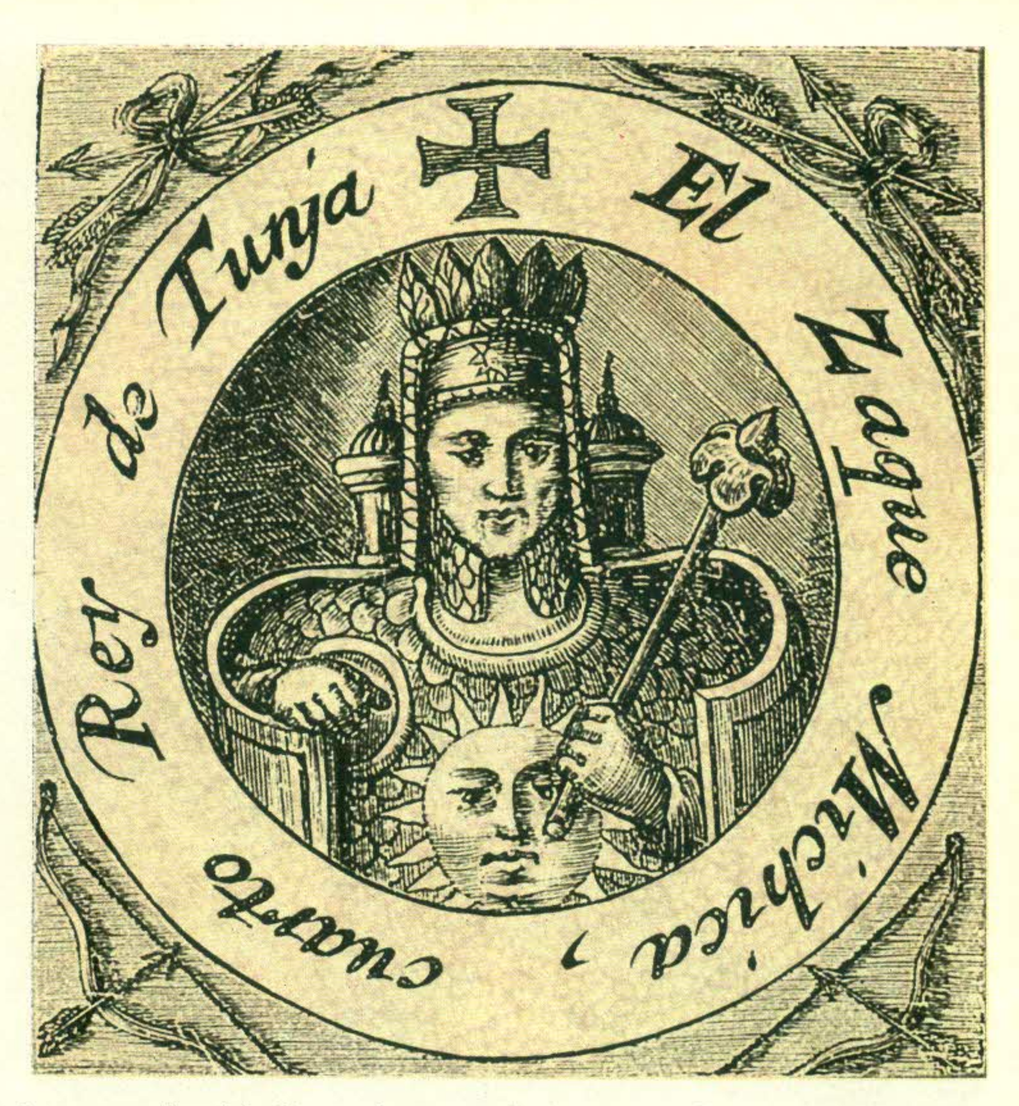
En relación a los grupos que colindaban con los muiscas, vale la pena señalar que los indígenas que poblaban la prolongación de la Cordillera Oriental por el norte del territorio muisca, pertenecían al grupo lingüístico chibcha, y compartían algunos rasgos culturales con ellos como consecuencia de un probable origen e ideología común. Por el contrario, los grupos asentados en las tierras bajas de los Llanos Orientales y del valle del Magdalena se diferenciaban notablemente de los muiscas. Hablaban lenguas que no tenían filiación chibcha y sus costumbres eran, en general, distintas.

Por el norte, los muiscas colindaban con los guanes y los laches, grupos con los cuales tenían relaciones aparentemente pacíficas. La lengua era chibcha, aunque con diferencias locales. El valle del río Sogamoso o Chicamocha separaba el territorio muisca del de los laches, y al oriente del río se encontraban los pueblos laches mencionados por Aguado: Ura, Chita, El Cocuy, Panqueva y Guacamayas. Al norte de la zona de los páramos de Guantiva, Rusia y Chontales se extiende el territorio de los guanes. Las semejanzas culturales entre este grupo y los muiscas son muchas, lo cual dio pie a que algunos cronistas los describieran como si se tratara de la misma gente. Habían alcanzado el nivel de formación de federaciones y, además de la lengua, compartían también algunos mitos. Los cronistas afirman que de sus tierras sacaban oro y algodón, productos que comerciaban con los muiscas, y los arqueólogos opinan que ciertos tipos de cerámica de ambos grupos se relacionan en cuanto a características de forma y decoración.

Por el Oriente, los muiscas colindaban con los tecuas y los guayupes, los cuales, según observó el cronista Simón respecto de los primeros, eran «bien diferentes en traje y lengua de nuestros moscas». Al extremo sur del territorio colindaban con los sutagaos, un grupo del cual se sabe muy poco, pero que, en opinión de Friede, pueden ser considerados de filiación chibcha.

Por el Occidente, en la vertiente del Magdalena, colindaban con los panches y los muzos. Estos dos grupos eran de índole belicosa y asediaban con regularidad a los muiscas. Por esta razón, los límites territoriales entre unos grupos y otros debieron de fluctuar muy a menudo. Estas agrupaciones indígenas de origen karib, localizadas en el curso medio del río Magdalena, constituyeron una especie de barrera para el mantenimiento de relaciones más es-





El zaque Michica, cuarto rey de Tunja, en un grabado que figura en la «Historia General del Nuevo Reino de Granada». El zaque, entre los muiscas, era el jefe superior de la zona nororiental, cuyo centro era la región de Hunsa o Tunja.

trechas entre los muiscas y los grupos de población ubicados en la cuenca del Cauca y en otras zonas del occidente colombiano. En el momento de la conquista, los muiscas prácticamente habían perdido el acceso normal al río Magdalena.

Organización social y política

Según las crónicas de los siglos XVI y XVII, los muiscas poseían un alto grado de centralización política, que se manifestaba en la organización de la población, principalmente en dos grandes federaciones de aldeas, cada una bajo el mando de un jefe supremo. La zona suroccidental formaba el dominio del zipa, con su centro en la región de la actual Bogotá *(Bacatá, Muequetá)*, mientras que la zona nororiental constituía el dominio del zaque, con su centro en la región de Hunsa (Tunja). Además había algunos territorios marginales o casi independientes, cuya sumisión al zipa o al zaque no estaba del todo clara o no existía. Dentro de estos territorios se incluirían el de los caciques de Duitama y Sogamoso; los poblados situados en la región de Vélez, cercana a los límites del territorio muisca con el de los muzos; las tierras de Sáchica y Tinjacá y el pueblo de Guachetá. Reichel Dolmatoff, en su escrito *Colombia Indígena, período prehispánico*, es de la opinión que «el *status* de estos territorios en el momento de la conquista debe evaluarse, en parte por lo menos, en términos de un proceso histórico, y algunos de los jefes locales, como por ejemplo el *Tundama* Duitama, o el Señor de Sáchica, parecen representar remanentes de cacicazgos que aún no se habían consolidado dentro de una estructura federal».



Figura femenina de arcilla hueca procedente del territorio cundiboyacense. La figura, sin duda una dama de alto rango, aparece adornada con collares, dijes y diademas y hasta con cetro o bastón ceremonial.

A continuación se tratará acerca de la estructura socio-política, para lo cual se utilizará el reciente estudio sobre el tema del antropólogo Eduardo Londoño, quien, además de adoptar nuevos conocimientos sobre este tópico tan interesante de la sociedad muisca, hace una buena síntesis de trabajos anteriores, tales como los de Guillermo Hernández Rodríguez (1949), José Pérez de Barradas (1950), Silvia Broadbent (1964), Juan y Judith Villamarín (1975), Francisco Posada (s.f.) y José Rozo G. (1977-1978).

Las crónicas de los siglos XVI y XVII no señalan con claridad las jerarquías que había por debajo del zipa y del zaque, aunque mencionan la existencia de caciques sujetos a éstos, así como de unos individuos denominados «capitanes». Al parecer, algunos caciques locales tenían más importancia que otros, y se cree que esto mismo sucedía con los capitanes. Del análisis de documentos de archivo se ha aclarado que el cacique era el jefe o cabecilla de un conjunto de unidades sociales llamadas por los españoles «capitanías».

Los estudios de los esposos Villamarín llamaron la atención sobre la aparición del término «uta» en los documentos de archivo, con que se designaba la unidad social a cuya cabeza estaba un capitán del bajo *status* (capitanía menor). De otra parte, Rozo Gauta anota que el nombre de «sybyn» figura para designar la capitanía mayor. Se presume que una sybyn estaba compuesta por varias uta, pero es difícil afirmarlo categóricamente, pues los datos que lo podrían sustentar son escasos. En la mayoría de los casos, los españoles, al referirse a estas especialidades sociales, usaron indistintamente los términos de «parcialidad», «parte» o «capitanía».

La pertenencia a las capitanías era por herencia matrilineal, y la posición de cacique se heredaba asimismo por esta línea, en donde el heredero legítimo era el sobrino hijo de hermana. Londoño apoya la propuesta de los esposos Villamarín de que el sistema de residencia era el denominado avunculocal. «En efecto, los muchachos muisca, según lo indican numerosos documentos coloniales, nacían donde residía su padre, pero, al crecer, abandonaban ese lugar para ir a vivir con su tío materno. Es así como, en el momento de casarse, la esposa no iba a vivir con los padres del marido, sino cerca del tío materno de éste, en un territorio de donde sus hijos habrían de salir más tarde para repetir el ciclo.»

En síntesis, las capitanías eran las uniones sociales fundamentales del régimen de gobierno gentilicio de esta sociedad. «A partir de ellas, anota Londoño, se organizó el poblamiento, la territorialidad, la propiedad comunal de la tierra y, en general, la estructura sociopolítica de los cacicazgos muisca. Ambas (la uta y la sybyn) tuvieron ya la forma de un cacicazgo en miniatura, con un cargo central hereditario que ocupaba el capitán. Varias sybyn se reunían bajo el mando de un cacique para formar un cacicazgo local. La relación que se establecía entre ellos ya no era de parentesco sino de alianza. Aunque en épocas prehispánicas la *magia del cacique* pudo darle a éste un poder ideológico considerable, lo cierto es que, por estar basado sólo en una alianza, el poder del cacique dependía finalmente del consenso. Quien accediera a este cargo, aunque lo recibiera por herencia, debía confirmar las alianzas, tanto con los núcleos superiores como con los inferiores de la estructura. Dicha confirmación se expresaba en ceremonias especiales y en un intercambio constante de regalos.» La unión de varios cacicazgos locales dio lugar a la formación de las federaciones de aldeas.

La compleja estructura política muisca fue posible gracias a la producción constante de excedentes agrícolas, los cuales permitieron, a su vez, la separación de algunos individuos de la producción directa de alimentos. Entre quienes pudieron dedicarse por completo a su oficio, son de mencionar los especialistas de gobierno, caciques y capitanes, y los especialistas religiosos o jeques, los cuales, en su totalidad, fueron mantenidos merced a los tributos del resto de la comunidad.

Los caciques eran individuos que gozaban de ciertos privilegios, entre ellos el de usar adornos y ropas distintivas, de ser llevados en andas, de poseer varias mujeres (lo cual se extendía también a los capitanes), de comer carne de venado, de ser enterrados con sus esposas y esclavos, de ser mo-

mificados y conservados en los templos y, en algunos casos, de ser respetados hasta el punto que ningún indio podía mirarles a la cara. Además, sus seguidores tenían que hacer su vivienda, cercado y labranzas.

Como contraprestación a estos privilegios, el cacique tenía una serie de obligaciones y funciones respecto de la comunidad que lo sustentaba. A su cargo estaba la celebración de una gran variedad de fiestas y el almacenamiento y custodia de armas, joyas y vituallas que habrían de utilizarse en las guerras, el sostenimiento de especialistas, y probablemente el cuidado de graneros o despensas en donde se guardaban los alimentos. Por otra parte, actuaban como representantes de las comunidades a su cargo para mantener las alianzas o dirigir las guerras. Ellos investían a los capitanes y a los jeques o xeques.

Aparte de los caciques, capitanes y jeques, otros individuos ocupaban también posiciones destacadas. Entre ellos estarían los guechas, que, según los cronistas, eran guerreros reclutados entre los indígenas más valientes de los dominios del zipa y cumplían la función de guardar los sitios fronterizos de su federación. Estaban igualmente los pregoneros, de quienes dice el cronista Simón que «eran la segunda persona del pueblo en sangre, nobleza y estimación de todos» y, según Piedrahíta, «el órgano por donde se explicaba la voluntad del príncipe». Parece que servían de intérpretes, y en la época colonial son mencionados como que iban de pueblo en pueblo para recoger el tributo que el cacique debía dar al encomendado.

Al margen de este tipo de especialistas, se puede afirmar, en base a los recientes estudios de Carl Langebaek sobre mercados y circulación de productos en el altiplano cundiboyacense, que existió entre los muiscas una especialización regional altamente favorecida por el trueque, tanto de alimentos como del producto de una variada realización artesanal. Hay que señalar que los especialistas artesanales y de otras labores, como la minería, «nunca descuidaron otras actividades orientadas a satisfacer sus necesidades básicas, sobre todo en lo referente a la alimentación y producción de instrumentos de trabajo».

En la base de esta estructura social estaban los esclavos, generalmente prisioneros de guerra, quienes en número reducido sirvieron en ocasiones para los sacrificios religiosos, pero no tuvieron ninguna relevancia en la producción de riqueza social.

Patrón de poblamiento

Todos los cronistas de la conquista hacen alusión a la nutrida población que los europeos encontraron en territorio muisca, la cual unas veces se concentraba en las aldeas y pueblos; otras se dispersaba por las casas aisladas en sus terrenos de labor. Fray Pedro Simón, al describir el pueblo de Guachetá, dice así: «... Había más de mil casas o bohíos, todos poblados de gente y los más juntos que estaban casi a la manera de pueblo, porque los otros estaban como sembrados por todo el valle, a la mano izquierda y parte del Este». Este comentario de Simón hace pensar que la dimensión de los poblados pudo haber sido grande. Sin embargo, la mayor parte de los registros sobre este aspecto parecen coincidir en que, efectivamente, había numerosos pueblos o aldeas nucleadas, pero pequeñas en tamaño.

La evidencia arqueológica parece concordar con la histórica. Se han estudiado sitios en Facatativá por Haury y Cubillos; en Sogamoso por Silva Celis, y en Tocancipá por Broadbent, en donde aparecen indicios de agrupaciones pequeñas de casas. La arqueóloga Broadbent, al referirse a un sitio cercano al pueblo actual de Guatavita, comenta que «se encuentra una región muy erosionada, con tiestos de cerámica chibcha que cubren por lo menos una hectárea. Por el área que cubre y la cantidad de tiestos, este sitio debe representar el lugar de habitación de por lo menos unos centenares de personas». En años recientes, la arqueóloga Cardale señala que, en la vereda de Pueblo Viejo de Cogua, se encuentran fragmentos dispersos de tal forma que sugieren que allí había «una agrupación de casas en número suficiente para poder denominarlo pueblo, pero con tierra suficiente alrededor de cada uno donde poder hacer los cultivos para satisfacer, por lo menos en parte, sus necesidades».

Ahora bien, con relación a las casas o bohíos dispersos es interesante la anotación que, a este respecto, hace Reichel-Dolmatoff: «En ciertas colinas o faldas de las cercanías de Bogotá y Tunja se pueden ver pequeñas planadas artificiales, y sobre ellas, algunas piedras puestas en círculo. Estos si-



Figurillas muiscas de arcilla. Las dos de la izquierda, a juzgar por sus insignias y adornos, representan personajes de alto rango, pues entre los muiscas sólo los caciques tenían el privilegio de usar ciertos adornos.

tios dan la impresión de ser restos de casas sencillas, cerca de los cultivos».

Las aldeas nucleadas o concentradas y las viviendas dispersas no fueron necesariamente habitadas simultáneamente. Langebaek opina que «mientras las aldeas eran ocupadas por un tiempo, las viviendas desparramadas sólo lo eran con ocasión de la siembra y recolección». La intención de la política española fue la de aglutinar capitanías, lo cual condujo a que muchos indígenas abandonaran sus núcleos de habitación corrientes para vivir dispersos por el campo. Por esta razón, en las ordenanzas de Tunja de 1575 (retomada por Langebaeck de un escrito de Friede) se denunciaba que «ha acaecido que, después de poblados, los indios se ausentan de sus casas y se están en los arcabucos y campos y en sus labranzas». Asimismo, en 1583, Francisco Guillén Chaparro se quejaba de que algunos de estos indios de tierra fría tienen estancias para maíz y otras casas apartadas y lejos de la población y con esta ocasión, diciendo que se van a sembrar... dejan sus casas... y vienen a despoblarse».

Por lo general, los cronistas no dejaron descripciones claras de la estructura física de los pueblos, y es difícil separar sus palabras sobre pueblos de las referentes a los *cercados de los caciques*. En los cercados tenían empalizadas defensivas, alrededor de todo el conjunto de casas, de los templos, y de las casas de los principales, lo cual manifiesta un orden y una jerarquía especial. Jiménez de Quesada, en el *Epítome de la Conquista de la Nueva Granada*, los describe así: «La manera de sus casas y edificios, aunque son de madera y cubiertas de un heno (paja) largo que allá hay, son de la más extraña hechura y labor que se ha visto, especialmente

las de los caciques y hombres principales, porque son a manera de Alcáceres, con muchas cercas alrededor.» Por otra parte, fray Pedro Simón elabora la siguiente descripción del *cercado* perteneciente al zipa de Bogotá. «Era cuadrado, y cada lienzo de pared tenía dos mil varas de largo y de alto hasta tres tapias. Estaban a trechos hincados maderos gruesos de la misma altura, y entre uno y otro entretejidas cañas bravas y macizas, como lo son las cañas delgadas de esta tierra, con tanta fortaleza que era dificultoso desbaratarlas, bien que con las inclemencias de los tiempos no duraban muchos años, aunque para el reparo de la cerca y el poder andar por ella por la parte de dentro, como rondas de muralla, le tenían hecha una cubierta de paja. Dentro de esta cerca estaban edificadas grandes y vistosas casas que, aunque de paja, pero a su modo de agradable vista, en especial por dentro porque tenían las paredes y techos aforados de carrizo delgado y limpio entretejido uno con otro con hilos de varios colores con que se hacían unos lazos no demasiado curiosos pero agradables.»

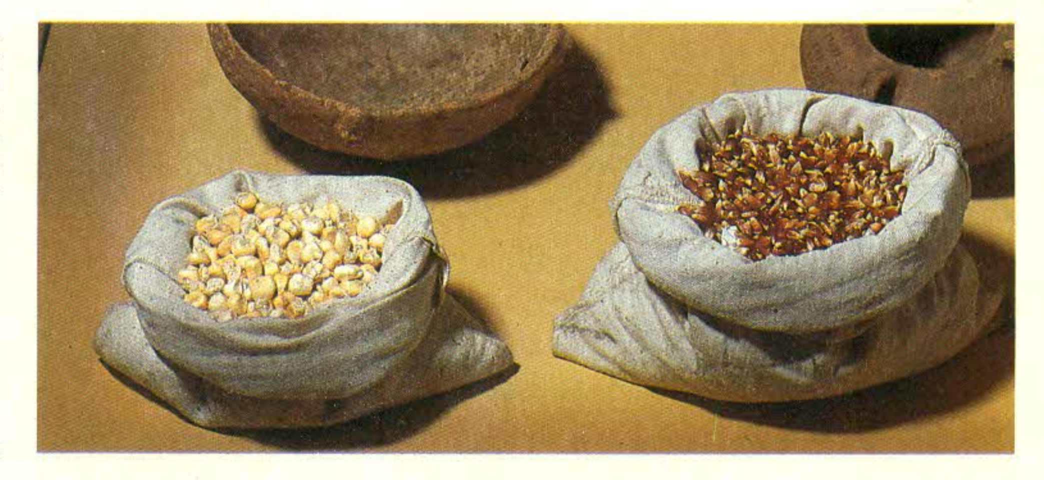
La casa de los muiscas era de planta circular, con techo cónico y pajizo, a veces sostenido por un gran poste central, según las descripciones de las crónicas y lo que ha podido comprobar la arqueología. Hacían las paredes según el sistema de construcción llamado «bahareque», es decir, de maderas que se cubrían, por dentro y por fuera, con cañas aseguradas con cuerdas. Los espacios que quedaban de los muros así construidos se rellenaban con tierra, amasada con paja, para lograr recintos abrigados. Las puertas y ventanas eran pequeñas. Dividían el interior de la casa con un tabique de cañas que, a su vez, servía para impedir la entrada de los vientos por la puerta. Cubrían la parte interior del techo con un fino tejido de cañas atadas con hilos de distintos colores, lo que daba un ambiente agradable al recinto. El piso, de tierra apisonada, lo cubrían generalmente con esteras de fino esparto. En el espacio interior tenían camas, hechas también de cañas llamadas «barbacoas», sobre las cuales tendían muchas mantas, y en las casas de los señores principales y en los templos había bancos de madera.

Las casas de los caciques y los templos seguían el mismo sistema constructivo, pero generalmente eran más amplias y ostentaban por dentro y por fuera profusión de motivos decorativos, tales como mantas, cerámica, esteras, postes pintados, objetos de oro, y cordones de colores, entre otros.



Con relación a la densidad demográfica de los muiscas al momento de la conquista, hay diversas opiniones. A. L. Kroeber, basado en cálculos de producción agrícola, establece un millón de habitantes, teniendo en cuenta dos o tres hectáreas por persona. Otros autores, como Miguel Triana, calculan en dos millones el total de la población muisca a principios del siglo XVI; mientras que el demógrafo Angel Rosembalt se inclina por 840.000, y el historiador Jaime Jaramillo Uribe solamente llega a los 300.000. Por último, Juan Friede, basado en documentos de los Archivos Históricos de España y Colombia y en cálculos demográficos y de producción agraria, piensa que, para la sola provincia de

A la derecha, muestras de maíz rojo y amarillo que figuran en el Museo Nacional. El maíz y la papa eran la base de la alimentación de los muiscas.



En la página anterior, una casa muisca según la reconstrucción efectuada por el arqueólogo Eliecer Silva Celis. Por las descripciones de los cronistas se sabe que estas casas eran de planta circular, con el techo cónico y de paja.



A la derecha, copo de algodón que se exhibe en el Museo Nacional. Para los muiscas el algodón era uno de los principales productos de su comercio.

Tunja, «a la llegada de los españoles» se puede estimar la población en aproximadamente 500.000 habitantes, y probablemente en otro tanto la de la jurisdicción del zipa de Bogotá.

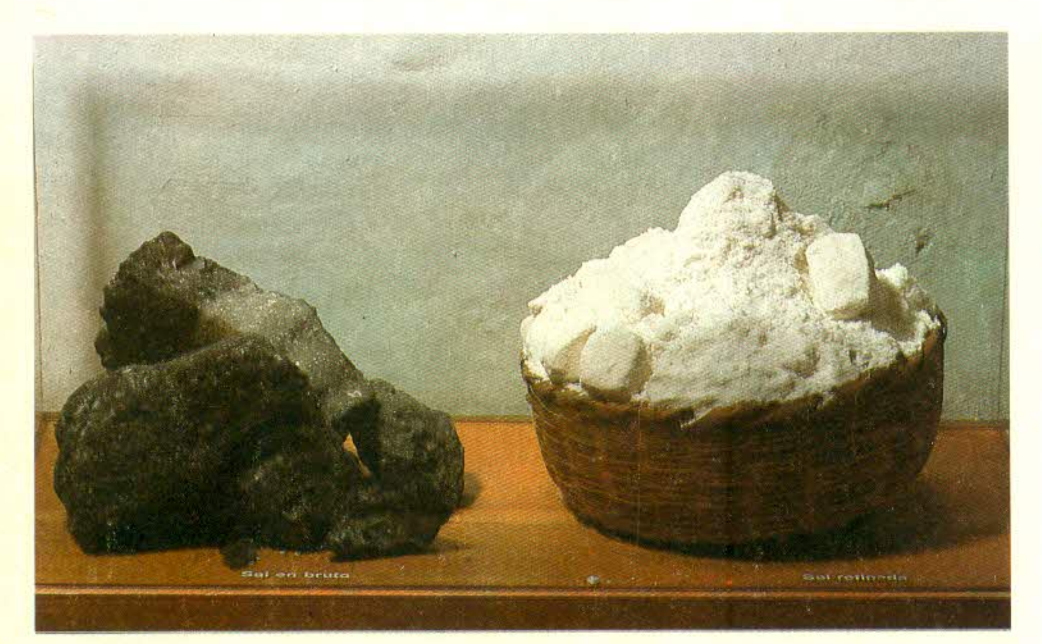
Economía

La economía de la sociedad muisca descansaba principalmente en la agricultura, que constituía la ocupación básica del común de la población. De los rendimientos agrícolas dependía el que pudieran destinar parte de su tiempo para desarrollar otras tareas de carácter artesanal y minero.

En su prolongado contacto con la tierra, los muiscas adquirieron un conocimiento profundo sobre el medio y sobre agentes externos que influían en el desarrollo de los cultivos, tales como los cambios lunares, y los ciclos de lluvia y de sequía. Esto los llevó a desarrollar la astronomía, la meteorología y a la formulación de un calendario, junto con lo que estructuraron sus formas religiosas.

La base de su alimentación fue el maíz y la papa, y tuvieron, además, cultivos de cubios, ibias, chuguas, arracachas, auyamas, calabazas, frijoles, ají, batatas, yuca, tabaco y algodón. Cultivaban también gran variedad de frutas, como piñas, aguacates, guanábanas, guamas, pitahayas y guayabas, entre otras. Como complemento proteínico tenían crías de curíes y de patos moscovitas, y cazaban venados, que abundaban en los bosques de robles.

En cuanto a técnicas agrícolas, en algunas regiones del territorio muisca se pueden observar antiguas terrazas de cultivo y eras o zanjas de desagüe, las cuales no llegan a la perfección de las construidas por los taironas.



Sal en bruto y refinada en sendas muestras que figuran en el Museo Nacional. Junto con el algodón, la alfarería, las esmeraldas, el oro y ciertos productos agrícolas, la sal era otro elemento básico del comercio de los muiscas.

Para la circulación de productos, disponían de cauces redistributivos centralizados, y practicaban un activo intercambio, tanto en mercados locales como con grupos de las regiones fronterizas. Este intercambio desempeñó un papel muy importante en la aparición de una especialización regional. Los productos básicos de comercio eran la sal, alfarería, esmeraldas, mantas de algodón, algodón, figuras de oro, productos agrícolas, carne y pescado, entre otros, gracias a lo cual adquirían oro, conchas marinas, cuentas de collar y aves de plumería. También eran objetos de intercambio algunos narcóticos y alucinógenos vegetales, como la coca, el tabaco, el «borrachero» y el yopo (rapé hecho de una semilla pulverizada), los cuales tenían gran importancia religiosa.

Los mercados locales más concurridos fueron los de las aldeas sedes de caciques importantes, como Tunja, Bogotá, Sogamoso y Duitama y, según la frase de fray Pedro Simón, «lugares de mercado fueron casi todos que había de indios en estas dos provincias de Bogotá y Tunja». Como ahora Langebaek, hasta cierto punto, la importancia de los mercados podía estar dada por su especialización en la circulación de un artículo importante. Así, Sogamoso y Duitama eran lugares donde se centralizaba la circulación de algodón y mantas, lo cual les brindaba su *status* como lugares de trueque».

Los cronistas no hacen alusión a que hubiese un grupo de especialistas en el intercambio. Las referencias históricas parecen indicar que todos los indígenas comunes y corrientes iban a los mercados.

Por otra parte, el trueque de artículos tuvo un papel importante al permitir la especialización regional, lo cual no quiere decir que las comunidades que se especializaron en la producción de tal o cual artículo descuidaran otras actividades, como la fabricación de instrumentos de trabajo y la agricultura, con la cual suplían las necesidades básicas de alimentación.

La actividad religiosa

Entre los muiscas, los jeques eran sacerdotes, los cuales, para llegar a ocupar este oficio, debían pasar algunos años de reclusión en un «seminario», practicar el ayuno y llevar una vida dedicada al estudio de la religión y de sus ejercicios esotéricos. Los templos estaban dedicados a los astros, y tenían otros lugares de culto, como cavernas o ciertas cumbres de los cerros y, por supuesto, las lagunas. En los alrededores de estas últimas se han encontrado ofrendas de oro, cerámica e incluso estatuillas de madera.

Los cronistas españoles lograron recopilar algunos de los mitos de estos indígenas, mitos que, con profunda sensibilidad y en forma lógica, daban respuesta a la propia existencia y a los fenómenos

del mundo y de la naturaleza. El dios Chiminigagua, origen de todo lo creado, fue quien dio luz al mundo, que se sumía en la oscuridad. La divinidad lunar, Bachué, simbolizaba la fertilidad. Bochica era considerado el gran civilizador y parece ser encarnación corpórea del·astro solar, y Chibchacum era el dios protector, que los asistía en todo momento, pero que también tomaba venganza cuando le ofendían. Además de estas divinidades principales, las de gremios y grupos eran muchas y presentaban variadas formas y significados distintos, que, en algunas ocasiones, los artesanos representaban en figuras para uso particular de los creyentes.

En el mundo muisca, la muerte se concebía como el inicio de un largo viaje en cuyo final llegarían a un mundo similar al de ellos y en donde llevarían una vida más fácil o más trabajosa, según el comportamiento que hubieran tenido antes de morir. Las prácticas funerarias eran de diferente tipo. Los cadáveres de las personas de las más altas categorías eran momificados o disecados y luego, envueltos en mantas finas, eran depositados en cuevas o en bóvedas preparadas de antemano por el jeque. Otros tipos de enterramiento consistían en tumbas de planta oval o rectangular cubiertas con una losa de piedra, tumbas de pozo poco profundas y fosas irregulares.

Los especialistas artesanales

Bajo esta categoría de especialistas artesanales se consideran los logros que el común de la gente muisca alcanzó en determinadas artes y oficios, tales como la orfebrería, los tejidos, la minería y la alfarería, tanto para suplir sus necesidades básicas como para ofrecer en sus ritos, tributar al cacique e intercambiar entre las varias comunidades locales y aun fuera de sus límites territoriales.

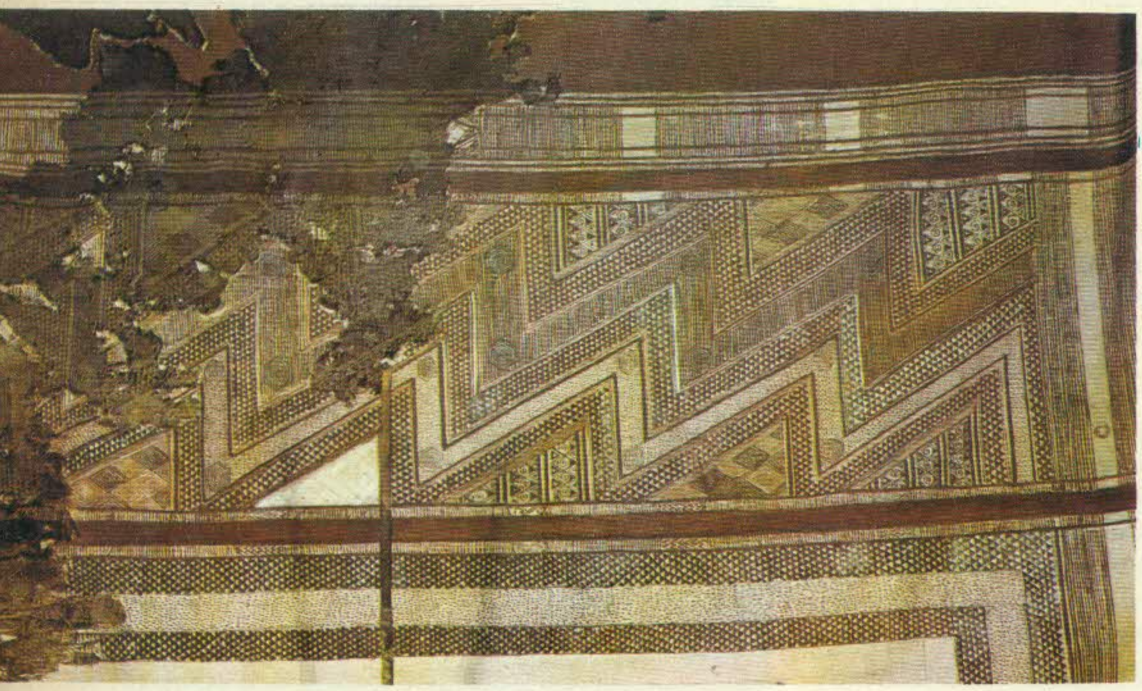
La orfebrería

La mayor parte de la producción de los orfebres consistía en tunjos o pequeñas figuras humanas en forma de placa triangular alargada, sobre la cual se resaltaban los rasgos físicos y algunos adornos mediante delgadas varitas de oro. En la manufactura de objetos emplearon la tumbaga, o sea, una aleación de cobre y oro, y así como ciertas técnicas, como el martillado de láminas delgadas y aplicaciones de motivos hechas en alambre; y el sistema

Momia muisca dispuesta en posición fetal. Los muiscas practicaron la costumbre de momificar o disecar sus cadáveres, aunque la limitaban a los muertos de la más alta categoría.



Arriba, balsa de oro muisca que se conserva en el Museo del Oro, en Bogotá. Se trata de una de las más conocidas y valiosas piezas de la orfebrería de este pueblo, que sabía trabajar el oro con arte y habilidad.



A la izquierda, pedazo de tela tejida por los indios muiscas. Los trabajos textiles tuvieron gran importancia entre ellos y sus productos llegaron a ser muy apreciados por los españoles.

de moldes, como el de la cera perdida. Además de los tunjos, fabricaron otros numerosos objetos, como representaciones de animales, cetros y varias clases de adornos, los cuales se han encontrado en ajuares funerarios, ofrendas en el borde de lagunas o en vasijas enterradas en algún lugar escondido correspondiente a algún antiguo santuario. Los tunjos, por su carácter ritual, fueron los artículos más codiciados en el intercambio, y se sabe por las crónicas que el «pueblo de Guatavita» era considerado lugar de orfebres.

Los tejidos

La actividad textil entre los muiscas fue altamente apreciada, y así lo atestigua la calidad de las telas que se han encontrado en las excavaciones. Asimismo se conoce, por las crónicas, que con mantas de algodón los muiscas brindaban tributo a sus caciques, y luego, en la época de la colonia, se las exigían los españoles.

Como evidencia de esta actividad, además de algunos fragmentos de tejidos, se han encontrado agujas de hueso y de oro y numerosos volantes de huso o torteros líticos, los cuales presentan una decoración de variados motivos geométricos.

Para el tejido utilizaron telares horizontales y verticales y elaboraron tejidos de varias clases, como el trenzado, la malla, el enlazado y la gasa. Pintaban las telas con pinceles y teñían los ovillos de hilo para realizar franjas decorativas.

La minería

Los muiscas aprovecharon el vasto conocimiento que tenían de su territorio para beneficiar importantes recursos del subsuelo. Gracias a los hallazgos realizados por Eliécer Silva Celis en los depósitos arqueológicos de Sogamoso, se sabe que empleaban el carbón mineral; el cobre, posiblemente lo extraían de los yacimientos de Moniquirá y Sumapaz, y las esmeraldas las conseguían en Somondoco. Además, en Zipaquirá, Nemocón, Tausa y Sesquilé explotaron las fuentes de agua salobre para la producción de sal, constituyéndose esta industria en una base muy importante del comercio de trueque entre ellos y los grupos vecinos. Obtenían la sal por evaporación, mediante su cocción en grandes vasijas, que denominaban «gachas».

De acuerdo a las excavaciones realizadas por la arqueóloga Marianne Cardale en Zipaquirá, se ha comprobado que, entre los dos últimos siglos antes de Cristo y el primero después de Cristo, se aprovecharon las fuentes de aguasal por un grupo humano que, en el estado actual de los estudios, se ha denominado *Herrera*, por la laguna de la Herrera, lugar donde por vez primera se hallaron fragmentos de cerámica característicos de esta ocupación. Varios siglos después, cerca ya de la época de la conquista española, se encuentra la evidencia arqueológica de la explotación de estas mismas fuentes por los muiscas, quedando una *época desconocida* entre una y otra ocupación.

La alfarería

En cerámica, las formas típicas, a la llegada de los españoles, eran la múcura, copa decorada con pintura o con aplicaciones en forma de serpiente, los cuencos de paredes rectas y pintados por dentro, jarras de dos o más asas, ollas y figuras antropomorfas, entre otras. Al parecer, las copas, las múcuras y las figurillas se emplearon preferentemente en las actividades rituales, como parte del ajuar funerario o como recipientes en los que colocaban sus ofrendas en los templos o en los lugares señalados como santuarios.

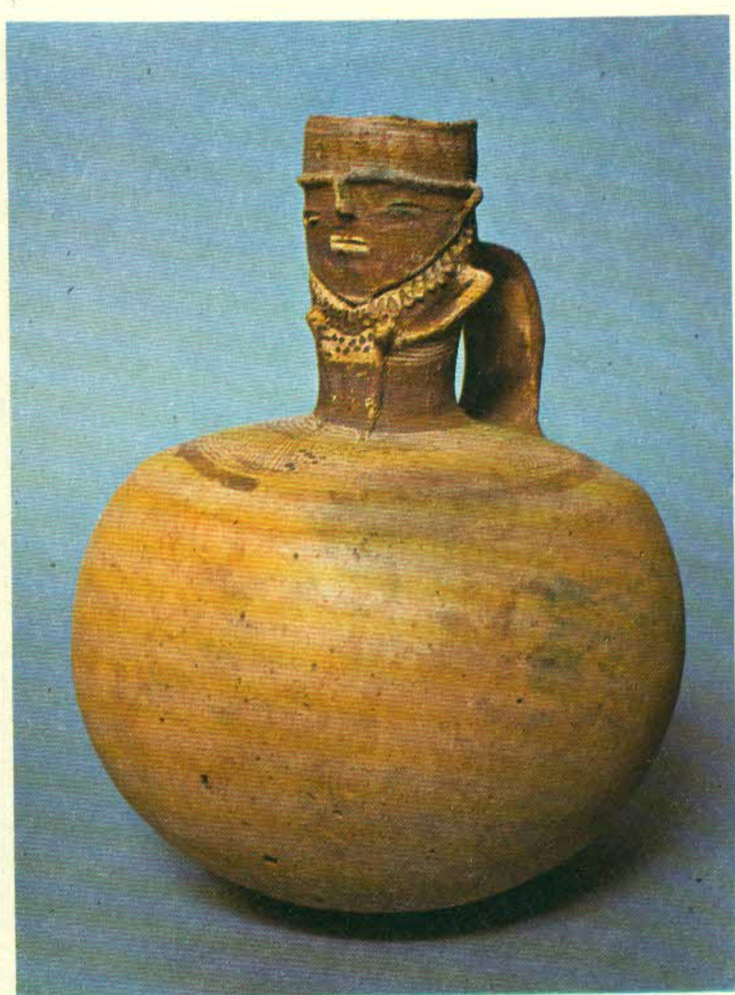
Según se deduce de las crónicas, había «pueblos de olleros», como Ráquira y Tinjacá, donde los españoles destacaron la actividad de sus habitantes que más les llamó la atención. En Cogua se fabricaban «gachas», que eran las vasijas con que lograban la evaporación de la sal. Los pueblos de Gachancipá y Tocancipá también desarrollaron esta industria. Esta artesanía de ninguna manera excluye la elaboración local de cerámica de muchas aldeas muiscas.

Los estudios arqueológicos realizados en esta región están poniendo al descubierto cierta evolución y tipos de cerámica, tanto en Boyacá como en Cundinamarca, pero aún son insuficientes para deducir de ello una distribución regional de cerámica y un patrón de intercambio a través de todo el altiplano.

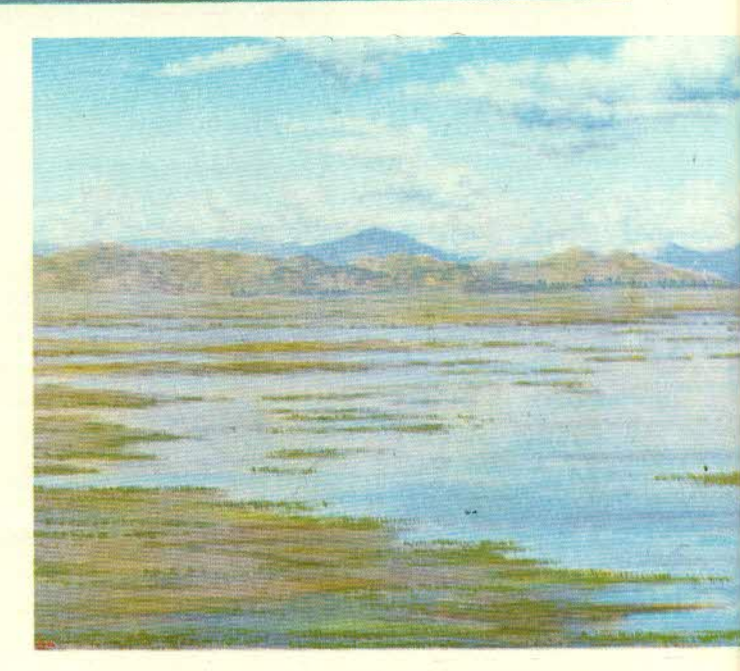
Aspecto cronológico

Durante mucho tiempo, casi todo lo que se conocía sobre los habitantes muiscas del altiplano cundiboyacense se basaba principalmente en los





Arriba, a derecha e izquierda, dos ejemplares de múcuras muiscas. Las múcuras, una forma típica de la cerámica de los citados indígenas, eran unos recipientes decorados con pinturas y con relieves.



relatos de los cronistas, en documentos coloniales conservados en archivos y en estudios arqueológicos muy valiosos, pero que carecían, por lo general, de un marco cronológico, debido a la escasez de sitios estratificados y a la ausencia casi total de datación por el carbono[14].

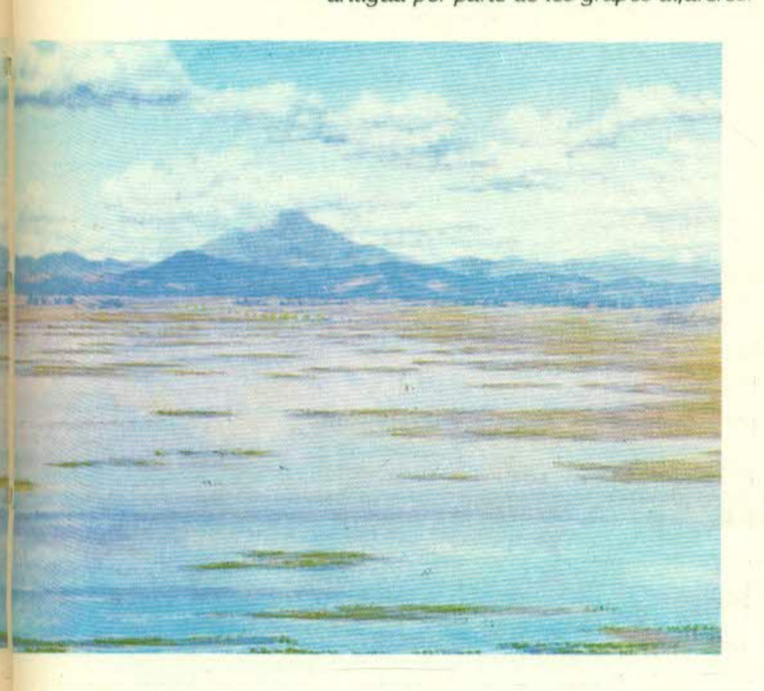
En el estado actual de la investigación arqueológica, se observa que a la etapa precerámica sucedieron dos ocupaciones de grupos alfareros. La ocupación más antigua, denominada Herrera, se ha localizado en muchos sitios de la sabana de Bogotá, como la laguna de la Herrera, Zipacón, Tequen-



Dibujo explicativo de los diferentes tipos de cerámica muisca. Entre esas variadas formas había piezas de simple utilidad doméstica y otras de uso ritual, como copas, múcuras y figurillas.

dama, Zipaquirá, Sopó y Nemocón, y hacia el norte del altiplano en los alrededores de Tunja. A la gente de esta ocupación se la ha asociado con un patrón de subsistencia basado principalmente en la agricultura, y es de notar que en la cerámica predomina una decoración incisa. De acuerdo a los hallazgos de Cardale de un sitio estratificado en Zipaquirá, se puede afirmar que «la sabana de Bogotá fue ocupada por este grupo durante un período de no menos de cinco siglos, desde aproximadamente el siglo cuarto antes de Cristo hasta finales del primer siglo después». La ocupación posterior a ésta fue la de los muiscas, cuya relación con los habitantes del período Herrera no ha sido establecida aún, y para la cual, la fecha más antigua publicada hasta ahora es alrededor de mil años después de Cristo, deducida por la arqueóloga Ana M . Falchetti de sus investigaciones en el basurero de un taller de cerámica denominado Sutamarchan 11, en el departamento de Boyacá. Como anota Cardale, «no sabemos todavía cuándo se inició el período muisca ni cómo ocurrió la transición entre dicho período y el anterior; si fue evolución, conquista o desplazamiento».

Abajo, la laguna de la Herrera en la sabana de Bogotá, según lienzo de Gonzalo Ariza. Este es uno de los lugares de la sabana en que se ha detectado la ocupación más antigua por parte de los grupos alfareros.



Sin lugar a dudas, poco a poco se ha ido estructurando un marco cronológico para la etapa cerámica del altiplano cundiboyacense, pero está claro que todavía quedan muchos aspectos desconocidos y muchas preguntas sin responder. Asimismo, la organización compleja de los muiscas que hallaron los españoles en el siglo XVI debió de experimentar, en épocas anteriores, cambios sustanciales que les permitieron alcanzar notables adelantos culturales, especialmente en el campo ideológico, político y religioso.

La cultura tairona

El primer contacto de los conquistadores españoles con los pobladores de la costa cercana a las estribaciones de la Sierra Nevada se efectuó el año 1501, cuando el capitán Rodrigo de Bastidas desembarcó en la playa de Gaira, cerca de donde posteriormente se fundó la ciudad de Santa Marta. Allí negoció con los indios oro y perlas a cambio de baratijas.

Desde entonces, esa parte de la costa norte de Colombia fue visitada sucesivamente por carabelas que zarpaban de Santo Domingo en busca de esclavos y oro. En esos primeros años del contacto se estableció un intenso tráfico de esclavos entre las Antillas y las costas recién descubiertas, pero sin intentos de colonización.

En 1526, Rodrigo de Bastidas, que fuera nombrado cinco años antes, por el Consejo de Indias, gobernador y adelantado de la región comprendida entre el cabo de la Vela y la desembocadura del río Magdalena, llegó de nuevo a la bahía de Santa Marta con la obligación de fundar un poblado, como, en efecto, llevó a cabo, bautizándolo con el mismo nombre de la Bahía. Poco después inició la exploración de los alrededores de Santa Marta con el fin de establecer contactos pacíficos con los indígenas. Era el primer paso para dominar a los habitantes nativos de la Sierra. Hasta ese momento, a pesar de la manifiesta beligerancia de los indígenas, sólo se habían realizado algunos encuentros armados. Se consideraba preferible la conquista pacífica. La intención de Bastidas era convertir su fundación en centro de intercambio comercial y mantener intacto el sistema de producción indígena.

En los años siguientes, la situación habría de cambiar notoriamente, según las intenciones que traían los diferentes «gobernadores» de la provincia de Santa Marta. Entre ellos hubo individuos que quisieron subyugar la región a mano armada, así como otros que asumieron una actitud pacífica con las comunidades, evitando los encuentros armados y dejando de lado la fundación de poblaciones españolas en territorio indígena.

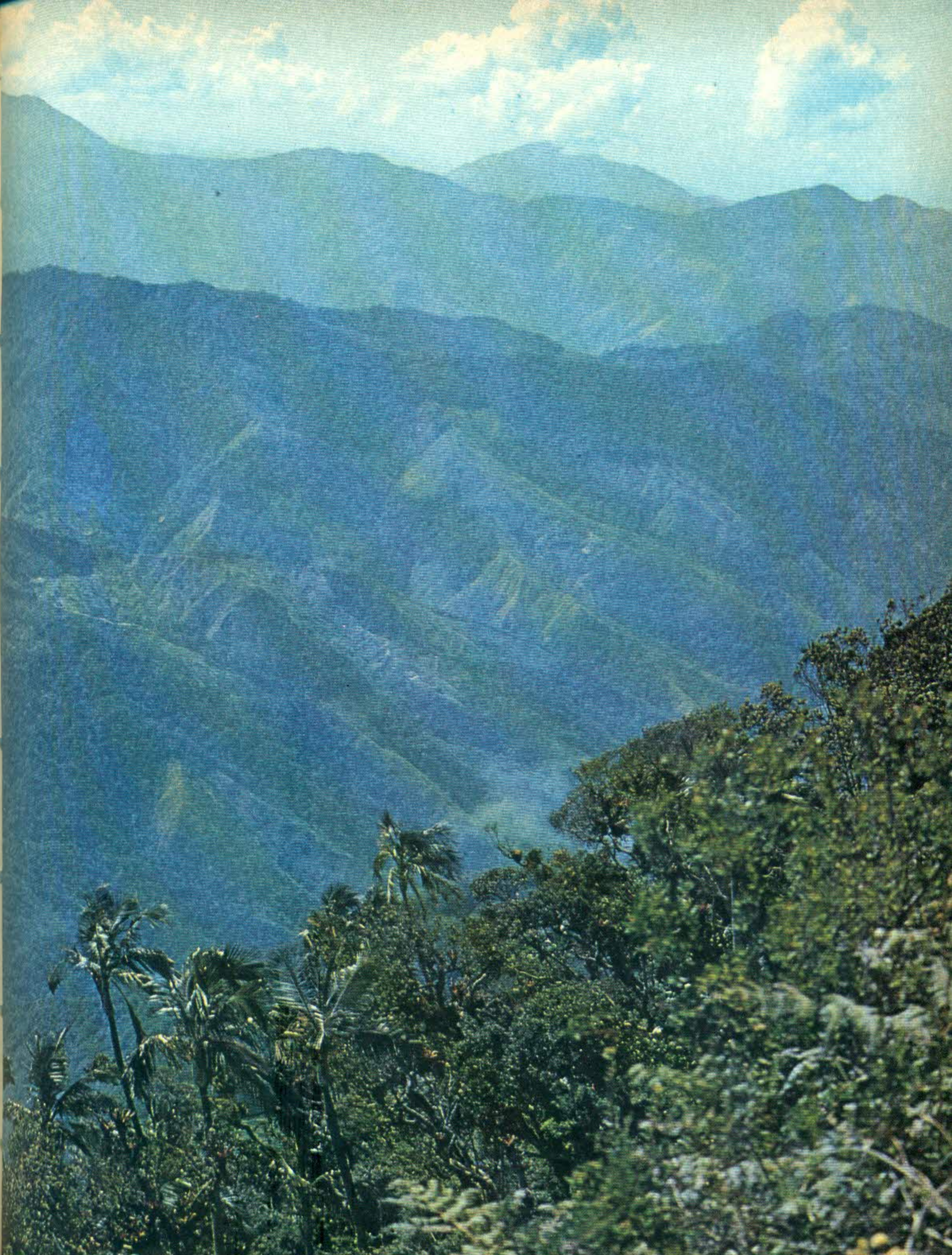
Después de un siglo en que alternaron fases de relativa calma con irrupciones bélicas, hambre y desolación, tanto para la población aborigen como para los españoles, la resistencia de los naturales fue resquebrajada por el poderío español, que incendió y destruyó sus principales poblaciones y zonas de producción agrícola, y apresó, desterró o ajustició a sus dirigentes.

Paisaje característico de la Sierra Nevada. En 1501, en las estribaciones de esta cadena montañosa se produjo el primer contacto de los conquistadores españoles con los pobladores indígenas de la cercana costa.

No todas las comunidades se vieron afectadas de la misma suerte. Sin lugar a dudas, las más próximas a Santa Marta sufrieron las peores consecuencias, y los pueblos más importantes de la región noroeste y oeste fueron destruidos. Las zonas más apartadas, como la vertiente nororiental, que estuvo sólo parcialmente expuesta al rigor de las expediciones españolas de conquista, se convirtieron en lugares de refugio para sus propios habitantes, así como para los fugitivos que lograron huir de los cruentos sucesos de finales del siglo XVI y del yugo de las encomiendas. En los años siguientes, la franja de terreno que separaba esta zona de la región sujeta al dominio español fue invadida por la selva. De este modo se formó una barrera natural que favoreció la supervivencia física y cultural de algunos grupos hasta nuestros días. Entre ellos se cuentan los kogi, los ijka y los sanká.

Durante todo el siglo XVI no hubo realmente colonización. Las razones principales de que los conquistadores no dominaran política y económicamente la zona fueron: la naturaleza escarpada del terreno, que les impedía el apoyo de la caballería; la carencia de efectivos humanos, y la misma situación de la ciudad, que era como una isla que no se podía autoabastecer de los alimentos básicos y que estaba rodeada por agentes hostiles: por el lado del mar, los piratas, y, por el lado de la Sierra, los indómitos indígenas. Todo ello, a su vez, limitó el número de habitantes que podía sostener la ciudad y, al final, hizo que sus gentes buscaran nuevos horizontes y tierras más fáciles de dominar.

De esta época incierta y difícil han quedado relatos de los cronistas del siglo XVI que tomaron parte en la conquista y estuvieron personalmente en Santa Marta, como Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Juan de Castellanos y Pedro de Aguado, quienes, al referirse a la población de la Sierra y de las tierras llanas adyacentes, designaron determi-



nadas regiones geográficas como *provincias*, y a ciertas agrupaciones de indígenas las denominaron según sus poblaciones principales. Es así como se encuentran referencias de «bondas», «gairas», «indios de Santa Marta», «indios de la ciénaga», etc. Al parecer, el término *provincia*, además de su connotación geográfica, se aplicó también, como anota Reichel-Dolmatoff, «a un territorio tribal mal definido, que, en ocasiones, aún estaba sin conquistar o colonizar».

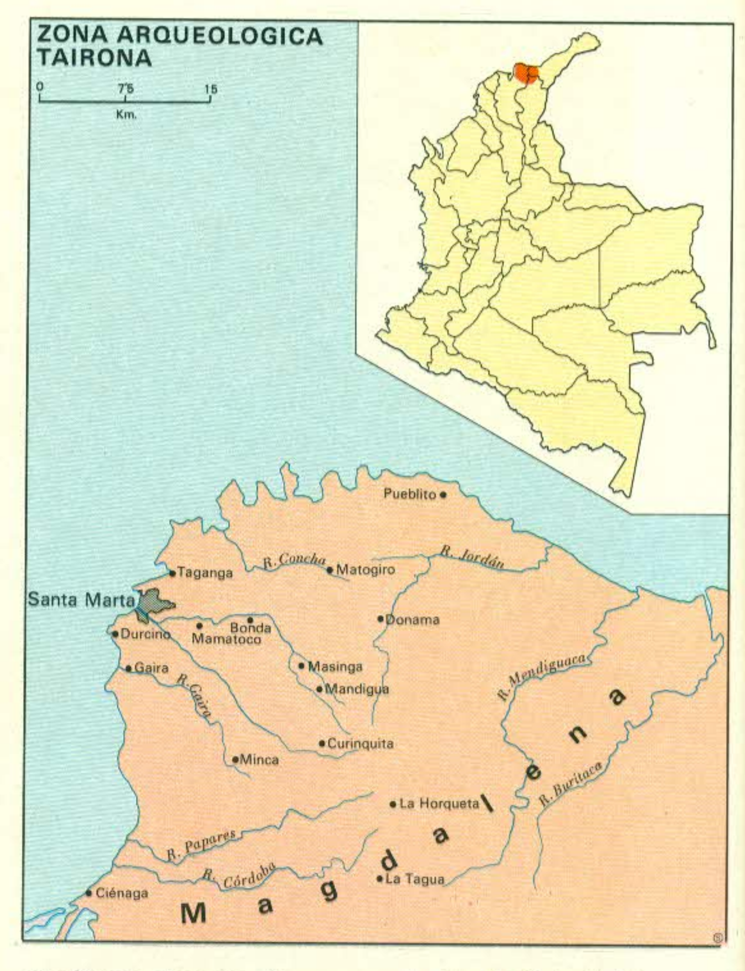
El término «tairona» aparece citado con mucha frecuencia en las crónicas para referirse al nombre de un pueblo o valle localizado entre los ríos Don Diego y Buritaca. Posteriormente, este nombre se generalizó para designar a los grupos que ocupaban las vertientes norte y occidental de la Sierra, los cuales, según se deja entrever de las crónicas, compartían una serie de elementos culturales. Sin embargo, las fuentes no dan a conocer ni mencionan, por su parte, ninguna etnia que haya abarcado esta región.

Tras esta aclaración, el empleo del término «tairona», para designar tanto la cultura arqueológica como los grupos que habitaban esta área en el siglo XVI, debe entenderse como un concepto suficientemente flexible con el cual se busca integrar y analizar la variada información socio-cultural que sobre la región existe.

El territorio que ocupaban los taironas, según las evidencias arqueológicas y los relatos de las crónicas, se extendía principalmente sobre la zona de Santa Marta, y de allí sobre la vertiente norte de la Sierra hasta cerca del río Ancho, en el oriente, y desde la zona baja tropical hasta cerca de la cota de los 2.500 m. Por el sur de Santa Marta se extendía por la vertiente occidental hasta aproximadamente el río Sevilla. En este territorio así delimitado, los cronistas identificaron tres provincias: la de Betoma, la de Tairona y la del Carbón.

Descripción de la región

La Sierra Nevada de Santa Marta, localizada en la parte norte de Colombia, es un macizo montañoso, aislado, al parecer, del sistema de los Andes, y que emerge abruptamente en el litoral Atlántico. Se considera la montaña de litoral más elevada del mundo, y sus picos son los más altos del país: el Bolívar, de 5.775 m, y el Colón, de 5.770. Estas

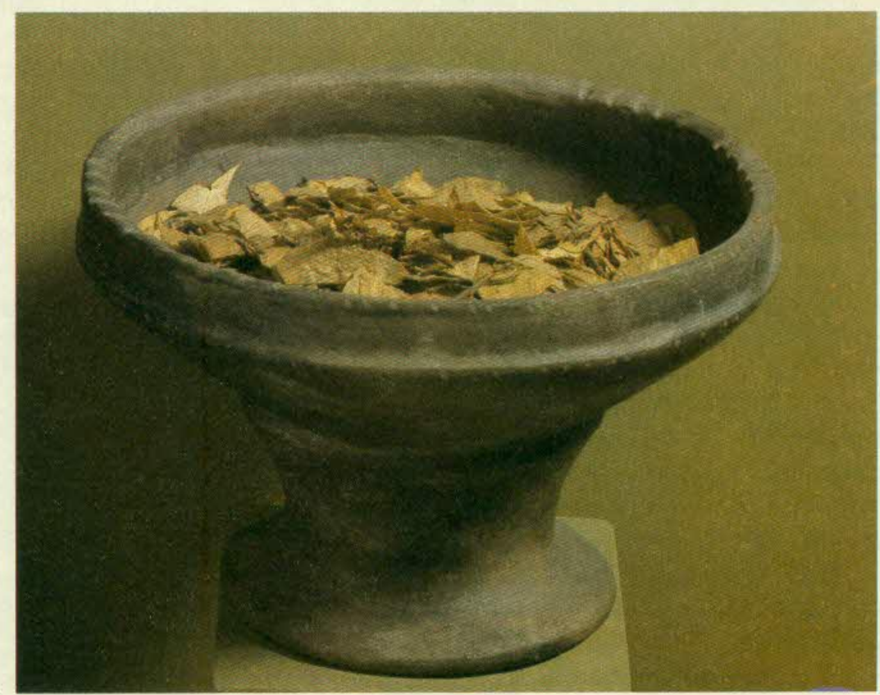


cumbres se levantan bruscamente desde el nivel del mar hasta las nieves perpetuas, a pocos kilómetros del litoral, y dan lugar a una gran diversidad de climas, a numerosos cursos de agua y a una gran variedad de especies animales y vegetales.

La forma general del macizo es la de una pirámide de tres caras. Una de ellas, la septentrional, corre paralela al mar Caribe y presenta pendientes muy pronunciadas por donde bajan numerosos ríos a través de estrechas gargantas. A sus pies se encuentra la bahía de Santa Marta, con el puerto del

En la página contigua, arriba, acantilados en el litoral atlántico de Colombia, donde emerge bruscamente, muy cerca de la costa, la Sierra Nevada de Santa Marta. Este era, en parte, el territorio ocupado por los taironas a la llegada de los españoles. Abajo, izquierda, poporo tairona, que aún hoy día utilizan los indígenas para consumir hoja de coca que mezclan con cal. A la Derecha hojas de coca en una vasija de cerámica taiorna. Ambos objetos se encuentran en el Museo Nacional.





mismo nombre. Otra cara, la occidental, aunque presenta menor inclinación que la cara norte o septentrional, se levanta con pronunciada pendiente desde las tierras planas del valle del río Magdalena hasta más arriba de los 900 m, donde da lugar a gradientes más suaves que continúan hasta la base de los picos. Por esta vertiente corren numerosos ríos que vierten sus aguas a la Ciénaga Grande de Santa Marta o al río Ariguaní, que, aunque desciende por esta misma cara, toma dirección sur al llegar a la planada. La tercera de las caras, finalmente, mira hacia el este, tiene dirección norte-sureste, y se diferencia de las otras dos vertientes por presentar pendientes menos pronunciadas y valles relativamente anchos y largos por donde corren ríos de mayor caudal.

La variada topografía de la Sierra Nevada produce gran diversidad de condiciones ecológicas, radicalmente diferenciadas de las que presentan las regiones adyacentes, e influye sensiblemente en las condiciones climáticas de una gran parte de la región caribe del país.

La franja de tierra que va desde el nivel del mar hasta aproximadamente los 900 m corresponde a clima árido y semiárido situado en el piso térmico cálido, con una temperatura media superior a los 24° C. Las tierras planas, de vegetación xerofítica, llegan hasta una altitud de 200 m, y corresponden, con pocas excepciones, a una estrecha franja del litoral caribe. En la franja altitudinal de los 900 a los 2.000 m, aproximadamente, aparece el bosque húmedo tropical, en el cual predominan los árboles altos, de 30 a 40 m, ricos en lianas y epífitas. Esta vegetación es más definida en las vertientes occidental y septentrional, mientras que en la suroriental alterna con grandes sabanas, en donde predomina la vegetación baja compuesta de gramíneas, resultado de la transformación hecha por el hombre. Es ésta una zona templada, cuyos límites climáticos oscilan entre 17° y 24° C, y que presenta lluvias durante casi todo el año, alcanzando valores de 3.000 a 4.000 mm anuales. Le sigue una zona de clima frío hasta una altitud superior a los 3.000 m, con una temperatura media de 11° a 15° C. La vegetación predominante es del tipo bosque pluvial montano, y es característico del bosque de niebla.

El relieve es abrupto, por lo cual los ríos y quebradas descienden encajonados. Por encima de los 3.100 m y hasta alcanzar el límite inferior de la formación de nieves, se observa una zona de páramos, con límites climáticos que varían entre 13° y 3° C, y cuya vegetación se caracteriza por la presencia de frailejones, arbustos y árboles de tamaño reducido y cubiertos de musgo y líquenes.

Figura que representa a un personaje tairona sentado. En la organización social de los taironas, los caciques ocupaban el nivel más alto, seguidos por los sacerdotes o "naomas"

En cuanto a la explotación agrícola, los suelos comprendidos entre los 500 y 1.000 m son altamente productivos, pero, debido a su inadecuada explotación, tienen tendencia a degradarse hasta llegar a convertirse en áridas zonas de vegetación subxerofítica. Entre los 1.000 y los 2.500 m, la agricultura se ve afectada por las elevadas precipitaciones y por la tendencia a una severa erosión, especialmente en los suelos pendientes. Hoy día, la presión colonizadora sobrepasa el límite de los 1.000 metros y se presentan en la Sierra daños ecológicos irreversibles debido al mal tratamiento de los suelos.

La población indígena que habitaba en la Sierra Nevada durante el siglo XVI se acogió, desde muchos años atrás, tanto a las bondades que les brindaba la Sierra como a las restricciones que ésta les imponía, y poco a poco lograron combinar esas *bondades* y esas *restricciones* del medio para afianzar y garantizar su permanencia y reproducción biológica en esta región, como lo señalan hoy día las ruinas de numerosos poblados con infraestructura en piedra, caminos, terrazas de cultivos, canales y puentes. La existencia de todas estas obras sugiere, a su vez, que los diversos grupos participaban de una economía agrícola fuerte y muy posiblemente también de un sentimiento de unidad étnica o cultural.

Organización social y política

Durante el siglo XVI, la población indígena del área de cultura tairona tenía su asiento principalmente en pueblos nucleados y, al parecer, existía, como bien lo expresa Bischof, «un particularismo político muy pronunciado, arraigado en grupos locales cuyas autoridades políticas residían en algún



pueblo central, donde, según parece, también se encontraba la mayor parte de la población».

Las crónicas mencionan dos pueblos principales, Bonda y Pocigüeica, que se destacaron por la fuerte resistencia que ofrecieron durante el siglo de conflicto a los conquistadores europeos. La verdad es que ambos pueblos fueron blanco permanente de los españoles por su proximidad a la ciudad de Santa Marta, y por ello se ha puesto mayor énfasis en su situación respecto de otras. Acerca de la estructura política de estos grupos locales, se sabe, por los relatos de la época, que todos los pueblos tenían su «cacique», todos los cuales dependían, a su vez, de otros caciques principales. Se menciona, además, que algunas poblaciones, por ejemplo Bonda, estaban divididas en «barrios», lo cual debe entenderse más como grupo de casas o aldehuela dependiente de otra población, aunque apartado de ella, que como subdivisión o unidad menor de una misma población. Cada barrio tenía su propio cacique, y el conjunto de varios barrios tenía un cacique principal. Refiriéndose a Pocigüeica, Castellanos destaca lo siguiente: «No falta gran ruido de tambores / Que tocaban en una y otra loma, / Con los pesados gritos y clamores / Que suelen secuaces de Mahoma; / Quince Caciques son, grandes señores, Subyectos a los mandos de Mahoma, / Llamado según dicen Marocando, / Sus gentes cada cual acaudillando...»

Es muy probable que hubiesen existido otras unidades políticas mayores, como Taironaca, el Valle de la Caldera y Betoma, por citar algunas de las muchas poblaciones que citan los cronistas.

Acerca de la organización social (sistema de parentesco, asociaciones, etc.) de las comunidades, no se han encontrado mayores datos. Hay algunas observaciones sueltas de fray Pedro Simón, quien, refiriéndose a la región del Valle de la Caldera, dice: «... Unos vivían en comunidades, sujetos a caciques y otros derramados y en behetrías», y respecto a la provincia de Betoma, dice que en cada casa «vivía una parentela».

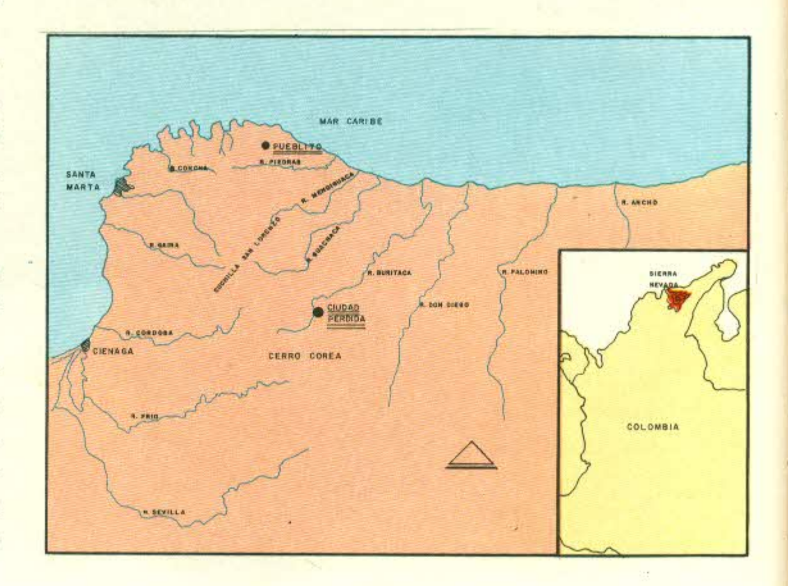
Para designar a los indígenas que estaban investidos de alguna autoridad civil, los españoles emplearon los términos de *cacique, capitán, mandador* o *indio principal*, y Simón dice que en la provincia de Betoma se designaban, con la palabra *manicatos*, los guerreros que llevaban una insignia especial de cabello. Se sabe que a los sacerdotes indígenas los denominaban *naomas*, y hay referencias de que podía haber varios en cada población.

En la cúspide de la pirámide social estarían los caciques, y según se desprende de algunos relatos, también los naomas, sobre quienes descansaría la responsabilidad política y religiosa. La relación jerárquica entre unos y otros no queda clara en las crónicas, a pesar de que hay comentarios, como el que a continuación se transcribe de Castellanos: «... Entendióse por cierto que Betoma, / Hombre sanguinolento, viejo cano, / A quien reconocían por Naoma, / Que sobre los Caciques tiene mano...», según los cuales parecería que los sacerdotes tenían autoridad sobre los caciques. Probablemente los naomas ocupaban una posición privilegiada e influyente en razón del oficio que desempeñaban, que no necesariamente se equiparaba a las funciones políticas.

Entre el pueblo común, en la base de la estructura social, estarían los especialistas de oficio, tales como agricultores, artesanos y mercaderes.

Patrón de poblamiento

La población indígena parece haber sido muy densa. En las fuentes históricas se mencionan centenares de pueblos, localizados tanto en la «tierra» (como llamaban los españoles a las partes bajas del macizo montañoso) como en la Sierra, o partes altas y abruptas. A este respecto, se encuentran expresiones tales como la de Simón, que afirma:





Restos de un camino, formado con grandes losas de piedra, en las cercanías de Pueblito, sitio arqueológico que se encuentra muy cerca del Parque Nacional Tairona. En Pueblito se han hallado también vestigios de viviendas.

«Hervía la tierra de estos naturales», y él mismo, al describir el Valle de la Caldera, se sorprende ante la cantidad de pueblos que se observan: «Está todo coronado de altas cumbres... espaldas y amagamientos poblados de crecidos pueblos, parajes de indios que se veían de todas partes de sus laderas, con agradable vista las más de mil casas que habría, que en cada una vivía una parentela... Los pueblos serían como doscientos cincuenta.»

Hoy día, en base a las investigaciones arqueológicas que se han realizado en el área de la cultura tairona por investigadores como J. Alden Masan, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, Gilberto Cadavid y Luisa F. Herrera de Turbay, se ha comprobado la densidad demográfica a que aludían los cronistas. Mediante la exploración de la región, se sabe que existen ruinas o restos de algo más de doscientas poblaciones distribuidas desde la costa, al nivel del mar, hasta aproximadamente los 2.500 m de altitud. Al respecto, Herrera de Turbay dice: «La evidencia encontrada indica que estos asentamientos eran de diferente tamaño y complejidad. Algunos tienen más de cincuenta terrazas y una arquitectura elaborada, mientras que existen otros más pequeños, de arquitectura simple y menor número de terrazas, los cuales, posiblemente, corresponden a sitios ocupados periódicamente». La mayor concentración de pueblos se observa desde las tierras bajas a nivel del mar hasta los 1.200 m. Entre la cota de los 1.200 y 1.600 m el número de

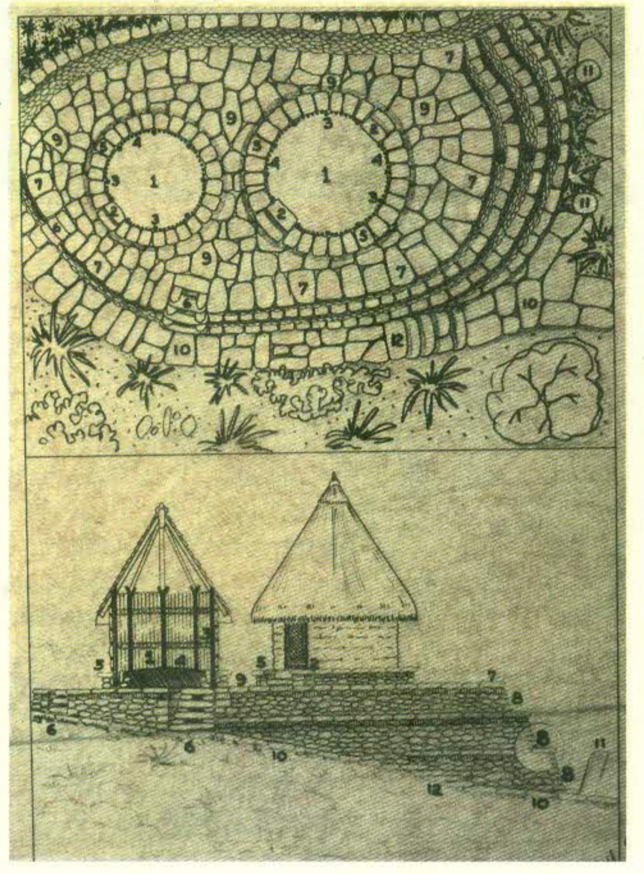
pueblos disminuye, pero siguen siendo nucleados. De 1.600 a 2.000 m baja la frecuencia de las aldeas, y el tamaño es menor, mientras que, por encima de los 2.000 m, los sitios que se encuentran son dispersos y no revelan la existencia de poblaciones nucleadas. Se observan terrazas dispersas, concentraciones superficiales de tiestos y, en ocasiones, cortos tramos de caminos. Herrera de Turbay es de la opinión que estos sitios sirvieron de viviendas temporales, donde los indígenas tenían cultivos de tierra fría y posiblemente algunas casas ceremoniales, como ocurre entre los indígenas kogi e ijka en la actualidad.

Como bien lo anota Reichel-Dolmatoff, «los centros poblados consistían, según el caso, de docenas y aun de centenares de casas redondas construidas de madera y paja sobre plataformas y cimientos de piedra. En muchos casos, estas aldeas y ciudades se construían en zonas muy accidentadas, sea en las hoyas de quebradas, o en filos o faldas abruptas, situadas entre ríos profundamente encajonados. De esta manera, la distribución y disposición de las viviendas muestra gran variación adaptándose las diversas construcciones de la mejor manera a las vertientes, hondonadas, lomas y zanjones. Cada centro poblado tenía, por lo menos, un templo, constituido por una construcción circular de grandes dimensiones, en cuya inmediata vecindad había espacios públicos y eventualmente otras edificaciones de carácter ritual».

En general, en los pueblos se observan diferentes tipos de casas que bien pueden dejar reconocer una acentuada estratificación social o diferencias en su uso y función. En el sitio arqueológico conocido con el nombre de Pueblito, que se encuentra localizado en las inmediaciones del Parque Nacional Tairona, a la altura del cabo de San Juan de Guía, las huellas de casas más sencillas consisten apenas

Un sector del sitio Buritaca 200, en la Sierra Nevada de Santa Marta. En este lugar, conocido también con el nombre de Ciudad Perdida, se han hallado las bases de la que podría ser una de las más avanzadas civilizaciones precolombinas.





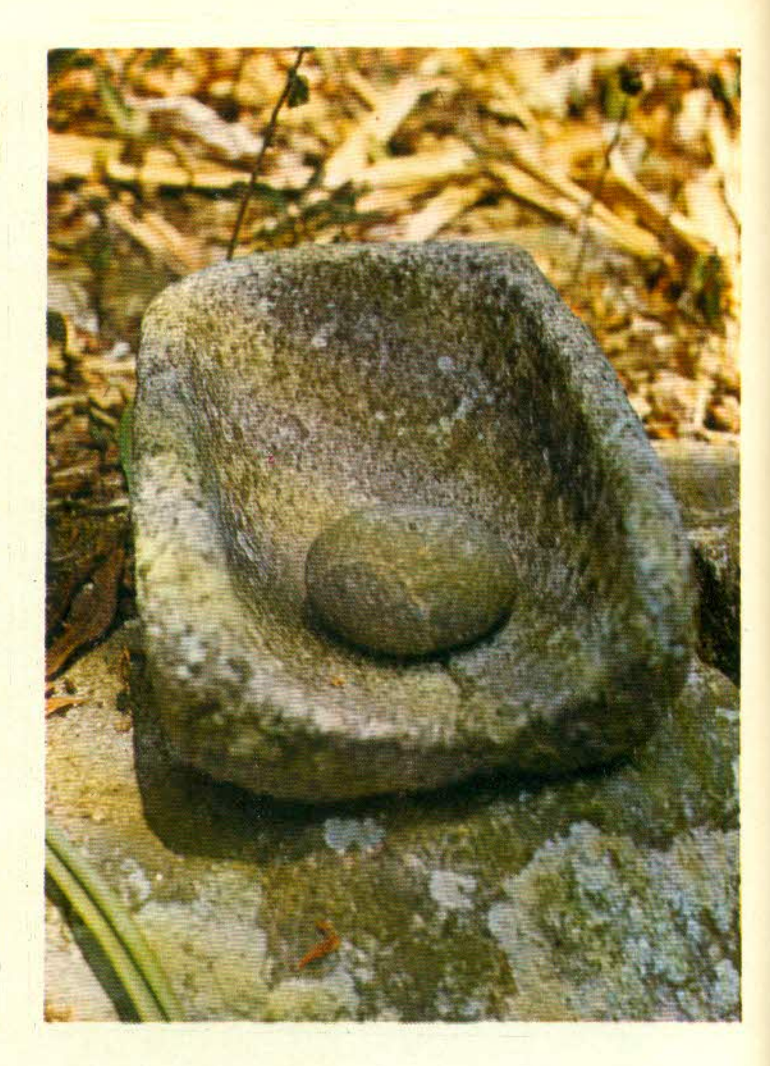
Arriba, grabado que figura en el Museo Nacional y que representa la disposición de viviendas en terrazas. A la izquierda, planta y alzado de una vivienda tairona en un grabado que figura en el Museo Nacional.

en un círculo de piedras, con dos puertas opuestas señaladas con dos o más lajas planas; otras casas están señaladas, además, por un círculo de piedras uniformes, acompañadas de un círculo de lajas que rodean toda la construcción. Hay igualmente un tipo más elaborado, que consiste en cimientos formados por varios círculos de lajas enterradas en forma vertical y otras colocadas horizontalmente, las cuales fueron cuidadosamente talladas. Por otra parte, en el sitio de Buritaca 200, conocido vulgarmente como Ciudad Perdida, también se observan diferencias en el acabado y tamaño de los basamentos de las casas. Por las altas precipitaciones que se registran en la abrupta región del alto río Buritaca, se aprecia en esta población que los basamentos circulares de las casas están señalados por un muro bajo de piedras que oscila entre 10 y 50 centímetros de altura a partir del nivel de la terraza artificial, el cual está rematado en la parte superior

por una laja colocada horizontalmente que sirve de gotera. El diámetro de los basamentos de las casas oscila entre 4 y 12 m y se nota un mejor acabado en los detalles constructivos de los que tienen mayor diámetro. En este caso, la traba del muro, el remate del anillo y la escalera de entrada están hechos con lajas talladas de granito y de pizarra intercaladas con rocas naturales.

En los centros poblados, además de las viviendas, hay grandes espacios en ocasiones enlosados, que pueden ser las «plazas y patios» que mencionan los cronistas. Estas estructuras de piedra están, a su vez, comunicadas entre sí por caminos y escaleras de piedra. Asimismo se observan canales de desagüe, puentes y tramos de quebradas con muros de contención; y en algunas zonas situadas fuera del perímetro de los pueblos aparecen extensas áreas cubiertas por terrazas de cultivo también con muros de contención. Según consta en las crónicas, en la zona plana del río Manzanares, alrededor de Santa Marta, había grandes obras destinadas al riego.

Aunque la distribución regional de aldeas indica una población numerosa, con los datos de que se dispone aún no se puede precisar si el total de pueblos arqueológicos identificados subsistieron hasta la época de la conquista española ni cuál sería el nivel cultural de cada uno, lo cual es fundamental para efectuar cálculos demográficos y comprender otros aspectos relevantes de la cultura.



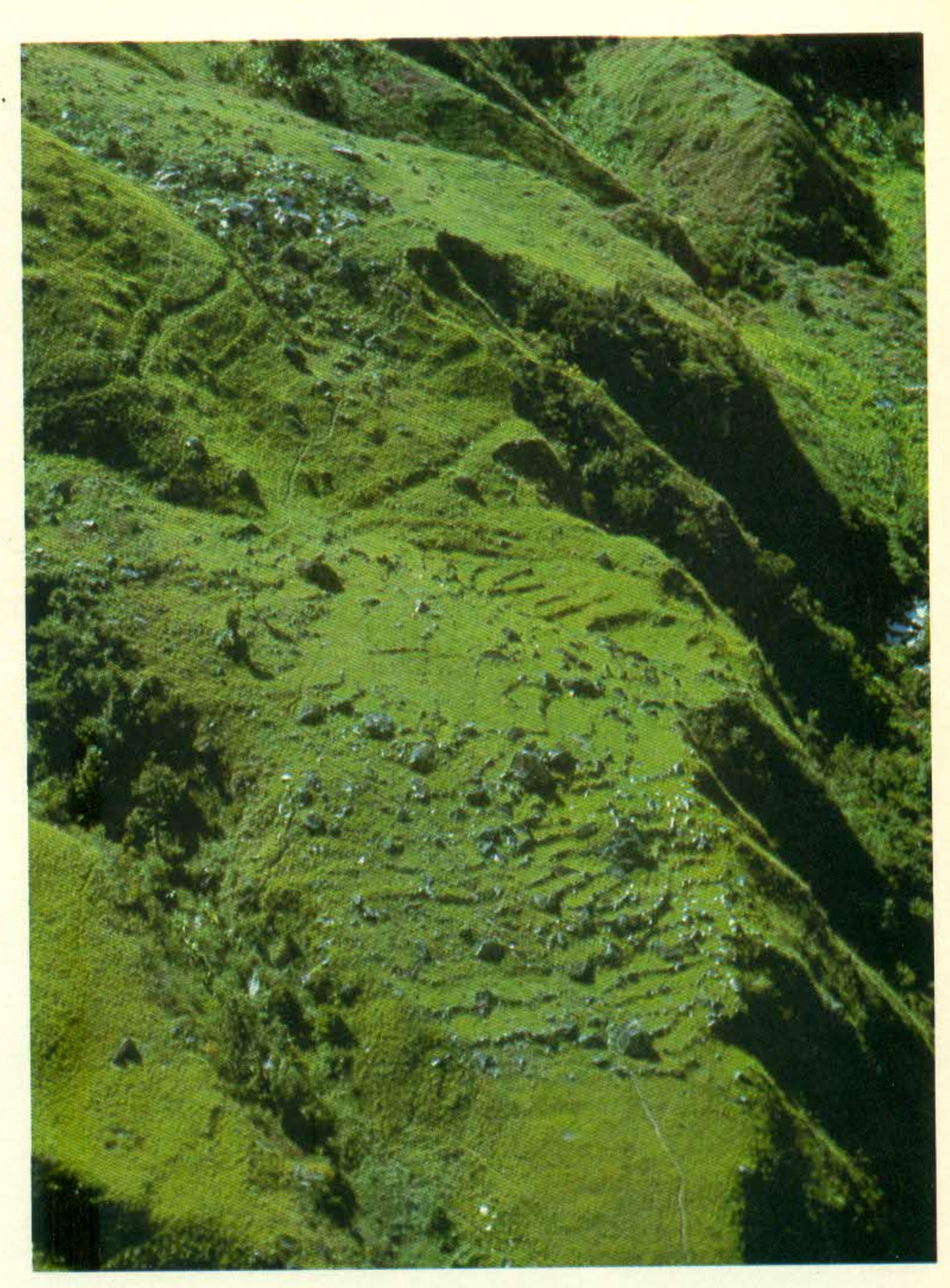
Economía

La economía de las comunidades del área de la cultura tairona se basaba principalmente en la agricultura, y esta actividad causó verdadera admiración a los españoles por la fertilidad de la tierra, la extensión de los cultivos y la diversidad de los productos. En uno de los documentos inéditos del siglo XVI publicados por Juan Friede, Pedro de Espinosa, al hacer una relación de una de las expediciones de García de Lerma a la Sierra, presenta la siguiente descripción: «Y puesto que la tierra sea tan áspera como digo, está tan poblada de indios que no puede ser más, y toda labrada de conucos y maizales... Son sierras muy altas, sin montes, sin peñas, todas peladas, y tierra toda para labranza».

La base de la alimentación fue el maíz, pero también se tiene noticia de que sembraban yuca, auyama, frijoles, ñame, batatas, ají y gran número de árboles frutales; además cultivaban algodón. La dieta la complementaban principalmente con la pesca marina. El pescado era, en general, un producto apetecido y uno de los elementos básicos de intercambio. Además, en algunas regiones practicaban la apicultura en gran escala.

La arqueóloga Herrera de Turbay, en su estudio sobre *Agricultura aborigen y cambios de vegetación en la Sierra Nevada de Santa Marta*, indica, basándose en referencias de cronistas, que los indígenas utilizaban un doble sistema de cultivo. Tenían una agricultura mixta y otra de cultivos individuales. «Aparentemente, el cultivo mixto se practicaba en huertos cercanos a las casas, mientras que el cultivo individual generalmente se realizaba en las afueras de los poblados y en parcelas mayores de suelos más fértiles.»

A la izquierda, mortero o "metate" de piedra con su correspondiente "mano", asimismo de piedra. Estos utensilios eran usados para moler maíz.



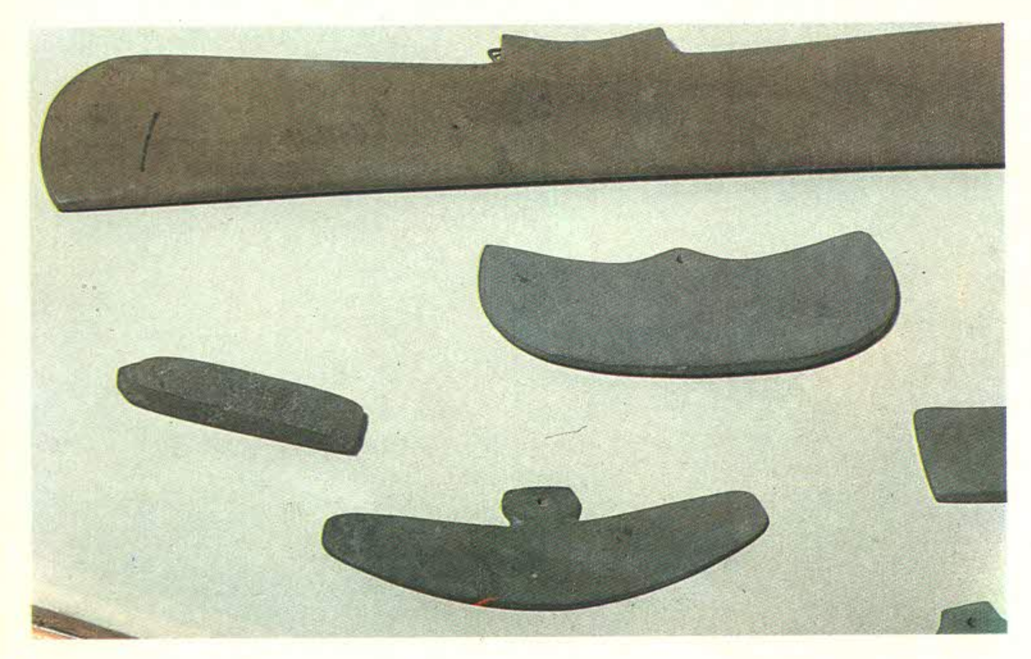
A la derecha, formación de terrazas en una ladera excesivamente inclinada con el fin de poder ser utilizada para el cultivo. Este sistema lo emplearon ya los taironas en los terrenos abruptos para obtener superficies planas que pudieran ser cultivadas.

En los terrenos de relieve abrupto utilizaban el sistema de terrazas de varios tamaños y longitud, sostenidas generalmente por muros de contención de piedra. En contraste con esto, en las proximidades de Santa Marta empleaban zanjas y acequias profundas para irrigar los cultivos durante las épocas de sequía y también para conducir agua a lugares donde ésta escaseaba.

Por las crónicas se conoce que hubo un intercambio bien establecido entre las distintas comunidades de la Sierra, y los poblados estaban comunicados entre sí por caminos de piedra. Los principales productos que se intercambiaban eran los agrícolas, la sal, el pescado y las manufacturas artesanales, como objetos de oro, mantas de algodón, adornos de plumas y objetos tallados en piedra. De

acuerdo a las anotaciones de Simón, los indios de Betoma vendían mantas de algodón a los de la provincia de Carbón, y los de Pocigüeica cambiaban oro y mantas por sal y pescado con los grupos de la costa. Reichel-Dolmatoff, en base a un documento del siglo XVI, anota que «las poblaciones de la vertiente occidental dependían en tal grado de su comercio de pescado y sal con los indios de Gaira, Durcino y Ciénaga, que cuando éstos se fugaron hacia la Sierra para escapar de sus encomenderos, las tribus serranas les dieron oro para que regresaran a la costa y continuaran allí para no interrumpir el comercio de peces y sal».

Realizaban intercambio también con los grupos indígenas vecinos de las tierras bajas al oriente y occidente de la Sierra Nevada, y con grupos más alejados, como los muiscas. Con estos últimos, por las noticias que se tienen, tanto de ellos como de



Objetos de piedra labrada que se encuentran en el Museo Nacional. Con algunos de tales objetos los taironas realizaban intercambios comerciales con otras comunidades.

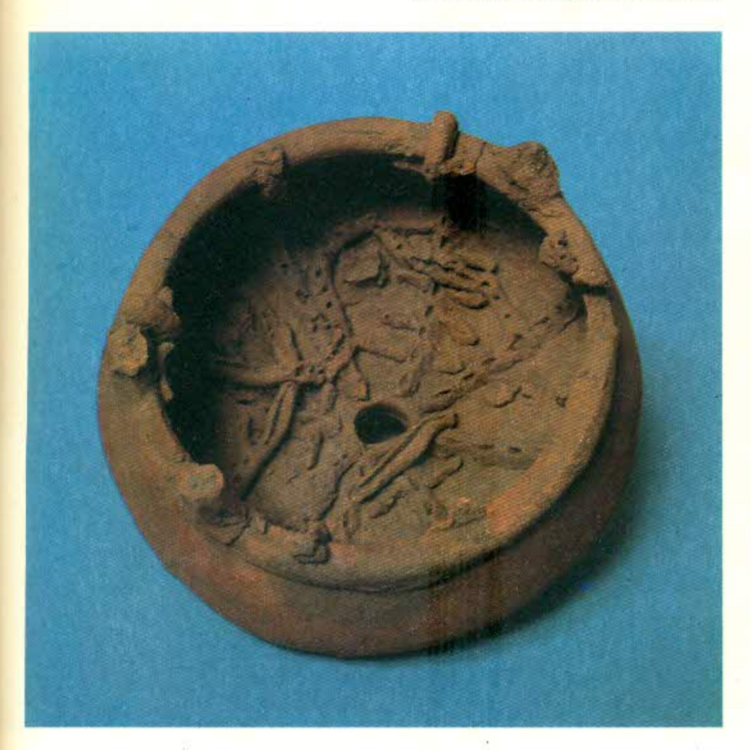


Caracolas y diversos objetos de piedra que se conservan en el Museo Nacional. Las caracolas fueron también piezas de uso corriente en las transacciones con los pueblos del interior.

los taironas, el trueque no era directo sino a través de grupos intermedios que habitaban entre la Sierra Nevada y las tierras frías del altiplano. En estas transacciones, los artículos más apreciados eran las esmeraldas, los objetos de oro, los collares de cuentas de concha o de piedra y los caracoles marinos. Evidencias de este intercambio se han encontrado principalmente en el territorio de los muiscas.



Arriba, figurilla de cerámica que representa a un dios murciélago y que se encuentra en el Museo Arqueológico de Bogotá. Abajo, recipiente ceremonial que figura en el Museo del Oro. Los relatos del siglo XVI sobre la religión tairona son muy escuetos, pues los españoles siempre la vieron como algo demoníaco.



La religión

Aunque los relatos del siglo XVI son muy parcos en la mención y descripción de aspectos religiosos de la cultura tairona, porque vieron en ella el culto al diablo y condenaron sin reflexión sus expresiones, se puede suponer la existencia de algún sistema religioso que muy probablemente apoyó y reforzó entre las distintas comunidades un sentimiento de unidad étnica.

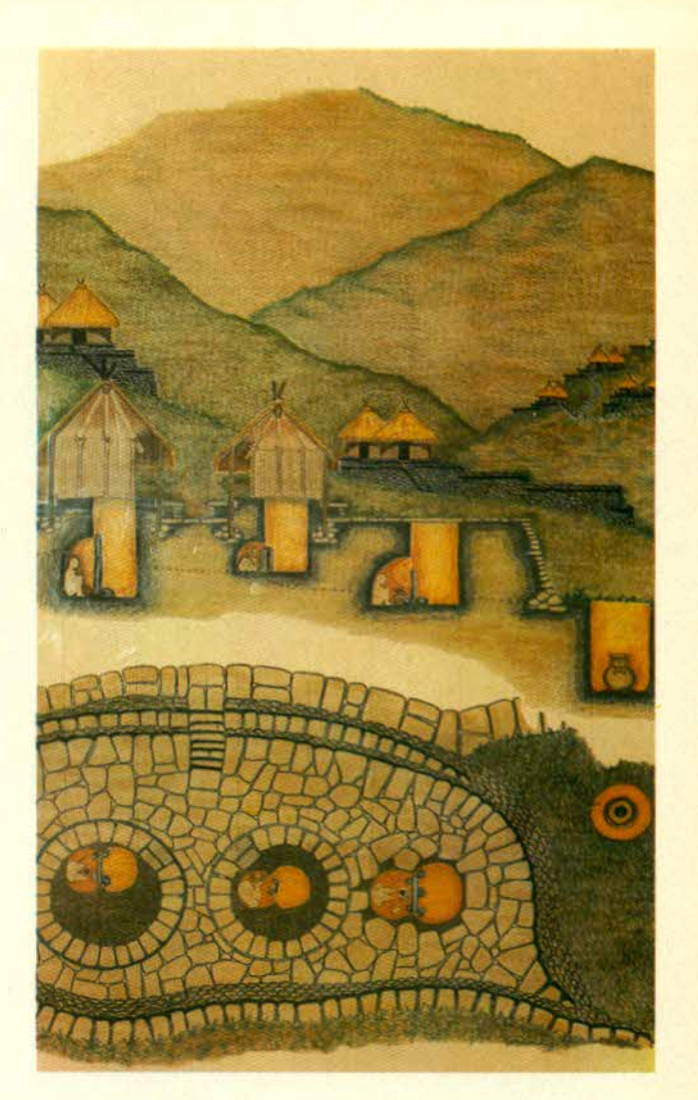
Como se mencionó anteriormente, tenían sacerdotes llamados *naoma*, y en las poblaciones había casas ceremoniales que los españoles denominaban *buhío del diablo*. Es muy interesante la mención que hace Simón de la existencia de un verdadero centro ceremonial en el Valle de Tairona, que fue llamado por los españoles *Pueblo de Mohan* o *La Nueva Roma*: «Era su mayor parte de Buhíos o caneyes del Diablo, que tenían hechas cada pueblo de los de la Provincia, donde iban en romería, a pedir cada cual en su Buhío remedio de sus necesidades...»

Los indios hacían fiesta en días señalados para celebrar algún acontecimiento, como la cosecha del maíz, y en ellos, muy probablemente se efectuaban ceremonias religiosas y mágicas. Con ocasión de ciertas ceremonias observaban ayunos que también cumplían durante la primera menstruación y durante el período de aprendizaje para llegar a ser sacerdote. Al respecto, ha quedado la siguiente noticia de Simón: «Los cuales (mohanes), primero que tomasen la posesión del oficio, habían de estar en coime, que es en ayunos, diez y seis o veinte años, sin comer en ellos más que un bollo cada día, y tan retirados a las espesuras de los montes y en cuevas, que no habían de ver en todos ellos hombres, más que el que les llevaba la comida, y si acaso veían alguna mujer, daban por ninguno el ayuno hecho hasta allí y lo comenzaban de nuevo...»



En la página anterior, urna en la cual el recipiente está formado por una serpiente enroscada. Muchas de estas urnas se destinaban a usos funerarios.

A la derecha, corte y planta de un sistema de enterramiento de los taironas, pueblo que presenta gran diversidad en lo que atañe al culto a los muertos.



El arqueólogo Gerardo Reichel-Dolmatoff, después de estudiar muchos elementos iconográficos observables en los vestigios arqueológicos de la cultura tairona, encuentra sus concomitancias y su explicación en los mitos y la religión de los actuales indios kogi, quienes son considerados sus descendientes. El mismo investigador anota que varios de los objetos rituales que tienen los kogi actualmente en uso son de origen tairona. Y es a partir de esta estrecha relación que se manifiesta sobre el mundo de los taironas y el mundo kogi, como hoy día se pueden intentar conocer de manera retrospectiva los principales conceptos cosmológicos y religiosos de los taironas, que sobreviven en la mente de la gente kogi.

Costumbres funerarias

Según las observaciones de los cronistas, las prácticas funerarias parecen haber sido distintas. Se tiene noticia de que guardaban los «huesos y cenizas de sus antepasados» en «urnas y vasos grandes de tierra cocida», y que a algunas personas, al morir, las «desecaban al fuego». También se sabe que hacían enterramientos en «bóvedas» y en «hoyos profundos con un socavón lateral». Es muy posible que el tipo de enterramiento pudiera estar relacionado con la jerarquía de la persona muerta.

Gracias a los estudios arqueológicos, se han encontrado enterramientos en urnas y en tumbas de pozo con una cavidad lateral, lo cual apoya la información de los cronistas, y otro tipo de enterramiento adicional, en tumbas de cajón recubiertas con lajas.

En algunas de las ensenadas del Parque Nacional Tairona, Mason halló lugares destinados para enterramientos secundarios en urnas, mientras que los otros tipos de enterramiento se han encontrado preferentemente en el interior de las casas o en el espacio que las rodea.

Actividad artesanal

Como parte de la actividad cotidiana de las comunidades taironas, la gente común combinó las labores agrícolas con otros diversos oficios para procurarse los elementos básicos de subsistencia, como eran los alimentos, vestidos y abrigos, las herramientas de trabajo y los utensilios caseros, entre los cuales se cuentan las vasijas de barro. Además de esto, elaboraron artículos para atender las exigencias de carácter ritual, ofrendas, adornos y vestidos especiales, así como por necesidad de intercambio. Las fuentes históricas mencionan que tenían joyas de oro, capas, penachos, abanicos y vestidos de plumas, mantas pintadas o adornadas con joyas de oro y piedras preciosas, sartas de cuentas de piedras finas y bien labradas, hamacas y redes de pesca. De todo ello, hoy día solamente queda el rastro



Conjunto de huesos tallados que se conservan en el Museo Nacional. Los taironas, entre sus prácticas funerarias, tenían la de guardar, en urnas especiales, huesos y cenizas de sus antepasados muertos.

de elaborados objetos de oro, de piedra y de cerámica; de lo cual se hará una breve mención a continuación.

La orfebrería

Se considera que el desarrollo de la orfebrería tairona estaba en pleno apogeo en los comienzos del siglo XVI, cuando los aborígenes tuvieron su primer contacto con los conquistadores españoles. Los cronistas describieron con esmero los adornos que usaban los indios de las cercanías de Santa Marta y parece que algunos conquistadores tuvieron la oportunidad de conocer, en una que otra población, los propios talleres de fundición. Desde entonces los objetos de oro incitaron la codicia de los españoles, que procedieron a arrebatarlos mediante pillaje, los tributos y saqueando las tumbas. Dado que esta última actividad ha persistido hasta el presente, la mayoría de los objetos que poseen los museos han sido obtenidos por los buscadores de tesoros (guaqueros), lo cual hace que no se sepa con exactitud el sitio de donde proceden y el contexto cultural en que fueron hallados. Al respecto, es interesante anotar que en el sitio arqueológico de Ciudad Perdida (Buritaca 200), en la excavación controlada de una vivienda, se encontraron varios adornos de oro que formaban parte del ajuar funerario de un enterramiento, y cuya datación cronológica por el carbono[14] los sitúa en el año 1385 d. C.

En la metalurgia tairona, los objetos son variados en cuanto a la forma y a las técnicas empleadas en su elaboración. Existen figuritas fantásticas que llevan grandes atavíos de plumas y máscaras de felinos; hay aves y reptiles, discos repujados, cascabeles, brazaletes, narigueras y otros objetos, en su mayor parte hechos de cobre dorado o de tumbaga.

Talla en piedra

Los taironas trabajaban admirablemente la piedra, no sólo para extraer y labrar grandes bloques destinados a las obras públicas, sino también para confeccionar objetos del culto o de uso común, como bastones ceremoniales, máscaras, hachas rituales o utilitarias, cinceles, piedras y manos de moler, cuentas para collares o para fijar a los vestidos, pendientes y placas colgantes.

Reichel-Dolmatoff opina que ciertos objetos, como máscaras, estatuitas, bastones, utensilios en forma de hacha enmangada o en forma de campana, constituyen un conjunto de elementos rituales que se encuentran generalmente enterrados como



Un bello ejemplo de la orfebrería tairona es ese collar. Esta orfebrería debía estar en todo su esplendor a la llegada de los españoles, pues los cronistas hablan con admiración de los adornos de esos indios.

Arriba, magnífico conjunto de terrazas en el sitio de Buritaca 200. En este lugar, concretamente en una casa, las excavaciones pusieron al descubierto un valioso ajuar funerario, con muchas piezas de oro.



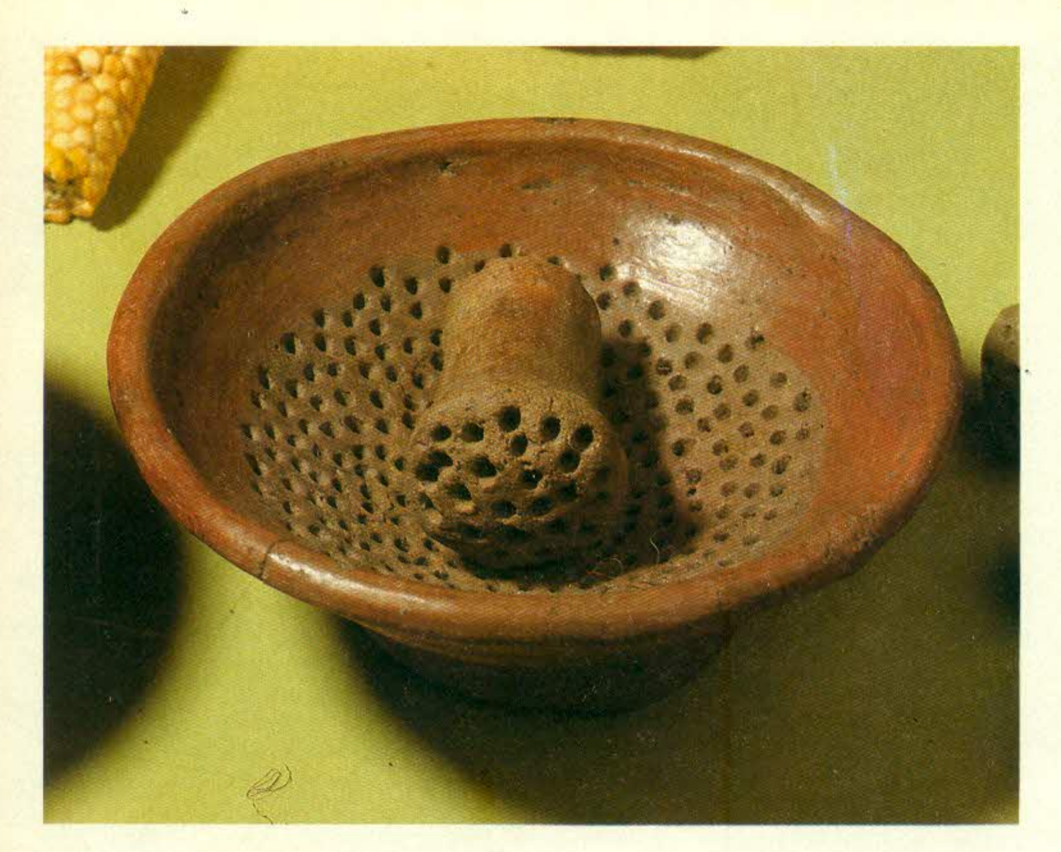
A la derecha, algunos objetos ceremoniales taironas que se conservan en el Museo Nacional, en Bogotá. Destaca entre ellos un hacha de piedra.

ajuar funerario o escondidos debajo de las lajas de las casas o templos. Asimismo, en estos mismos lugares es frecuente el hecho encontrar vasijas, que reciben el nombre de *ofrendatario*, llenas de cuentas de collar.

Para la elaboración de todos estos objetos emplearon principalmente granito, esquistos, cuarzo, cornalina, jadeíta y nefrita, entre otras.

La cerámica

La mayor parte de los estudios arqueológicos actuales referentes a esta área señalan que la ce-



A la izquierda, mortero y mano de cerámica. La cerámica de los taironas presenta tres tipos característicos que se distinguen por su color: negro, rojizo y habano.

En la página siguiente, arriba y abajo, dos vasijas de cerámica negra con representaciones humanas grabadas.

rámica que se conoce como clásica tairona procede de una época protohistórica muy próxima a la conquista y de la época misma del contacto con los europeos. Reichel-Dolmatoff denomina a este período Tairona II, y Bischof, Pueblito Tardío. Según una clasificación general de la cerámica, se pueden reconocer tres tipos característicos que se distinguen fácilmente por su color negro, rojizo o habano. Como se puede observar, estos tipos son contemporáneos, en un período tardío de desarrollo, de la alfarería tairona, y pueden situarse a partir, aproximadamente, del siglo XII después de Cristo hasta la conquista. Sin duda, en este amplio período debió de experimentarse cierta evolución en los estilos, que pudo estar relacionada, a su vez, con el desarrollo regional y local de las comunidades (demografía, arquitectura, orfebrería, etc.). Es de notar que, por el momento, los datos son aún muy escasos para llegar a establecer diferenciaciones concretas. Sin embargo, se registra que la cerámica no presenta una distribución espacial uniforme en el área. Teniendo en cuenta estas observaciones, a continuación se describirá brevemente.

En cerámica roja aparecen principalmente vasijas culinarias y de almacenamiento más bien toscas, urnas, copas grandes, platos y vasijas en forma de copas para macerar alimentos. Algunos de estos recipientes están decorados con incisiones de puntos, rayas, muescas e impresiones ungulares, y otros presentan caras humanas modeladas en la parte superior.

En la cerámica negra las formas son muy variadas, y algunas de ellas tuvieron, sin duda, carácter indudablemente ceremonial. Por lo general, el color de la superficie externa es negro brillante, mientras que el de la pasta es el mismo de la arcilla. Las vasijas más características son las siguientes: copas, que varían mucho de acuerdo con sus elementos constitutivos, base, cuerpo y cuello; vasijas globulares sencillas, con una cabeza o dos cabezas pareadas de animales adosadas al vientre; vasos de cuello alargado, que a veces llevan una efigie antropomorfa elaborada con una técnica mixta de modelado, pastillaje e incisión. También aparecen silbatos con representaciones humanas que muestran personajes ricamente ataviados, los cuales llevan máscaras, coronas e insignias de mando. La decoración adicional consiste en incisiones poco pro-

fundas de puntos y rayas en el ángulo del cuerpo o en el borde, impresiones ungulares y elementos plásticos que representan animales (felinos, marsupiales, murciélagos, aves y reptiles).

La cerámica de color habano es de paredes delgadas y pulidas. El color, propiamente, varía entre los tonos pálidos del habano, del gris y del amarillo. Las formas más comunes son: botellones de cuello angosto y borde marcadamente girado hacia fuera; copas; cuencos; vasijas, compuestas de cuerpo globular, base y cuello; así como vasijas globulares con asa y vertedera. Esta última forma se encuentra también representada en la cerámica negra. Dado que esta cerámica es escasa en los sitios costeros, fue considerada *exótica* por Mason (1939), e *intrusa* por Reichel-Dolmatoff (1954). Sin embargo, como anotan Cadavid y Herrera de Turbay, en la vertiente occidental de la Sierra se encuentra con profusión en algunos sitios arqueológicos y ha sido registrada por diversos investigadores en Ciudad Perdida.



Aspecto cronológico

Aún permanece incierto el origen de la cultura tairona, tema sobre el cual se poseen escasos datos. La mayor parte de la información referente a este aspecto corresponde a una fase tardía, de protohistórica a histórica, que, en rasgos generales, se caracteriza por la presencia de los tipos de cerámica que se han descrito en líneas anteriores, objetos de orfebrería, cuentas, herramientas y utensilios rituales de piedra, así como arquitectura lítica desarrollada, cuya ubicación temporal está dada por el hallazgo, en el piso de antiguas viviendas, de conjuntos de vestigios que contienen objetos de hierro introducidos por los españoles y por datación del carbono[14], además de materiales culturales que datan de hacia el siglo XII después de Cristo.



Como no hay datos sobre el período formativo, Reichel-Dolmatoff considera la posibilidad de que los taironas procedieran de Centroamérica y se hubieran asentado en las estribaciones de la Sierra durante los siglos XI y XII después de Cristo, sobreponiéndose a grupos agricultores y pescadores relacionados con los grupos selváticos y ribereños del bajo río Magdalena y de las hoyas de los ríos Ranchería y Cesar. Ciertos elementos le hacen sugerir esta tesis, como es, por una parte, la fuerte influen-

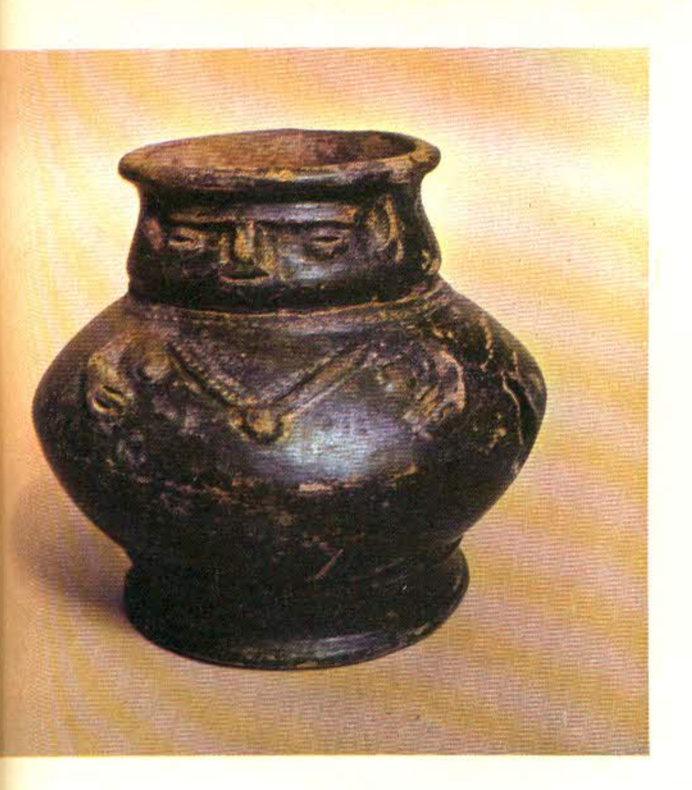
cia centroamericana, que se nota en la cerámica, la orfebrería, el arte lapidario fino y la arquitectura de uso doméstico, y, por otra, las tradiciones de los indios kogi, tribu actual que se identifica con los antiguos taironas. Los kogi «afirman que sus antepasados vinieron por vía marítima *hace 52 generaciones*, huyendo de un país amenazado por erupciones volcánicas».

Este planteamiento es bien interesante, pues aunque autores como Bischof han señalado la existencia de una fase temprana situada alrededor de los siglos VI y VII de nuestra era, que evidencia en la cerámica contactos con los grupos del río Ranchería y de la Ciénaga Grande de Santa Marta, no es fácil comprender la relación que, a su vez, indica para esa época con elementos clásicos taironas.

A la derecha, otra muestra de cerámica negra tairona: una vasija en la que se ha representado una figura humana. Se conserva en el Museo del Oro, en Bogotá.



A la izquierda, la laguna sagrada Kogi, en Sierra Nevada. A los actuales kogi se les considera descendientes directos de los tairona y ellos mismos dicen que «sus antepasados vinieron por vía marítima hace 52 generaciones».



Es probable que la migración de que habla Reichel-Dolmatoff se hubiera efectuado en sucesivas oleadas, llegando, en un momento dado, a establecerse lazos duraderos con los grupos que estaban asentados ya en la región, y con los cuales empezaron a interactuar para culminar, en el transcurso de los siglos, en la compleja sociedad que hallaron los españoles en el siglo XVI. Cuando se disponga de un cuerpo mayor de datos arqueológicos, quizá se puedan aclarar bastantes de estos interrogantes que, a nivel hipotético, se dejan planteados aquí.

Después de esta visión panorámica a la organización interna y a la vida cotidiana de los muiscas y de los taironas, se percibe que, tanto en una sociedad como en la otra, los adelantos técnicos, sociales y religiosos que alcanzaron no se pudieron haber dado en culturas en estado de alta competencia militar entre los grupos locales que las conformaban. Todo hace pensar en largos procesos internos de diferenciación social que condujeron a una estructura política capaz de solucionar los problemas vitales de la comunidad, gracias a una organización eficaz del trabajo comunal y a un sistema de creencias y expresiones religiosas que imprimieron en la gente un sentimiento de identidad cultural.

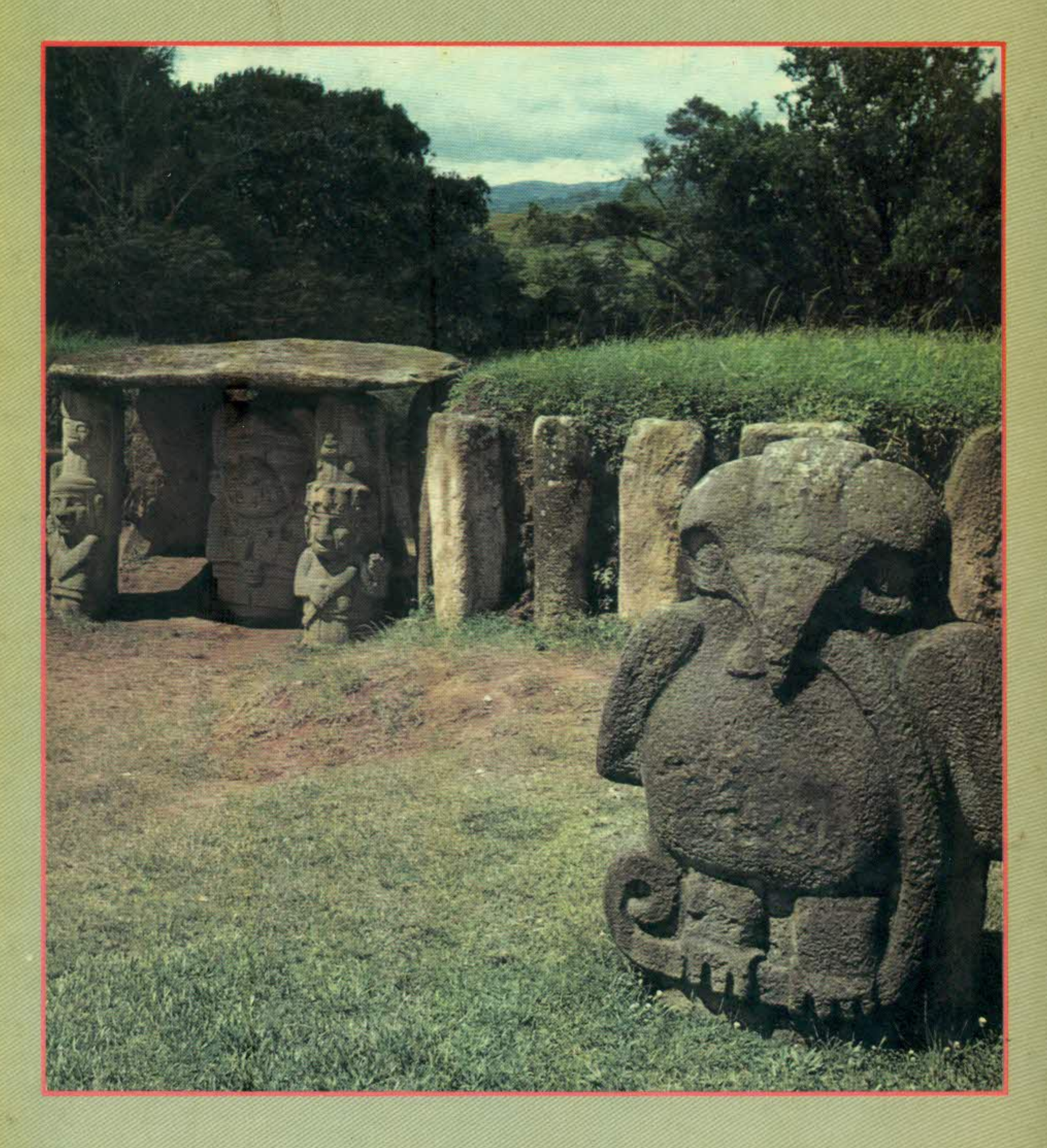
BIBLIOGRAFÍA

Bischof, H.	*Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta. Siglo XVI,* Bogotá, 1983.
Broadbent, S.	*Investigaciones arqueológicas en el territorio chibcha,* Bogotá, 1965.
Cadavid, G., y Herrera de Turbay, L.	*Manifestaciones culturales en el área tairona,* «Informes Antropológicos», Bogotá, 1985.
Cardale, M.	*Ocupaciones humanas en el Altiplano Cundiboyacense,* «Boletín Museo del Oro», Bogotá, 1981. *Las salinas de Zipaquirá: su explotación indígena,* Bogotá, 1981.
Castellanos, J. de	*Elegías de varones ilustres de Indias,* Bogotá, 1955.
Castillo, N.	*Arqueología de Tunja,* Bogotá, 1984.
Duque, L.	*Tribus indígenas y sitios arqueológicos,* en *Historia extensa de Colombia,* vol. I, tomo II, Bogotá, 1967.
Friede, J.	*Los chibchas bajo la dominación española,* Bogotá, 1974.
Groot de Mahecha, A. M.	*Arqueología y conservación de la localidad precolombina de Buritaca 200 en la Sierra Nevada de Santa Marta,* «Informes Antropológicos», Bogotá, 1985.
Langeback, C.	*Mercados y circulación de productos en el Altiplano Cundiboyacense,* tesis en la Universidad de los Andes, Bogotá, 1985.
Londoño, E.	*Los cacicazgos muisca a la llegada de los conquistadores españoles,* tesis de la Universidad de los Andes, Bogotá, 1984.
Reichel-Dolmatoff, G.	*Datos históricos-culturales de la antigua Gobernación de Santa Marta,* Bogotá, 1951. *Colombia indígena,* en *Manual de Historia de Colombia,* Bogotá, 1982.
Simón, fray P.	*Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme, en las Indias Occidentales,* Bogotá, 1882-1892.



Historia de COLOMBIA La Colombia más Antigua I 1 SALVAT

Historia de
COLOMBIA



SALVAT